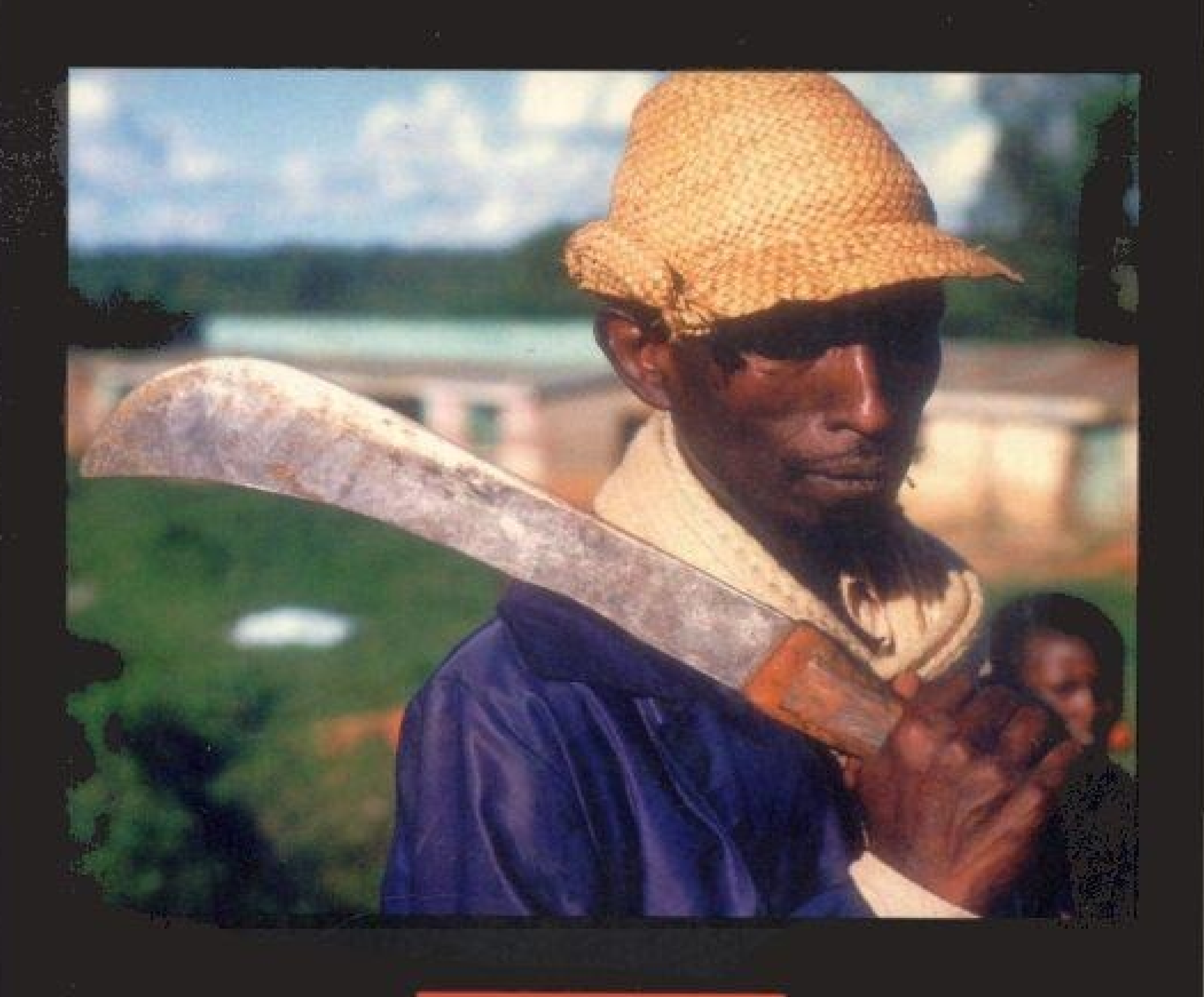
JEAN HATZFELD

Una temporada de machetes



Lectulandia

En cien días, desde abril a julio de 1994, 800 000 tutsis fueron asesinados a manos de sus vecinos hutus. El machete usado en la vida agrícola de la región fue la principal arma ejecutora. El periodista Jean Hatzfeld consiguió autorización para entrar en la cárcel de Rilima, el epicentro del genocidio tutsi, y entrevistó, en largas horas de conversación, a una decena de los verdugos de aquella masacre. Los entrevistados en este libro muestran su deseo de contar la organización y la prolijidad de la masacre: durante tres meses, cada uno de ellos se dedicó a pasar por su machete a decenas y decenas de personas que hasta entonces habían sido sus vecinos.

Tan cerca del mal absoluto como quizás nadie lo había estado desde Primo Levi, lo que vuelve imprescindible este libro es que Hatzfeld consigue hablar con los asesinos, con los mismos ejecutores del genocidio.

Lectulandia

Jean Hatzfeld

Una temporada de machetes

ePub r1.0
Titivillus 25.07.2019

Título original: *Une saison de machettes*
Jean Hatzfeld, 2003
Traducción: María Teresa Gallego Urrutia, 2004

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

POR LA MAÑANA TEMPRANO

En abril, las lluvias nocturnas suelen dejar, al retirarse, nubes negras que tapan los primeros resplandores del sol. Rose Kubwimana sabe cómo en esta estación se retrasa el amanecer en los pantanos. No es esta luminosidad gris lo que la intriga.

Rose está en cuclillas cerca de una charca parduzca; va descalza, con el pareo recogido, dejando al aire los muslos, y apoya las manos callosas en las rodillas. Lleva un jersey de lana. Junto a ella tiene, tiradas en el suelo, dos garrafas de plástico. Viene todas las mañanas a esta charca a buscar agua porque, por ser más honda, es allí el agua menos cenagosa y la orilla, tapizada de palmas, está bastante menos fangosa que en otros sitios.

La charca queda oculta tras las ramas de un *umunye-ganyege*, algo así como una palmera enana; tras ella se extienden infinitas charcas, charcos o barrizales entre bosquecillos de papiro. Rose nota el olor fétido y familiar de los pantanos, que, esta mañana, resulta más húmedo que de costumbre. Percibe también el aroma de las flores blancas de los nenúfares. Desde que ha llegado está sintiendo algo raro en el aire y acaba por darse cuenta de que son los ruidos. Los pantanos no suenan esta mañana con normalidad.

Sí que se oyen el griterío de los ibis y los silbidos de los talapoines, pero muy lejos. Por donde parecen haberse callado los pantanos es por los alrededores. No la sobresaltan ni un sedoso roce furtivo de sitatunga ni un rezongón gruñido de cerdo; los turacos verdes, que tanto suelen madrugar en las ramas de los ficus, han dejado de lanzar sus restallantes y puntuales *ko ko ko;* es posible que se hayan dispersado, como los demás habituales moradores del alba.

Rose Kubwimana es una mujer algo mayor, flaca, alta y de aspecto robusto. Tiene el pelo gris. Vive a una hora de camino, a selva través. Lleva veinte años viniendo a buscar el agua de la familia y nunca había oído antes silencio tal, ni durante las grandes sequías que endurecen el cieno, ni durante

las lluvias diluvianas que lo empapan. Ese silencio no viene del cielo, lo sabe. Está preocupada, aunque no realmente sorprendida.

La víspera, según bajaba a la parada de camiones del cruce, pasó delante de la iglesia de N'tarama y vio el campamento. Sabe que, desde hace tres días, las familias tutsis de los alrededores se están reuniendo allí. Sabe también, porque lo ha visto, que muchos tutsis se han refugiado algo más abajo, en la escuela de Cyugaro, o que han bajado hasta las inmediaciones del río para esconderse por la zona, seguramente no muy lejos de esta charca.

Tiempo después, sólo dijo, al hablar de aquella mañana en espera: «Pensaba que arriba se estaban preparando unos tajaderos terribles y que la vida iba a ponerse toda revuelta. Pero la verdad es que esto de los pantanos no lo pensaba, que iban a llegar hasta ahí las cuchillas y el caos. No lo pensaba, pero lo adiviné». Se limitó a añadir: «Desde el primer día, el tiempo está queriendo ser muy reservado con estas cosas. Yo ahora voy por detrás de él».

Ese primer día es el 11 de abril de 1994. Recordemos que el 6 de abril, a primera hora de la noche, había muerto asesinado el presidente de la República de Ruanda, Juvénal Habyarimana, al explotar el avión en que viajaba. Las matanzas del genocidio empezaron esa misma noche en Kigali, y luego en ciudades de provincias, y unos días después en las colinas, y aquí, en la zona de Bugesera.

Rose llena las garrafas, se coloca una en la cabeza y la sujeta con una mano; y la otra la lleva colgando del brazo; sube la cuesta entre la maraña de matorrales y lianas. En el corral de tierra pisada, ocre como las paredes de la casa y como los campos, divisa a Adalbert. Se ha despertado antes de lo que suele y está fumando un cigarrillo sentado en un taburete diminuto.

Adalbert es el más robusto de sus hijos. Los hombros, de una anchura impresionante, parecen infundir a los brazos una agitación febril. No lo asusta el trabajo y es charlatán y muy animado en la taberna. Todavía no ha escogido mujer. Es autoritario y, en casa, manda en todo. Esta mañana calza chanclas, viste bermuda y camisa y lleva a la cintura una curiosa bolsa; señales todas de que no piensa ir a trabajar al campo.

Adalbert mete las manos en agua, se restriega la cara, bebe y escupe. La víspera se acostó borracho. No toma ni las gachas de sorgo ni las judías que se están calentando en las brasas; casi no habla, sólo le dirige la palabra a su hermano; y se marcha. «Se fue muy caliente», dijo Rose más adelante.

El camino corre a lo largo de la colina; en un nivel más bajo, está el valle cenagoso del río Nyabarongo, de donde sacó su madre el agua hace un rato; arriba, el bosque de eucaliptos. Adalbert no nota ningún silencio anómalo; lleva demasiada prisa. Cuando llega ante la casa de Pancrace, todas las mujeres y chicas jóvenes de la familia están ya trabajando, unas en el corral y otras en la plantación. Cruza con ellas unas cuantas palabras de bienvenida y algunas bromas. Pancrace sale de la casa con el torso al aire y se reúne con él en tres brincos.

La siguiente etapa en el camino que domina el río y las plataneras es la casa de Fulgence. Éste sale con esas sandalias de cuero blanco que nunca se quita, seguramente porque desempeña funciones eclesiásticas de vez en cuando. Fulgence es endeble, y también tiene la voz endeble. Charla un momento con Adalbert. ¿De qué? Lo recordó más adelante. «Le había visto en una pata una pupa con pus a una cabra. Pero Adalbert me dijo que el asunto tendría que esperar hasta la noche».

Viene, luego, la casa de Pio, un muchacho más joven. Rebosa energía, igual que Adalbert. Pero es de carácter menos exaltado. Siente pasión por el fútbol. Su madre les tiende a los mozos una garrafa de *urwagwa*, y ellos beben tragos largos que entreveran de palabras de agradecimiento. Ahora el grupo deja el camino del río, le da la espalda al valle y trepa hacia la cumbre entre paredones de árboles *kimbazi* con flores amarillas. El camino está mucho más atestado que las mañanas en que hay mercado en Nyamata y, a diferencia de esos otros días, sólo se van dejando atrás grupos de hombres.

Una efervescencia aún mayor los espera al llegar arriba, en Kibungo. El patio de la escuela está tan lleno como el primer día de clase, pero de adultos. Algo más allá, la gente deambula por el terraplén en que se agrupan las tiendas, de paredes de adobe y tejados de chapa. Se habla de los acontecimientos de la víspera; se oyen broncas y muchas bromas.

El grupo se encamina a una taberna y se hace un hueco en el murete de la veranda. En el patio de atrás, hay mujeres atareadas ante una hoguera de la que brota un oloroso vaho de carne asada. Con un ademán, Pancrace hace que acuda una de ellas y encarga unos pinchos que llegan en el acto en una fuente de hierro esmaltado, con guarnición de rodajas de plátano, sal y guindilla. Van a buscar unas botellas de Primus y les quitan las chapas usando las de las otras botellas como abridor;

comen y beben con jubiloso apetito. Alphonse, que pasa por allí, los divisa; les da a cada uno una palmada en la mano, se hace sitio en el murete y coge un pincho.

En ese preciso instante, en la ladera de la colina de enfrente, en la aldea de N'tarama, Jean-Baptiste sale de su casa. Lleva el uniforme verde pálido de funcionario. Le hace unas recomendaciones a alguien a través de la puerta, y, curiosamente, echa el candado, como si estuviera encerrando a su interlocutor. Llama a un muchacho que está apoyado en un árbol del jardín, le da unas órdenes al oído, le mete un billete en la mano y se aleja en dirección a Kibungo.

A unos treinta kilómetros de allí, a esa misma hora, Léopord y Élie, un hombre mayor, se suben al volquete de un camión que cruza Nyamata. Por la calle mayor pasan militares y puede verse un cadáver en la plaza del mercado. Por la pista que lleva a Kibungo, el camión va dejando atrás, a bocinazos, una ininterrumpida procesión de hombres a pie y en bicicletas.

También a bocinazos da la señal el chófer del burgomaestre, mientras cruza Kibungo, para la concentración en el campo de fútbol. Adalbert y sus colegas se acaban la carne, cogen cada uno, de la caja, una botella de cerveza y se suman a los demás. El campo de fútbol es uno de los pocos lugares planos del entorno, en la cresta entre Kibungo y N'tarama. Se lo distingue, en un claro, por las porterías hechas con troncos de eucaliptos. Hay filas de autocares, de camiones militares y de camionetas, que aparcan por los alrededores. Una multitud de hombres lo va llenando poco a poco. En el centro del campo puede reconocerse la robusta silueta de Joseph-Désiré Bitero, ataviado con traje caqui y rodeado de esbirros armados con fusiles.

Como los amigos están algo apartados, el barullo les impide oír las arengas; apenas si consiguen reconocer a los oradores que trepan por turnos encima del capó de una camioneta. Apuran las botellas y las tiran a la hierba; no paran de cruzar saludos con unos y con otros y, en particular, con Ignace, que los andaba buscando. Cuando el gentío emprende la marcha, Adalbert indica a los otros con un ademán que se queden en grupo y lo sigan; se alejan por un camino que cruza la selva hacia la aldea de Nyarunazi.

La mayoría de las casas parecen ya abandonadas. Encuentran a Célestin en la veranda de la suya. Célestin es un curandero famoso. Les trae otra ración de pinchos y una garrafa de licor de plátano con una pajita por la que sorben por turnos; pero alega asuntos personales para no acompañarlos. La edad que tiene y la garrafa de *urwagwa* convencen a los otros, que siguen camino.

Retumban a lo lejos unos disparos de fusil y unos silbatos. El grupo no se suma al grueso de la tropa, que está ya registrando la jungla y las plantaciones. Pancrace dijo luego: «Sabíamos que era perder el tiempo porque nuestra tarea principal tenía que estar esperándonos pacientemente algo más abajo». Como buenos conocedores de los pantanos, presienten que hay tutsis que han ido ya a esconderse en las profundidades de éstos y por eso son los primeros en llegar allí. Un denso chaparrón limpia de niebla el horizonte y aparecen, hasta perderse de vista, bajíos pantanosos de papiros. Sin vacilar un momento, los mozos se apartan de la tierra firme y se hunden hasta las rodillas en el cieno, sujetando el machete con una mano y apartando el follaje con otra.

En abril de 2000 escribí un libro con relatos de supervivientes de esta comuna de Nyamata, *Dans le nu de la vie. Récits des marais rwandais.*[*] Comenzaba con la siguiente frase:

«En 1994, entre el lunes 11 de abril a las once de la mañana y el sábado 14 de mayo a las dos de la tarde, milicianos y vecinos hutus asesinaron a machetazos a alrededor de 50.000 tutsis, de una población de unos 59.000, durante todos los días de la semana, entre las nueve y media de la mañana y las seis de la tarde, en las colinas de la comuna de Nyamata, en Ruanda. Ese es el punto de partida de este libro».

Es también el punto de partida de este otro libro, con la diferencia de que el tema de éste son los asesinos de las familias de dichos supervivientes, sus vecinos; más exactamente, asesinos que vivían en las tres colinas de Kibungo, N’tarama y Kanzenze, que están a la orilla de esos pantanos.

LA ORGANIZACIÓN

PANCRACE: Durante esa temporada de matanzas, madrugábamos más que de costumbre, para comer mucha carne; y nos íbamos hacia el campo de fútbol a eso de las nueve o las diez. Los jefes echaban la bronca a los que se retrasaban y nos íbamos a atacar. La norma número uno era matar. Norma número dos no había. Era una organización sin complicaciones.

PIO: Nos despertábamos a las seis. Comíamos pinchos y cosas nutritivas porque nos iban a pedir caminatas muy largas. Nos encontrábamos en el centro comercial y nos íbamos, charlando, al campo de fútbol. Allí decían las consignas para las matanzas y los itinerarios del día; y caminábamos registrando la espesura hasta llegar a los pantanos y los bajíos. Hacíamos una cadena para meternos en los papiros y el barro. Luego nos separábamos en grupos pequeños de conocidos o de amigos.

Nos poníamos de acuerdo sin problemas. Menos en los días de gala, cuando algunos *interahamwe* de refuerzo llegaban desde los sectores cercanos en vehículos de motor para operaciones de envergadura. Porque los tipos esos, que venían muy motivados, nos daban la lata en el trabajo.

FULGENCE: El 11 de abril, el concejal de Kibungo mandó a sus recaderos para que citasen arriba a todos los hutus. Flabían llegado montones de *interahamwe* en camiones y autobuses que se apiñaban a bocinazos por los caminos. Era igual que el barullo de una ciudad.

El concejal nos dijo a todos que a partir de ese momento teníamos que dedicarnos sólo a matar tutsis. Entendimos muy bien que era un programa definitivo. El ambiente había dado un vuelco.

Ese día, personas mal informadas subieron a la reunión sin traerse el machete o alguna herramienta cortante. Los *interahamwe* los riñeron; les

dijeron que por esa vez valía, pero que no se repitiera. Les dijeron que se armasen con ramas y con piedras e hicieran barreras en retaguardia para impedir que pasasen los que fueran huyendo. Más adelante, unos fueron cabecillas y otros tropa, pero a nadie se le volvió a olvidar el machete.

PANCRACE: El primer día, un recadero del concejal pasó por las casas para decirnos que fuéramos enseguida a un mitin. Y en ese mitin el concejal nos comunicó que el motivo de la reunión era matar a todos los tutsis sin excepción. Lo dijo de forma muy sencilla y era muy sencillo entenderlo.

Así que lo único que preguntamos en voz alta fueron detalles de la organización. Por ejemplo, cómo y cuándo había que empezar, porque no estábamos acostumbrados a esa tarea; y también por dónde empezábamos, porque los tutsis se habían escapado por todas partes. Hubo hasta quienes preguntaron si había preferencias. El concejal contestó muy severo: «No hace falta preguntar por dónde se empieza; la única organización que vale es echar a andar por los matorrales y ahora mismo, sin perder más tiempo en preguntas».

ADALBERT: Nos separábamos en el campo de fútbol. Este equipo hacia arriba, aquél hacia abajo, el de más allá hacia otro pantano. Los que tenían suerte podían volver temprano para las faenas de saqueo. Al principio, la coordinación la llevaban el burgomaestre, el subprefecto y los concejales; y los militares o los policías retirados, porque tenían fusiles. De todas formas, quien disponía de un arma, aunque fuera una granada antigua, estaba en candelera y salía favorecido.

Luego, fueron los mozos más valientes los que se convirtieron en jefes. Los que daban órdenes sin titubear y zancadas largas. Yo me hice jefe de los vecinos de Kibungo desde el primer día. Antes, había sido el jefe de la coral de la iglesia; y así me convertí en algo parecido a un jefe de verdad, si puede decirse. Los vecinos se pusieron a tono conmigo sin problemas.

Estábamos a gusto juntos dentro de la banda, nos poníamos de acuerdo para las actividades nuevas, decidíamos dónde íbamos a trabajar sin movernos de allí, nos apoyábamos como compañeros. Si alguno presentaba una justificación, decidíamos hacer su parte de tarea por una vez. No era una organización bien montada pero se hacía respetar y era concienzuda.

ALPHONSE: Nos despertábamos, nos lavábamos, comíamos, hacíamos nuestras necesidades; llamábamos al vecino y nos largábamos a una correría colectiva apañadita. No cambiábamos las costumbres normales de los campesinos al levantarse, salvo en lo de la hora, que podía ser más temprano o más tarde, según las aventuras de la víspera.

Por la mañana no había ningún banquete especial. Casi siempre solíamos comer lo que preparaba la mujer. En abundancia, eso sí. Por la noche, dependía de cómo hubiera ido el día. Si habían llegado muchos refuerzos de las colinas cercanas, los jefes aprovechaban a esos asaltantes para organizar con éxito operaciones de caza más rentables, rodeando a los fugitivos por todos lados. Era trabajar doble, como quien dice. Y por la noche había que volver a reunirse en el centro para comer carne todos juntos, hacer un poco de amistad con los *interahamwe*, ponerse a gusto con los colegas que venían de fuera, oír las proclamas de las autoridades y repartirse el botín de los saqueos.

Pero los días de correrías normales, no nos quedábamos tanto rato en la taberna del centro y nos íbamos temprano a casa a abrir una Primus en la intimidad. Aprovechábamos esas treguas para estar tranquilos y descansar.

Cuantos más refuerzos llegaban, más tenían que internarse las correrías en los pantanos hondos, más papiros había que apartar, más había que andar por el cieno con el machete en la mano y más cansados volvíamos. Todos sudados y chorreando barro. Los refuerzos de fuera y su buena voluntad era la exigencia de organización más agotadora.

IGNACE: Nos juntábamos un montón, como mil, en el campo; nos íbamos a la selva con cien o doscientos cazadores, nos dirigían dos o tres señores con fusiles, militares o intimidadores. En la orilla embarrada de las primeras filas de papiros, nos separábamos por equipos de conocidos.

Los que querían charlar, charlaban. Los que querían hacer el vago, lo hacían, siempre y cuando no se les notase. Los que querían cantar, cantaban. No escogíamos canciones especiales para tener más entusiasmo, no cantábamos ninguna letra patriótica como las de las músicas de la radio, ninguna letra mal intencionada o burlona contra los tutsis. No necesitábamos estrofas animosas, escogíamos espontáneamente canciones tradicionales que nos gustaban. O sea, que éramos corales itinerantes.

En los pantanos, bastaba con registrar y matar hasta que sonaba el silbato final. A veces, en vez de un silbato sonaba un disparo de fusil, era la única novedad de la jornada.

ÉLIE: Los intimidadores programaban y animaban; los comerciantes pagaban y transportaban; los campesinos rondaban y saqueaban. Pero para las matanzas, todo el mundo tenía que estar en el camino con una cuchilla en la mano y participar, en todos los casos, con una cantidad suficiente de trabajo.

La gente sólo se enfadaba cuando los jefes anunciaban colectas obligatorias para pagar a los voluntarios que se iban de correría de ayuda a sectores vecinos. Rezongaban sobre todo contra las colectas organizadas para dar primas a los *interahamwe* de las otras comarcas de los alrededores.

Nosotros no nos fiábamos de esos programas de envergadura; pensábamos que era más rentable que cada cual se quedase en su casa. Sabíamos muy bien que los que venían desde muy lejos cobraban cantidades elevadas. En el fondo, no nos gustaban, preferíamos hacer las cosas bien entre nosotros.

En eso de las tareas de matanzas y las compensaciones la gente de las colinas no era partidaria de repartir.

LÉOPORD: Yo era responsable juvenil de las matanzas en la célula de Muyange; desde luego que era algo que me resultaba nuevo. Así que me levantaba más temprano que los vecinos para concretar los preparativos. Silbaba para dar la señal de llamada, metía prisa a la concentración, regañaba a los que se habían levantado tarde, comprobaba quién faltaba y por qué, repartía consejos. Si venían a cuento un sermón o una declaración, después de una reunión de los coordinadores, los soltaba sin rodeos. Y daba la señal de salida.

La gente de Kibungo, de Kanzenze y de N'tarama se reunía en el campo de fútbol de Kibungo. Los de Muyange y los de Karambo se reunían delante de la iglesia pentecostista de Maranyundo. Y en esos sitios, si había pinchos comíamos. Si había consignas las escuchábamos y salíamos andando.

Lo normal era ir a pie por la espesura y por eso madrugábamos más que los colegas de Kibungo. Sin embargo, durante ese período hubo mucha circulación de vehículos. Los conductores eran serviciales y ofrecían los volquetes sin pedir nada a cambio; algunos comerciantes hacían muchos viajes de ida y vuelta gratis; así que era posible encontrar sitio en la camioneta de un comerciante o en un autobús militar. Dependía de la suerte o de la categoría que tuviera cada cual.

ÉLIE: Era necesario darse prisa y no había permisos; sobre todo, nada de domingos; era necesario acabar. Se suprimieron todas las ceremonias. Todos estábamos contratados en las mismas condiciones para un trabajo único: matar a todas las cucarachas. Los intimidadores no nos proponían más que una meta y una forma de alcanzarla. Quien localizaba una anomalía, movía el asunto en voz baja; quien necesitaba una dispensa, igual. No sé cómo estaban organizadas las cosas en las demás regiones, pero en la nuestra era algo muy elemental.

JEAN-BAPTISTE: En el fondo, es una exageración decir que nos organizamos en las colinas. El avión se cayó el seis de abril. Unos pocos vecinos hutus empezaron directamente las represalias. Pero la mayoría esperó cuatro días, en su casa y en las tabernas más cercanas, oyendo la radio, mirando cómo huían los tutsis y charlando y bromeando sin preparar nada.

El diez de abril, nos reunieron el burgomaestre, con traje plisado, y todas las autoridades. Nos echaron un rapapolvo, amenazaron de antemano a los que fueran a hacer el trabajo de mala manera; y las matanzas empezaron sin un método bien elaborado. La única norma era seguir hasta el final, conservar un ritmo satisfactorio, que no se escapase nadie y poder saquear todo lo que nos encontráramos. Era imposible meter la pata.

IGNACE: Después de caerse el avión, ya nadie se hacía la pregunta de quién se había apuntado a las doctrinas del partido presidencial o a las doctrinas de un partido rival. Ya nadie se acordaba de las pendencias, de quién se había llevado mal con quién en el pasado. No teníamos más que una idea en el coco.

Nadie se preguntaba ya quién se había entrenado con fusiles y había aprovechado los conocimientos de una milicia o quién no había levantado nunca las manos de la azada. Teníamos cosas que hacer y las hacíamos lo mejor que sabíamos. Nos importaba un bledo quién prefería obedecer al burgomaestre, o estar a las órdenes de los *interahamwe*, o quién prefería obedecer directamente las órdenes del concejal de la comuna, al que conocíamos bien. Obedecíamos a quien fuera y estábamos contentos.

Los hutus de cualquier categoría se habían convertido de repente en hermanos patriotas que no tenían ya ninguna discordia política. Ya no andábamos haciendo juegos de manos con las palabras políticas. Ya no estábamos en eso de «cada cual en su casa». Hacíamos una tarea de encargo.

Íbamos en fila siguiendo la buena voluntad de todos. Nos reuníamos en el campo de fútbol en bandas de conocidos y nos íbamos de caza agrupados por afinidades.

LAS TRES COLINAS

Dos corrientes anchas y un lago, perezosos y ocultos bajo alfombras de papiros, de juncos y de nenúfares, acotan la comarca de Bugesera. El río Akanyaru al oeste, el río Nyabarongo al norte y, tras formar un recodo, al este; el lago Cyohoha, al sur. Antaño la dividía en dos, a lo ancho, un lago llamado Cyohoha del Norte, pero no ha sobrevivido a las sequías recientes, manifestaciones locales del fenómeno meteorológico de El Niño. Cruza la zona a lo largo una pista llena de baches que une Kigali a la frontera de Burundi en cinco o seis horas de trayecto de un minibús cuyos amortiguadores van abdicando por turnos bajo la sobrecarga de pasajeros.

Aunque la región de Bugesera esté rodeada de pantanos y disfrute al año de dos estaciones de las lluvias, la aridez de la laterita ocre que la cubre ha desalentado durante mucho tiempo a los hombres. Pues en esos campos de polvo y arcilla son escasísimos los veneros naturales de agua potable.

Tras cruzar el puente del Nyabarongo, que indica la entrada en la comarca, el primer hilillo de agua pura está a veinticinco kilómetros tierra adentro. Se llama el Rwaki-Birizi, corre por una capa freática, alejado de los pantanos pútridos, y riega la comuna de Nyamata. A eso se debe que, durante todo el año, mucho antes de las primeras luces del día, una multitud de mujeres y muchachas —con una garrafa colgando de cada brazo y otra encima de la cabeza— y jóvenes ciclistas, cuyas bicicletas-taxi están acondicionadas artesanalmente para transportar tres o cuatro garrafas de esas, lo tomen por asalto para surtir sus casas y las de sus amas o sus clientes.

En Bugesera, la inmigración se remonta a 1959. La provocaron los levantamientos que precedieron a la primera república de Ruanda y, más adelante, a su independencia. Aquel año, huyendo de los pogromos con que se festejó la abolición de la monarquía tutsi, algunos tutsis se suben a la

desesperada en los volquetes de madera de los camiones de la administración belga; tras viajar toda una noche, los dejan abandonados a la orilla del río.

Lo cruzan y se internan en una zona de matorrales y selva en la que vivían, desde la noche de los tiempos, escasísimas y discretas comunidades de twas y de campesinos hutus o tutsis, oriundos de esas colinas, demasiado apartados del mundo para que les preocupase su origen étnico y amenazados por una fauna feroz. Los ancianos hablan aún de cómo acamparon en chozas de hojas, al amparo de hogueras nocturnas, en una sabana donde predominan las hordas de elefantes y los rebaños de búfalos.

Innocent Rwililiza, un profesor, recuerda que, en época más reciente, en la década de 1980, divisaba de tarde en tarde un león, una pantera o una pitón tras un soto, por el camino que recorría todas las semanas con los demás internos de la Escuela Normal de Rilima. Poco a poco, las talas fueron haciendo retroceder a esos animales hacia el parque montañoso de Akagera; o los cazaron a lanzazos y con flechas; de ahí que durante las matanzas del genocidio se usasen esas armas.

Cuando los abandonan a orillas de pantanos en que zumban las moscas tsetsé y los mosquitos, los pioneros tutsis tienen que hacer frente a la enfermedad del sueño, a la malaria y al tifus. Se afincan por las inmediaciones del manantial, empiezan por limpiar áreas de calveros que se prestan a la cría de vacas *ankolé* y van construyendo la aldea de Nyamata alrededor de una iglesia y un edificio oficial de ladrillo. Van llegando sucesivamente oleadas de tutsis y de hutus, que las matanzas o la miseria expulsan de sus comarcas y, unas tras otras, van poblando las catorce colinas de la comuna de Nyamata.

A principios de la década de 1970, sobre todo, una hambruna que azota los campos de Gitarama arroja a los caminos a una colonia de familias hutus. Rodean las montañas de Mugina y llegan al delta del Akanyaru y del Nyabarongo. Cruzan la cenagosa llanura de papiros; pero, para desviarse del rastro de sus compatriotas tutsis, se adentran en una selva virgen y se detienen al llegar a las primeras pendientes.

Esta selva cubre tres colinas que se alzan por encima del delta. La colina de N’tarama bordea el Akanyaru; la colina de Kibungo, en el extremo del delta, va siguiendo el curso del Akanyaru y del Nyabarongo; la colina de Kanzenze está a orillas del Nyabarongo.

La administración local de entonces, que se hallaba en manos de funcionarios o de hutus electos —como en todo el resto del país desde la fecha de la independencia—, permite que esos nuevos colonos hutus se adueñen libremente de tierras de cultivo en las selvas. Los recién llegados se cobijan en chozas; luego, con considerable esfuerzo, deforestan los terrenos hasta las riberas. Estos hábiles campesinos hallan campos de aluvión especialmente fértiles para el cultivo de los plátanos.

Temporada tras temporada, las plantaciones van dejando claros en la selva, por la parte alta, y merman las orillas por la baja. Gracias a las primeras cosechas, los campesinos hutus construyen casas con vigas y las techan con tejas de color beige típicas de su comarca natal, construyen gallineros y cercados para cabras o para cerdos negros, cerrados y cubiertos, que se diferencian de los recintos de hojas, amplios y a cielo abierto, en los que los tutsis encierran sus vacas. Aún hoy esos labriegos, o, mejor dicho, esas labriegas, caminan todas las mañanas dos o tres horas para ir hasta los pantanos y cargar a la espalda garrafas de agua cenagosa para limpiar la casa y cocinar.

Esta instalación tardía en la zona invalida cualquier debate acerca de la anterioridad de una etnia que le otorgase más derechos que a la otra. Todos esos inmigrantes de Bugesera llegaron casi a un tiempo, bajo el imperio del temor de haber estado a punto de quedarse sin tierras que les dieran de comer en determinado momento de su existencia.

En vísperas del genocidio, la población de la comuna de Nyamata sumaba 119.000 habitantes en la aldea y en las catorce colinas de los alrededores, abarcando una superficie total de 398 kilómetros cuadrados. De entre esas catorce colinas, las de Kibungo, Kanzenze y N'tarama contaban con 12.675 habitantes en una superficie de 133 kilómetros cuadrados. Tras las matanzas, la población de la comuna se quedó en 50.500 habitantes y la de las tres colinas citadas en 5.000. En menos de seis semanas mataron aproximadamente a cinco tutsis de cada seis.

LA PRIMERA VEZ

FULGENCE: Para empezar, le partí la cabeza a una abuela, de un estacazo. Pero como estaba ya tirada en el suelo y la mar de agonizante, no sentí la muerte en la punta del brazo. Me fui a mi casa por la noche sin acordarme más de eso.

Al día siguiente, rajé a unos cuantos, de pie y bien vivos. Fue el día de la matanza de la iglesia, es decir, un día muy particular. Me acuerdo de que, por culpa del barullo, empecé a herir sin mirar a quién hería, según se me iba poniendo delante la gente, por decirlo de alguna manera. Los empellones eran un estorbo muy grande para las piernas y nos dábamos con los codos.

Hubo un momento en que vi que un chorro de sangre empezaba a correrme ante la vista; le empapaba la piel y la ropa a una persona que no acababa de caerse. Lo veía correr incluso en la penumbra. Noté que caía de mi machete, lo miré y estaba empapado. Me asusté y me fui escurriendo entre el gentío para salir sin volver a mirar a aquella persona. Ya estaba fuera y tardé en volver a entrar, ya había hecho bastante. Aquella persona a la que acababa de herir era una mamá; me había resultado repugnante tener que rematarla a pesar de la penumbra.

PANCRACE: Ya no me acuerdo de la primera persona a la que maté, porque no la identifiqué entre el gentío. Tuve la suerte de matar a varias personas sin mirarlas a la cara. Quiero decir que yo hería y alguien gritaba, pero los alaridos venían de todos lados; así que era un lío de golpes y gritos que se repartían entre todo el mundo.

Pero sí que me acuerdo de la primera persona que me miró, en el momento de asestarle el golpe sangriento. Eso sí que fue algo. Los ojos de la persona a la que matas son inmortales si te miran de frente en el momento fatal. Son de un color negro terrible. Impresionan más que los chorreones de sangre y que los estertores de las víctimas, incluso entre un barullo grande de

muerte. Los ojos de los asesinados son una calamidad para el asesino si los mira. Son el reproche del muerto.

ALPHONSE: Fue antes de que se decidieran las grandes matanzas totales. Un grupo de tutsis se había metido en la selva de Kintwi para resistir. Los localizamos detrás de unos bosquecillos; estaban de pie, con piedras y ramas o herramientas. Los cabecillas lanzaron granadas. Luego vino un desbarajuste. Los tutsis se dispersaron y nosotros nos fuimos detrás. En la desbandada, a un viejo que no se valía ya muy bien le dieron un empellón mientras corría. Se cayó a mis pies y le clavé el inkota en la espalda. Una hoja afilada para sacrificar al ganado, que había cogido por la mañana.

Un joven que tenía a mi lado me ayudó, sin decir palabra, con el machete, como si esa víctima fuera suya. Cuando oímos terminar al viejo, mi joven colega me comunicó que lo conocía desde hacía mucho. Vivía algo más abajo de la casa de él. Dijo que se había quitado un buen estorbo de encima; se veía que estaba contento. Yo sabía cómo se llamaba el viejo, pero no sabía nada malo de él. Se lo conté a mi mujer por la noche; sólo estaba enterada de detalles rutinarios de ese viejo; no hablamos más del tema y me dormí.

Todo había resultado muy fácil; no se resistió. En el fondo, esa primera vez, me sorprendió mucho lo rápido que era morirse y también lo blando del golpe, por decirlo de alguna manera. No había matado nunca antes, nunca me lo había planteado, nunca había probado con un animal de sangre. Como tenía con qué, en las bodas o en Navidad pagaba a un chico para que matase a los pollos detrás de la casa, para ahorrarme esa guarrería.

JEAN-BAPTISTE: Volvíamos de los pantanos. Unos jóvenes registraron la casa de un señor que se llamaba Ababan-ganyingabo; estaban con la mosca detrás de la oreja porque a ese hutu de Gisenyi se lo veía mucho con los tutsis y era posible que les ofreciera trabajar para ellos. Descubrieron que había ayudado a algunos tutsis a ocultar sus vacas. Detrás de la casa, en un cercado, creo. Rodearon al hombre para inmovilizarlo; y oí mi nombre.

Me nombraban porque sabían que estaba casado con una tutsi. Se iba extendiendo la noticia de la situación de Ababan-ganyingabo; la gente esperaba. Estaban calientes porque habían matado a unas cuantas personas. Alguien dijo ante el auditorio: «Jean-Baptiste, si quieres salvar la vida de tu mujer, Spéciose Mukandahunga, tienes que rajar a este hombre ahora mismo. Es un tramposo, demuéstranos que tú no eres de ésos». Se dio la vuelta y

ordenó: «Que le traigan una cuchilla». Yo había escogido a mi mujer por amor a su belleza; era alta y muy afectuosa; me tenía mucho apego y me dolía mucho perderla.

El gentío iba en aumento. Cogí el machete y di el primer tajo. Cuando vi burbujear la sangre, me sobresalté y retrocedí un paso. Detrás de mí, alguien me detuvo y me empujó hacia delante por los codos. Cerré los ojos en medio del barullo y di otro tajo como el de antes. Ya estaba hecho, la gente aprobaba, se quedaba satisfecha y se marchaba. Retrocedí. Fui a sentarme en un banco de una tabernita, cogí la bebida y no miré hacia el lado que no debía. Más adelante me enteré de que el hombre estuvo dos horas largas moviéndose antes de acabar.

Luego nos acostumbramos a matar sin darle tantas vueltas.

PIO: Yo había matado gallinas, pero nunca un animal de la corpulencia de un hombre, como una cabra o una vaca. A la primera persona la maté deprisa y corriendo, sin pensar en nada de particular, aunque era uno del vecindario, que vivía en mi colina, muy cerca.

En realidad, tardé en darme cuenta de que le había quitado la vida a uno del vecindario. Quiero decir que en el momento fatal no lo diferencié por lo que había sido, herí a una persona que no me era ya ni íntima ni ajena. No era ya del todo una persona corriente, quiero decir como esas con las que nos encontramos a diario. Sí que tenía rasgos parecidos a los de esa persona que conocía yo, pero nada me recordaba en serio que llevaba viéndola desde hacía mucho.

No sé si puede usted entenderme bien. Era un reconocimiento sin conocimiento. Era la primera víctima a la que mataba; tenía la vista y el pensamiento liados.

ÉLIE: En 1992, como militar retirado, había matado ya a dos civiles durante los jaleos de las protestas. La primera era una asistente social del sector de Kanazi. Era conocida por amable y de reputación modesta. Le disparé una flecha. La vi caer, pero no la oí gritar porque nos separaba mucha distancia. Me volví a zancadas en dirección contraria sin saber nada de cómo se había muerto. Luego me penalizaron con una multa. También había oído reproches a distancia de su familia y amenazas de calabozo, pero sin consecuencias demasiado molestas.

En el año noventa y cuatro, durante las matanzas de los pantanos, tuve mucha suerte porque podía matar con mi antiguo fusil del ejército. Eso de dejarle al oficial el arma al acabar su carrera es una de nuestras tradiciones militares. Matar con fusil es como un juego comparado con el machete, impresiona mucho menos.

ADALBERT: El primer día no me molesté en matar directamente porque mi tarea consistía en primer lugar en dar consignas y animar al equipo. Era jefe. También tiré algunas granadas, acá y allá, entre el jaleo de los contrarios, pero sin ver los efectos de la muerte, salvo que oía los gritos.

De la primera persona a la que maté con machete, no me acuerdo ya de los detalles exactos. Estaba echando una mano en la iglesia; di tajos grandes, acerté por todos lados, noté el esfuerzo, pero no noté la muerte; no había ningún sufrimiento personal en el barullo. Y por eso para mí la primera vez que puedo contar de verdad, un recuerdo que se me haya quedado, es cuando maté a dos niños el diecisiete de abril.

Esa mañana andábamos por ahí en misión de rastreo para descubrir tutsis que se hubieran escondido en terrenos de Rugazi. Me encontré con dos niños sentados en el rincón de una casa. Estaban callados como dos santos. Les dije que salieran; se pusieron de pie, querían portarse bien. Los hice andar en cabeza de nuestro grupo para llevarlos al centro de Nyarunazi. Era hora de volver, echamos a andar, íbamos comentando el día.

Como jefe, además de las granadas, tenía desde hacía poco derecho a usar fusil. De camino, sin pensar en nada, quise probarlo. Puse a los niños en hilera a veinte metros, me paré, les disparé dos veces por la espalda. Era la primera vez en mi vida que usaba un fusil porque ya no hay costumbre de cazar en Bugesera desde que no quedan fieras. Me resultó curioso ver cómo caían los niños sin hacer ruido. Era tan cómodo que casi daba gusto.

Seguí andando sin agacharme para comprobar si estaban muertos de verdad. Ni siquiera sé si hubo quien los apartase o los tapase en un lugar más decente.

Ahora noto que demasiadas veces me alcanza el recuerdo de esos dos niños a los que disparé por las buenas, como por un capricho.

IGNACE: Estábamos registrando un campo cuando alguien dijo a voces que un grupo pequeño de tutsis se había refugiado en la minas de Birombe. Eran unas minas abandonadas de piedra casiterita, en la colina de Rusekera. Nos

molestó esa trampa y montamos enseguida una correría. Los rodeamos. Los que llevaban granadas de nuestro grupo empezaron a tirárselas a los tutsis para dispersarlos; pero algunos se metieron en las galerías hondas.

Sabíamos que para recorrer, ida y vuelta, la galería principal se necesitaban treinta minutos. Era demasiado peligro meterse en esas tinieblas llenas de tutsis amenazadores. Así que cortamos matorrales y vigas de las casas abandonadas. Taponamos la galería con esa madera para quemar y le prendimos fuego. Los tutsis se murieron ahumados o abrasados, fueron veintisiete personas. El veintidós de abril, me acuerdo bien. Era mi primera correría de matanza y la más de lamentar por lo malas que son las quemaduras.

LÉOPORD: Desde por la mañana, hubo gente que empezó a matar por las calles, sin atreverse demasiado. Se oían disparos en lo alto de la colina de Kayumba. Eran militares que iban empujando a un grupo de fugitivos hacia la comuna y la iglesia de Nyamata. Estaba muy claro que el día iba a estar animado. Cogí el machete. La gente se andaba persiguiendo ya por varios sitios.

En la plaza del mercado me crucé con un hombre que venía corriendo hacia mí. Bajaba de Kayumba sin resuello y con mucho miedo, sólo se fijaba en por dónde corría, no me veía. Yo iba subiendo. Al pasar le di un machetazo en la zona del cuello, en la vena vulnerable. Me salió tal cual, sin pensar. Era fácil apuntar porque el hombre no se resistía. No hizo nada para protegerse, cayó sin un grito, sin un quejido. No sentí nada, lo dejé. Miré alrededor, todo el mundo mataba por todas partes; seguí persiguiendo a los demás fugitivos durante todo el día.

Era una tarea de mucho sudar y muy distraída, era como una diversión inesperada. Ni siquiera llevé la cuenta. Ni mientras duraron las actividades ni después, porque sabía que la cosa iba a volver a empezar. Sinceramente, no puedo decirle a cuántos maté porque se me olvidaron muchos por el camino.

De ese señor al que maté en la plaza del mercado le puedo contar un recuerdo exacto porque fue el primero. De los demás, lo tengo menos claro, no me han dejado huella en la memoria. Me pareció que no era nada del otro mundo; ni siquiera noté, mientras los mataba, nada que me convirtiera en asesino.

UNA BANDA

La familia de Ignace Rukiramacumu forma parte de la primera columna hutu que cruza los pantanos en 1970 y se afinca en lo más hondo de la selva Nganwa, en las orillas del río Akanyaru. Ignace cuenta a la sazón treinta y siete años. Conoció bien, pues, la monarquía tutsi, puesto que tenía veintiséis años cuando murió Mutara Rudahigwa, el último soberano importante. Por eso, antes del genocidio, tendrá en el grupo un papel de veterano resentido, será algo así como una memoria avinagrada de los malos tiempos.

Las familias de Adalbert Munzigura, Fulgence Bunani, Pio Mutungirehe y Pancrace Hakizamungili llegan poco después y se afincan en las selvas de Kiganwa, también en las orillas del Akanyaru. Alphonse Hitiyaremye llega más adelante; al principio, viene contratado de jornalero en tierras de prósperos ganaderos tutsis. Más adelante, compra un terreno en la selva de Nyamabuye, más cerca del río Nyabarongo, y lo deforesta.

Adalbert, Fulgence, Pio, Pancrace y otros más crecen juntos, en la misma tropa de chiquillos y en los bancos de la escuela, donde, como es lógico, se codean con los tutsis de su edad. No vivieron bajo el anterior régimen y no les enseñan casi nada en el colegio acerca de la historia de Ruanda.

Ya adolescentes, dejan la escuela para trabajar en el campo con los adultos. Y, como ellos, faenan arduamente de sol a sol. Todo el mundo opina, y sus enemigos más que nadie, que son excelentes agricultores. Van a la iglesia con más o menos devoción, se reúnen para celebrar las ceremonias tradicionales importantes, las bodas y los entierros. Y, ante todo, quedan todos los días a media tarde para tomar juntos *urwagwa* o unas cervezas Primus, y pinchos los días de fiesta. Su taberna preferida está en Nyarunazi, la aldea más próxima de la ladera de la colina en que viven, pero no tienen inconveniente en ir a pie hasta otras tabernas más animadas del centro comercial de Kibungo o abrir una garrafa en el corral de cualquiera de ellos.

La tropa de chiquillos se convierte, pues, en una sólida pandilla de amigos a la que se suman Alphonse y, de vez en cuando, Jean-Baptiste Murangira, que vive en Rugunga, en la colina de N'tarama, Célestin Mutungirehe, el curandero, y unos cuantos más.

El fútbol une a Léopord Twagirayezu con Adalbert y Pio; es de estatura elevada y cuenta con idéntica vitalidad atlética. Pero la tierra de su familia está en Muyange, a unos veinte kilómetros de los ríos y, por lo tanto, ve a la banda más de tarde en tarde: para ir a los partidos, andar deambulando por el mercado o asistir a las bodas.

Elie Mizinge pertenece a la generación anterior, igual que Ignace Rukiramacumu. Conoce a los de la banda durante las matanzas y camino del Congo y del destierro; se integra por completo en ella en la cárcel. Elie e Ignace son los dos veteranos de la banda. Tienen una forma de ser muy diferente, casi opuesta. A Élie, que había disfrutado anteriormente de muchos privilegios por su condición de militar y, luego, de policía, lo afectan mucho los acontecimientos. Estos diez años lo han dejado muy deteriorado, como demuestra su forma de andar, titubeante y con la espalda encorvada. Se comporta de forma quejumbrosa, dócil y casi obsequiosa, mas no por ello deja de hacer auténticos esfuerzos para entender el marasmo en que se halla y demostrar que los acontecimientos lo superaron y se portó mal.

También Ignace sabe que equivocó el camino; rumia el fracaso en voz alta sin que sea posible saber si condena más la empresa en sí o la forma en que acabó. Es uno de los más retorcidos durante las entrevistas. Da un paso adelante y dos atrás; al día siguiente, vuelve a recorrer lo avanzado en dirección contraria. A veces finge una insensibilidad total hacia los demás o lo mira a uno con ojos acusadores y lanza singulares profecías.

En cuanto a Joseph-Désiré Bitero, no es uno de los amigos de la banda porque pertenece al reducido ámbito de las fuerzas vivas de Nyamata; pero, como jefe de los *interahamwe* de la comuna, tiene una estrecha relación con varios de los integrantes de la misma, sobre todo con Adalbert y con Léopord, dos activistas muy dispuestos con los que está encariñado, y con Élie, policía jubilado al que consulta antes y después de las matanzas.

La familia de Jean Ndayambaje pertenece al mismo grupo de inmigrantes que Pio o Adalbert, procedente de Gitarama. Tenía diez años en la época del genocidio; es demasiado joven para pertenecer a la banda. Sin embargo, a la salida de la escuela, participa con sus integrantes en las labores campesinas;

ronda la taberna a la que van y pega patadas al balón en el mismo campo de fútbol.

Ahora no quiere que nadie ponga por escrito nada concreto relacionado con lo que hizo durante las matanzas. Sólo cuenta cómo lo capturaron los militares tutsis del Frente Patriótico Ruandés varios meses después del genocidio, entre una horda de parias desharrapados que huían siguiendo el curso del río; todos eran ex *interahamwe* que sobrevivían cazando y robando. Cuenta también que lo internaron en un centro de reclusión para niños de Gitagata, de donde salió tres años después, sin que lo juzgaran por los cargos que había en contra de él, merced a un indulto para los detenidos menores de catorce años en la época de las matanzas.

En la actualidad es un muchacho rechoncho, vestido con pantalones cortos y camisetas que se trajo del centro de reclusión; se mata a trabajar, de sol a sol, en la tierra de su familia, en Kibungo. Tiene ojos desconfiados, luce una sonrisa enigmática, que puede ser burlona o desengañada, ante todos sus semejantes y no quiere saber ya nada de las cosas de este mundo, nada que no sea beberse una botella de vino de plátano los sábados por la noche.

Clémentine Murebwayre no tiene nada que ver con esta banda, pero vive en una casa de adobe en la colina de Kibungo. Es una mujer de alrededor de treinta años, cuyo delicado rostro resulta aún más atractivo debido a las diminutas pecas pardas. Es hutu, nació en la ciudad, se casó, por mediación de un tío, con Jean-de-Dieu Ruzindana, «un tutsi muy bueno, a pesar de los inconvenientes del campo, que me había integrado en su familia de Kibungo». Clémentine y su marido no simpatizaban con los chicos de la banda y no iban a la misma taberna, pero los conocían bien porque su tierra lindaba con las de Pancrace y Adalbert.

Recuerda: «Era un grupo muy conocido en la colina por las juergas que se corrían. Esos individuos no parecían mala gente. Salvo, quizá, Ignace, el viejo, que se pasaba el día gruñendo en contra de los tutsis. Pero cuando habían bebido les gustaba ir de taberna en taberna sembrando desavenencias y maldades. Solían meterse con los tutsis y prometerles represalias desagradables, pero no los maltrataban. Adalbert era el cabecilla. Era el más fuerte, el más atrevido, el más bromista; nunca le importaba meterse en broncas por bobadas. Podía andar pinchando a quien fuera sin perder nunca el buen humor. Dicho sea entre nosotros, se notaba que ese grupo se estaba volviendo de cuidado».

Innocent Rwililiza, un superviviente, nacido también en Kibungo, confirma: «Eran gente muy trabajadora, excelentes campesinos, que podían ser muy amables y muy serviciales. Pero, poco a poco, se fueron empapando de la frustración y la envidia hacia los tutsis que sus padres habían traído de Gitarama. Durante las matanzas del noventa y dos, de repente se calentaron en contra de los tutsis y se los vio muy amenazadores. Esas grescas acabaron sin consecuencias en esta comarca gracias a la sensatez del consejero. A partir de ese momento, se intuía que la maldad se había apoderado de ellos y podía llevarlos a dar un paso en falso en cualquier momento. Se los veía cada vez más bruscos, sobre todo cuando llegaban noticias de la guerra de los *inkotanyi*. Pero quién iba a imaginarse que podrían un día matar a ese ritmo».

Cuando se realizan estas entrevistas, los chicos de la banda están todos todavía en el penal de Rilima. Menos Joseph-Désiré, que no puede salir del sector de los condenados a muerte, los demás se reúnen desde que amanece para dedicarse juntos en el patio colectivo a sus ocupaciones obligatorias o voluntarias: traer agua, jugar, descansar. Adalbert, jefe de seguridad de su sección tras haber sido jefe *interahamwe* en Kibungo, conserva intacta el aura e hizo continuamente gala de autoridad durante el juicio; Fulgence, siempre calzado de blanco, se dedica a sus devociones; y Pio, a su buen humor; Élie se hace la víctima si a mano viene en tanto que Ignace desempeña su papel de gruñón.

Léopord no ejerce ya de rival de Adalbert. Muestra una seguridad en sí mismo no menor, pero se mantiene apartado. Es el único, hasta el día de hoy, que se ha venido abajo hasta cierto punto. Sucedió en un campo del Congo, en donde seguía haciendo de *interahamwe*. Un día, al final de una misa de campaña, sintió necesidad de contarlo todo, de denunciarse, rodeado de cómplices y de congéneres sorprendidísimos y que lo llamaban chalado. De regreso a Nyamata, persiste en el empeño y ofrece en el acto contárselo todo a los magistrados que están instruyendo el caso. Es pues, a un tiempo, uno de los que más le dio al machete y el que confiesa con más precisión qué hizo él y qué hicieron sus jefes.

También Jean-Baptiste decidió dirigirse al tribunal para confesar motu proprio nada más volver del destierro, en 1996. Su colaboración le valió, en la cárcel, la benevolencia de la administración y es impulsor de un grupo de arrepentidos. Jean-Baptiste, de quien dice Innocent que es tan «malo y decidido como listo e inteligente», se expresa correctamente; pero es más

calculador que Léopord. Es meloso y evasivo, aunque cuesta saber si se debe a cobardía o a apuro.

Pues es, efectivamente, el que tiene conciencia más clara de lo que hicieron y el que más cuenta se da de cómo los ve el mundo exterior tanto en Ruanda cuanto en el extranjero.

Tras años de silencio, al acercarse la fecha del juicio, la mayoría de los miembros de la banda empiezan a admitir, en mayor o menor grado y con gran prudencia, su participación en el genocidio. Los mueven a ello las promesas de indulgencia de la justicia. Pero también el deseo de no quedar excluidos de la banda y de ampararla. La amistad que los une desde hace tanto tiene para ellos gran importancia y así lo explican.

Pancrace: «En las asambleas de la cárcel hubo roces que aislaron un poco a los que no quieren confesar nada. Los que no quieren decir ni una palabrita de lo que pasó deben callarse juntos, sin tener ya nada que ver con esos a los que amenazan y acusan.

»Pero los que aceptamos confesar, aunque sea un poco, igual que nosotros en la banda, conservamos una amistad tan firme como antes de las matanzas».

Pio: «En la cárcel, las camas de la gente de la banda no están puestas juntas; pero, durante el día, el tiempo nos reúne y nos permite intercambiar amistad e ideas. El tiempo de antes nos había unido muy sólidamente, gracias sobre todo a las plataneras. íbamos juntos de una a otra para los cortes y las cosechas. Prensábamos los plátanos juntos. Nos invitábamos para compartir el *urwagwa*. También venían los que tenían menos. Si la muerte se había llevado un pariente de casa de alguno, íbamos a verlo para compartir la pena y la bebida. No se nos ha olvidado nada de esos buenos ratos. Y por esa razón la vida de la cárcel nos apiña como antes».

Léopord: «En la banda, no están repartidas las confesiones por igual, pero nos hablamos con amistad aunque no estemos de acuerdo. Nos ayudamos mutuamente. Como no hay bebidas o caprichos, nos repartimos la sal o el azúcar, nos gastamos bromas contra la nostalgia, jugamos al voleibol o a juegos de sociedad sin complicaciones».

Jean-Baptiste: «No hay ningún pique dentro del grupo. Hay mayores y hay jóvenes, el destino no nos ha separado. Yo intento alentar las confesiones. Pero cada cual calcula las suyas como le conviene. Pese al tremendo trabajo de las matanzas y la mala vida de la cárcel, el ambiente no se deteriora entre nosotros. Deseamos juntos con impaciencia que se acabe nuestra desgracia. Nuestra mala suerte, sólo veo ese problema entre nosotros».

Adalbert: «Evitamos hablar de los infortunios, como los recuerdos de los campos o las privaciones. Tenemos coros y y también jugamos. Intentamos salvarnos de la amenaza de las epidemias. Compartimos las noticias de nuestras tierras y los víveres si la suerte permite que venga un pariente a la cárcel. Siempre hemos seguido siendo amigos, siempre igual de unidos a pesar de las calamidades de la vida, del destierro y de la cárcel. Hacemos lo que hay que hacer como compañeros en cualquier situación».

EL APRENDIZAJE

ADALBERT: Muchos campesinos no eran ágiles para las matanzas, pero se los veía concienzudos. De todas maneras, uno se iba haciendo con un estilo a base de imitación. La machaconería y la repetición remediaban la torpeza. Me parece que eso es verdad en todas las actividades manuales.

PANCRACE: Mucha gente no sabía matar, pero no era un inconveniente, porque había *interahamwe* que los ayudaban en los primeros pasos. Los primeros días, los *interahamwe* se desplazaban en autobús desde las colinas próximas para arrimar el hombro. Eran más mañosos, eran más imperturbables. Se los veía más especializados. Daban consejos acerca de los caminos por los que había que ir y de las técnicas para herir. Pasaban junto a nosotros y gritaban: «Haz lo que haga yo; si notas que te lías, pide ayuda». Aprovechaban el tiempo libre para iniciar a los que no estaban cómodos en ese trabajo de matar.

Esa instrucción duró sólo los primeros días; luego tuvimos que apañárnoslas solos y perfeccionar nuestros métodos rudimentarios.

ALPHONSE: Al principio rajas con timidez; luego el tiempo ayuda a acostumbrarse. Hay casos de colegas que hicieron que les enseñaran la forma exacta de herir: a un lado del cuello o en la parte de atrás de la cabeza para acelerar el final. Pero hay casos de otros colegas que siguieron siendo torpes hasta el final. No se atrevían, gesticulaban y, además, iban despacio; pegaban en el brazo en vez de en el cuello, por ejemplo, y salían corriendo y gritando: «Ya está, lo he matado del todo». Pero sabían que no era cierto. Tenía que intervenir un especialista para alcanzar la diana y rematarla.

ÉIE: El garrote machaca más, pero el machete resulta más natural. Los de Ruanda están acostumbrados al machete desde la infancia. Lo que hacemos todas las mañanas es agarrar un machete. Segamos el sorgo, cortamos las plataneras, limpiamos de lianas, matamos los pollos. Incluso las mujeres y las niñas cogen el machete para las tareas pequeñas, como hacer astillas para guisar. Es el mismo ademán para diferentes necesidades, y nunca nos desorienta. La hoja, cuando la usas para cortar la rama, o el animal, o al hombre, no dice cómo se llaman.

En el fondo, un hombre es como un animal; das el corte en la cabeza o en el cuello y se cae solo. Los primeros días, quienes habían sacrificado ya pollos, y sobre todo cabras, llevaban ventaja; es lógico. Luego, todo el mundo se acostumbró a esta actividad nueva y se puso al día.

Sólo algunos jóvenes muy cachas y voluntarios usaban garrotes. El garrote no se usa para nada en la agricultura. Pero encajaba mejor con su forma de querer destacar y darse pisto entre la gente. Lo mismo pasaba con las lanzas y los arcos: a los que todavía tenían armas de ésas podía resultarles agradable exhibirlas o prestarlas.

PIO: Los había que mataban con facilidad; ésos les echaban una mano a los compañeros en las situaciones penosas. Pero todo el mundo podía aprender a su aire, según su forma de ser. Cada cual mataba como sabía, como le salía de dentro; cada cual iba cogiendo su velocidad personal. No había auténticas consignas para la buena maña; sólo la de no pararse.

Y, además, hay que dejar claro algo notable que nos dio muchos ánimos. A muchos de los tutsis se les vio un miedo terrible de que los matasen antes incluso de que empezásemos a herirlos. Dejaban de moverse de forma molesta. Se quedaban ahí plantados, o se encogían. Así que ese comportamiento acobardado nos ayudó a herir. Resulta más tentador matar una cabra cuando bala y tiembla que una cabra fogosa que pega saltos, por decirlo de alguna manera.

FULGENCE: Había que ir detrás de los torpes por precaución, por si la liaban. Los *interahamwe* los elogiaban o los reñían. A veces, si querían mostrarse severos, la reprimenda consistía en rematar al herido fuera como fuera. El castigado tenía que seguir con la tarea hasta el final. Lo peor era que lo obligasen a uno a hacerlo delante de los propios colegas.

Al principio del todo eran pocos. La cosa no duró mucho porque el trabajo del campo nos había acostumbrado al machete. Es lógico. Si nos dan un Bic a nosotros y a usted, usted estará más cómodo que yo en el trabajo de escribir, y a mí no me va a entrar envidia. Nosotros lo que sabíamos manejar y afilar era el machete. También era más barato que los fusiles para las autoridades. Y por eso aprendimos la tarea con la herramienta rudimentaria que teníamos.

JEAN-BAPTISTE: Si eras muy torpe con el machete, podían dejarte sin premios, para que fueras por el buen camino. Si un día se burlaban de ti, no tardabas en perfeccionarte. Si volvías con las manos vacías, incluso podían reñirte tu mujer o tus hijos.

Pero cada cual mataba a su manera. El que no se acostumbraba a rematar a la víctima, podía dejarla o pedir ayuda. Tenía detrás a algún conocido solidario.

Ningún colega se quejó jamás de que lo hubieran maltratado por torpe. Podía haber burlas y vejaciones, pero malos tratos nunca.

LÉOPORD: Yo sólo usé el machete. Primero, porque tenía uno en casa; segundo, porque sabía usarlo. Al que tiene costumbre de usar una herramienta le resulta fácil utilizarla para todas las actividades: cortar en las plantaciones o matar en los pantanos. El tiempo iba dejando que cada cual se perfeccionase a su aire. La única consigna severa era presentarse con machetes con el corte bien fino. Los afilábamos dos veces por semana por lo menos. No resultaba un problema porque teníamos nuestras piedras de siempre.

Al que hería mal o hacía como que hería le dábamos ánimos y le aconsejábamos una forma mejor; también podíamos obligarlo a coger a un tutsi solo por su cuenta, en los pantanos o delante de las casas, y obligarlo a matarlo rodeado de los colegas, para comprobar que había estado atento.

JOSEPH-DÉSIRÉ: Siempre hubo gente torpe, sobre todo en lo de rematar a los heridos. Si has nacido con una forma de ser tímida es difícil cambiar en plena matanza en los pantanos. Así que los que se notaban cómodos les echaban una mano a los que estaban apurados. No tenía mayor importancia puesto que la cosa seguía adelante.

IGNACE: Estaban los que cazaban de forma monótona y los que cazaban con ferocidad. Los que cazaban despacio porque estaban atemorizados; los que cazaban despacio porque eran vagos; los que herían despacio por maldad y los que herían deprisa para acabar el programa y volver antes, porque tenían otra cosa que hacer. Daba lo mismo, cada cual tenía su técnica y su forma de ser.

Yo, como ya era bastante mayor, no tenía obligación de recorrer los pantanos. Mi tarea era rondar despacio por las tierras de los alrededores. Escogí el procedimiento ancestral del arco y las flechas para matar a unos cuantos tutsis que iban de paso. Era una caza con acecho a la que ya estaba acostumbrado, por mis años, desde la infancia.

Jean: «La costumbre en Ruanda es que los niños imiten a los padres y a los hermanos mayores y que se coloquen detrás de ellos para copiar los ademanes. Así es como aprenden la agricultura de las siembras y los cortes desde muy pequeños. Y así fue como muchos empezaron a vagabundear tras los perros para descubrir tutsis y denunciarlos. Así fue como unos pocos niños empezaron a matar entre la espesura de los alrededores. Pero no en el cieno de los pantanos. Allá abajo, a los de poca estatura les resultaba muy difícil gesticular. De todas formas, los intimidadores lo tenían prohibido».

Clémentine: «Vi a papás que enseñaban a sus hijos cómo tenían que herir. Les hacían imitar sus gestos con el machete. Para enseñar su buena maña usaban a personas muertas o a personas vivas que habían capturado durante el día. Lo más frecuente era que los muchachos ensayasen con niños, por aquello del tamaño adecuado. Pero la mayoría no quería que sus hijos se mezclasen directamente con esas guarrerías de sangre, menos para mirar, claro».

EL ESPÍRITU DE GRUPO

El primer sentimiento que noto al enfrentarme con todos y cada uno de los miembros de este grupo no es ni aversión ni desprecio ni compasión, ni siquiera antipatía, sino desconfianza: inmediata y recíproca. Lo que no sabía al comenzar las entrevistas era que nunca había de desaparecer por completo, prescindiendo de los lazos particulares que conseguí establecer con ellos por separado. Según pasa el tiempo, la hostilidad se va difuminando poco a poco. A veces me doy cuenta de que estoy pasando un rato cordial con ellos o un rato bonachón, charlando de esto y de lo otro, aunque sin librarme ni por un momento de esa desconfianza que fomenta cuanto tiene que ver con ellos.

La desconfianza estaba muy clara también en mis primeras entrevistas con los supervivientes en la ya citada comuna de Nyamata, cuando estaba escribiendo *Dans le nu de la vie.* Sin embargo, era unilateral, fluía de ellos a mí, y nunca a la inversa; y la reserva que mostraban era de otro tipo.

Los supervivientes desconfiaban de un forastero cuyos compatriotas no habían movido un dedo para evitar el genocidio. Estaban convencidos de que, en cualquier caso, era demasiado tarde, que el testimonio en sí no tenía ya razón de ser en lo referido a las personas que habían consentido las matanzas y que la iniciativa, en consecuencia, era de dudoso interés. Y lo que resultaba aún más impresionante era que pensaban que nadie los creería si contaban lo que habían vivido o estaban viviendo desde el genocidio. También temían que sus relatos reavivaran el dolor. Y llegaban a la conclusión de que estaban perdiendo el tiempo con aquel intruso y que contar algo al margen de la comunidad de quienes se habían salvado no tenía ni sentido ni interés.

Era, pues, mucha la desconfianza, pero, fijándose bien en los motivos, el tiempo ayudaba a desvanecerla. Un superviviente no baja la guardia ante el mundo exterior ya que su mundo es ahora el de los supervivientes.

En cambio el asesino no teme que no lo crean. De lo que tiene miedo es de que lo acusen. Incluso aunque logremos convencerlo de que lo que diga no va a perjudicarlo, lo atemoriza que, lo oiga quien lo oiga o, más adelante, lo lea quien lo lea, esas palabras le hagan más daño que el silencio; y no hay ninguna relación de confianza que pueda ahuyentar por completo esa preocupación. El asesino está a la defensiva pues nota que le pende sobre la cabeza la amenaza de un castigo.

Tras publicarse *Dans le nu de la vie*, algunos lectores me preguntaron cómo había elegido a los catorce personajes. La respuesta es bien sencilla: no los escogí. Durante un viaje a Bugesera conocí a Sylvie Umubyeyi, una asistente social, y la acompañé durante su trabajo. Recorría la selva de la comarca de Nyamata buscando niños abandonados que las matanzas del genocidio hubieran dispersado. Me contó su historia y me llevó luego a casa de Jeannette Ayinkamiye, una superviviente joven que, junto con una amiga y otros niños huérfanos, se había refugiado en una casucha en la linde del campo que estaban limpiando. Jeannette me contó también su historia. El carisma de una de ellas, el desvalimiento de la otra, la dulzura, la soledad y la fuerza compartida de Sylvie y Jeannette me introdujeron en su mundo. De esas dos historias nació la idea de un libro.

Luego, los otros doce relatos fueron los de las doce primeras personas, con las que hablé a veces por casualidad, que aceptaron la idea de intentar contar las cosas. En realidad, se escogieron a sí mismas. Pese a antiguos reflejos de periodista, yo había intuido ya que, inmediatamente después de un genocidio, los criterios sociales y culturales, los de edad o sexo, no tenían sentido y habría sido absurdo querer crear una muestra representativa yendo en busca de este o de aquel superviviente porque antes del genocidio era esto o aquello. Si entre esas catorce personas hay mayoría de mujeres y de campesinas es, sencillamente, porque aceptaron el experimento con mayor espontaneidad que los hombres y los intelectuales.

En posteriores estancias, éstos me reprocharon que no les hubiera dado la oportunidad de expresar su visión de los hechos, que era diferente, con sus propias palabras y su distanciamiento de intelectuales. Les contesté que su titubeo inicial era significativo y comprensible, pero que habría sido necio e indigno, después, cambiar un relato por otro puesto que cada uno de ellos era único.

Más adelante, tuve otra fortuna, la de haber resistido a la tentación —en momentos difíciles de desavenencia y descontento, de ruptura del diálogo con algunas personas— de sustituirlas por otras más charlatanas, con más espíritu de cooperación o más francófonas. Proseguí el diálogo con todas ellas sin tener en cuenta el tiempo hasta que quedaba claro que habíamos llegado al cabo de algo.

Durante toda esta etapa de entrevistas con los supervivientes, no entré en contacto con los «otros», con sus asesinos. Ni siquiera se me ocurrió. Esos asesinos no me importaban nada. Nunca me planteé continuar el experimento con ellos; y menos aún establecer un paralelismo entre ambos relatos. Habría sido inmoral e intolerable desde el punto de vista de los supervivientes; y también seguramente desde el punto de vista del lector; y, además, no tenía el menor interés. Me topaba aquí y allá, por las colinas, con personas sospechosas de asesinato; y había coincidido con muchas así en 1994. Me bastaba con eso para imaginármelos. Sólo sentí deseos de visitar la cárcel tras acabar de entrevistar a los supervivientes. Una curiosidad ambigua que tenía que ver con las descripciones, con algunos detalles y contradicciones.

Pero la iniciativa de conversar con los asesinos apuntó aún más adelante, al calor de las preguntas de los lectores del primer libro. El interés de éstos resultó contagioso. Si había gente a quien había conmovido o interesado muchísimo los relatos de los supervivientes y quería saber, sin importarle en absoluto la objetividad, lo que les había pasado por la cabeza a los asesinos, eso quería decir que era sensato preguntárselo.

Dicho lo cual, siendo así que nunca tuve duda alguna acerca del primer proyecto, nunca dejé de tenerlas en lo referido a éste. Me embarqué en él con escepticismo, pues la relación que intenté establecer con los asesinos resultó al principio repugnante y vana a la vez, de una categoría brutalmente distinta de la que había nacido y seguido adelante con los supervivientes y la gente de la comarca de Nyamata.

Solo y enfrentado a la realidad del genocidio, un superviviente elige hablar, «andar haciendo eses con la verdad» o callarse. Acepta hablar y poner en entredicho en cualquier momento tanto su opción cuanto la confusión de sus recuerdos.

Si se lo enfrenta con la realidad del genocidio, la primera opción de un asesino es callarse; la segunda es mentir. Puede cambiar de decisión, pero no

lo dice. Si está solo no se arriesga a nada, como tampoco se arriesgaba en el momento de las matanzas. No puede, pues, tomarse en cuenta la posibilidad de hablar con él a solas, de dirigirse a una sucesión de interlocutores escogidos sin que exista una relación entre ellos.

De ahí el proyecto, madurado al hilo de fracasos, entrevistas fallidas o charlas insípidas, de hablar no con una serie de individuos sucesivamente, sino con un grupo de individuos que, de esa forma, sentirían que su amistad y su complicidad los protegían de los peligros de la verdad. Unos amigos a los que tranquilizaba un espíritu de banda nacido antes del genocidio, cuando se ayudaban mutuamente en las tierras y apuraban botellas de *urwagwa* en la taberna, y fortalecido durante el desbarajuste de las matanzas en los pantanos y, en la actualidad, por el encarcelamiento.

Elegí esta decena de amigos de Kibungo por razones muy sencillas. Constituyen una banda a la vez trivial e informal, como hay tantas en el campo. Sin vínculos especiales al principio, como podría suceder dentro de una agrupación religiosa, un club deportivo, una milicia estructurada. Los unen la proximidad de sus tierras, la asiduidad a la misma taberna, afinidades naturales y preocupaciones comunes.

Viven en las mismas colinas que la mayoría de los supervivientes de *Dans le nu de la vie*. Participaron en las matanzas de los pantanos de Nyamwiza, donde los fugitivos se sumergieron hasta el cuello en el cieno y bajo las hojas.

Son agricultores, menos un funcionario y un maestro; no pertenecieron a formaciones *interahamwe* o paramilitares, con la excepción de tres. Dejando de lado a Élie, nunca llevaron uniforme militar o de policía. Ninguno se había peleado jamás con sus vecinos tutsis por cuestiones de tierras, cosechas, daños o historias de cama.

Además, los conoce bien Innocent Rwililiza; y ellos también lo conocen bien. Innocent, alumno y, más adelante, profesor de la escuela local, escribano público a ratos, de una abnegación sin límites, animador de varias asociaciones, piedra angular queridísima y amena de muchas tabernas, es popular en esas colinas, y sobre todo en la de Kibungo, donde se halla la tierra de su familia.

Es el intermediario indispensable; y, además, el colaborador ideal y el traductor perfecto cuando resulta necesario. Especifica, hablando de esa banda: «La conocía de mucho antes. Di clase a unos cuantos, como Adalbert,

Pancrace, Pio. A los demás me los cruzaba por el camino y bebíamos juntos en la taberna.

«Adalbert era muy inteligente y muy atrevido; solía ser malo y astuto. Pancrace era duro y tenebroso, siempre pegado a los talones de Adalbert desde muy pequeño. Pio era un verdadero encanto. Alphonse era el más liante en las negociaciones, pero servicial con una botella delante. Fulgence resulta que era un guapo chico. Era incluso más fino que muchos tutsis. Nunca se hartaba de rezar.

»Léopord no llamaba la atención por nada, salvo por lo largo que era. Y también porque lo que hizo después con el machete es extraordinario. Ignace, además de estar desgastado, era taimado y, de propina, de repente se portaba con maldad cuando se encontraba con tutsis. Siempre los aborreció y lo decía a voz en cuello en cuanto se le presentaba una ocasión para influir en sus colegas o hacerlos reír. Pero él no se reía nunca. Vivía enfadado con todo el mundo, incluso con su familia.

»En el fondo, esos muchachos no tenían una forma de ser que los diferenciase de los demás. Pero iban juntos. Se veía que se ayudaban mutuamente en las faenas del campo y se invitaban unos a otros en la taberna. Durante el genocidio, sé que esa banda fue a rajar desde el primer día hasta el último. Quizá porque los guiaba Adalbert, o por la mala influencia de Ignace, se hicieron unos asiduos».

LA PULSIÓN Y LA REPULSIÓN

IGNACE: Al principio estábamos demasiado calientes para pensar. Y luego demasiado acostumbrados. En el estado en que estábamos no nos importaba nada pensar que andábamos rajando a nuestros vecinos, hasta el último. Se había convertido en lo más natural. Ya no eran nuestros buenos vecinos de toda la vida, los que te pasaban la garrafa en la taberna para que bebieras, porque ya no tenían por qué estar ahí. Se habían convertido en gente a la que había que quitar de en medio, por decirlo de alguna forma. Ya no eran lo que habían sido antes, ni nosotros tampoco. No eran una preocupación molesta, ni el pasado tampoco, porque ya no nos molestaba nada.

ÉLIE: Había que dejar la amabilidad a la orilla del barro hasta que tocaban el silbato del final del trabajo. Tampoco los favores pintaban nada en los pantanos. En los pantanos no había sitio para las excepciones. Para olvidar las dudas teníamos la maldad y el enconamiento de matar; y un trabajo que terminar. Y no había más.

Algunos de tanto cazar cambiaban de color, se les llenaba la ropa de salpicaduras; ni siquiera el negro de la cara era ya el mismo. Se ponían como grises por todo lo que habían hecho. Nos cubría una capa fina de mal olor y nos daba lo mismo.

PIO: Cuando descubríamos tutsis en las ciénagas, ya no veíamos seres humanos. Quiero decir personas como nosotros, con ideas comunes y sentimientos parecidos. La caza era salvaje, los cazadores eran salvajes, las presas eran salvajes, el salvajismo se apoderaba del pensamiento.

No sólo nos habíamos vuelto unos criminales: nos habíamos vuelto una especie feroz en un mundo bárbaro. Esa verdad no la puede creer más que

quien la haya vivido con los músculos. Nuestra vida cotidiana era sobrenatural y sangrienta, y nos parecía estupendo.

En lo que a mí se refiere, propongo una explicación: fue como si hubiera dejado que otro individuo me quitara mi propia apariencia de ser vivo y mis costumbres del corazón, pero sin que el alma me remordiese nada. Aquel asesino era yo para la falta cometida y para la sangre derramada, pero su ferocidad no tiene nada que ver conmigo. Admito mi obediencia de aquella época, admito mis víctimas, admito mi culpa; pero no sé nada de la maldad de aquel hombre que corría por los pantanos con mis piernas llevando mi machete en la mano.

Aquella maldad era como de otro yo con una carga en el corazón. Los cambios más tremendos de mi persona eran mis elementos invisibles, como el alma o los sentimientos por el estilo. Y por esa razón soy el único que no se reconoce en aquel hombre. Pero a lo mejor alguien que esté fuera de esta situación, como usted, no puede captar esa rareza de la mente.

PANCRACE: Algunos empezaron la cacería como valientes, y acabaron la cacería como valientes. Otros nunca fueron valientes y mataron por obligación. A otros el tiempo les trajo valentía para sustituir al miedo.

Había muchos que tenían valentía cuando estaban trabajando y miedo en cuanto acababa la matanza. Sencillamente, se calentaban durante la pelea.

Algunos rehuían los cadáveres y a otros les importaban un bledo. Ver todos esos cadáveres que se iban extendiendo por los pantanos podía enardecer o podía agobiar y frenar. Pero casi siempre hacía que uno se acostumbrara.

Matar es algo que desanima mucho si depende de ti la decisión, incluso matar un animal. Pero si tienes que obedecer consignas de las autoridades, si te han mentalizado como es debido, si sientes que te mangonean, si ves que la matanza va a ser total y sin consecuencias nefastas en el futuro, te apaciguas y te serenas. Y sigues adelante sin más apuros.

JEAN-BAPTISTE: Cuanto más matábamos más nos engolosinábamos con matar. La golosina, si nadie la castiga, ya nunca se le pasa a uno. Se nos veía en los ojos, desorbitados de tanta matanza. Hasta era un riesgo. Había personas del vecindario que volvían con la camisa manchada de sangre y enarbolaban el machete dando gritos de loco. Decían que querían acapararlo

todo. Había que amansarlos con bebida y palabras de apaciguamiento. Porque podían resultar peligrosos para los vecinos más cercanos.

ALPHONSE: El hombre puede acostumbrarse a matar si mata sin parar. Hasta puede convertirse en animal sin darse cuenta. Algunos se amenazaban mutuamente cuando no tenían tutsis al alcance del machete. Se les adivinaba en la cara la necesidad de matar.

Pero a otros en cambio matar a una persona les metía una ración de miedo en el corazón. Al principio no la sentían, pero después los atormentaba. Se sentían atemorizados o asqueados. Algunos se sentían cobardes porque no mataban bastante; otros se sentían cobardes por la obligación de macar; así que algunos abusaban de la bebida para no pensar ya en su cobardía. Luego se acostumbraban a la bebida y a la cobardía.

A mí no me daba miedo la muerte; hasta cierto punto se me olvidaba que estaba matando a personas vivas. Ya no me fijaba ni en la muerte ni en la vida. Pero lo que me daba miedo era la sangre. Olía y chorreaba. Por las noches, me decía: A fin de cuentas, soy un hombre que lleva sangre por dentro; toda esta sangre que salpica traerá desgracia, una maldición. La muerte no me alarmaba, pero ese exceso de sangre sí, mucho.

Jean: «Si a un muchacho que tenía fuerza bastante en los brazos para sujetar con firmeza el machete su hermano o su padre se lo llevaban con el grupo, imitaba y se acostumbraba a matar. La edad no era ya un estorbo. Se acostumbraba a la sangre. Se convertía en una actividad corriente, puesto que era la de los mayores y de todo el mundo.

»En cambio, un chico joven podía hallarse más a gusto que un anciano con experiencia, porque la muerte lo afectaba de más lejos. En vista de la novedad de la situación y de su juventud, la muerte le parecía de menos peso, la veía como algo de una generación mayor. Le importaban un bledo sus peligros y la miraba como una distracción».

JOSEPH-DÉSIRÉ: Era una locura que avanzaba ya sin dirección fija. Corrías por delante o te apartabas a su paso para que no te atropellase, pero ibas por donde iba la multitud.

El que estaba lanzado con el machete en la mano ya no atendía a nada. Se olvidaba de todo y, lo primero, de su nivel intelectual. Ese programa repetido

nos ahorraba tener que pensar en lo que estábamos haciendo. íbamos y veníamos, sin intercambiar una idea. Cazábamos porque ése era el programa de todos los días hasta que se acabase. Los brazos mandaban en la cabeza y, en cualquier caso, las cabezas no decían ya ni palabra.

FULGENCE: Nos volvíamos cada vez peores, cada vez más tranquilos, cada vez más sangrientos. Pero no nos dábamos cuenta de que nos volvíamos cada vez más asesinos. Cuanto más rajábamos, más inocente nos parecía rajar. Para unos pocos se volvía gustoso, por decirlo de alguna forma. Por la noche podías toparte con un colega que te dijera: «Tú, amiguito, o me compras una Primus o te corto la cabeza porque ahora esas cosas me encantan».

Pero para muchísimos sólo era un día largo que acababa de terminarse. Ya no se pensaba ni en las obligaciones ni en las ventajas, sólo pensábamos en seguir lo que habíamos empezado. De todas formas, era demasiado obsesivo para pensar en la sensación que nos causaba.

ADALBERT: Al principio de las matanzas, íbamos deprisa y arrasando porque nos emperrábamos. Cuando ya iban mediadas las matanzas, matábamos con indolencia. El tiempo y la victoria nos animaban a andar vagueando. Al principio, uno podía sentirse más patriótico, o querer hacer más méritos cuando conseguía alcanzar a los fugitivos. Luego ese tipo de virtudes nos abandonaba. Ya nadie escuchaba las palabras animosas de la radio ni de las autoridades. Matábamos para seguir con el trabajo. A algunos se los veía cansados de esa obligación de trabajar con sangre. Otros se entretenían haciendo sufrir a los tutsis que tanto trabajo les habían dado en esos días.

Al final de las matanzas, la consigna era mantener la cadencia antes de la llegada de los *inkotanyi*. La huida nos tendía los brazos, pero había que acabar con la matanza antes de irse. Llegaron refuerzos y regañinas para poner punto final a aquel asunto, los responsables hablaban de una recrudescencia final en los pantanos. El miedo nos repetía que nos fuéramos, pero estábamos acabando lo que habíamos empezado.

Poco después, en las orillas de las carreteras que iban al Congo, andábamos en una huida entre el hambre y la miseria, pero seguíamos registrando las casas derruidas buscando a tutsis olvidados; todavía no estábamos asqueados.

LÉOPORD: Como mataba con mucha frecuencia, empezaba a notar que no me hacía ningún efecto. Ya no me daba gusto, sabía que no me iban a castigar, mataba sin consecuencias, me adaptaba sin problemas. Me iba por la mañana sin sentirme molesto, tenía prisa por ponerme en camino, veía que el trabajo y el resultado eran beneficiosos para mí, y nada más.

Durante las matanzas no veía nada en particular en los tutsis, sólo que había que suprimirlos. Quiero dejar claro que desde el primer señor al que maté hasta el último, no lamenté nada.

MANOS A LA OBRA

> Cuando volvemos a pensar, con la sabiduría que aporta el paso del tiempo, en esos años que asolaron Europa y, al final, la propia Alemania, nos debatimos entre dos puntos de vista: ¿presenciamos el desarrollo racional de un plan inhumano o una manifestación (única en la Historia hasta el momento y aún mal explicada) de locura colectiva? ¿Una lógica encaminada al mal o una ausencia de lógica? Como sucede con frecuencia en las empresas humanas, coexistieron ambas alternativas.
>
> PRIMO LEVI. *Los hundidos y los salvados*
> *Cuarenta años después de Auschwitz*

¿En qué momento se tomó la decisión? ¿Cómo transcurrió la reunión fatídica? ¿Quién fue el primero en hablar de exterminio total? ¿Cuáles fueron las primeras reacciones de los oyentes? Se trata de preguntas esenciales. Estas especificaciones obsesionan más en caso de genocidio que de guerra civil, por muy mortífera, salvaje y cruel que ésta sea.

Aunque es impracticable reconstruir esa escena imposible de imaginar, sabemos que la decisión del genocidio cuajó de forma semejante a la del Holocausto. Es decir, que fue el remate de preparativos y planes explicitados en mayor o menor grado y con mutua influencia.

En Alemania, nada más llegar al poder, Hitler y los caciques del nacional-socialismo declararon que la comunidad judía estaba de más en el país. El partido nazi, cuyo relevo iban tomando el gobierno y las administraciones, acumulaba iniciativas in crescendo para erradicar de la sociedad alemana esa comunidad y también la de los gitanos. Despidos, embargos, malos tratos; leyes antijudías, obligación de llevar la estrella amarilla; marginaciones, deportaciones, pogromos, enclaustramiento en los guetos e internamiento en los campos de concentración…

Cada día, entre 1933 y 1940, el régimen ratificaba con discursos furibundos, decretos o asesinatos, su determinación de excluir a la comunidad judía de la sociedad del Tercer Reich. No obstante, es probable que la

Solución Final no llegara a parecerles imperativa hasta el año 1941 a Hitler y a sus dos especialistas, Himmler y Heydrich; al estado mayor y a los futuros responsables del proyecto se les comunicó durante las semanas siguientes.

¿Cómo determinar, pues, la fecha de la decisión formal del genocidio, que fue fruto de un prolongado proceso?

¿Cuándo se decidió por decreto que los judíos eran seres infrahumanos o cuándo se los deportó en masa a los guetos y los campos de concentración? ¿A raíz del famoso discurso mesiánico de Hitler en el Reichstag en enero de 1939? ¿O durante ese mismo año, cuando se probó en decenas de miles de enfermos que padecían dolencias incurables o alteraciones mentales una técnica de gaseado para calcular su eficacia a gran escala?

¿Fue tras el fracaso, en septiembre de 1940, de los planes conocidos como Lublin y Madagascar, tan formales como extravagantes, en los que se programaba una deportación total a esos dos destinos? ¿O fue cuando Himmler, el futuro maestro de obras, llegó a número dos del régimen nazi? ¿O fue ya desde junio de 1941 con la euforia de las primeras semanas de invasión de la Unión Soviética, cuando se envió a los primeros *Einsatzgruppen* a la retaguardia de las tropas alemanas en Rusia con el encargo de fusilar metódicamente a la población judía residente en las zonas conquistadas?

¿Fue tres meses después, cuando el estado mayor de las SS aprobó equipar con hornos crematorios seis campos?

¿O el 12 de diciembre de ese mismo año, inmediatamente después de la declaración de guerra de Estados Unidos, cuando Hitler reunió a sus principales dignatarios en su casa para comunicarles, según cuenta el diario de Goebbels: «… la guerra mundial ya está aquí. Su consecuencia inevitable será la destrucción de los judíos…».? Muchos historiadores siguen buscando esa fecha, incluso en la actualidad, y discutiendo acerca de ella; el misterio, por lo demás, puede parecer más fascinante que interesante.

En Ruanda, la planificación por tramos del genocidio brinda asombrosos parecidos con el Holocausto, salvo, como es natural, en lo referido a su génesis, que vamos a intentar resumir en unas diez líneas.

Al llegar la independencia, en 1962, un movimiento social violento y contradictorio, la revolución popular de 1959, llevó a los líderes hutus al poder. Este levantamiento campesino hutu derribó a la aristocracia tutsi y abolió servidumbres que la población hutu, mayoritaria, no toleraba ya. Pero esos jefes, sin ideales dignos de la rebelión, aprovecharon para marginar al

conjunto de la comunidad tutsi —campesinos, funcionarios, docentes—, de la que había nacido aquella aristocracia.

A partir de ese momento, tras esa amalgama entre el exaristócrata privilegiado y el campesino indigente, la administración populista consideró a los tutsis como seres conspiradores, pérfidos, especuladores y parásitos dentro de un país con exceso de población. El golpe de Estado militar del mayor Juvénal Habyarimana reforzó ese régimen en 1973. Para aislar a sus compatriotas tutsis, acusados de doblez, dispuso embargos de bienes, traslado de poblaciones, leyes de exclusión, restricciones escolares, leyes que prohibían los matrimonios mixtos (vigentes hasta 1976) y, ante todo, oleadas recurrentes de matanzas.

En 1990, comienza una nueva etapa al entrar en guerra tropas rebeldes tutsis, desde los grupos de resistencia de Uganda, contra el ejército hutu de Ruanda.

Todos los genocidios de la historia contemporánea suceden durante una guerra. No porque sean causas o consecuencias de ellas, sino porque la guerra crea un estado de suspensión de los derechos, da carta de ciudadanía a la muerte, convierte en normal la barbarie, atiza el miedo y las fantasmagorías, da nueva vida a los antiguos demonios, quebranta la ética y el humanismo. Debilita las últimas defensas psicológicas de los futuros participantes activos en el genocidio.

Esto es lo que resume a su modo el agricultor Alphonse Hitiyaremye cuando dice: «La guerra es un desorden terrible en el que los genocidas pueden tramar cosas de incógnito».

En 1991, en vista de que los rebeldes van ganando terreno, la parte esencial de los discursos en los mítines de los partidos políticos y, sobre todo, de los del presidente de la República y sus ministros, consiste en amenazas en contra de los tutsis.

En Butare, donde se halla la universidad nacional, hay profesores que publican a más y mejor lucubraciones históricas y diatribas antitutsis. En los estudios de las emisoras de radio populares, Radio Ruanda, o Radio Mil Colinas, llaman a los tutsis «cucarachas». Los presentadores, entre los que se hallan los dos más conocidos, Simon Bikindi y Kantano Habimana, animan abiertamente, con sainetes y canciones, a destruir a los tutsis.

Innocent Rwililiza cuenta: «Esos señores eran artistas famosos y unos virtuosos muy divertidos. Preparaban tanto lo que decían y lo repetían tantas veces que también a nosotros, a los tutsis, nos hacía gracia oírlos. Hacían llamamientos para que matasen a todas las cucarachas, pero de una forma

muy chistosa. A nosotros, a los tutsis, esos chistes nos parecían divertidísimos. Nos reíamos de lo ocurrentes que eran las canciones que animaban a todos los hutus a unirse para suprimir a los tutsis. Nos pasaba lo mismo con *Los diez mandamientos del hutu*, que aseguraban que pronto acabarían con nosotros. Estábamos tan acostumbrados que ya no nos fijábamos en aquellas amenazas terribles».

No obstante, los crímenes cometidos contra los tutsis solían quedar impunes. Citemos como ejemplo que dos miembros de la banda de Kibungo mataron a un tutsi antes del genocidio y la justicia no los condenó: Élie Mizinge, exmilitar, quien admite que asesinó a una asistente social durante una concentración en 1992; y otro muchacho que niega el crimen, pero a quien todos los hechos denuncian; y, en particular, lo denuncian sus colegas.

Sin embargo, dentro de este ambiente propenso a las matanzas de envergadura, no parece que se planease el exterminio hasta el invierno de 1993-1994, pocos meses antes de que explotara el avión presidencial que apresuró su inicio.

Élie Mizinge explica: «Me parece que la idea del genocidio nació en 1959, cuando empezamos a matar a lotes de tutsis sin que nadie nos castigase; y, desde entonces, nunca estuvo enterrada demasiado hondo. Los intimidadores y los que manejaban las azadas se pusieron de acuerdo por su cuenta.

«Nosotros nos decíamos que ahora los tutsis estaban de más, pero no era una idea que nos preocupase. Lo comentábamos, lo olvidábamos, le echábamos paciencia al asunto. Nadie nos reprochaba nuestros crímenes. Igual que con las labores del campo, esperábamos a que llegase la estación adecuada. La muerte de nuestro presidente fue el anuncio del caos final. Pero como sucede con la cosecha, la siembra ya estaba hecha de antes».

El destierro del clan de Habyarimana, el desperdigamiento de sus notables y, finalmente, la política llamada de reconciliación nacional de la administración actual son, en la actualidad, otros tantos obstáculos que impiden una reconstrucción detallada de la adopción de esa decisión en las altas instancias.

Kigali informó en la comarca de Nyamata, probablemente a finales de diciembre de 1993, al burgomaestre y al subprefecto, a sus comparsas más adictos, a los caciques de los dos principales partidos hutus, a unos cuantos oficiales del campamento militar de Gako y a unos jefes *interahamwe,* menos de veinte personas en total de una población de ciento veinte mil, del proyecto

concreto de exterminio. Al mismo tiempo que a los cancilleres de los principales países implicados en la comarca y al estado mayor de la ONU. Un mes antes de que comenzasen las matanzas, se amplió la confidencia a funcionarios de determinado nivel jerárquico —directores de escuela y de hospital, concejales de la comuna— y a algunos comerciantes, es decir, a menos de sesenta personas.

En Alemania, fuere cual fuere el momento en que se tomó la decisión, el ejército, la policía, la administración, sectores varios de la sociedad civil —rectorados, ferrocarriles, cámaras de comercio, iglesias— llevaban ya mucho tiempo listos para aplicarla. Y la última etapa de la destrucción de los judíos arrancó sin problemas de motor.

Otro tanto sucedió en Ruanda. Cuando, en la noche del 6 al 7 de abril, seis o siete horas después de que estallase el avión, un reducido grupo dio luz verde, el ejército, la policía y la administración se hallaban ya dispuestos. Los militares estaban equipados; los milicianos, exaltados; había suficientes machetes nuevos y usados; los brazos eran robustos y los intelectos obedientes. Las órdenes cruzaron el país. Las matanzas empezaron un día detrás de otro, a ritmos diferentes según las comarcas, pero ningún obstáculo estorbó la buena marcha del sacrificio.

En Alemania, al igual que en Ruanda, el genocidio fue un proyecto de un régimen totalitario firmemente asentado. La eliminación de los judíos, los gitanos o los tutsis constaba en su programa político desde su llegada al poder y se repetía en los discursos oficiales. Se planificó el genocidio por etapas acumulativas. Tenía a su favor la incredulidad de los países extranjeros. Lo habían probado previamente antes durante breves períodos de tiempo en muestras de población.

Así sucedió, por ejemplo, en Bugesera, donde, como refiere Élie Mizinge: «Había un año tranquilo y un año caliente. Y vuelta a empezar: dos estaciones tranquilas, una estación caliente. Dependía de los ataques de los *inkotanyi,* pero podía depender también de nosotros. Normalmente nos ateníamos a listas de prioridades: los que andaban bien de tierras y los profesores iban de los primeros… Luego, podíamos matar aquí o allá a grupitos pequeños de tutsis según se nos pusieran a mano. Un año, por ejemplo, tiramos vivos a cientos de tutsis en la charca del Urwabaynanga; otro, hicimos correrías sangrientas en las aulas. Y a veces dejábamos unos cuantos muertos en la

cuneta sin ningún motivo, sólo para que se vieran bien esos cadáveres y también lo que teníamos en la cabeza. El año 1992 fue calentísimo por culpa del peligro inminente de los *inkotanyi*.

»No eran matanzas deliberadas y se organizaban mal; pero nunca nos castigaban. Eran algo así como preparativos para el futuro».

En Alemania y en Ruanda, antes de la decisión formal del exterminio hubo una aplicación eficaz. Como si, por tratarse de algo excesivamente inaudito, no pudiera formularse en voz alta antes de estar ya en marcha.

Ignace Rukiramacumu describe a su modo el proceso de esta decisión. «Creo que la posibilidad del genocidio se presentó así porque llevaba tiempo esperando turno con paciencia para llegar a eso, a la espera nada más de una señal del momento oportuno, como la caída del avión, en que apoyarse en el último momento. Nunca pareció imprescindible hablarlo entre nosotros… Los planes anticipados de los responsables lo maduraron, claro; y, luego, nos lo propusieron. Como era la única propuesta y la presentaban como final, la aceptamos por sentido de la oportunidad. Sabíamos perfectamente qué había que hacer y nos pusimos a hacerlo sin debilidades porque nos dábamos cuenta de que era un alivio sin ninguna molestia».

TAREAS AGRARIAS

ALPHONSE: Para el que está ya bajando la cuesta de la vejez, esa temporada de matanzas era más agotadora que la temporada de labranza. Porque había que andar trepando para ir más allá de las colinas, y que correr por el barro detrás de los fugitivos. Las piernas, sobre todo, se resentían mucho.

Al principio, era una actividad menos repetida que la de la siembra; nos alegraba la vida, por decirlo de alguna manera. Luego empezó a ser igual todos los días. Lo que más se echaba de menos era volver a comer a casa al mediodía. A la hora de comer estábamos muchas veces muy internados en los pantanos, y por eso las autoridades nos tenían prohibido el almuerzo y ese descanso que suele uno tomarse después del almuerzo.

JEAN-BAPTISTE: Nadie iba ya a la tierra. Para qué íbamos a andar cavando si ahora cosechábamos sin trabajar y comíamos hasta hartarnos sin tener que cultivar nada. No había más tarea que la de enterrar plátanos en las zanjas, en cualquiera de las plataneras abandonadas, para que fermentase el *urwagwa* de las veladas siguientes. Nos volvíamos muy vagos. No enterrábamos los cadáveres, era trabajar para nada. Salvo, por supuesto, si había la mala suerte de que matasen a un tutsi en tu tierra, por lo del mal olor y los perros y los animales voraces.

ADALBERT: Asábamos buena carne por la mañana; y más carne por la noche. Quien antes no la probaba más que en las bodas ahora se hartaba a diario.

Antes, cuando volvíamos de la tierra, no había casi nada en la olla, sólo las judías de siempre o, a veces, incluso, sólo gachas de mandioca. Cuando volvíamos de los pantanos, pillábamos pollos asados en las tabernas de

Kibungo, y jarretes de vaca, y bebida, para compensarnos del cansancio. Había por todas partes niños o mujeres que lo ofrecían a precios decentes. Y pinchos de cabra y cigarrillos para quien quisiera probarlos.

Estábamos animadísimos para este trabajo nuevo. No nos preocupaba agotarnos corriendo por las ciénagas. Y si había suerte en el trabajo, nos poníamos tan contentos. Teníamos abandonados las sementeras, las azadas y todo lo que tuviera que ver con eso. Ya no hablábamos de cultivos. Nos habíamos librado de preocupaciones.

PANCRACE: Cortar maíz o plátanos era un trabajo parecido. Porque las mazorcas y los racimos son todos iguales y no dan guerra. Rajar en los pantanos era cada vez más agotador, por culpa de quien ya sabe usted. El gesto era comparable; pero la impresión, no; era más arriesgado. Un trabajo muy movido.

Al principio había muchos tutsis y estaban muy asustados. Se estaban muy quietos y eso nos facilitaba la tarea. Cuando no conseguíamos acertarles a los más movidos, nos dedicábamos a los debiluchos. Pero, al final, sólo quedaban los astutos y los valientes y la cosa se puso muy trabajosa. Formaban grupos pequeños y se escondían muy bien.

Aprendían todas las tretas de los animales de los pantanos. Nosotros llegábamos y, demasiadas veces, nos internábamos para nada. Hasta los cazadores se desanimaban. De propina, los pantanos estaban podridos de cadáveres que se reblandecían entre el cieno. Se amontonaban, cada vez más apestosos. Había que tener cuidado de no pisarlos.

Y por eso algunos colegas empezaban a hacer el vago. Se daban la vuelta para irse en otra dirección y esperaban la señal para volver. Decían por lo bajo que echaban de menos las tareas del campo, pero eran pocos. Además, ninguno de ellos se había tenido que chupar nunca una horita de limpieza del terreno en la parte delantera de su campo. Esos colegas sólo ponían mala cara porque estaban deseando sencillamente abrirse una Primus. Estaban sedientos de algo más que de trabajo. Se cansaban de los pantanos porque se notaban sin agobios. Refunfuñaban por pereza, no porque echasen de menos el trabajo.

LÉOPORD: Matar dejaba menos molido que trabajar en el campo. En los pantanos podías pasarte horas y horas buscando a alguien a quien matar sin que se metieran contigo. Podías ponerte a la sombra y charlar sin sentirte un

vago. El programa del día no era tan largo como el del campo. Volvíamos a las tres de la tarde, para que quedase tiempo para el saqueo. Por la noche dormíamos con tranquilidad, sin preocuparnos ya por la sequía. Se nos habían olvidado nuestras inquietudes de campesinos. Comíamos en abundancia; y alimentos con vitaminas.

Hasta hubo gente que pudo probar pastas y dulces, como los caramelos, por primera vez en la vida. Porque nos surtíamos sin pagar en el centro comercial de Nyamata, en comercios en que los campesinos nunca habían entrado.

FULGENCE: Era menos cómodo cazar en las ciénagas que cavar en el campo. Por aquello del jaleo de por las mañanas, por las movidas de los intimidadores y por la severidad de los *interahamwe*. Sobre todo es que era un cambio de costumbres. Nuestro oficio de verdad es la agricultura, y no andar matando. En la tierra, el tiempo sabe organizamos con las estaciones y las sementeras; cada cual cultiva como quiere lo que su tierra le da.

En los pantanos te notabas presionado; éramos demasiados y demasiado dirigidos. El trajín de los compañeros de otros sectores podía estorbarte. Cuando los *interahamwe* localizaban a algunos vagos, la cosa podía ser grave. Gritaban: «Nosotros hemos recorrido un largo camino para echaros una mano y vosotros andáis perdiendo el tiempo detrás de los papiros». Podían enfadarse mucho y soltar insultos y amenazas.

Nos notábamos lejos de casa. No estábamos acostumbrados a trabajar a golpe de silbato a la ida y a la vuelta.

Pero traía cuenta en lo del cansancio y la gratificación. Cuando trabajas la tierra, si te tienes que quedar en la cama por la fiebre de la malaria, son tus hijos y tu mujer los que van al campo a buscar la comida y pueden volver reventados. Y, si no, las tripas vacías no te dejan dormir.

Durante las matanzas, los vecinos que pasaban te dejaban más de lo que podías poner en la olla. Había más que de sobra sin que te costara nada. La carne se volvía tan vulgar como la mandioca. Los hutus siempre habían tenido frustración por las vacas, porque no sabían criarlas. Decían que no sabían a nada, pero era porque no las tenían. Y, por eso, durante las carnicerías, comían vaca por la mañana y por la noche encantados de la vida.

IGNACE: Una noche, cuando estábamos aprendiendo, volvíamos tarde. Nos habíamos pasado el día corriendo detrás de los fugitivos. Estábamos

cansados.

Pero según volvíamos nos topamos con otro grupo de chicos y chicas. Nos los llevamos presos para enseñárselos al consejero. Y mandó que los rajasen sin más espera, durante la noche. Nadie protestó, aunque todo el mundo estaba cansado porque había sido un día muy duro. Pero, luego, nos mandó sólo programas campestres de los que teníamos ya costumbre desde hacía tiempo. Fue un descanso.

PIO: Cultivar el campo es más fácil, porque es nuestro oficio de siempre. Las cazas eran más imprevisibles. Y resultaba mucho más cansado los días de operaciones importantes, en que había que patrullar tantos kilómetros detrás de los *interahamwe*, cruzando por entre papiros y mosquitos.

Pero no se puede decir que echáramos de menos la tierra. Estábamos más cómodos con ese trabajo de caza, porque no había que agacharse para recoger la comida, las chapas y el botín. Matar era una actividad más brusca, pero más gratificante. La prueba es que nadie pidió nunca permiso para irse a limpiar su tierra, ni siquiera medio día.

ÉLIE: Era penoso tener que andar rebuscando entre los papiros todo del día, sin volver a casa a mediodía para comer. Las tripas se quejaban a veces, y también las pantorrillas, porque estaban metidas en el barro. Pero comíamos carne en abundancia por las mañanas y bebíamos muchísimo por las noches. Era una buena compensación. Los saqueos nos daban más bríos que las cosechas y acabábamos más temprano de trabajar. Ese programa de los pantanos era más cómodo, para los jóvenes y, sobre todo, para los viejos.

IGNACE: Las matanzas podían dar mucha sed y ser agotadoras y, muchas veces, repugnantes. Pero rendían más que el trabajo del campo. Sobre todo para el que no tenía buena tierra o tenía un campo yermo. Durante las matanzas, cualquiera que tuviera fuerza en los brazos traía a casa tanto como un comerciante conocido. No éramos ya capaces de contar las chapas que guardábamos. Ni nos acordábamos ya de los intermediarios. Las mujeres estaban contentas porque salía rentable.

Para los que eran sólo campesinos era alentador eso de dejarse la azada en el corral. Nos levantábamos ricos, nos acostábamos con la tripa llena,

vivíamos saciados. El saqueo rinde más que la cosecha porque todo el mundo le saca partido de forma equitativa.

Clémentine: «Los hombres se iban por las mañanas sin saber cómo iba a ser de cansado el día. Pero sí sabían lo que iban a ganar por el camino. Volvían con cara de estar rendidos, pero risueños. Se gastaban bromas, como en las estaciones en que la cosecha era buena. Se les notaba, en la forma de comportarse, que llevaban una vida que los entusiasmaba.

»A las mujeres la vida les resultaba sobre todo descansada. Ya no iban ni a la tierra ni al mercado. Ya no tenían que plantar, ni que majar las judías ni andar mucho hasta el mercado. Bastaba con buscar para recoger. Cuando nuestras caravanas de fugitivos hutus se fueron hacia el Congo, dejaron campos descuidados en los que la selva se había comido ya varias estaciones de trabajo agrario».

ALPHONSE: Era un trabajo que manchaba mucho, pero un trabajo en que no había que preocuparse por la sequía o por las malas cosechas, eso sí que es verdad. El campesino, en su tierra, nunca está seguro de qué va a traerle la cosecha. Una estación le llenará los sacos, para que su mujer los lleve al mercado; otra, se le quedarán consumidos. Tendrá que pensar en escurrir el bulto para que no lo vean los tasadores. Y con esas cosas anda preocupado y, a veces, indispuesto.

Pero sabíamos que en las casas abandonadas de los tutsis encontraríamos muchas cosas nuevas. Empezábamos por las chapas y seguíamos con lo demás.

El tiempo nos mejoraba mucho la vida porque mejorábamos con todo lo que antes nos faltaba. Nuestra Primus diaria, la carne de vaca, las bicicletas, las radios, las chapas, las ventanas, todo. Nos decíamos que era una temporada de suerte que no se iba a repetir.

UN GENOCIDIO DE CERCANÍAS

Ruanda, célebre país de las mil colinas, es, ante todo, el país de una gigantesca aldea. Cuatro de cada cinco familias ruandesas viven en el campo; y nueve de cada diez viven de la tierra en mayor o menor grado. No hay médico, ni profesor ni comerciante de la ciudad que no tengan un terreno en la colina natal, que cultivan en sus ratos de ocio o encomiendan a un pariente. Incluso Kigali, dispersa por una amplia extensión, tiene más que ver con un conjunto de pueblos que unen lomas y solares que con una capital.

Tras el genocidio, muchos extranjeros se preguntaron cómo los asesinos, que fueron muchísimos, reconocían a sus víctimas entre el desbarajuste de la matanza, ya que los ruandeses de ambas etnias hablan la misma lengua sin variantes, viven en los mismos lugares y se diferencian por unos rasgos físicos que, aunque puedan llamar a veces la atención, son muy aleatorios.

La respuesta es sencilla: no era necesario que los asesinos reconocieran a las víctimas, puesto que ya las conocían. En una aldea se sabe todo.

Corriendo el riesgo de molestar a los historiadores del Holocausto al resumir de esta forma sus trabajos, puede decirse que la mayoría, y en particular Raul Hilberg en su monumental libro *The Destruction of the European Jews,* distinguen cuatro etapas en el desarrollo de este suceso. Primero, se los humilla y degrada; luego, se los señala y se los marca (brazales, estrellas amarillas, pintadas en las paredes); luego se los deporta y se los agrupa; y, por fin, se los elimina por completo, matándolos de hambre en los guetos, fusilándolos en las zonas conquistadas y gaseándolos en los seis campos especializados.

Esas etapas más que venir una tras otra se solapaban, y las vinculaba entre sí una represión continua: pogromos o expolios y expropiaciones, que tanta importancia tenían a la hora de conseguir la anuencia de una parte decisiva de la población.

Dependían tales etapas de la urbanización y la industrialización de los países en los que transcurría el genocidio, aunque las sociedades alemana, francesa, polaca, rumana u holandesa, por ejemplo, pertenecían a culturas diferentes.

En una sociedad urbana, el genocidio era de tipo urbano; en una sociedad aldeana, era aldeano. En Ruanda, país rural, el genocidio se salta las etapas segunda y tercera —señalar y concentrar— por resultar innecesarias precisamente por las relaciones de vecindario de los habitantes.

Esta explicación es, no obstante, esquemática, pues también existía algo así como una forma de señalar a las víctimas, ya que desde 1931, la administración incluía la etnia de todos los ciudadanos —hutus, tutsis y twas— en la documentación, en las solicitudes de empleo y en otro tipo de contratos. Los milicianos y los militares participantes en el genocidio recurrieron a veces a esos papeles durante los registros y los controles, en las ciudades y en las fronteras; pero los asesinos rurales, la inmensa mayoría, no los necesitaron.

En la región de Nyamata, todos los habitantes coinciden en que no hacían falta para nada. Los vecinos de los 60.000 tutsis sabían sin excepciones que pertenecían a esa etnia. Lo sabían incluso en el caso de familias recién afincadas, de funcionarios con destino provisional, de vagabundos o ermitaños que vivían en casuchas en lo hondo de los valles.

Además, poco después de que se anunciara el atentado presidencial, los tutsis se agruparon espontáneamente movidos por el reflejo de protegerse. Primero se desplazaron hacia caseríos con elevada proporción de población tutsi, en la colina de N'tarama, por ejemplo; luego, se refugiaron en iglesias; por fin, al principio de las matanzas, huyeron a los pantanos y la selva.

Hay otra observación que resulta útil para entender las reacciones de la sociedad ruandesa, muy aldeana. Durante veinte años, el clan presidencial había aplicado una política que no soportaba puesta en entredicho alguna y exigía una sumisión total a todos los notables, fueran hutus o tutsis. Provocó éxodos de intelectuales y socavó eso que se ha dado en llamar la pequeña burguesía urbana. Ahora bien, la reflexión y la rebeldía, en épocas de graves alteraciones sociales, nacen dentro de esa pequeña burguesía.

Las consecuencias fueron dramáticas. Ya desde las primeras matanzas, atrapada entre un régimen dictatorial de clan y un campesinado omnipresente, debilitada por el ambiente bélico, atemorizada ante los asesinatos de personalidades humanistas hutus y tutsis, esa pequeña burguesía no pudo por

menos de padecer una espectacular escisión. Y la *intelligentsia* hutu, lejos de echar el freno de mano, se colocó de forma mayoritaria en cabeza de las matanzas para dejar bien sentada su existencia en aquella nueva era.

Como lo refiere Jean-Baptiste Munyankore, maestro de N'tarama, superviviente de los pantanos: «El director de la escuela y el inspector académico de mi zona participaron en las matanzas con un garrote claveteado. Dos profesores, unos colegas con los que antes charlaba de los alumnos invitándonos mutuamente a cerveza, pusieron manos a la obra, por decirlo de alguna manera. Un sacerdote, el burgomaestre, el subprefecto y un médico mataron con sus propias manos… Llevaban pantalones de algodón con pinzas, se tomaban los descansos oportunos, iban en coche o en moto… Esas personas tan cultas no perdieron la calma y se remangaron para sujetar mejor el machete. Así que para alguien que, como yo, lleva toda la vida enseñando humanidades, esos criminales son un misterio tremendo».

Llama también la atención el hecho de que esa sociedad campesina, que no conoce la agricultura mecanizada ni la tecnología agronómica, no hizo nada para modernizar la eficacia de las matanzas. Ni técnicas industriales, como las cámaras de gas; ni, mucho menos, ningún experimento científico, médico o antropológico. Ni tampoco ninguna iniciativa ingeniosa para ahorrar esfuerzos. No se recurrió, por ejemplo, a los helicópteros, los carros de combate o los bazucas de un ejército bien equipado; y muy poco a armas más ligeras, tales como ametralladoras o granadas, sólo como apoyo táctico o psicológico.

En el campo, el trabajo era manual. En consecuencia, así fueron las matanzas en los pantanos. Transcurrieron al ritmo de los cultivos de temporada.

Alphonse Hitiyaremye cuenta en un momento dado: «Nos dábamos prisa, porque se estaba acabando la temporada de matanzas. Prometía ahorrarnos el trabajo de una cosecha, pero no el de dos. Sabíamos que en la siguiente temporada tendríamos que volver a empuñar los machetes para otros trabajos más tradicionales».

La última observación se refiere a un parecer tan simple que resulta extravagante y aparece una y otra vez, en filigrana, en las charlas, como un leitmotiv, al referirse a la tierra. Los muchachos de la banda, y otros más,

insisten en que, efectivamente, puesto que los hutus conseguían mejores cosechas que los tutsis, cuyos rebaños, de propina, asolaban las plantaciones, era lógico que aquéllos cultivasen los terrenos en vez de cultivarlos los tutsis.

Eso tiene que ver, por lo demás, con la bajísima proporción de matrimonios mixtos desde hacía décadas en una comarca en que la gente trabajaba, comía y rezaba junta. Innocent Rwililiza lo explica como sigue: «No conozco ni un caso de matrimonio mixto de campesinos nacidos en la colina de Kibungo. En Ruanda, el matrimonio mixto era hasta cierto punto un privilegio de ricos y de gente de la ciudad. Por ejemplo un hutu rico que se casaba con una tutsi bien esbelta y bien educada; o un tutsi rico que se casaba con una hutu para conseguir ventajas de la administración. Un privilegio de los oficiales y de los altos funcionarios hutus o de los hombres de negocios tutsis. Pero los campesinos no le veían al asunto ningún interés y sí muchas complicaciones. En nuestro ambiente, era sabido que no hay forma de entenderse, por lo del reparto de las tierras y los daños que hacían las vacas. Esas peleas rurales eran demasiado arriesgadas. Los que se casaban así llegaban a la colina ya casados desde prefecturas de los alrededores».

En Alemania, país de filósofos, la meta del genocidio era purificar el ser y el pensamiento. En Ruanda, país de campesinos, la meta del genocidio era purificar la tierra, desinfectarla de sus *agricultores cucarachas.*

El genocidio tutsi es, pues, a la vez un genocidio de cercanía y un genocidio agrícola. No obstante, pese a su organización rudimentaria y sus herramientas arcaicas, resulta de inigualable eficacia. Tuvo un rendimiento muy superior al del genocidio judío y gitano, ya que unos 800.000 tutsis murieron asesinados en doce semanas. En 1942, en el apogeo de los fusilamientos y las deportaciones, el régimen nazi y su diligente administración, su industria química, su ejército y su policía, equipados de material muy elaborado y de técnicas industriales (ametralladoras pesadas, infraestructura ferroviaria, archivos, camiones de monóxido de carbono y cámaras de gas Zyklon…), no alcanzaron en ningún caso ese récord de mortandad en todo el territorio de Alemania y los quince países ocupados.

LOS CASTIGOS

IGNACE: El primer día, el consejero nos mandó equipos de jóvenes para comprobar que todos los hombres se habían enterado de las consignas de concentración. Cerraron las casas de los recalcitrantes. Los amenazaron con una multa; los mandaron de mala manera a Kibungo; les echaron sermones en voz alta. A los que querían escurrir el bulto los pescaron y los encarrilaron por el buen camino. Todo el mundo fue directo a la cita.

Así fue como empezó la caza. Se repitió a diario. Nos amoldamos según los programas. Lo que cambió fue que los equipos de vigilancia no actuaron más porque no había ni mala voluntad ni necesidad.

PANCRACE: Era obligatorio. Había un equipo especial de chicos muy nerviosos que tenían el cometido de rastrear las casas de los que querían escaquearse. Nos daba más miedo que se enfadasen las autoridades que hacer correr sangre. Pero, en el fondo, nada nos daba miedo.

Me explico. Cuando te dan una orden nueva, dudas, pero obedeces, porque corres un riesgo. Cuando te han mentalizado como es debido la radio y los consejos, obedeces con más facilidad aunque la orden sea matar a tus vecinos. El cometido de un buen dirigente es quitarte las dudas cuando te manda algo.

Por ejemplo, cuando el dirigente te deja claro que la acción será completa y sin consecuencias engorrosas para ninguno de los vivos, obedeces con más facilidad aún, sin preocuparte de nada. Se te olvidan todos los miedos y todos los castigos relacionados con eso. Obedeces libremente.

ALPHONSE: A las seis, había recuento. El que tenía que prensar plátanos podía pedir un permiso; el que estaba enfermo, también; e incluso, más adelante, el que se encontraba con que tenía un cercado roto podía

incorporarse más tarde. Pero los demás iban. Podías perder el tiempo por el camino y echar una siesta, pero tenías que ir. No andabas con ganas de trabajar, pero tenías que ir. Todos los días, sin excepción, tenías que volver.

No hay nadie en la colina que pueda decir delante de Dios con los ojos cerrados que nunca fue de correría.

Al que lo pillaban haciendo trampa le podía pasar algo serio. Tenía que pagar una multa que decidía el cabecilla. Una multa gorda para una trampa gorda o para una trampa repetida. Una multa en dinero, por ejemplo, dos mil francos, o más. Una multa en bebida o en días de cárcel, la cosa se podía negociar.

FULGENCE: Todo el mundo se reunía en el terreno de Kibungo. La gente de Kanzenze, de Kibungo, de N'tarama y, algunos días, los *interahamwe* que venían desde Butamwa o desde más lejos. Al que se escondía detrás de su casa lo denunciaba algún vecino y le ponían una multa. Sobre todo al principio, por la falta de costumbre.

Más adelante, ibas muy animoso si te interesaban las matanzas; le echabas algo de cuento si te interesaba sólo el saqueo. Si estabas malo, tenías que dar muchas explicaciones. Si pedías el día libre para prensar *urwagwa* tenías que aportar la parte proporcional de garrafas. Si estabas débil, sin más, porque habías bebido demasiado por la noche, podía colar sin problemas; todo el mundo lo entendía; sencillamente, no tenía que volver a pasarte muy seguido. Pero mucho ojo si aprovechabas para andar dando vueltas por el centro comercial durante el día. Allí, delante de todo el mundo, si te pescaban te largaban para allá a toda prisa.

La caza era muy agobiante los días de operaciones importantes, rastreando por detrás de las hazañas de los *interahamwe* y los militares. Eran unos tíos muy exigentes. Esos días nadie escurría el bulto, porque había castigos serios. Los demás días eran más relajados, cuando cazábamos nosotros solos.

PIO: Subíamos todos los días hasta el estadio; luego se tomaban las decisiones. Para los campesinos era una obligación. Al que lo pillaban, le ponían una multa. Normalmente, te costaba dos mil francos, pero dependía de la gravedad del asunto. Si no podías pagar, entregabas un bidón de *urwagwa* o una chapa de buena calidad. Algunos hasta tuvieron que pagar de multa una cabra.

Un viejo que no podía trabajar porque estaba muy cansado no pagaba nada si enviaba a un hijo a cazar por él. Hasta hubo hombres que no estaban enfermos, pero mandaban a su mujer para que los sustituyese un día en las correrías. Pero no era corriente, porque no funcionaba bien.

ADALBERT: En los primeros tiempos, las matanzas estaban muy reguladas, pero luego no eran ya tan rígidas. El que estaba cansado o quería meterse en otros programas anejos, como actividades de saqueo, de almacenamiento de chapas, o regateo, o de reparación de la vivienda, podía pedir permiso y pagarles una compensación a los que trabajaban por él. O eras útil a tu manera en las matanzas o pagabas. Pero ya no estabas obligado a matar como en los primeros días.

Desde el momento en que la actividad salía adelante como es debido y desde el momento en que no protestabas en voz alta, las autoridades hacían más la vista gorda.

Las multas dependían de la gravedad de la falta o de la capacidad de cada uno. Eran mil o dos mil francos por una falta ordinaria, pero, si te pasabas, la cosa podía ponerse en cinco mil. Al principio, al campesino le resultaban muy penosas porque era pobre. Luego, con los saqueos, se volvieron más soportables. Sobre todo si te aprovechabas de los olvidos de los cobradores.

Marie-Chantal: «Los campesinos no eran ricos, como la gente acomodada de la ciudad, para comprarse la tranquilidad de no tener que matar. Como los médicos o los profesores de Kigali, que pagaban a sus criados o sus empleados para no ensuciarse.

»En las colinas, muchos mataban sólo por remediar su pobreza. Si acudían a las matanzas, no se arriesgaban a que les pusieran una multa y, además, a la vuelta podía rendirles mucho. Si a uno la suerte le da la oportunidad de colocarse un techo de chapa, no puede andar pensándoselo».

IGNACE: Si un vecino se daba cuenta de que te habías escabullido, podía venir a tu casa por la noche y pedirte algo de dinero con la amenaza de denunciarte al día siguiente al consejero para hacerte pagar una multa oficial más gravosa. Si se portaba como un buen colega, te interesaba ponerte de acuerdo con él. Y, por eso, dentro de la banda, nos apañábamos entre nosotros para ocultar nuestras faltas a la chita callando.

JEAN-BAPTISTE: Al principio, era una obligación; luego, nos acostumbramos. Nos hicimos malos por naturaleza. Ya no necesitábamos que nos diesen ánimos o nos pusieran multas para matar; ni siquiera necesitábamos consignas o consejos. La disciplina se había relajado porque ya no era indispensable.

No conozco a nadie a quien hubiera que pegar porque se negase a matar. Conozco un caso de castigo de muerte, un caso particular, una mujer. Unos muchachos la rajaron para castigar a su marido, que se había negado a matar. Pero es que ella era tutsi. A continuación, el hombre participó sin refunfuñar; al contrario, fue uno de los más dispuestos en los pantanos.

Si una mañana estabas agobiado, proponías contribuir con bebida; y al día siguiente, ibas. Podías también cambiar la matanza por otras cosas útiles, como prepararles la comida a los *interahamwe* que estaban de paso; o ir a buscar las vacas que había que comerse y andaban perdidas por los sotos.

Y cuando te volvía el coraje, cogías otra vez la herramienta y volvías a las ciénagas.

FULGENCE: Además de las multas en dinero o en bebida, no sé de ningún otro castigo, como que diesen palos o machetazos por negarte a obedecer. Te arriesgabas sencillamente a malos tratos si te negabas a pagar la multa; pero eso no pasaba nunca gracias al dinero de los botines y los saqueos.

IGNACE: Una noche condenaron a una mujer hutu a la pena capital y la rajaron en público para que se viera el mal ejemplo. Pero es que había exigido con insolencia las vacas de su marido tutsi al que acababan de matar. Dejando ese caso aparte, no rajaron a nadie en Kibungo para castigarlo. Ni siquiera pegaron a nadie.

PANCRACE: Se decía que habían maltratado a gente por haber escurrido el bulto, pero yo no sé personalmente de ningún caso en nuestra colina. Greo que a esa gente la maltrataron por piques de saqueo. Había incluso malos colegas que acusaban a sus vecinos sólo para quedarse con algo que querían, un terreno por ejemplo.

ÉLIE: Por la noche había que contarle al jefe cuánto habíamos matado. Muchos se tiraban pegotes por miedo a que se burlasen de ellos o los mirasen mal. Por eso era también por lo que no se enterraban los cadáveres: si sospechaban que alguno hacía trampas, tenía que llevar a los que se encargaban de las comprobaciones para que viesen la verdad.

Pero no te pegaban si habías estado delicado por el día. Las obligaciones no eran tan exageradas. Sólo que la recompensa era muy poca y eso era una lástima.

LÉOPORD: Por la mañana, comprobaba quién faltaba. Una persona podía fallar si había abusado de la bebida, y se hacía la vista gorda porque era un motivo habitual. Una persona podía también alegar una ocupación urgente, como enfermedad o regateo. Sin embargo, si el motivo no era válido, esa persona tenía que pagar una multa, o una garrafa de *urwagwa;* la cosa podía llegar incluso hasta una caja de Primus. A algunos les dieron de palos, pero sólo si mentían con mucho descaro.

PIO: El que pensaba que un día no quería ir a matar podía librarse sin dificultad. Pero el que pensaba que no quería matar en absoluto no podía dejarlo ver porque en caso contrario lo matarían a él delante de un grupo.

Decir en voz alta que no se estaba de acuerdo tenía inmediatamente resultados fatales. Así que no se sabe si a alguien se le pasó esa idea por la cabeza.

Se podía fingir, hacer el vago, poner pretextos, pagar, pero sobre todo no oponerse con palabras. Era la muerte si dabas una negativa categórica delante de un vecino, incluso a la chita callando.

No podían salvarte de la muerte ni tu categoría ni tu fortuna si se te escapaba tener una consideración con los tutsis delante de unos desconocidos. Para nosotros, las buenas palabras a los tutsis eran más mortales que los malos comportamientos.

EL INTERVALO DE LAS CHAPAS

La ciudad de Bukavu, a orillas del lago Kivu, a dos pasos de la frontera ruandesa, gozaba antaño de un encanto provinciano y congoleño que encantaba a la gente que vivía en ella y a los forasteros que estaban de paso. Pero aquel verano la miseria de una ingente muchedumbre de refugiados sofocaba el alborozo de sus terrazas y la dulzura de las melopeas de los pescadores.

Estamos a finales de julio de 1994, cuatro meses después de los primeros machetazos. Mi recuerdo más insólito, al llegar a la ciudad, es el de los montones de chapas a lo largo de la pista, en las aldeas y en las proximidades de los campamentos. Luego, montones cada vez más altos en las calles del mercado; y más altos aún según se baja hacia el río, en el paso de la aduana; los jefazos del ejército congoleño, exuberantemente jubilosos, los tasan con la mirada parapetados tras las Ray-Ban.

Cientos de miles de desterrados, en procesión incesante, se desperdigan por esa región del Kivu. Los más agotados se tienden en los solares, los más animosos siguen hacia los campos de la comarca de los volcanes, los más avispados o los que tienen más medios se diseminan por la ciudad. Algunos llevan un hatillo, o a un niño; otros, una silla, palanganas o sacos de grano; y los más robustos caminan encorvados bajo el peso de chapas. Las cambian por permisos para cruzar la frontera, por sacos de grano, por un sitio en los volquetes o en los campos.

Al entrar en Ruanda, nada más cruzar el río, por las inmediaciones de la ciudad de Cyangugu, mi recuerdo más peculiar sigue siendo el de esa interminable y surrealista procesión de portadores de chapas. En piraguas clandestinas atestadas hasta el borde, en troncos de barqueros, en carretillas, bajo el trasero de los pasajeros de los volquetes de los camiones, llevadas a cuestas por una o dos personas, desperdigadas en torno a las tiendas o las chozas, apiladas alrededor de los campamentos, en las pistas, en las plataneras

arrasadas, en lo hondo de la selva, había chapas hasta perderse de vista, entre los vivaques y las muchedumbres en marcha.

De entrada, quebrantado por el genocidio que acababa de concluir, atontado en medio de aquel gentío, un forastero podía incluir esa singularidad dentro del capítulo de la locura colectiva, de algún traumatismo que habría que entender más adelante. Pero eso era no conocer la historia de las chapas.

Las chapas aparecieron en Ruanda al mismo tiempo que los belgas, nada más acabar la Primera Guerra Mundial, y no sin motivo, puesto que iban a techar los edificios coloniales. Las tejas eran para las viviendas de los colonos, las ramas y las hojas para las de los ruandeses, las chapas debían coronar los edificios públicos en que ambos grupos tendrían que coincidir.

Era la época de las recias chapas de hierro de más de un centímetro de espesor que podían durar unos cincuenta años; como por casualidad, hasta la independencia. Al hilo de los años y de la emancipación del pueblo, la chapa se fue haciendo más delgada y extendiéndose por las ciudades, los arrabales y, poco a poco, por las colinas, para techar la casi totalidad de las viviendas, incluso de las más modestas, a las que por lo demás se les da el nombre de *terres-tôles* (adobes-chapas). A partir de entonces, la chapa se convirtió en la unidad de superficie de una vivienda. No se dice: «Fulano se ha hecho una casa de tantos metros cuadrados», sino «… una casa de tantas chapas».

Tienen longevidad variable, según sean importadas de Europa (lo mejor de lo mejor), de Uganda (las más compactas), o de Kenia (las más duras), o se fabriquen in situ, en las fábricas Tolirwa de Kigando, cerca de Kigali. Las chapas autóctonas son las más delgadas —tres milímetros—, las más baratas y las más endebles. Duran alrededor de quince años, tanto como las paredes de adobe de las casas campesinas.

Tras el genocidio, algunas organizaciones humanitarias repartieron chapas de papiro prensado, pero su expectativa de vida, de pocos meses, no convenció a nadie ni de su utilidad ni de la benevolencia de los proveedores.

La chapa llegó tarde pero deprisa y corriendo a Bugesera para cubrir las casas de las primeras oleadas de refugiados, a principios de la década de I960. De poco peso, fácil de transportar, barata, es una bendición en un país muy lluvioso que no dispone de la paja de los cereales o de la sabana.

La hay nueva o de segunda mano, impermeable o permeable, es decir, con agujeros. Primero sirve para cercas, mientras se alzan las paredes; luego, de

techo. Pero no se detiene ahí su uso. Cuando se la quita del tejado, porque está muy usada o porque se está cayendo la casa, se le da un segundo uso para construir garitas donde albergar cocinas y retretes, cercas y silos en el corral. También vale para fabricar puertas, postigos, verandas en las tabernas, baúles y ataúdes para los más pobres.

De todos los componentes de la casa —paredes, vigas, muebles, utensilios domésticos—, la chapa es el único que el campesino no puede hacer con las propias manos; de ahí su valor de cambio. «Antes de la guerra, en Kibungo, la gente organizaba rifas de chapas», cuenta Innocent. «Todos venían con una chapa nueva, las botellas de *urwagwa* pasaban de mano en mano, se hacía el sorteo y el afortunado ganador se marchaba con un tejado nuevo. También era un buen regalo, como dote, antes de una boda, por ejemplo».

Una cabra cuesta dos chapas; una vaca *ankolé*, al menos veinte. Con una chapa se paga la cuenta pendiente de quince Primus por lo menos. El precio en francos ruandeses depende de la calidad y, más aún, de las estaciones. «Durante una sequía pertinaz, el campesino tiende a desmontar las chapas de su casa para venderlas y poner en su lugar láminas de plástico de *sheetings HCR*. Entonces los precios están por los suelos», sigue diciendo Innocent. «Luego, si la cosecha resulta abundante, las compra otra vez, nuevas o usadas. Y los precios vuelven a levantar cabeza».

Existen muchos factores, además de la sequía, que pueden nutrir el mercado de segunda mano, entre los que hay que incluir el robo. «Unos cuantos chicos muy ágiles pueden subirse a un tejado y, recurriendo a paños húmedos, dejar sin techo a los que duermen mientras andan metidos en sus sueños, sobre todo si saben que los dueños han estado de celebración; luego escapan a la selva». El juego y el alcoholismo pueden dejar a alguien frecuentemente al sereno. Y omitiremos aquí el nombre de un amigo de Nyamata que, al final de una juerga, vendió por una última copita antes de emprender la marcha todas las chapas de su casa, una tras otra, y acabó con el cielo por techo.

Sin embargo, la causa más importante del tráfico de chapas es la guerra, que empobrece y lleva al destierro.

La chapa es el único componente de una casa que el dueño no puede fabricar in situ; pero es también el que puede transportar con mayor facilidad: se desenroscan unos cuantos tornillos y ya está en el suelo, junto a los bultos. Como es de medidas estándar vale en todas partes en la región de los Grandes Lagos. Fue en 1973 cuando las primeras chapas de Bugesera se fueron con

sus dueños, que eran ya a la sazón tutsis que escapaban a Burundi. Luego, los refugiados hutus de Burundi, que iban huyendo del terror del ejército tutsi y de los golpes de Estado, trajeron otras a los campos de Ruanda. Esos vaivenes fueron a más a principios de la década de 1990, al intensificarse los enfrentamientos entre Burundi y Ruanda a ambos lados de la frontera. Aunque no permitían vaticinar lo que iba a suceder en la primavera de 1994.

El 13 de mayo, en la comuna de Nyamata, mientras retumban los primeros disparos de fusil de las tropas del Frente Patriótico, la mayoría de los hombres abandonan los machetes para bajar cuanto queda en el tejado y preparar los cargamentos que llevan consigo en la huida, al día siguiente, camino de Bukavu o de Goma, en el Congo.

Por supuesto que, cuando regresaron la mayoría de los refugiados hutus en otoño de 1996, las chapas no volvieron con ellos; se habían quedado por el camino, o en los campos, o las habían vendido, o se las habían confiscado o quitado a la fuerza en la frontera o durante las sucesivas huidas. Hoy en día, no obstante, en las colinas de Kibungo, Kanzenze o N'tarama, las casas habitadas vuelven a tener techo merced a los repatriados, que han regresado a su comarca en pos de las tropas vencedoras del Frente Patriótico, merced a las donaciones internacionales y, ante todo, merced al aprovechamiento de las que quedaban in situ.

Pues no todas las chapas se fueron de viaje, antes al contrario. Muchos hutus, demostrando en eso su optimismo, clavaron las suyas en los tejados antes de irse. Otros las dejaron por el camino, presas de pánico, a pocos kilómetros. Y los supervivientes las recogieron al concluir las matanzas.

Y otros, más astutos, se tomaron el tiempo de enterrarlas en las plataneras. Las chapas de sus techos o de sus botines fruto del saqueo. Se dice en Nyamata que lo primero que hacen algunos presos cuando salen del penal de Rilima es desenterrar una noche sin luna su tesoro de cinc ondulado y un tanto oxidado.

A veces llegan tarde; pues, como lo refiere también Innocent: «De vez en cuando un campesino clava con fuerza la azada en su campo y se le ve en el acto una sonrisa de oreja a oreja. Sabe que acaba de encontrarse una chapa y, por consiguiente, una bonita suma de dinero».

LOS SAQUEOS

Marie-Chantal: «Por el camino de abajo de nuestra parcela se veía todo el día un rastro largo de recolectores, con la espalda encorvada bajo el fardo de lo que acababan de recoger en el saqueo. Iban unos detrás de otros, como una hilera de hormigas detrás de un resto de comida».

ÉLIE: Por la noche, después de las matanzas, volvernos a encontrar nos traía alegría y el tiempo nos aportaba amistad. Nos contábamos el día, compartíamos las bebidas, comíamos. No llevábamos ya la cuenta de lo que habíamos matado, sino de cuánto nos iba a rendir. Las matanzas nos ponían charlatanes y glotones. Sólo nos peleábamos por los repartos, sobre todo cuando iba de tierras y sobre todo de plataneras. Había que estar muy al quite cuando se trataba de las plataneras de buen rendimiento que van siguiendo las orillas del Akanyaru.

ALPHONSE: Más adelante se repitieron los banquetes. Los días de operaciones importantes, los *interahamwe* y los militares de las comunas próximas se pedían la prioridad en los saqueos. Acumulaban las radios nuevas, las vacas grandes, los sillones cómodos, las chapas de primera. Los vecinos se repartían lo que ellos dejaban. Los días de operaciones limitadas nos traían más cuenta porque éramos los primeros en elegir. Cuando los de la banda saqueábamos juntos sacábamos mucho. Con la abundancia se nos olvidaban los piques. A veces, no quedaba más remedio que pagar una camioneta para que nos ayudase a cargar con todo.

Muchos se hicieron ricos de repente; se hacían tan ricos que no se paraban a echar cuentas. Por el camino, llamaban a los rajadores que volvían de saquear, les proponían una parada amistosa y los invitaban a Primus sin mirar

el gasto; compartían la carne, repartían radios para ganarse la amistad de esa gente que se había quedado sin los nuevos bienes que ellos habían cogido.

Los ricos eran los que mejor se apañaban con los negocios, porque era su oficio anterior. Acumulaban chapas y bienes por el estilo para comerciar más adelante.

Nosotros estábamos despreocupados y con la tripa llena. No teníamos que andar en los mercados. Los intermediarios no nos cobraban tasas. Bebíamos muy bien con el dinero que encontrábamos. Comíamos la carne más sabrosa de las vacas de las personas a las que habíamos matado. Cobrábamos con las chapas nuevas que nos traíamos. Dormíamos a gusto por la buena alimentación y el cansancio del día.

IGNACE: La primera noche, el jefe nos reunió en Kibungo. Le dijo al equipo que se pusiera en corro. Exigió que todos, por turnos, fuéramos dejando en el centro todo el dinero que les habíamos cogido a las víctimas. Dijo: sin trampas.

Cuando nos vio muy desanimados, se lo pensó y volvió a hablar con voz amable. Explicó que la primera vez había que hacer una colecta para comprar bebida y celebrarlo todos juntos; pero que luego ahorraríamos, cada cual para sí. Esa promesa nos gustó. Y abrimos botellas para mostrar nuestro alivio.

ADALBERT: Los rajadores remolones se distanciaban de los rajadores entusiastas para quedarse con el botín antes de tiempo, pero así no se enriquecían más. Por la noche, los rajadores entusiastas se las apañaban muy bien para recuperar lo que antes se les había escapado. Sabían que eran los más cachas.

En el fondo, no nos importaba nada todo lo que habíamos hecho en las ciénagas; sólo lo que tenía que ver con el bienestar: las chapas que recogíamos, las vacas que atrapábamos, las ventanas que apilábamos y todos los bienes por el estilo. Nos pinchaba la gula cuando nos cruzábamos con un vecino subido a una bicicleta nueva o con una radio en la mano. Por el camino íbamos revisando los tejados. Uno se podía volver malo si oía hablar de una tierra fértil con la que se había quedado alguien sin que te dieras cuenta. Uno podía volverse peor que en las ciénagas, aunque no empuñara ya el machete. Menos mal que yo soy fuerte y vigoroso y me hice jefe. Era un cargo ventajoso para los saqueos.

PANCRACE: Después del trabajo, calculábamos la ganancia. El dinero que los tutsis habían intentado llevarse al morir escondido entre la ropa. El dinero de los que lo habían ofrecido voluntariamente, con la esperanza de no sufrir. El dinero de los bienes juntados por el camino de vuelta; y de las chapas o de las herramientas que podías vender entre todo aquel barullo, incluso a precios ridículos. Llevábamos fajos de billetes enrollados escondidos en los bolsillos.

Por ejemplo, si pillabas dos bicicletas, no discutías para sacarle dinero a una; la ajustabas a la baja y luego, tan pancho, te comprabas algo de beber.

Bebíamos tanto que el precio de la bebida se había multiplicado por tres; e incluso, en un momento dado, por cinco. Pero eso al bebedor ya no le importaba gracias al dinero de los botines.

Hasta hubo campesinos que escondieron a algunos tutsis conocidos suyos por dinero. Y luego, cuando los tutsis soltaron todos sus ahorros, los dejaron en brazos de la muerte, sin devolverles nada, por supuesto. Eran tratos tramposos.

JOSEPH-DÉSIRÉ: Las autoridades no eran ya capaces de planificar ni de canalizar. Daban órdenes a oídos cerrados. Aquello se había convertido en carnicerías anómalas que ya no atendían a razones.

Los más entusiastas cuando mataban se quedaban con los bienes de los muertos; lo querían todo y en el acto, sin pararse a rematarlos. Los saqueos los exaltaban tanto que ya no querían ni consejos ni ánimos. Su gula se les contagiaba a los que venían detrás, que también se volvían locos.

A los más pobres los sacaban de quicio los botines.

Y también a los más ricos, porque tenían dinero bastante para comprárselos y almacenarlos. Todo el mundo se sentía solidario de esas matanzas que daban que ganar.

Clémentine: «Los necesitados, que antes no tenían nada, ahora de repente se quedaban con un techo de chapa, con ropa, con utensilios de cocina; y, a veces, también con una tierra abandonada si habían estado al quite. El bienestar les abría los brazos.

»Hasta hubo vagabundos que dejaron de vagabundear. De pronto tenían brazos tan capaces como los brazos de los demás. Se hacían ricos antes de aprender a serlo. Aprovechaban los botines que iban acumulando para buscarse una buena esposa con dinero con la que nunca se habrían atrevido a

codearse antes. Gracias a las matanzas, de pronto conseguían condiciones muy deseables a los ojos de una mujer».

Valérie: «Desde que se cayó el avión, algunos *interahamwe* andaban rondando machete en mano por los alrededores de la maternidad. El primer día de las matanzas llegaron unos militares y dijeron: "Si nos dais dinero, no los dejamos entrar." Pedían doscientos mil francos exactamente. A nosotros no nos quedaba ya casi dinero, porque las monjas blancas se habían llevado todos los ahorros en los vehículos blindados de la *Minuar*. Pero éramos muchos. Había parturientas, y comadronas, y muchas madres que habían venido a refugiarse aquí porque era la maternidad Sainte-Marthe. Hicimos una colecta, reunimos esa cantidad y pagamos.

»Al día siguiente volvieron; querían la misma aportación. Y algunos hasta exigían dinero suizo. Pagamos porque algunas mujeres habían escondido fajos de billetes enrollados en el pareo.

»El tercer día no podíamos ya pagar una cantidad así. Los militares dijeron que no importaba, porque ya no podían hacer nada por nosotras. Nada más irse ellos, llegaron los *interahamwe*. Eran muchos, porque sabían que a esta maternidad la habían dotado con muchos medios: con sacos de grano, con colchones de muelle, con agua destilada y medicamentos adecuados. Primero recogieron todo lo que encontraron, sin dejar nada; luego mataron a todos los que encontraron, sin perdonar a nadie; para terminar, registraron los cadáveres de las mujeres de buena familia, para no dejarse nada olvidado».

LÉOPORD: Empezábamos el día matando, y lo acabábamos saqueando. Esa era la norma: matar a la ida y saquear a la vuelta. Matábamos en equipo, y saqueábamos cada cual por nuestra cuenta o en grupitos de amigos. Menos con las bebidas y las vacas, que nos gustaba compartir. Y, por supuesto, las tierras, que había que tratarlas con los responsables. Yo, como jefe de zona, conseguí una tierra grande y fértil y pensaba sembrarla cuando se acabara todo.

A los que mataban mucho les llegaba menos el tiempo para saquear; pero, como todo el mundo les tenía miedo, lo compensaban por la fuerza. Nadie sacaba ventaja ni nadie se sentía robado.

El que no podía saquear porque tenía que ir a otro sitio, o porque estaba cansado de tanto hacer cosas, podía mandar a su mujer. Se veían mujeres registrando las casas. Hasta se atrevían a meterse en los pantanos para desatar

los pareos de las infelices recién muertas. Arramblaban con todo, con palanganas, con telas, con jarros, con estampas de santos, con fotos de boda; por todas partes, en las casas, en las escuelas, en los muertos.

Arramblaban con la ropa ensangrentada, sin que les importase tener que lavarla. Arramblaban con los pantalones, por si había dinero escondido. Aunque no en la iglesia, por las carroñas que se habían quedado allí después de la carnicería del primer día.

ALPHONSE: Había rajadores que cogían chicas en las ciénagas; se aliviaban y entonces se les olvidaban los saqueos. Pensaban que ya saquearían más al día siguiente.

En el tema de los ahorros, no llevábamos una vida tan planificada como antes. No se regateaba tan en serio, las cantidades revoloteaban con mucha alegría. La abundancia nos permitía despreocuparnos de muchos problemillas. Algunos mayores mascullaban que esos saqueos nos hacían perder la cabeza para mal. Que el futuro nos estaba preparando una trampa. Pero, con tales primicias, ¿quién iba a hacerles caso?

ADALBERT: En el centro comercial nos contábamos las hazañas del día. Algunos exageraban su marcador con la esperanza de que los premiaran más adelante con una tierra más fértil o mejor situada. Las cabezas enseguida se recalentaban muchísimo en cuanto se mentaban las tierras que los muertos habían dejado vacantes. En cuanto se identificaba P°r su nombre a un campesino rajado en el pantano, esa misma noche se discutía el asunto de su tierra. No perdíamos la mentalidad posesiva.

Aunque ya no trabajábamos la tierra, nos seguía preocupando el porvenir de nuestras familias.

JEAN-BAPTISTE: Si los *inkotanyi* no hubieran conquistado el país y nos hubieran obligado a huir, nos habríamos matado mutuamente al morir el último tutsi, porque éramos prisioneros del delirio de repartirnos sus tierras. No podíamos dejar ya de alzar el machete, de tanto como ganábamos con ello.

Se notaba que, después de la victoria, la vida iba a ser muy diferente. Los obedientes de a pie ya no obedecerían como antes a las autoridades para que la riqueza y la pobreza se repartieran como antes. Habían probado el bienestar y la abundancia. Estaban satisfechos de su voluntad propia. Se notaban

crecidos, con fuerzas nuevas y descaro. Habían dejado de lado la obediencia y los inconvenientes de la miseria. La gula nos había contaminado.

A PUERTA CERRADA

África es un escenario gigantesco de eternas migraciones que, con frecuencia, cambian las fronteras de los países y las comarcas. Ruanda y Burundi son dos de las infrecuentes excepciones del continente y llevan siglos viviendo bastante ensimismados. Ninguna riqueza natural, ninguna metrópoli que favorezca la trashumancia, ni tampoco ningún centro de peregrinación. A mayor abundamiento, la densidad demográfica de las colinas de Ruanda, una de las mayores del mundo, poco espacio deja a los inmigrantes, sus lenguas y sus tradiciones propias, lo que sí sucede en los demás países vecinos: lo mismo sucede en la árida región de Bugesera y en el resto del país.

Téngase esto en cuenta a la hora de destacar la lamentable ausencia de otras comunidades africanas, de otras culturas, de otras etnias cuando sucedieron los referidos acontecimientos.

Dos días después de la explosión del avión presidencial, las matanzas son ya encarnizadas en algunas ciudades, pero no han comenzado aún en la comuna de Nyamata. Un destacamento de cascos azules llega a la población en tres vehículos blindados. Se encaminan a la iglesia; luego, al convento, a la maternidad y al hospital. Van haciendo paradas para que suban los blancos: cinco sacerdotes y tres monjas. Tras recogerlos a todos, dan media vuelta y dejan la calle mayor sin frenar ni por asomo.

Valérie Nyirarudodo, enfermera y comadrona de la maternidad Sainte-Marthe, recuerda: «Se pararon delante de la verja. Les pidieron a las tres hermanas blancas que recogieran sus cosas inmediatamente. Dijeron: “No merece la pena que pierdan el tiempo en despedirse. Hay que irse ahora mismo”. Las suizas querían llevarse a sus colegas tutsis del velo blanco. Los militares contestaron: “No. Son ruandesas; éste es su lugar. Vale más dejarlas con sus hermanos”. El convoy se marchó; y, detrás de él, una camioneta de

interahamwe que iban cantando. Y, claro está, poco después a las hermanas tutsis las rajaron, igual que a los demás».

Innocent, que presenció el paso de los blindados, especifica: «Les metieron el pánico en el cuerpo a los *interahamwe*, que andaban ya pateando las calles para irse entrenando con algunos tiroteos breves y disimulados. Algunos exclamaron: “Han venido los blancos; van a llegar más; tienen armas terribles; ya nos han fastidiado”. Cuando vieron que el convoy se largaba a toda prisa entre el polvo sin pararse ni un poquito siquiera, por curiosidad, en la calle mayor o para beber algo, se dieron la enhorabuena con unas Primus y gastaron unos cuantos cartuchos de los fusiles para mostrar su alivio. Se notaba que se habían quedado a gusto. Se habían librado de los últimos estorbos, por decirlo de alguna manera».

En Kigali, simultáneamente, los blancos salen de las embajadas, las oficinas, los monasterios, las universidades, utilizando un puente aéreo organizado a toda prisa desde el aeropuerto de Kanombé o convoyes por carretera que se dirigen a los países limítrofes. Unos cuantos extranjeros se refugian en quintas vigiladas, pero ninguno se queda en Nyamata.

Ninguno de esos sacerdotes, cooperantes, diplomáticos o voluntarios de organizaciones humanitarias puede brindar una explicación convincente para esa huida repentina y extravagante en las primeras horas de las matanzas. En cualquier caso, ni el peligro ni el pánico pueden justificar tanta precipitación.

El comentario más pertinente que he oído hasta el momento, y acerca del que deberían meditar todos los que, cada vez que sucede una tragedia humana, se preguntan por la utilidad de la información y los testimonios, es el que hizo Claudine Kayitesi, una campesina superviviente de la colina de N’tarama, que dijo, dando la vuelta al aforismo: «Los blancos no quieren ver lo que no pueden creer. Y no podían creer en un genocidio, porque es una matanza que supera a todo el mundo, a ellos y a los demás». Y, en consecuencia, se fueron.

Claudine, que tenía veintiún años en aquel entonces, define además los acontecimientos de esta forma pasmosa: «Creo, además, que nadie escribirá nunca en orden todas las verdades de esta tragedia misteriosa; ni los profesores de Kigali y de Europa, ni los círculos de intelectuales y políticos. Cualquier explicación fallará por un lado o por otro, como una mesa coja. Un genocidio no es como unas malas yerbas que crecen de dos o tres raíces; sino que crece de un nudo de raíces que han echado moho mientras estaban enterradas sin que nadie se fijase en ello».

Los tres blindados que llegaron para evacuar a los expatriados de Nyamata se llevan, pues, las últimas miradas de monjas y sacerdotes blancos, que tanta influencia tienen en el seno de una población devota. Unas horas más tarde, los primeros asesinatos se van multiplicando como a puerta cerrada, con lo cual crece el eco de las voces de Radio Ruanda y Radio Mil Colinas, que no se privan de nada, pues con los discursos, consejos y sátiras se mezclan canciones, e incluso himnos religiosos grabados en casete.

A este respecto, llama la atención el importantísimo papel que desempeñó la radio en los genocidios de Alemania y Ruanda, en unas sociedades de culturas, no obstante, tan diferentes. Habrá quien alegue que la Alemania del Tercer Reich y la Ruanda de la Segunda República de Habyarimana no vivían aún en la era de la televisión, y menos aún en la era de Internet, por lo que resulta lógica la decisiva influencia de la radio.

No es éste un argumento concluyente. Por ello cito de memoria, sin temor a equivocarme, la reflexión que el crítico y ensayista Serge Daney hizo durante la guerra del Golfo, mientras los expertos en medios de comunicación de masas hablaban de la influencia monumental de las imágenes en ese acontecimiento. Serge Daney explicaba, a contracorriente de las ideas del momento: «La radio es, no obstante, sin punto de comparación, el medio de comunicación más peligroso. Posee un poder único, incomparable y aterrador en cuanto se viene abajo el Estado o su aparato institucional. No se interpone nada que pueda atenuar o desviar la fuerza de las palabras. En una situación caótica, la radio puede ser la herramienta de mayor eficacia tanto para la democracia cuanto para la revolución o el fascismo, porque se cuela sin barreras en la intimidad más honda de los individuos, en cualquier sitio y en todo momento, prescindiendo de la labor del tiempo, sin el distanciamiento crítico y necesario que aportan la lectura del texto o la imagen».

El mismo día en que se fueron los blindados, el equipo del burgomaestre vacía las iglesias y los templos, salvo aquellos en que se apiñaba un gentío en Nyamata y N’tarama. Clausura el tribunal y abre el calabozo de la comuna. Libres de las miradas acusadoras de los extranjeros, el burgomaestre y sus esbirros alejan así a sus administrados hutus de las sedes de la ética y la conciencia. Las matanzas se extienden por el centro; y, luego, por las colinas; tres días después ocurren las carnicerías en las dos iglesias: casi 5.000 muertos en cada una de ellas en un solo día.

Adalbert Munzigura narra esa suerte de intimidad inmediatamente anterior a las carnicerías: «Las autoridades nos habían preparado muy bien. Sentíamos que estábamos entre nosotros. Ya no volvimos a pensar que

alguien podía estorbarnos o castigarnos. Desde que se cayó el avión, la radio llevaba repitiendo bien claro: “Los extranjeros se van. Tenían las pruebas materiales de lo que vamos a hacer y se marchan de Kigali. Por esta vez, se desinteresan de lo que les pueda pasar a los tutsis…” Vimos con nuestros propios ojos cómo escapaban los blindados por la pista. Nuestros oídos no oían ya esas vocecitas que hacían reproches. Por primera vez en la vida, no nos sentíamos bajo la molesta vigilancia de los blancos. Luego nos daban otros ánimos por el estilo que nos garantizaban una libertad sin trabas para hacer bien hecha la tarea. Nosotros nos decíamos: Vale, pues es verdad. Los cascos azules en Nyamata se han limitado a dar media vuelta para dejarnos en paz. ¿Por qué iban a volver antes de que se acabe todo? Y, cuando nos dieron la señal, allá fuimos.

»Teníamos la seguridad de matar a todo el mundo sin que nadie nos mirase mal. Sin tropezar con la regañina ni de un blanco ni de un cura. En vez de disfrutar, hacíamos chistes. Estábamos demasiado a gusto con ese trabajo fuera de lo normal que había empezado bien. Pero el tiempo y la pereza nos jugaron una mala pasada. En el fondo, nos habíamos vuelto demasiado seguros de nosotros y empezamos a remolonear. Y fue esa despreocupación tan grande la que nos resultó fatal».

LA FIESTA EN LA ALDEA

ALPHONSE: La primera noche, cuando volvíamos de la carnicería de la iglesia, los dirigentes habían organizado muy bien la Fiesta. Nos reunimos todos en el campo de fútbol del que habíamos salido. Se oían tiros al aire y sonaban pitidos e instrumentos musicales por el estilo.

Los niños llevaron al centro del terreno todas las vacas reunidas durante el día. El burgomaestre Bernard les regaló las cuarenta más gordas a los *interahamwe*, para darles las gracias, y las demás a la población, para darle ánimos. Pasamos toda la velada sacrificándolas, cantando y charlando de los días venideros, que prometían. Fue la fiesta más estupenda.

JEAN-BAPTISTE: Por la noche, la banda se reunía en la taberna; en Nyarunazi o en Kibungo, según. También íbamos a veces de una a otra. Pedíamos cajas de Primus, bebíamos y bromeábamos para descansar del día.

Algunos se pasaban las noches sin dormir vaciando botellas y eso los calentaba aún más. Otros se iban a descansar después de haberse calmado bien. Los había turbulentos, que seguían sacrificando vacas después de las matanzas, porque no eran capaces de soltar el machete. Y por eso no se podía hacer un rebaño con las vacas para más adelante y había que comérselas en el acto.

Yo cruzaba por todas esas juergas con una sonrisa y con disimulo y aguzando el oído con preocupación. Tenía un joven para que rondase por mi casa y la vigilase; pero no bajaba la guardia. Me tenía en vilo proteger a mi mujer tutsi, sobre todo durante las sesiones de bebida.

FULGENCE: En la taberna hacíamos comparaciones y concursos. Muchos hinchaban las cantidades, para tocar a más. Otros las rebajaban, porque les daba apuro contar toda la sangre que habían derramado y alardear de eso.

Todo el mundo hacía trampa en un sentido o en otro; y nos burlábamos de los que se pasaban en la exageración. Sin embargo, había uno, al que conocemos bien y está ahora en la cárcel, que alardeó de más de treinta víctimas en un día que fue muy largo; y nadie lo acusó de mentir.

PANCRACE: El ambiente era muy alegre por las noches. Algunos, sin embargo, llegaban a pelear a puñetazos o con los machetes sucios aún en la mano por culpa de tierras mal repartidas. Cuando había tierras por medio, las negociaciones volvían a ser serias. Como muchos tomaban Primus sin control, la cosa podía ponerse preocupante.

Por la noche, los jefes se habían ido; y con ellos se iba la autoridad. No había ya control de la situación en el centro comercial, como por la mañana en los pantanos. Era todo caliente y de mala fama. Por eso algunas mujeres venían a buscar a sus maridos y se los llevaban a casa si oían que andaban con malas compañías.

ADALBERT: Había niños vagabundos, niños de las calles de Nyamata, niños dejados de la mano de la desgracia, por decirlo de alguna manera, que colaboraban en los pantanos.

Unos pillastres, como quien dice. Pero los niños bien educados de los campesinos no podían ir. Se conformaban con las tareas de saqueo y las diversiones en las colinas.

ALPHONSE: Durante las matanzas no hubo ninguna boda, ningún bautismo, ningún partido de fútbol, ninguna ceremonia religiosa como Pascua de Resurrección, por ejemplo. No nos interesaban ya en absoluto esa clase de celebraciones. Nos traían al pairo esos caprichos de domingo. Estábamos agobiados de trabajo, nos aficionábamos a tener cosas, nos alegrábamos enseguida, bebíamos todo lo que queríamos. Algunos se iban convirtiendo en unos borrachos.

Quien sintiera alguna pena por alguien a quien hubiera matado tenía que disimular bien las palabras y el arrepentimiento para que no lo llamasen cómplice y se metieran con él. Algunos de los que bebían se volvían malos cuando no habían encontrado a nadie a quien matar en todo el día; otros se volvían malos porque habían matado demasiado. Tenían que verte juerguista y, si no, andarte con mucho ojo.

Clémentine: «Por la noche, las familias oían música, danzas folclóricas. Música de Ruanda o de Burundi. Como había muchos radiocasetes por lo del saqueo, las familias se lo pasaban bien con la música en todas las casas. Todo el mundo se notaba más rico, de forma equitativa, sin celos ni cotilleos y se alegraba mucho. Los hombres cantaban, todo el mundo bebía, las mujeres se cambiaban de vestido tres veces por noche. Había más bulla que en las bodas, era una bacanal diaria».

ÉLIE: Ya nadie se preocupaba de no tirar mucho de las pilas alcalinas; encendíamos todos los aparatos de radio a la vez. Era una escandalera musical continua. Oíamos música de baile y cantos tradicionales ruandeses; oíamos comedias entretenidas. Ya no oíamos ni los discursos ni las noticias.

En el fondo, nos traía al pairo lo que se estuviera tramando en Kigali. En la comarca, ya no le interesaban a nadie las noticias mientras supiéramos que las matanzas seguían por todas las regiones sin problemas. Los pobres estaban a gusto, los ricos estaban risueños. El futuro nos prometía cosas muy alegres. Nos contentábamos con nuestras fiestas privadas, con comer bien, con beber bien y con divertirnos mucho.

Además, los jóvenes podían esconder a alguna chica que se hubieran traído de los pantanos para tirársela detrás de un cercado o de un matorral. Pero cuando ya se la habían tirado bastante o la gente empezaba a murmurar, la mandaban matar para evitarse complicaciones serias.

Clémentine: «Conocía bien a la banda. Esos chicos tenían fama en Kibungo por lo mal que se portaban cuando habían empinado el codo. Antes de las matanzas, solían meterse con los tutsis. Les tendían emboscadas para burlarse de ellos y tener peleas. Algunos decían palabras extremosas contra los tutsis; por ejemplo, los llamaban cucarachas y los amenazaban con el mal de ojo. Sobre todo los más viejos. Y a los jóvenes les hacía mucha gracia.

»Así que, durante las matanzas, a esta banda le faltó tiempo para estar en primera fila en los pantanos. Iban juntos, a zancadas; se ayudaban durante el día; volvían metiendo escándalo y cargados de botín. Por la noche contaban todas sus fanfarronadas para comerles la moral a los que no habían tenido tan buena caza. Nunca se cansaban de matar, de provocar, de beber, de reírse y de andar de juerga. Siempre estaban de buen humor».

LÉOPORD: Por la noche contábamos cosas de los tutsis que se habían resistido; de los que se habían dejado pescar; de los que se habían escapado. Algunos organizaban concursos. Otros hacían pronósticos o apuestas para ganarse otra Primus. Esos alardes nos dejaban satisfechos; incluso si perdías, te quedabas contento.

Había sesiones con chicas a las que forzaban en los matorrales. Nadie se atrevía a censurarlo. Ni siquiera los que se indignaban porque, por ejemplo, habían recibido las bendiciones en la iglesia; se decían que qué más daba si a la chica, de todas formas, la iban a matar.

A mí no me interesaban esos caprichos ni tampoco me gustaba tanto la bebida. Accedía a beber un poco por solidaridad y me marchaba a casa pronto, a eso de las ocho, para irme a la cama y estar en forma al día siguiente. Como era jefe de célula, tenía que estar siempre a punto.

ADALBERT: Había dos categorías de violadores. Los que se quedaban con las chicas y las usaban como mujeres hasta el final, hasta la huida al Congo a veces. Esos se aprovechaban de la situación para acostarse con tutsis de buen ver pero, a cambio, les tenían un poquito de consideración.

Y los que les echaban el guante sólo para andar de juerga con el sexo al mismo tiempo que con la bebida. Ésos las forzaban durante un rato corto e inmediatamente después las entregaban para que las matasen. No había ninguna consigna de las autoridades, las dos categorías tenían libertad para hacer lo que les pareciera mejor.

Había también muchos que no se preocupaban de cosas de ésas, porque no les apetecían o no les llamaban la atención. Y todos ésos decían que no estaba bien mezclar los caprichos con las matanzas.

FULGENCE: A primera hora de la noche el ambiente estaba muy animado. Pero más tarde cambiaba, en cuanto llegaba a casa. Mi mujer estaba miedosa conmigo. Ya no se sentía segura, sencillamente ya no quería acostarse. Se volvía del otro lado. El despertar y el sueño nos separaban, ya no esperábamos lo mismo. Muchos colegas se buscaron asuntos de sexo en los sotos sólo por el cambio de ambiente en sus camas.

ÉLIE: Volvíamos con la tripa llena, habíamos bebido bien. El tiempo nos ofrecía veladas de diversión muy acogedoras. Nos hacía confundir el Bien

con el Mal. Nos enseñaba la cara buena.

Con mi mujer todo iba normalmente; sabía que después de un día así yo no podía prescindir de eso.

LA DESAPARICIÓN DE LAS REDES

Antes, los domingos por la tarde, en el campo de fútbol de Nyamata, era día de balón de cuero, de botas, de calcetines altos y de jerséis: el día del Bugesera Sport, el equipo de Nyamata. Jugaba en segunda división, con los colores morado y blanco, y todos los domingos acudían filas de miles de espectadores, hombres y mujeres, que iban selva abajo, cantando a voz en cuello bajo el sol canicular, desde Kibungo, Kanzenze, N'tarama, desde todas las colinas a treinta kilómetros a la redonda.

El campo está al final de la calle mayor, no muy distante del mercado y de las tabernas de los aledaños, en las que entraban y salían muchos comerciantes y parroquianos. Enfangado o lleno de piedras, según las estaciones, rodeado de matorrales en los que pacen cabras y vacas, lo han ido apisonando los pies de los chiquillos que se pelean por utilizarlo entre semana, y cuenta con porterías reglamentarias con estructuras de hierro colado.

Cuando se fundó el equipo, los jugadores le daban patadas, descalzos, a una bola de hojas de plátano, unos con el torso al aire y otros con camisetas de tirantes, en la mismísima calle mayor: era la época de los pioneros. Luego jugaron con una pelota de espuma de colchón en un terreno casi sin deforestar; más adelante, con una pelota de caucho. En ese equipo se integraban jugadores de ambas etnias; su edad de oro coincidió con la década de 1970, la de los primeros balones de cuero y las botas con tacos.

Tite Rushita, el exjugador estrella, que, con la camiseta número 10, fue la figura principal durante unos quince campeonatos, recuerda: «Había un comerciante muy rico que se llamaba François y un transportista muy próspero que se llamaba Léonard. Como eran muy forofos apoyaban al equipo con algunos detallitos. Nos mandaban pinchos y bebidas dulces, nos llevaban en coche hasta nuestras casas. Los que vivían lejos podían pedir que les prestasen una bicicleta para ir a los entrenamientos.

»Si conseguíamos buenas victorias, hasta podíamos recibir de los comerciantes satisfechos una cabra o sacos de grano. Tener que ver con el balón traía cuenta. Y así fue como crecimos lo bastante para jugar dos temporadas en primera división».

El equipo empezó a decaer a principios de la década de 1990 cuando se endurecieron los ataques *inkotanyi* y aparecieron las milicias *interahamwe.* En Nyamata, al entrenador tutsi que había entonces lo despidieron por orden del burgomaestre Bernard; los comerciantes dejaron de ir al campo; a los jugadores hutus los ficharon para los primeros desfiles y los mítines porque tenían mucho prestigio y empezaron a faltar a partidos y entrenamientos.

Tite Rushita es un superviviente de los pantanos. En la actualidad divide el tiempo entre ser monitor infantil por las tardes y las cervezas Mutzig, por la noche, en los locales Chicago o Marie-Louise. Resume así el ambiente que reinaba entre los jugadores pocos meses antes del genocidio: «Antes del partido, se sonreían en el terreno y se ocultaban lo que pensaban; pero, después del partido, ya no bebían juntos. El equipo iba de capa caída y podían con él adversarios de tres al cuarto».

La estrella del ultimo equipo que jugó antes de las matanzas es Évergiste Habihirwe, el sucesor de Tite. También es tutsi, superviviente y zurdo. No quiere saber ya nada de fútbol, aunque los amigos y los comerciantes lo animan. Con la gorra calada, no sale de su parcela más que para ir a la taberna de Marie, Au Coin des Veuves, en Kanzenze.

Cuenta de aquella época: «Algunos días, los jugadores hutus dejaban de entrenarse para oír los mítines. Cuando volvían nos destrozaban los tobillos a mala idea. Así que, durante los partidos, el juego duro desplazaba el juego lucido. Los que tiraban no apuntaban ya a las porterías, la gente se callaba y no cantaba. Y crecía el ronquido de las burlas y los murmullos».

A la sazón, Évergiste tenía un rebaño de *ankolé* en las praderas más arriba de Kanzenze. La primera mañana de las matanzas, se le ocurrió espontáneamente que podría hallar refugio en casa de Ndayisaba, lateral izquierdo y el compañero de equipo con quien tenía más amistad, un hutu que vivía a unos cien metros. Cuenta: «Cuando llegué a su corral, tenía el machete en la mano. Vi que había rajado ya a dos niños. Menos mal que el tiempo me dio una oportunidad pequeña y pude escapar. En mi casa ya era demasiado tarde. No volví a ver a ninguno».

Añade: «Fui corriendo por la selva con mis piernas de jugador. De día, me enterraba entre el sorgo; de noche, iba a robar a las tierras buscando

mandioca. Por los alrededores de la casa, oía a los jugadores del equipo, que andaban de caza. Eran los mismos que antes me pasaban el balón. Gritaban: “Évergiste, hemos estado separando los montones de cadáveres y todavía no nos ha llamado la atención tu cara de cucaracha. Ya te encontraremos, ya. Trabajaremos de noche, si hace falta, pero ya daremos contigo.” Voceaban y montaban grescas porque no me encontraban. Los jugadores eran los más tenaces en rajar a los otros jugadores. Llevaban en el corazón la ferocidad del balón».

En el comercio de Marie-Louise, donde se reúne por las noches el grupo de amigos de Innocent, Tite sacude la cabeza al acordarse de Evergiste. Dice: «A mí también me hicieron todo cuanto pudieron los jugadores para rajarme. No les quedaba más remedio. Eran *interahamwe* de campanillas por lo del fútbol. Tenían que rajar a otros jugadores de campanillas. Dentro del equipo, no hubo ni un jugador que le tendiera la mano a otro. Ni uno hizo la vista gorda con una complicidad amable. Al que se hubiera atrevido a eso lo habrían rajado allí mismo».

Innocent replica: «Eran fuertes y famosos gracias al fútbol. Habían disfrutado de la vida gracias al balón; no querían pararse en tan buen camino. No sé si podían intentar negociar alguna infracción a favor de sus antiguos colegas, pero me consta que ni a uno se le ocurrió». Y añade con ironía: «Sin embargo, sabemos de un caso de buen entendimiento entre futbolistas. Un caso de ayuda mutua que afectó a cientos de jugadores. Hubo un tutsi que se llamaba Mba-rushimana, y lo apodaban Mushimana. Jugaba en el equipo con el número 6. Durante las matanzas, denunció a vecinos suyos tutsis, desveló escondrijos, orientó a cuadrillas de caza de los asesinos. Tenía la esperanza de salvar la vida si los ayudaba a rajar a los compañeros de equipo. Los *interahamwe* lo utilizaron y, al final del todo, lo dejaron muerto, cruzado en un camino. Sin echarlo siquiera a la cuneta».

El equipo jugó su último partido, contra Gashora, en febrero de 1994. Aquel domingo, lo componían cinco hutus, cinco tutsis y el hijo de un matrimonio mixto —madre tutsi y padre hutu—, que se llamaba Célestin Mulindwa. Es uno de los tres supervivientes del equipo y el único que sigue dándole patadas a un balón los sábados y los domingos con otros colegas docentes o con niños de su aldea.

Dice: «Vivimos como jugadores hermanos y nos separamos como hermanos enemigos. El amor por el balón se pinchó con el primer machetazo. Ya ve usted, nada resistió al genocidio, rajó el fútbol de repente, como todo lo demás…».

A doscientos metros del campo de fútbol, dentro del recinto de la parroquia, entre la iglesia y el hospital, estaba la maternidad Sainte-Marthe. En esta institución trabajaban tres enfermeras, siete comadronas más o menos diplomadas y otras tantas auxiliares sanitarias, hutus o tutsis, sin distinción. Había siete camas para los niños de pecho enfermos, cuatro para los prematuros, dos camas en habitaciones particulares y la sala grande para convalecientes.

Nada más empezar las matanzas, mientras un nutrido gentío buscaba refugio en la iglesia, un grupo de unos cuantos cientos de mujeres y niños, la mayoría de ellos nacidos en esa maternidad hacía poco, se encaminó hacia allí y la convirtió en un vivaque femenino. El segundo día, las monjas blancas se fueron en los blindados de los cascos azules.

«Nos dejaron recomendaciones y su reserva de *porridge*. Pero como nunca las habíamos visto prepararlo, no supimos cómo comerlo», explica Valérie Nyirarudodo, una de las enfermeras ruandesas. «Quedaron las señoras del personal, las mujeres que habían venido a dar a luz, con sus bebés, y las mujeres que habían venido a buscar refugio, con sus niños pequeños. También había dos hombres, nuestro mozo de almacén y el marido de una de las auxiliares de sala que ideó un escondrijo debajo de los tablones. También había una vaca en el cercado y el mozo iba a ordeñarla para alimentar a los más pequeños».

Valérie es hutu, nacida en la colina de Kanazi. En la actualidad vive en una casa pequeña y bonita en una calle con árboles de Nyamata, en la que le parece que tiene más serenidad para criar a sus hijos. Posee una gran dignidad y es ti-mida; habla un francés impecable y trabaja con todas sus energías, igual que antes.

Sigue narrando aquellos primeros días del genocidio en la maternidad, de la que no salió: «Las suizas, antes de irse, me dieron la llave para que no abriera a nadie mientras ellas no estaban. Sin embargo, ya el primer día vinieron unos militares para sacarnos dinero; volvían todas las mañanas. Una mañana llegó una mujer de parto; era la primera cosa buena en plena matanza; pero como la acompañaban unos *interahamwe* amenazadores no la dejamos entrar. De día y de noche, había jóvenes que rondaban por los alrededores, cada vez más cerca, con sus machetes.

»Un día, una enfermera vino en un jeep de los *interahamwe* a desenmascarar a las que hacían trampa. Sabía que habíamos repartido todas las batas que había en los armarios entre chicas jóvenes porque se decía que no matarían al personal sanitario. Se notaba que la situación se estaba

poniendo grave en Nyamata y en las colinas, pero en una maternidad no pensábamos que pudieran pasar cosas de ésas. Si hasta me traía a mis propios hijos al trabajo para que estuvieran más seguros…

»El día de la espantosa matanza de la iglesia, un militar vino a buscar a su suegra a la maternidad. Me dijo a escondidas: “Ya no volveremos más. Se acabó. Marchaos; que se escapen las que puedan.” Desde la puerta, unos *interahamwe* gritaron: “Que las que no tienen nada que ver salgan; luego no podremos ya hacer nada por vosotras; todas correrán la misma suerte.” Oíamos gritos fuera, mirábamos los machetes sucios, sabíamos que habían rematado la tarea de la iglesia, se notaban todos los indicios de que nos esperaba el momento fatal.

»Un joven de Kanazi llegó sin resuello y se me acercó. Dijo: “He venido a buscarte desde Kanazi; tu hermano me ha mandado que venga a toda prisa. Fuera os espera la suerte, a ti y a tus hijos, y está impaciente por lo que ya sabes, no la hagas esperar.” Miré a la mamá que acababa de dar a luz en un colchón, acostada con sus dos niños. Recé muy deprisa: Dios mío, dime a cuál de los dos me llevo. Luego pensé: Si me llevo al recién nacido, no podré alimentarlo, porque no tengo leche. Si cojo al mayor, será más fácil. Me lo colgué a la espalda y dije a los militares: “Éste también es mío”».

Valérie presenció desde fuera, desde el jardín, lo que vino a continuación: «Rodearon la maternidad. Rompieron las verjas, se limitaron a disparar contra las cerraduras. Llevaban tirantes con cartucheras muy buenas, de cuero lustrado, pero no querían despilfarrar. Mataban a las mujeres con machetes y garrotes. Cuando algunas muchachas más ágiles conseguían escapar entre el desbarajuste y salir por una ventana, las alcanzaban en el jardín. Cuando una mamá escondía a su niño echándose encima de él, primero la alzaban, rajaban al niño después y, al final, a la mamá. A los niños de pecho no se molestaban en rajarlos como es debido. Los golpeaban contra las paredes para ir más deprisa, o los arrojaban vivos, desde lejos, a los montones de muertos…».

Dice para terminar, con voz que se ha ido haciendo cada vez más débil: «Por la mañana, éramos más de trescientas mujeres y niños. Por la noche, en el jardín, quedábamos cinco supervivientes que por nacimiento éramos lo que había que ser en esa situación. Y un niño; se llama Honnête y lo mandamos a Kenia, a casa de su tía».

Las personas que han pasado por una guerra cuentan con frecuencia historias admirables de amistad, idilios increíbles, gestos insólitos de solidaridad, graciosas y patéticas complicidades entre protagonistas de

campos enemigos o hazañas hermosas y sencillas. Y con todo eso se hacen novelas, canciones, películas o veladas de recuerdos que lo reconcilian a uno con la humanidad.

Por ejemplo, los soldados rasos alemanes y franceses que intercambian latas de *pâté y* charlan de trinchera a trinchera; los colonizados independentistas que esconden a los colonos con los que jugaban a las cartas; un ministro del régimen de Vichy que libra de la deportación a un colega por una antigua complicidad cuando estudiaban juntos en la Escuela Normal. Lo mismo sucedió en Vietnam, en Irlanda, en el Líbano, en Angola, en El Salvador, en Israel, en Chechenia en nombre de una pasión, de una infancia compartida, de un clan, de cosas sencillas tales como el afecto o la fidelidad.

En Bosnia-Herzegovina, en el momento cumbre de las operaciones de limpieza étnica, en pleno sitio de Sarajevo o de Gorazde, en plenas carnicerías de Foca y de Brcko, sabíamos de enamorados que cambiaban de zona clandestinamente, de tráfico de café y de ovejas, de charlas por encima de las líneas del frente para contarse noticias de los hijos o de las amantes, de escondrijos, de huidas y de reencuentros secretos. En Vukovar, sitiado y bajo una lluvia de obuses, un delgado sendero entre los maizales facilitaba un goteo de sitiados, circunstancia que los servidores de los carros de combate serbio no ignoraban.

Y, al final de la guerra, nos quedamos pasmados cuando nos enteramos, además, de las mil y una anécdotas simpáticas que no podíamos ni sospechar.

En la comuna de Nyamata no se dio ni una chispa de camaradería entre futbolistas, ni un detalle compasivo con los recién nacidos tirados. No persistió ni un nexo de amistad o de amor en el seno de algún coro de iglesia, de alguna cooperativa agrícola. Nadie se rebeló en ninguna aldea, ninguna pandilla de adolescentes hizo un intento.

Ninguna organización clandestina para facilitar la huida, que habría sido tan fácil organizar por los cuarenta kilómetros de gigantescas selvas desiertas que separan los pantanos de la frontera con Burundi; ningún convoy, ninguna evasión organizada por caminos de pastores, ninguna red de escondrijos que permitiera evacuar a los supervivientes. ¿Reside en esto la peculiaridad de un genocidio? Sí en esencia, sin que lo desvirtúen las excepciones demasiado escasas que pueden darse acá o allá.

Hay que insistir en esta peculiaridad, importante hoy en día: mientras que la palabra *genocidio* tiene cada vez menos sentido, los políticos, los periodistas y los diplomáticos la emplean a más y mejor en cuanto se refieren a matanzas en masa o crueles.

De todas las guerras nacen tentaciones salvajes más o menos mortíferas. El delirio sanguinario de los combatientes, el deseo de venganza, el desvalimiento, el miedo, la impresión de abandono, la euforia de las victorias o la angustia de las derrotas, la paranoia y, ante todo, la sensación de condena posterior al crimen traen consigo conductas y actos genocidas.

Es decir, el hecho de estar harto o el pánico o el deseo de acabar de una vez. Y, en consecuencia, surgen carnicerías de civiles o de prisioneros, campañas de violaciones y torturas, deportaciones letales, devastación por los cuatro costados. Pueden darse también acciones no militares: vertidos de pesticidas en los ríos, rebaños de bisontes diezmados, conversiones forzadas a religiones y culturas ajenas.

Pero confundir estos crímenes de guerra —incluso cuando, en su demencia colectiva, pretenden domeñar a una comunidad civil— con un proyecto explícito y organizado de exterminio es una confusión intelectual y política sintomática de nuestra cultura del sensacionalismo.

¿No es esta diferenciación mera cháchara retórica? ¿Es posible percatarse de un genocidio dentro del caos de una guerra? Hay una pregunta sencilla y definitiva que permite responder a ello: ¿en qué víctimas se ceba más la muerte?

En la guerra los primeros en morir son los hombres, puesto que son los más aptos para el combate; luego, las mujeres que están en condiciones de ayudarlos; y los muchachos, porque toman el relevo; a continuación, los ancianos, que aportan consejos. En un genocidio, la muerte se ceba por igual en todos, y aún más en los niños pequeños, en las muchachas y en las mujeres, porque representan el futuro.

Un ejemplo tomado de Srebrenica (que conozco mejor), aunque podría también ser de Katyn, Grozny, My Lai, Baso-ra o Chatila.

El 11 de julio de 1995, el ejército y las milicias serbias de Bosnia entran en la ciudad sitiada. Parte de la población intenta huir por los bosques; otra, intenta refugiarse en el campo de la ONU en Potocari. En el plazo de tres días, apresan por la zona a alrededor de 8.000 hombres, civiles en su mayoría, llenan camiones con ellos, los arrojan en los campos de labranza y en los caminos y los asesinan con metralletas o con Kaláshnikov. Humillan y torturan sádicamente a cientos de ellos antes de matarlos. A algunas mujeres,

a las que detienen por los caminos, las violan; a otras, que cruzan por los campos de cultivo con sus hijos, las matan o las mutilan con minas o granadas.

Simultáneamente, evacúan sanos y salvos a la casi totalidad de las mujeres, muchachas y niños, alrededor de 16.000 personas, a Tuzla, en territorio bosnio. La matanza de Srebrenica obedeció a una planificación inaudita. La idea del genocidio cruzó por las mentes de los nacionalistas serbios de Pale y de Belgrado; pero, si hubieran decidido llevarlo a cabo, habrían ametrallado de forma sistemática a las mujeres y a los niños, que perpetúan la vida de su comunidad, en Foca, en abril de 1992 y, luego, en Srebrenica, en julio de 1995.

Dicho lo cual, ¿no es acaso ocioso establecer diferencias entre matanzas cuando son de tal envergadura? ¿No es acaso imprudente ponerles calificativos a episodios de una historia siempre en marcha? ¿No es acaso inconmensurable el dolor de las víctimas? ¿No es acaso tan cruel la barbarie de Srebrenica o de Grozny como la de Nyamata? Lo es para quienes la vivieron. A nosotros nos angustia más la de Nyamata porque fue absoluta.

«Hay guerra cuando unas autoridades quieren derrocar a otras autoridades para ocupar su lugar y disfrutar de él. Un genocidio es una etnia que quiere enterrar a otra etnia. El genocidio va más allá de la guerra porque la intención dura para siempre, incluso aunque el intento fracase. Es una intención final», dice la campesina Christine Nyiransabimana. Llama la atención esta referencia a la «solución final».

LAS MUJERES

PANCRACE: Creo que a las mujeres las guían sus maridos. Cuando un marido sale de casa por las mañanas para ir a matar y vuelve por la noche con la comida, si la mujer pone la olla al fuego es porque lo apoya de la forma tradicional.

Mi mujer no me echaba sermones ni me decía que no en la cama. Sólo me hacía algún reproche los días en que me había pasado.

FULGENCE: Las mujeres a veces nos daban consejos. Y, otras, nos regañaban. Algunas mujeres se compadecieron en alguna ocasión de sus vecinos tutsis e intentaron esconderlos unos cuantos días. Pero ellas no corrían ningún riesgo si las pillaban; sólo el de que castigasen a sus maridos. Mi mujer me riñó varias veces, me avisó de que podía perder la cabeza en los pantanos; yo le contestaba que ya no se podían detener las matanzas. Lo que más me pedía era que no me fuera de la lengua.

PIO: En la familia ruandesa el principal responsable de lo bueno y de lo malo es el hombre, desde el punto de vista de las autoridades y de los vecinos. Si una mujer quería esconder a unos conocidos tutsis, tenía que contar con el acuerdo de su marido. Porque, si la pillaban, al que condenaban los vecinos a rajar en público con sus propias manos a esos conocidos era a él. Era un castigo grave. Era muy terrible tener que rajar a una persona con la que se habían compartido los años buenos y los años malos, y delante de la casa de uno.

Las mujeres decidían menos, se las podía castigar menos, se movían menos. Iban en segunda fila en esa actividad de genocidio.

Pero la verdad es que, del lado de los tutsis, era todo lo contrario. Las matanzas eran más graves para las mujeres que para los maridos si, de

propina, las forzaban en el momento final y veían con sus propios ojos cómo rajaban a sus niños.

JEAN-BAPTISTE: Es una costumbre de los campesinos que las mujeres no se ocupen de ninguna tarea de cortar que sea cansada. El machete es trabajo para el hombre. Y pasó lo mismo en las matanzas que en el trabajo del campo.

Así que, durante las matanzas, las mujeres seguían preparando la comida por la mañana; durante el día iban a saquear. Acumulaban bienes, en vez de cosechas, así que no estaban descontentas. No se quejaban de nada, porque, además, sabían que, de todas formas, había que llevar la operación hasta el final. No se atrevían a manifestar ninguna señal visible de desacuerdo con la ferocidad de los hombres, ni siquiera un simple detalle de bondad de una madre.

En N'tarama no conozco ni a una mujer hutu que escondiera a la chita callando a un niño tutsi para librarlo de la carnicería de su familia. Ni siquiera a alguno muy pequeño, envuelto en un pareo, ni a un recién nacido al que los vecinos no pudieran localizar por ser un niño de pecho. Ni una mujer hizo trampa en eso de salvar a alguien en toda la colina, ni siquiera probó un poquito.

ADALBERT: Las mujeres llevaban una vida más normal. Limpiaban la casa, ponían a hervir la olla, saqueaban por los alrededores, charlaban y regateaban en el centro comercial. Había mujeres tremendas, que querían ir de correría y echar una mano en las matanzas. Pero los dirigentes no las dejaban; les echaban sermones y les decían que el sitio de una mujer no estaba en los pantanos. Sólo conozco un caso de una mujer que se metiera en eso. Una mujer demasiado furiosa y que quería hacerse una reputación.

Pero si a algunas mujeres se les presentaba la ocasión de localizar a unos tutsis escondidos en una casa abandonada, eso ya era otra cosa.

Marie-Chantal: «Yo, cuando mi marido volvía a casa por las noches, estaba enterada por los dichosos rumores, sabía que era jefe, pero no le preguntaba nada. Dejaba las cuchillas fuera. En casa no se le notaba ya ninguna maldad, hablaba de Dios, se reía con los niños, traía regalitos y palabras animosas, y eso a mí me alegraba.

»No sé de ningún caso de ninguna mujer que rezongase de su marido durante las matanzas. Había mujeres envidiosas, mujeres burlonas, mujeres peligrosas, incluso aunque no matasen directamente. Atizaban los furores de sus maridos. Pesaban el botín, comparaban los saqueos. En esos casos, se abrasaban de envidia.

«También había hombres que se mostraban más compasivos con los tutsis que sus mujeres, incluso con el machete en la mano. La maldad de una persona está en el corazón, no en el sexo».

JEAN-BAPTISTE: Durante las matanzas, salió mucha envidia de la boca de las mujeres hutus. Por aquello que se decía de las siluetas esbeltas y la piel lisa que tenían las tutsis porque tomaban leche y otras bebidas por el estilo. Cuando esas mujeres celosas descubrían a una tutsi rondando por los sotos en busca de alimento, llamaban a sus vecinas para burlarse porque andaba arrastrándose hecha una pordiosera. Hubo situaciones en que algunas mujeres empujaron a la fuerza a una vecina para que bajara rodando por la colina y la tiraron a las aguas del Nyabarongo.

ALPHONSE: Mi mujer me decía: «La verdad es que eso de ir todos los días sin dejar ni uno es una exageración. Habría que acabar con todas esas asquerosidades», y otras recomendaciones por el estilo de las que yo no hacía caso.

Una noche, me echó un sermón: «Alphonse, ten cuidado, que todo eso que estáis haciendo va a tener consecuencias malditas, porque no es normal y va más allá de lo humano. Toda esa sangre desafía a la suerte hasta después de que nos muramos. Nos vamos a condenar». Hacia el final, ya no quería dormir en la misma cama que yo, se echaba en el suelo; decía: «Rajas a tantos que ya has perdido la cuenta. Esta infamia me da miedo. Te estás convirtiendo en un animal y yo no me acuesto con animales».

IGNACE: No oí a demasiadas mujeres quejarse de las tutsis forzadas. Sabían que ese trabajo de matar calentaba mucho a los hombres en los pantanos. Aceptaban la situación; pero, claro, siempre que los hombres no hicieran sus cochinadas cerca de las viviendas.

A la mujer que quería seguir de cerca las salidas, su marido la mandaba a casa y le decía que se ocupara del corral y de vigilar los saqueos.

ÉLIE: Las mujeres no podían pelearse con sus hombres por las matanzas y esas bobadas de sexo. No les quedaba mas remedio que ir a saquear también para evitar el hambre, porque ya no se cultivaba. Ningún roce separaba a las mujeres de los hombres durante las matanzas. Los hombres iban a matar y las mujeres a saquear; las mujeres vendían y los hombres bebían. Igual que pasa con la agricultura.

LÉOPORD: Las mujeres eran igual de feroces con los niños y las mujeres tutsis a las que localizaban en casas abandonadas. Pero lo que más les importaba era pelearse por las telas y los pantalones. Iban pisando los talones a las correrías y desnudaban a los muertos. Cuando la víctima respiraba aún, la remataban con alguna herramienta o le daban la espalda y la dejaban abandonada y dando los últimos susurros. Lo que ellas quisieran.

PANCRACE: En una guerra, matas al que te busca las vueltas o al que amenaza con hacerte daño. En las matanzas de esta categoría, matas a la vecina tutsi con la que oías la radio; o a la mujer buena que te ponía plantas medicinales en las llagas; o a tu hermana, que estaba casada con un tutsi. O, en el caso de algunos con mala suerte, a la propia esposa tutsi y a los niños, porque todo el mundo lo pide. Matas a la mujer lo mismo que al hombre. Esa es la diferencia que lo cambia todo.

FULGENCE: Las mujeres hutus encarceladas en Rilima lo pasan peor que los hombres porque sus maridos o sus hermanos nunca vienen a verlas ni les traen comida. A muchas las denunciaron por envidia, porque se quedaron con los bienes del difunto marido. Saben que están fuera del pasado y el presente. Y por eso se resisten más a confesar sus fechorías. Cuando han hecho lo que han hecho, se callan.

Christine: «Ahora es algo que me preocupa, porque muchas mujeres hutus se mancharon las manos con la sangre del genocidio. Los hombres tienen más tendencia a matar y a reconciliarse que las mujeres. Olvidan más deprisa, comparten con más facilidad las matanzas y las bebidas. Las mujeres no ceden tan fácilmente, les duran más los recuerdos.

»Pero también conozco a mujeres buenas, a mujeres hutus que no se atreven a mostrar compasión por temor a que también las acusen a ellas».

Clémentine: «Los hombres seguían teniendo expresiones feroces cuando volvían de los pantanos. Eran bruscos y malhumorados ante el menor inconveniente doméstico. Las mujeres miraban con temor esa ferocidad. Unas pocas los miraban con enfado y murmuraban en contra de aquellos actos sangrientos, y sobre todo las que, como yo, habían estado casadas con un tutsi al que habían matado.

»La mayoría decían que estaban contentas con todo lo que se sacaba de las matanzas, como sacos de judías, ropa y dinero. Iban en persona a recoger chapas y enseres domésticos que los maridos se habían dejado al saquear.

»Las vecinas venían a preguntarme cómo había podido consentir que me fecundara una cucaracha. Venían a decirme que no tuviera ninguna esperanza para mi marido porque sus hombres estaban totalmente decididos a matar a todo el mundo. Me aconsejaban que le enseñase a mi hijo mayor que no había tenido un padre tutsi, que sólo tenía sangre hutu, porque más adelante, si metía la pata al hablar podía ser funesto para él.

»En Nyamata, las comadronas volvieron a trabajar en la maternidad después de la carnicería como ni no hubieran visto sangre en las paredes. E incluso cobraron el último sueldo antes de irse al Congo.

»En la colina de Kibungo ninguna mujer salvó al niño de una vecina tutsi a la que se hubiera llevado por delante la muerte. Ninguna mujer metió entre los suyos a un niño de pecho. Ni siquiera por dinero. Ni siquiera en un escondrijo del bosque. Porque las mujeres no querían que sus maridos les echaran la bronca si volvían a casa con una multa de castigo por esa fechoría».

EN BUSCA DEL JUSTO

Estamos a 11 de abril, el primer día de las cacerías de tutsis en la colina de N'tarama. A eso de las doce, Isidore Mahan-dago descansa tras haber pasado la mañana escardando, sentado en una silla delante de su casa de *terres-tôles*. Isidore Mahandago es un campesino hutu de sesenta y cinco años que llegó hace veinte a Rugunga, en la colina de N'tarama.

Unos mocetones armados con machetes suben cantando por el camino próximo a su casa. Isidore se dirige a ellos con su voz seria de anciano y les echa un sermón en público, delante del vecindario. «Muchachos, sois unos malhechores. Volveos por donde habéis venido. Esas cuchillas vuestras están apuntando a una desgracia terrible para todos nosotros. No propaguéis rencillas demasiado graves para nosotros, los campesinos. Volved a vuestras tierras sin perjudicar más a nuestros vecinos». Dos asesinos se le acercan, riéndose, y, sin contestarle, lo matan a machetazos. Entre ellos está el hijo de la víctima, quien, según cuentan los que presenciaron la escena, ni protesta ni se detiene para inclinarse sobre el cuerpo. Los mozos siguen andando y cantando.

Isidore Mahandago es el Justo de N'tarama.

Al día siguiente, tres kilómetros más allá, en una zona de selva de Kibungo, Marcel Sengali está cuidando un rebaño de *ankolé tache-tache* con cuernos de lira. La familia Sengali vive en Kingabo, una zona de tutsis, con la excepción de tres familias hutus, entre las cuales se cuenta, y que, con el tiempo, se han hecho ganaderas siguiendo el ejemplo. Conviven en tan buena armonía que juntan los animales en un rebaño único.

Otros mocetones armados con machetes suben por el camino y lo ven, desde arriba, rodeado de vacas, a la sombra de un *umunzenze*. Bajan la cuesta a todo correr y, sin preguntarle nada, lo matan a machetazos. Al registrar la chaqueta del muerto, ven que en su carnet de identidad pone «hutu» y se percatan de su cruento error.

Dos días después, su viuda, Martienne Niyiragashoki, decide irse con sus vecinos tutsis de toda la vida a los pantanos, en los que intentan huir de las hordas de asesinos. Su hijo, Gahutu, es uno de ellos. Al enterarse de que su madre ha escapado a las ciénagas de papiros, va hasta la orilla varias veces para ordenarle a voces que salga y prometerle su amparo. Martienne Niyiragashoki se niega siempre, aunque no así otros hutus que se habían refugiado en los pantanos los primeros días, casi siempre acompañando al cónyuge, y abandonaron a sus familias para volver a la orilla y salvar la vida. Mucho más adelante, apareció el cuerpo de Martienne, hecho pedazos.

Marcel Sengali y Martienne Niyiragashoki son los Justos de Kibungo.

François Kalinganiré era un funcionario influyente de Kanzenze. Había sido incluso burgomaestre de la comuna de Nyamata en la década de 1980, pero lo destituyeron en 1991 por unirse a una formación moderada cuando se fundaron los partidos políticos. Era director del centro de formación juvenil de Mayange. No se topó con problemas, pero el rencor de sus adversarios no se olvidó de él.

El 12 de abril, segundo día de las matanzas, algunos de estos, en compañía de *interahamwe*, se presentan en su casa.

Saben que está casado con una tutsi y le ordenan que la mate para demostrar su adhesión al proyecto de genocidio. Se niega a ello estoicamente y les prohíbe que entren en su casa; los vecinos, amedrentados por la escena, lo intiman a que obedezca y sacrifique a su mujer. Persiste en su actitud e intenta despedir a los visitantes. Lo asesinan en su corral y lo entierran en su campo.

Es el Justo de Kanzenze.

A estas personas, oriundas de la comarca y cuyo nombre nos consta, hay que añadir a otros Justos anónimos. En la selva de Kayumba, que se halla más arriba de Nyamata, alrededor de 5.000 personas intentan librarse de la carnicería, entre ellas Innocent; Benoît, el ganadero del sombrero de fieltro; Théoneste, el sastre de señoras; y otros amigos que no se fían ni de la iglesia ni de los pantanos. En vez de hacer lo que sus congéneres, que se quedaron quietos entre el cieno y los papiros, los tutsis de Kayumba corren y hacen eses todo el día entre los eucaliptos para huir de los cazadores que los persiguen y sobrevivir hasta que caiga la oscuridad.

Una noche, Innocent se encuentra con tres desconocidos. Están apoyados en unos árboles, descansando hasta que amanezca. Innocent refiere: «Eran unos hutus forasteros. De Ruhengeri, creo. Los llaman *abapagasi*. Unos mozos que habían venido a ofrecerse como jornaleros en las tierras de mucha

producción a cambio de la comida. No se habían descarriado. Les hicieron un amable interrogatorio y contestaron que como eran de confesionalidad pentecostista las Escrituras les prohibían matar a los hombres que Dios había creado a su imagen y semejanza. Y como las autoridades les prohibieron que se fueran de la comuna, se marcharon a la selva.

»Los perdimos de vista en la confusión de las carreras y persecuciones. Más adelante, intenté enterarme de qué había sido de ellos, pero no supe nada más, ni siquiera de oídas. ¿Los rajaron en las peleas o consiguieron escaparse y volver a su comarca natal? Nadie lo sabe. En cualquier caso, al final éramos veinte supervivientes en la selva. Y no estaban entre nosotros».

Esos tres obreros agrícolas son unos Justos anónimos, en quienes se hallan, sin duda, representados otros desconocidos.

¿Dónde están los Justos que aún viven? Lo cierto es que, tras numerosas visitas e investigaciones, aún no hemos dado con ninguno en las tres colinas de Kibungo, N'tarama o Kanzenze. Hablaré, pues, de personas dignas. Ibrahim Nsen-giyumua, un próspero negociante de Kibungo, que paga multa tras multa para no matar ni saquear, hasta llegar a arruinarse «porque había juntado riquezas bastantes en la vida para no tener que mancharla de sangre», explica Innocent.

Valérie Nyirarudodo, que sale de la maternidad con sus hijos y otro más. Una madre que vive en una casa al pie de la selva de Kayumba, que abofetea a sus hijos porque denuncian a unos tutsis ocultos en la maleza. Muchas personas que, como dice Christine Nyiransabimana, una campesina joven, «es posible que hayan fingido y hayan escurrido el bulto apartadas, en retaguardia, y hayan vuelto por la noche sin haber ensuciado el machete… pero tenían que hacer acto de presencia detrás del grupo».

Para concluir, mencionemos el caso particular de cónyuges, en matrimonios mixtos, que salvaron a sus mujeres y a unos cuantos familiares pese a los despiadados castigos. Al contrario de lo que sucedía en la administración nazi, que solía clasificar a los cónyuges judíos de matrimonios mixtos según la confesionalidad y su instrucción, judía o cristiana, y se atenía a ese criterio para decidir su destino, la administración de Habyarimana aplicaba una norma más sexista y más simple. A los maridos tutsis había que ejecutarlos, y se los ejecutó sin excepción. Las esposas tutsis podían salvarse y, a veces, también los hijos, siempre y cuando los maridos hutus aceptasen

unas condiciones que resume como sigue Jean-Baptiste Murangira: «… a las mujeres tutsis que pertenecían a hutus muy pobres había que matarlas, pero los hijos podían salvarse. Las mujeres tutsis que pertenecían a hutus con fortuna podían salvarse si a los maridos se los veía mucho en los trabajos de matanza…».

Así fue como el agente del censo Jean-Baptiste Murangira salvó a su mujer, Spéciose Mukandahunga, el juez Jean-Baptiste Ntarwandya salvó a su mujer, Drocelle Umupfasoni, el suboficial retirado Marc Nsabimana salvó a su mujer, Annonciata Mukaligo, el director de Correos y otros notables o campesinos acomodados protegieron a sus respectivas mujeres. Al primero, tras confesar por propia voluntad su participación en «trabajos de matanza», lo condenaron a una pena de cárcel. El segundo, tras dos años de encierro, recobró la libertad al responder por él algunos amigos con sus testimonios. Se archivó su expediente, pero no ha podido volver a su despacho como miembro de la judicatura. Al tercero lo citaron varias veces ante el tribunal y ha aparecido su nombre en varios procesos, pero en la actualidad no lo reclama la justicia. Unos confiesan y otros niegan, pero ninguno está demasiado dispuesto a explayarse acerca de su conducta en la temporada del genocidio y no reivindican ningún agradecimiento público.

LOS CONOCIDOS

ADALBERT: Era posible no matar a un vecino, o a alguien que inspirase agradecimiento o compasión, pero no era posible salvarlo. Podía uno ponerse de acuerdo para escaquearse, decidirse a hacer una trampa de ésas, pero no tenía utilidad para el muerto. Por ejemplo, el que se encontraba con alguien con el que había abierto amistosamente demasiadas Primus podía apartarse de él. Pero detrás venía otro que se hacía cargo del trabajo. De todas formas, en nuestro grupo no pasó nunca nada de eso.

FULGENCE: Podías perdonar a alguien porque le debías un favor desde hacía tiempo, o porque te había dado una vaca. Pero siempre llegaba detrás otro que lo iba a matar. La suerte no libraba a ningún tutsi en los pantanos. Lo que tenía que hacerse se hacía fuera como fuera. Uno ya lo sabía y, a fin de cuentas, no se arriesgaba a ir en contra de esa verdad.

PIO: íbamos en equipo y nos encontrábamos con un montón de fugitivos revueltos y metidos entre los papiros y el cieno; no resultaba fácil localizar a los vecinos. Si tenía la mala suerte de divisar a un conocido, como por ejemplo un compañero del fútbol, notaba un pinchazo en el corazón y dejaba que lo matase el colega de al lado. Pero tenía que dejarlo aparte como quien no quiere la cosa, no debía descubrir mi buen corazón.

Al que vacilaba al matar por sentimientos de tristeza no le quedaba más remedio que disimular por completo las palabras, no decir nada del porqué de su reticencia, por temor a que lo acusaran de complicidad. Pero esos sentimientos no duraron mucho, se quedaron olvidados.

ALPHONSE: Matábamos todo lo que desemboscábamos entre los papiros. No había que escoger, ni esperar o temer a nadie en particular. Eramos rajadores de conocidos, rajadores de vecinos, rajadores sin más.

Hoy, algunos dan el nombre de conocidos y dicen que los perdonaron, porque saben que ya no viven para decir lo contrario. Lanzan esas hablillas para atraerse los favores de las familias afectadas, se inventan que salvaron a gente para facilitar el regreso. Cuando oímos esas estratagemas birriosas nos entra la risa al comentarlas.

ÉLIE: No teníamos que escoger entre hombres y mujeres, niños de pecho y viejos; había que matar a todo el mundo antes del final. El tiempo nos zarandeaba, el trabajo nos pesaba en los brazos, los intimidadores repetían: «El que baja el machete ante un conocido les está malogrando la buena voluntad a los colegas».

De todas formas, los que no hacían el ademán funesto al verse ante un conocido buena persona, lo hacían por amabilidad consigo mismos, no con su conocido porque sabían que a ése no le hacían ningún favor. De todas formas lo iban a matar. Y, en cambio, podían rajarlo con más crueldad porque por su culpa se había retrasado un poco el trabajo.

FULGENCE: Era posible no mancharse los brazos de sangre al encontrarse con un conocido, pero eso no le salvaba la vida. De todas formas, al conocido lo iban a rajar los que venían detrás. Si evitabas a un vecino, podían rajarlo más despacio y a ti podían ponerte una multa si alguien se había fijado. Al final, nadie salía ganando. Cada vez compensaba menos perdonarle la vida a un vecino. Sólo vi una vez un caso en que se salvó alguien: una jovencita a la que se llevó un colega para tener mayor comodidad los dos juntos; pero no por mucho tiempo, a lo más unos días, luego la condenaron y la tiraron a una cuneta.

PANCRACE: Como los tutsis andaban desperdigados por lo más hondo de la selva y de las ciénagas, era difícil salir por la mañana sabiendo a quién te ibas a encontrar. Ibas cogiendo lo que te encontrabas al azar, entre los papiros.

Sin embargo, había quienes andaban buscando matar a alguien en particular. Se notaba que andaban pendientes de localizar a esa persona antes que nada. Buscaban como si revolvieran, se acaloraban si no daban con ella.

Podía ser por una antigua rencilla, o por divertirse. O, la mayor parte de las veces, para quedarse esa misma noche con una tierra bien situada a la que le tenían echado el ojo hacía mucho. Al que presentaba la prueba de que había rajado a alguien importante, como una persona famosa, o una persona muy ágil, por ejemplo, podían premiarlo con una prioridad para quedarse con sus tierras. Pero lo normal era cazar sin pensar en eso.

IGNACE: En cualquier caso, las autoridades nunca aconsejaron que se buscase de forma preferente a un conocido. En los papiros, había que herir todo lo que encontrábamos, porque no se sabía de antemano con quién te ibas a encontrar. Nadie tenía derecho a disponer del tiempo de los demás para buscarse víctimas personales. En cuanto se te presentaba la oportunidad, matabas.

LÉOPORD: Sabíamos que a nuestros vecinos tutsis no se los podía acusar de nada malo, pero creíamos que todos los tutsis tenían la culpa de nuestras desgracias de siempre. Ya no los mirábamos uno por uno, no nos parábamos ya para reconocer quiénes habían sido, ni aunque fueran colegas. Se habían convertido en una amenaza que contaba más que todo lo que habíamos vivido juntos, que iba más allá de nuestro punto de vista acerca de las cosas de la comuna. Así razonábamos, y entonces matábamos.

ALPHONSE: El jefe repetía: «Matad a todo el mundo menos a las tutsis que pertenecen como es debido a maridos hutus si ellos se comportan de forma ejemplar durante las matanzas». Y por eso hubo mujeres tutsis que se salvaron, como la de Jean-Baptiste, aunque todos los vecinos lo sabían. En cambio al marido tutsi de una mujer hutu había que matarlo antes que a nadie, con su mujer y sus hijos también si ella protestaba.

ÉLIE: A una esposa tutsi podías intentar salvarla. Le ofrecías una vaca al jefe, y una radio o cosas por el estilo a los dirigentes; y luego repartías cantidades pequeñas de dinero entre los que rondaban tu casa. Pero si no estabas dispuesto a cooperar, no merecía la pena intentarlo.

A un marido tutsi no se lo podía regatear, estaba en la lista de urgencias. Si su mujer empezaba a discutir, la golpeaban en el acto y rajaban a su marido

delante de ella para desanimarla. Si seguía insistiendo, podían rajarla también a ella y a sus hijos.

ADALBERT: El que quería salvar a su mujer tutsi tenía que mostrar mucho brío durante las matanzas. Al que se lo veía flojo o tímido, sabía que ya podía ir despidiéndose de su mujer. Los malos humores o la vaguería del marido la condenaban.

JEAN-BAPTISTE: Sé del caso de un muchacho hutu que escapó a los pantanos con los tutsis. Pasadas dos o tres semanas, le insistieron en que era hutu y eso podía salvarlo. Salió de los pantanos y no lo hirieron. Había vivido tanto con los tutsis de pequeño que estaba un poco ido. Tenía una cabeza que no era ya capaz de diferenciar como es debido las etnias. Después no se metió en las matanzas. Es la única excepción. La única persona valiente a la que no obligaron a alzar el machete, ni siquiera por detrás. Se notaba que aquello superaba su entendimiento y no lo penalizaron.

FULGENCE: Vale mucho más matar a desconocidos que a conocidos, porque a los conocidos les daba tiempo a clavarte una mirada tremenda antes de recibir los golpes. La mirada de un desconocido se clava menos en la cabeza o en la memoria.

Marie-Chantal: «Para una mujer era inconcebible esconder a una conocida, ni aunque llevases codeándote con ella desde la infancia, ni aunque te diera algo de dinero. Cuando corría el rumor de que había una superviviente escondida, tenías que entregársela inmediatamente a tus vecinos; a lo mejor te obligaban incluso a matarla con tus propias manos. Así que a ella no la ayudabas, salvo que vivía unos pocos días más para nada y a ti eso te obligaba a hacer un trabajo de hombres de lo más repugnante».

Innocent: «Tenía un amigo muy íntimo al que le había dado una vaca. Era un comerciante muy acomodado, servicial, muy cordial siempre. Tiempo atrás, me había pedido que le diera unas clases particulares a su hijo para que aprobase el examen nacional. Yo llegaba a su casa, daba la clase, me sentía

tan a gusto en su casa como si estuviera en la mía. Él y su mujer nos invitaban a mi mujer y a mí a compartir guisos, bebidas y regalitos.

»El día de las matanzas me acordé de él, como es lógico. Le mandé recado de que escondiera a mi hijo. No salió a la puerta. Mandó a su criado a que me dijera que nadie podía ni poner el pie en el corral, que en su casa ya no quedaba sitio para el menor recuerdo de una amistad.

»Estos días lo he visto varias veces cuando te he acompañado a la cárcel. Nos hemos saludado con los tradicionales abrazos. Ha sido tan cariñoso como antes. Me ha dicho: “Innocent, eres para mí como un hermano pequeño. Te has salvado y me alegro. Pero si volviera a repetirse la situación, volvería a hacer lo mismo. No hay elección que pueda ir en contra de ese destino.”»

Francine: «Algunos asesinos cuchicheaban los nombres de los conocidos al apartar los papiros y les prometían protegerlos. Pero no era más que una treta para animarlos a que salieran de su escondrijo en el agua y rajarlos sin tener que hacer el esfuerzo de buscarlos. Era muy peligroso que te encontrase un conocido, porque podía hacerte sufrir para dar el espectáculo».

Berthe: «Antes sabía que un hombre podía matar a otro, puesto que los hombres se pasan la vida matándose. Ahora se que incluso la persona con la que has metido la mano en el plato de comida o con quien has dormido puede matarte sin apuro. El vecino más cercano puede ser el más terrible. Una mala persona puede matarte a mordiscos, de eso es de lo que me enteré cuando empezó el genocidio y ya no miro con los mismos ojos la cara de la gente».

LOS MUROS DEL PENAL

Cuando leemos relatos de guerra o cuando vivimos temporadas de guerra, nos asombra ver hasta qué punto se atreve la gente a enfrentarse con el miedo o cuánto resiste la tentación de huir cuando todavía está a tiempo. Una resistencia que se nutre de valor, de ilusiones y esperanzas, de ingenuidad y de ceguera, y también de fatalismo.

Durante la Segunda Guerra Mundial, por ejemplo, todavía nos sorprende que muchísimas comunidades judías se negaran a tomar conciencia de las amenazas de exterminio que se iban haciendo cada día más concretas y a reaccionar antes de que se cerrasen las fronteras o los guetos.

Más recientemente, en Bosnia-Herzegovina, resulta tan incomprensible como admirable la obstinación de los musulmanes en hacer caso omiso de los estragos de las incursiones militares y de la purificación étnica que veían en torno, incluso cuando ardían las casas de la aldea de al lado y retumbaban las ráfagas de disparos, y su empecinamiento en no moverse antes de la inevitable llegada de los camiones de los milicianos. Lo mismo sucedió en el Líbano, en Sierra Leona o en Chechenia, donde la gente se aferraba tiempo y tiempo, entre paisajes en ruinas, a su entorno familiar y retrasaba cuanto podía el destierro.

Por eso, cuando en los primeros días del verano de 1994, al acabar el genocidio, un pueblo de dos millones de hutus se puso en pie como un solo hombre y, en pocos días, emprendió, de forma tan repentina, el camino del destierro, nos dimos cuenta de que el temor a las armas y la venganza de las tropas del FPR no podía ser el único motivo. Intuimos, sin pretender concretarlo, que lo que arrastraba con tanta fuerza hacia el Congo a aquel inmenso gentío y le hacía abandonar casas, campos, profesiones y hábitos, sin vacilar ni mirar atrás, tenía que ser un motor psíquico de eficacia mucho mayor que el instinto de supervivencia sin más.

Dos años después, esas familias regresaron a sus tierras sin haberse podido librar en los campamentos de esa culpabilidad colectiva, de ese sentimiento de vergüenza que hoy en día forma un todo con la obsesión de la sospecha, el castigo y la venganza y se mezcla con las traumáticas angustias de los tutsis y enturbian un ambiente que Sylvie Umubyeyi describe en pocas frases: «Están los que Ies tienen miedo a las colinas, que, no obstante, deberían labrar. Están los que temen cruzarse con hutus por el camino. Están los hutus que salvaron a tutsis, pero ya no se atreven a volver a sus aldeas por temor a que no los crean. Está la gente a la que atemorizan las visitas o la oscuridad de la noche. Hay rostros inocentes que dan miedo y que temen dar miedo como si fueran rostros de criminales. Está el miedo de las amenazas, el pánico de los recuerdos».

Tras un genocidio, las angustias tienen una persistencia vertiginosa. El silencio que de ellas nace y se extiende por las colinas de Ruanda nos resulta imposible de expresar a quienes lo presenciamos hoy y no tiene comparación posible con las cosas que suelen callarse en las posguerras, salvo en el caso de Camboya para ser exactos. Sólo en mutua compañía pueden los supervivientes sobreponerse a ese silencio. Pero dentro de la comunidad de los asesinos, todos y cada uno, tanto inocentes cuanto culpables, interpretan papeles de mudo o de amnésico.

En Nyamata tengo relaciones cordiales, y a veces amistosas, con familias hutus. Charlo con personas ajenas a toda sospecha, con mujeres libres de acusación alguna. Hablo en la parte trasera de las casas, apartados de las miradas, con parientes de los asesinos; antes, he conversado con excaciques de régimen de Habyarimana exiliados en África o en Europa y que se amparan en el anonimato. Ninguna de esas conversaciones tiene gran interés y, a veces, son absurdas. La mala fe, la mentira y la negación compiten con el apuro y el miedo en cuanto se toca lo que sucedió en el genocidio.

Es ésta otra de las consecuencias singulares de un genocidio: el testimonio de los asesinos. No me resultó difícil obtener relatos sinceros y detallados de militares del Vietnam, de torturadores de la guerra de Argelia o de la dictadura argentina, de milicianos de la purificación étnica de Bosnia-Herzegovina, de esbirros de los campos de detenidos iraquíes o iranís, recurriendo a veces al aforismo de Oscar Wilde: «Dadle una máscara a un hombre y os dirá la verdad».

Pero, tras un genocidio, los rodeos de los asesinos de escaso nivel intelectual y de sus familias superan la capacidad de comprensión y no tienen

más explicación posible que el temor a las represalias.

Así pues, al acabar de entrevistar a los supervivientes, voy al penal de Rilima, donde están detenidos los presos de la comarca, para poner cara y voces a los asesinos citados por los supervivientes. Una de las peculiaridades de los relatos de los supervivientes era, en efecto, que ocultos entre el barro y bajo los papiros, casi nunca les habían visto la cara a los asesinos, a los que únicamente describen por lo que dejaban suponer sus movimientos y sus gritos.

Pero voy con la intuición de que las charlas de la cárcel serán tan penosas e inútiles como las mantenidas con las familias hutus en las colinas. Intuición errónea: desde las primeras entrevistas, la charla con los prisioneros resulta ser de otro tipo: mucho más directa y concreta. A partir de ese momento, las visitas siguientes ratifican la idea de que sólo un asesino encarcelado puede referir los hechos, sólo un asesino que aún no ha tenido un período de libertad va a referirlos. Está claro que cuanta más libertad tienen los hutus en sus tierras, menos libertad hay en sus palabras. Y, a la inversa, cuanto más gruesos son los muros de las cárceles, más estimula ello los relatos, pues amparan a sus autores de la venganza de las víctimas, a las que les podría sonar un nombre, y de los colegas y vecinos que los acusarían de traición, o de los hijos, que se avergonzarían.

Prueba de ello es que, cuando Ignace, el primero de la banda que salió del penal en libertad por motivos de edad, en enero de 2003 y, por lo tanto, en fecha posterior a las entrevistas, regresó a su tierra de Nganwa, refunfuñaba al referirse a su participación en el libro y se negó a tocar los temas tratados y grabados en el jardín de Rilima.

No obstante, también queda claro enseguida que esos muros no bastan. Hace falta también entablar el diálogo con el asesino en un momento particular de su vida de preso. Es decir, cuando ya está cerrada la instrucción de su caso y lo han condenado a una pena de mayor o menor duración. Un momento en que sabe que lo que cuente no incidirá ya en la decisión de la justicia y piensa que va a tardar mucho en tener que enfrentarse con lo de fuera.

Tiene que ser también el momento en que ha llegado a la etapa de la confesión —por muy limitada que sea—, es decir, en que admite en mayor o menor grado que participó en las carnicerías. Pues es, efectivamente, indispensable que el asesino acepte que estuvo implicado en la matanza, aunque lo haga de manera calculadora y astuta. Si lo niega todo, o si descarga

de forma mecánica su responsabilidad en los demás, si contradice toda iniciativa individual, si desmiente toda conformidad intelectual con el proyecto y niega haber sentido por él un mínimo interés o cierto placer en llevarlo a cabo, volvemos a toparnos con las letanías que se les oyen a las familias de las colinas: «… no fui yo, fueron los demás…», «… yo no estaba, no vi nada…», «… si los tutsis no hubieran salido huyendo, no habría pasado nada…», «… yo no quería, pero no me quedaba más remedio…», «… si no lo hubiera hecho yo, otro lo habría hecho y habría sido peor…», «… no tuve nada que ver; la prueba es que todavía tengo amigos tutsis…».

De ahí la importancia de tratar con un grupo, en este caso con una banda de amigos de Kibungo, unidos desde el principio, que aceptan y discuten entre sí las condiciones de las entrevistas y se consultan mutuamente, entre encuentro y encuentro, para enfrentarse juntos con sus recuerdos de asesinos.

LOS SUFRIMIENTOS

ADALBERT: Hubo algunos que maltrataron mucho porque mataban de más. Las matanzas que hacían les resultaban gustosas. Necesitaban una borrachera parecida a la de los que cada vez quieren más la botella.

La muerte animal ya no les resultaba satisfactoria; cuando se limitaban a liquidar a un tutsi se sentían frustrados. Querían efervescencia. Se notaban como estafados si el tutsi se moría sin decir nada. Y por eso ya no herían en las partes mortales, para disfrutar de los golpes y oír mejor los gritos.

FULGENCE: Los sufrimientos destapaban la maldad o la cordialidad naturales de cada cual. Había gente feroz que nos animaba a que hiciéramos sufrir. Pero eran muy pocos. A la mayoría los violentaban esos sufrimientos terribles.

Menos, claro está, en el caso del fugitivo que nos había hecho sudar demasiado corriendo por las ciénagas, nos limitábamos a rematar el trabajo como es debido. Pero yo notaba que los que tenían fusiles nunca apuntaban a los fugitivos cuando querían desperdigarlos para los rastreadores; disparaban al aire para no enviarlos a una muerte demasiado rápida.

PANCRACE: Las torturas eran actividades de propina, que venían de decisiones individuales o de grupos pequeños. Eran nada más que distracciones, como un recreo en medio de una tarea muy larga. Pero las consignas eran sólo que había que matar.

Algunos mataban despacio porque estaban asustados; otros, porque era debiluchos; otros, porque les daba todo igual; otros, por ferocidad. Yo hería deprisa, sin fijarme en esas cosas. No pensaba en esos satanismos, me daba prisa en liquidar el programa del día.

ALPHONSE: Algunos se divertían con los tutsis y el machete, para lucirse. Fanfarroneaban para presumir luego por la noche. Algunos se ensañaban con el machete sólo para castigar. Si un tutsi había dejado agotado al que iba a matarlo en una carrera de persecución, podía hacerle cosquillas con el machete y eso podía ser tremendo para él. Era como un ejemplo para que sirviera de enmienda, sólo que ya no quedaba nadie vivo para fijarse en ello.

JEAN-BAPTISTE: A notables o a comerciantes conocidos se los hizo sufrir mucho. Para castigarlos por las fechorías pasadas o para sacarles dónde tenían escondidos los ahorros. También sufrieron las personas con las que había habido rencillas largas; una venta que no se había zanjado o una pelea porque unas vacas habían pisoteado un campo, por ejemplo. Pero eran pocas. En eso no había ninguna consigna. Los jefes repetían: «Matad deprisa, y ya está. No sirve de nada andar perdiendo el tiempo».

En el Congo, en el camino de vuelta, conocí a participantes a los que la locura llevó a arrojarse al lago Kivu. El terror los hizo elegir que el lago se los tragara. Pensaban que la muerte los recibiría con más clemencia en el agua que en las colinas. Cuando se acercaba el momento del regreso se removieron por todas partes amenazas terribles. El terror les mostraba detalles de una muerte espantosa porque ellos habían rajado a muchos de forma espantosa. Pero eran excepciones.

PIO: Hubo sufrimientos voluntarios y sufrimientos involuntarios, por decirlo de alguna forma. Pues muchos tutsis acababan entre alaridos cuando los rajaban sólo por fallos técnicos. Eran heridos a los que abandonaban cuando aún se movían, por precipitación, por descuido, por asco de lo que se acababa de hacer más que por maldad. Eran sufrimientos por negligencia.

LÉOPORD: Vi casos de colegas que se entretenían con su presa para hacerla sufrir mucho rato.

Pero la mayoría de las veces dejaban a la persona sin rematar porque tenían demasiada prisa por ir a saquear. Por ejemplo, daban el primer machetazo y veían una bicicleta y, hala, preferían subirse en la bicicleta mejor que concluir el trabajo. Lo mismo pasaba con un tejado de chapas impecables. Más que maldad, era gula. Yo para cada ocupación me fiaba del tiempo. Hería con puntería y de cerca, hería justo lo preciso.

ÉLIE: El sufrimiento era como cada cual quería que fuera, siempre y cuando cumpliera con el trabajo. Los intimidadores no daban ningún consejo en particular para animar a los que hacían sufrir o para desanimarlos. Repetían: «Sólo matar y ya está». A nosotros nos daba igual. Si un colega quería andar de broma con una víctima seguíamos a lo nuestro. Pero tengo que decir que se descuidaba mucho lo de rematar los cadáveres. Aunque no fuera por maldad, desde luego que no era por amabilidad.

ALPHONSE: Salvar a los niños de pecho no era posible. Los tiraban contra las paredes o contra los árboles, o los rajaban directamente. Pero los mataban más deprisa porque abultaban menos y porque su sufrimiento no era de utilidad. Se dijo que en la iglesia de Nyamata quemaron a niños con gasolina; a lo mejor fue verdad, pero debieron de ser muy pocos, en el jaleo del primer día. Más adelante no siguió siendo así. O, por lo menos, yo no me enteré. Los niños de pecho no podían entender nada del porqué de los sufrimientos, no merecía la pena pararse en ellos.

FULGENCE: Cuando veíamos a los tutsis arrastrándose por las ciénagas, algunos de los muchachos se reían. Había quien los dejaba andar por allí un rato más para que la cosa tuviera más gracia. Pero no era eso lo que hacía todo el mundo. A algunos les importaba un bledo y no perdían el tiempo en burlas de ésas. Si era más fácil pillarlos cuando se iban arrastrando, pues mejor. Y ya estaba.

ADALBERT: Cuando veíamos un grupito de fugitivos que intentaban escapar reptando por el barro, los llamábamos serpientes. Antes de las matanzas, los solíamos llamar cucarachas. Pero durante las matanzas era más propio llamarlos serpientes, por lo que hacían; o sinvergüenzas; o perros, porque no valoramos a los perros. En cualquier caso, gente que no valía nada.

Para algunos de nosotros, eran bromas entretenidas que no pasaban a mayores. Lo importante era no dejar que se escapasen. A otros, esos insultos les daban bríos. Les facilitaban el trabajo. Los participantes se sentían menos apurados si insultaban y golpeaban a gente andrajosa que se arrastraba que a personas de pie, como es debido. Porque parecían menos personas en esa postura.

Clémentine: «A veces los hombres volvían de la correría empujando a un fugitivo que caminaba delante de ellos. Lo encerraban en el centro comercial. Le quitaban el reloj y los zapatos. A veces también le quitaban la ropa. Por lo menos al principio de las matanzas, porque luego los fugitivos estaban tan desharrapados que ya no se les podía quitar nada que valiera la pena.

»Esos condenados eran sobre todo conocidos que habían intentado hacer trampa. Hacerse pasar por hutus, por ejemplo. O personas que antes habían sido ricas e importantes. O conocidos a quienes no se quería bien, sencillamente, por rencillas pasadas.

»Los asesinos llamaban a todo el mundo para que fuese a mirar. Todas las mujeres y los niños se juntaban en el lugar del espectáculo. Había gente que aún llevaba en la mano una bebida, o al niño en la espalda. Los rajadores les cortaban los miembros y les machacaban los huesos con un garrote, pero sin matarlos. Querían que durasen. Querían que los asistentes aprendieran de todos aquellos suplicios. Se alzaban gritos de todos lados. Eran fiestas ruidosas, poco frecuentes y con mucho público».

Jean: «Ya no había escuela, ni distracciones, ni juegos de pelota y otros por el estilo. Cuando había una sesión de rajar en público, por ejemplo en la iglesia o en el centro comercial, todos los niños se juntaban allí. No había obligación ni por una parte ni por otra. Al que no avisaban se enteraba por los gritos. Mirábamos todos los detalles sangrientos. Podíamos apiñarnos delante o detrás, cada cual según su curiosidad. Eran nuestras únicas ocupaciones de grupo».

Sylvie: «Todos los niños pequeños vieron todo lo de las matanzas públicas. Incluso aunque ahora se nieguen a hablar de eso, a veces se les escapan palabras que demuestran que asistían a esos espectáculos de suplicios. Tenían que fijarse bien por el ejemplo y por el entretenimiento. Los mayores, los que tenían más de doce y trece años, podían incluso participar a veces. Incluso aunque no matasen con sus propios brazos, iban con los perros a localizar fugitivos en los escondrijos de la selva. A eso se dedicaban durante todas esas semanas sin escuela, sin juegos, sin iglesia. Y a los saqueos.

»Es imposible dar una cantidad, pero muchos niños mataron. Algunos cuentan que les daba asco y miedo, pero que su papá o su mamá los obligaban a rajar. La mayor parte se vuelven mudos del todo en cuanto oyen hablar de

las matanzas, e incluso de los tiempos pasados. Quedarse mudo no permite ni acabar ni cambiar».

LÉOPORD: Un día el consejero dijo: «Una mujer echada ya no tiene etnia». Después de oír eso, algunos hombres capturaban a una chica y la traían como mujer a sus tierras. Muchos temían los reproches de sus esposas y forzaban a las chicas en pleno trabajo de matanza en las ciénagas, sin ocultarse siquiera de sus compañeros, detrás de los papiros.

Algunas chicas salvaron la vida así, o por una temporada larga que todavía dura. Sobre todo si caían en manos de militares que no tenían a nadie en casa. En manos de campesinos está claro que la cosa no podía durar.

Clémentine: «Mi marido tutsi había escapado a los pantanos. Yo había dado a luz en la primera semana de las matanzas, en una casa abandonada, porque habían quemado la nuestra. Unos que compartían la casa y estaban de paso gruñían contra el niño recién nacido. Echaban discursos en la puerta: "Ella sí que es de los nuestros, pero su hijo es tutsi. No tiene sitio entre los vivos." Cuando se ponían demasiado amenazadores, tenía que meterme debajo de ellos para salvarle la vida al niño. Y como se lo contaban unos a otros, era algo que pasaba con mucha frecuencia».

PANCRACE: Antes se decía con mucha frecuencia por las noches, e incluso durante las veladas: «Hay que ver esos tutsis, qué estatura tan estirada tienen. Y por eso se portan de forma tan altanera y nos miran como a subalternos. Y por eso gustan tanto esas muchachas». Así que cuando llegó el momento de las matanzas, si un rajador que iba de malas agarraba a una víctima un poco alta entre los juncos, era muy posible que la hiriese en las piernas, a la altura de los tobillos, por ejemplo, y lo mismo en los brazos, y la dejaba recortada más corta, sin darle el golpe fatal. Incluso aunque no fuera tan alta, si es que era una mujer.

Se puede ir al penal de Rilima por dos caminos. Uno es una pista arenosa que une entre sí aldeas agobiadas de calor. El otro se recorre a pie; cruza la sabana y permite a las familias de las tres colinas llegar en siete o diez horas de marcha, según el peso de los fardos que llevan los días de visita.

MUCHACHOS EN FORMA

Pasados los pantanos del río Nyabarongo que, tras una sinuosidad, vuelve a aparecer en el paisaje, el penal de ladrillos beige se alza, como una fortaleza, en lo alto de una loma desde donde se domina el lago Kidogo. Hay en torno inmensidades desérticas de tierra y matorrales, en las que ponen acá y allá una mancha verde algunos oasis de maíz y estoicas judías. El imperio de Rilima se alza en la zona más seca de Bugesera.

En *Dans le nu de la vie* escribí lo siguiente: «El muro del edificio central de la cárcel, que no tiene ni atalayas ni alambradas, está en lo alto de un montículo. Una portalada de hierro naranja se entorna para que se deslicen por ella los presos a quienes se les permite salir. A cincuenta metros de esa puerta, se apodera al mismo tiempo de quien se acerque el estruendo de las orquestas, que rivalizan en ritmos y canciones, y un asfixiante olor a sudor y también, seguramente, a rancho y a basura. Basta con echar una mirada por la rendija para intuir la indescriptible promiscuidad que reina ahí dentro».

Dos años después, no es preciso rectificar la anterior descripción. La población de reclusos sigue siendo aún de alrededor de 7.500 prisioneros en unos locales construidos para albergar una cantidad tres veces menor. Duermen en pabellones de quinientos, en literas metálicas en las que casi siempre hay cartones o mantas en vez de colchones. Unos quinientos duermen en el patio, bajo toldos de plástico.

No obstante, pese al hacinamiento, la higiene de los presos ha mejorado notablemente gracias a la política de reconciliación nacional, a las aportaciones económicas internacionales destinadas específicamente a esos penales y a la intervención diaria de la Cruz Roja; tanto es así que resulta ahora muy superior a la de los campesinos de las mesetas desérticas de los alrededores, sobre todo en las épocas de malaria y grandes sequías. La administración proporciona harina de maíz y de sorgo, judías, leña para calentarse y dos horas de electricidad al día. La Cruz Roja completa el

abastecimiento con aceite, productos de limpieza y aseo y camas; y reparte unos insólitos uniformes de color rosa y de un corte impecable.

Despiertan a los presos a las 5.30. Los que comienzan el día rezando se despiertan unos a otros media hora antes. A las 6, empieza el trabajo de acarreo de agua, que consiste en sacar del lago, en un ininterrumpido ir y venir de hombres acarreando garrafas, los alrededor de cuarenta mil litros precisos para beber y lavarse. La única comida del día se sirve, pabellón tras pabellón, entre las 9 de la mañana y las 3 de la tarde. Hay que sumar a esa comida algunos extras que proceden de las familias y del mercado negro.

Entretanto las brigadas salen a trabajar en las setenta hectáreas del penal, en las obras de construcción de la comarca, en talleres de forja y mecánica y en peluquerías. El trabajo, facultativo y voluntario, no aporta sino modestas ventajas, salvo, por descontado, si es en las cocinas de la cárcel, que ceban a los afortunados escogidos así como a los asesores jurídicos, a los jefes y a los predicadores, que acuden a cobrarse sus emolumentos directamente de las propias ollas. Los ministros de las múltiples Iglesias se reparten las tardes para celebrar oficios religiosos; y el domingo, en tandas de dos horas.

Todos los presos pueden recibir visitas dos veces por semana. Pero, tras horas de caminata y horas de espera alrededor de los muros del recinto, las familias no pueden ver a los presos más que unos pocos segundos como mucho, entre un alboroto de exclamaciones, órdenes e intercambios de víveres que resulta muy desalentador. A la mayor parte de los presos sólo han venido a verlos una o dos veces desde que ingresaron en la cárcel. Esa carencia de vínculos con el mundo exterior los aísla aún más.

Los muchachos de la banda de Kibungo están en buena forma física y psicológica y correctamente alimentados y aseados. Los molesta la promiscuidad, pero no padecen ninguna enfermedad ni carencia que pueda influir en su comportamiento con nosotros.

Por consejo de Innocent, entro en contacto, de entrada, con dos personas que tienen cierto ascendiente sobre el grupo: Jean-Baptiste Murangira, exfuncionario de N’tarama, que lleva en la actualidad una asociación de arrepentidos; y Adalbert Munzigura, ayer cabecilla *interahamwe* en Kibungo y hoy responsable de la seguridad en el penal, jefe de la banda ayer y hoy. Tras contar con su conformidad, reunimos a la banda para exponerle el proyecto y discutir las pautas.

Nos comprometemos, en lo que a nosotros se refiere: a no informar de nada de lo que se diga en las entrevistas a jueces, abogados o directores, ni a

los amigos de la taberna de Nyamata, ni a los parientes de las víctimas, ni a las propias familias de los entrevistados; a no publicar nada antes de que concluyan los juicios y se hayan dictado ya las condenas definitivas, para que lo que digan no pueda perjudicarlos ni beneficiarlos.

Cobran su colaboración colectiva en azúcar, sal, jabón, bebidas dulces y en las medicinas que ellos soliciten. Otra remuneración muy valorada es la de recibir noticias de sus familias, por cuyas casas pasamos por las tardes y a quienes damos sus recados.

Por su parte, cuentan con la libertad de retirarse en cualquier momento, de forma provisional o definitiva, sin que ello tenga consecuencias para sus colegas. De hecho, nadie expresó ese deseo.

Deben ceñirse a un comportamiento común cuando no quieran responder a algunas preguntas. Si no les gustan o les parecen comprometedoras, indican brevemente que se niegan a responder o se callan; si es posible, explican la negativa; pero se comprometen a no mentir ni a contar lo primero que se les pase por la cabeza.

Esta norma, aparentemente sencilla y que aceptan de entrada, se convierte, al principio, en tema de discusiones agotadoras, y a veces tensas, porque los muchachos no pueden por menos de reproducir, ante Innocent y yo, el mismo sistema de defensa pensado para la justicia, sus familias o su conciencia, y meten en sus relatos demasiadas mentiras, de forma más o menos espontánea u obedeciendo a una táctica. Lo cual me obliga, por cierto, a interrumpir las entrevistas con dos de ellos y a excluirlos del grupo, pues su empecinamiento en brindar narraciones inverosímiles, en negar la evidencia, en complacerse en un necio nihilismo, acaba por ser estéril.

Pero, tras superar esa falta de entendimiento y esos titubeos, los demás van admitiendo poco a poco esa forma de no «hacer eses con la verdad» más que callándose. Y, al final, cada vez «hacen menos eses». Por lo demás, cada cual las hace a su manera: unos trazan curvas muy amplias, que parece que no van a acabar nunca, otros se contentan con breves desvíos ocasionales, como veremos más adelante.

Pio o Alphonse, por ejemplo, que se dejan influir mucho dentro de la banda, cumplen al pie de la letra con los acuerdos en cuanto están solos. Léopord rechaza de plano el comodín del silencio y contesta a todas las preguntas. Adalbert es imprevisible: un día dice lo primero que se le ocurre y al siguiente responde con absoluta sinceridad. Élie siente algunos días la necesidad de soltarlo todo, y otros, en cambio, no. Ignace o Jean-Baptiste nunca son demasiado explícitos.

Pese a la referida norma, no cabe duda de que en estos relatos hay más de una mentira: de una o dos estoy enterado; de las demás aún no. Por ejemplo, el primer asesinato de Jean-Baptiste y las circunstancias en que lo cometió no coinciden con lo que él cuenta. Sabemos, por el testimonio de una campesina hutu que presenció en su día la escena, que a Jean-Baptiste no lo eligieron para obligarlo a matar a esa primera víctima, como él dice, sino que, antes bien, se mostró muy dispuesto, tanto que aprovechó para matar a una pareja de ancianos en las inmediaciones de la taberna. Tras pensármelo, decidí dejar la versión de Jean-Baptiste como él la cuenta, porque, pese a su deliberada falsedad, revela una verdad más esencial acerca del ambiente exaltado, de los estados de ánimo y del chantaje a que se sometía a los maridos de las mujeres tutsis. Y porque no hay norma sin excepción.

La administración ruandesa colabora de buen grado. El ministro del Interior nos concede permisos para visitas y entrevistas sin limitación alguna.

El director del penal pone tres condiciones.

Una: las entrevistas deben celebrarse fuera del primer recinto del penal y de los pabellones-dormitorio y el patio, para que los presos no hagan corro.

Otra: las entrevistas con Joseph-Désiré Bitero, condenado a muerte, deben celebrarse bajo la vigilancia de un guardián armado y sentado a unos diez metros de distancia. Dicha presencia no tiene mayor importancia, puesto que el guardián no puede oír a esa distancia lo que decimos y, por lo demás, no le interesa en absoluto. Y, sobre todo, porque Joseph-Désiré, exmaestro, habla un francés fluido, lo que no le sucede al guardián.

Tercera: no pueden celebrarse entrevistas los domingos, que son día de descanso.

¿Y QUÉ PASA CON DIOS?

ADALBERT: El sábado, después de caerse el avión, era día de ensayo rutinario de la coral en la iglesia de Kibungo. Cantamos himnos en buen entendimiento con nuestros compatriotas tutsis; aún se mezclaban a coro nuestras voces. El domingo por la mañana volvimos a la hora de misa; ellos no vinieron. Ya se habían escapado a la selva por temor a las represalias. Se habían llevado las vacas y las cabras. Eso nos fastidió mucho, sobre todo en domingo. Nos enfadamos mucho en la puerta de la iglesia. Dejamos ahí dentro al Señor y nuestras oraciones y nos volvimos a casa a zancadas. Nos quitamos la ropa de los domingos y nos pusimos la de ir a trabajar al campo; y cogimos machetes y garrotes. Nos fuimos de matanza directamente.

En los pantanos me nombraron jefe de matanzas porque mandaba mucho. Igual me pasó en los campos del Congo. En la cárcel, me nombraron jefe carismático porque cantaba mucho. Me encantaban los aleluyas. Me metía muy a gusto en esas estrofas tan alegres. Amaba sin cansarme del amor a Dios.

Un día, mientras estaba cantando himnos a voz en cuello, me entró apuro de alegrarme con esas palabras piadosas sin decir nada de lo que les había hecho a los muertos. Miré a todos los colegas con uniforme de preso que estaban rezando y pensé: Hay un perdón para los que nos han ofendido así en la tierra como en el cielo y andamos embrollando todo lo que hicimos en los pantanos. Pensé: Nuestros cantos se alzan tan sonoros que seguro que se oyen fuera de la cárcel. Todas esas bendiciones que el Libro promete a los hombres de buena voluntad me dolieron por mi mala voluntad.

Y por eso estuve conforme con empezar a confesar un poco; primero a Dios, y luego a las autoridades. Y por eso he estado conforme con contárselo a usted.

ALPHONSE: El jueves, cuando entramos en la iglesia de N'tarama, la gente estaba tumbada en la penumbra. A los heridos se los veía entre los bancos; los ilesos estaban escondidos debajo de los bancos; los muertos, en los laterales, hasta el pie del altar. El escándalo sólo lo metíamos nosotros.

Ellos estaban esperando la muerte en la paz de la iglesia. A nosotros ya nos daba igual estar en una casa de Dios. Vociferamos, bromeamos, dimos órdenes, insultamos. Fuimos comprobando persona por persona, examinando las caras, para rematar a todo el mundo a conciencia. Si teníamos alguna duda de si alguno estaba agonizando o no, arrastrábamos el cuerpo fuera para examinarlo a la luz del día.

A mí me habían bautizado sinceramente como católico, pero me pareció mejor no rezar como de costumbre durante las matanzas. De esas asquerosidades no había que pedirle nada a Dios. Aunque, para coger el sueño algunas noches, no pude evitar ponerme de rodillas a escondidas y aligerar con perdones tímidos algunos temores tenebrosos.

PANCRACE: Dios no crea iguales a todos los hombres. Están los que matan, pero tienen buen corazón y están dispuestos a confesarse. Y están los que matan y tienen el corazón duro y alimentan su odio en silencio. Ésos son muy peligrosos, porque la fe no les ablanda el carácter. No se pierden ninguna sesión de las actividades de la iglesia. Se meten tan contentos en oraciones o en himnos, no se les olvida ningún gesto piadoso, como santiguarse o arrodillarse y cosas de ésas. Se nota que se les da bien la religión, pero en su fuero interno saben que tienen que seguir matando. Y esperan con paciencia hasta la vez siguiente.

FULGENCE: Yo era coadjutor, el que acomodaba a los cristianos cuando se reunían en la colina de Kibungo. Cuando no estaba el cura, yo oficiaba los servicios ordinarios.

Durante las matanzas decidí no rezarle a Dios. Me daba cuenta de que no valía eso de mezclarlo en esas cosas. Esa decisión me vino espontáneamente. Sin embargo, cuando me apretaba de repente el miedo por la noche, porque me había pasado durante el día, le pedía a Dios como un favor personal que me permitiese pararme un poco durante los días siguientes.

Dios nos libró del genocidio hasta que se cayó el avión del presidente; luego, dejó que Satanás ganase la partida. Así es como lo veo yo. Y como fue Satanás quien nos llevó a esa situación, sólo Dios puede juzgarnos y

castigarnos. Y no los hombres, porque el poder de esos dos los supera, al menos en esta situación que está más allá de lo natural.

Yo sé que sólo Dios puede entender lo que hicimos. Sólo Él lo vio de cerca, sólo Él sabe quién se manchó los brazos y quién no. Y de los que no se los mancharon tiene Él una cuenta muy pequeña.

IGNACE: Los curas blancos salieron huyendo en las primeras escaramuzas. Los curas negros o mataron o los mataron. Dios callaba y las iglesias apestaban con los cadáveres que se habían quedado dentro. No había ya lugar para la religión en lo que hacíamos. Durante un poco de tiempo no fuimos ya cristianos corrientes; teníamos que olvidarnos de las obligaciones que nos habían enseñado en el catecismo. Así que lo primero era obedecer a los jefes. Y a Dios sólo después, mucho después, para confesarse y hacer penitencia cuando se acabase la tarea.

PANCRACE: En las ciénagas, los cristianos devotos se convirtieron en asesinos feroces. En la cárcel, los asesinos muy feroces se convirtieron en cristianos muy devotos. Pero también hubo cristianos devotos que se convirtieron en asesinos tímidos y asesinos tímidos que se convirtieron en cristianos muy devotos.

No hubo un motivo aparente. Cada cual atendió a su fe sin consigna particular, porque los curas se habían ido o los habían pillado con las manos en la masa. De todas formas, la religión se las apañó con esos cambios de creencias.

ÉLIE: En la Biblia y en los sermones del cura, a Dios y a Satanás se los ve bien diferentes. Uno reluce, de blanco y dorado; el otro va de negro y rojo. Pero en los pantanos, los colores eran los mismos que en todas las ciénagas: barro y hojas podridas. Era como si Dios y Satanás se hubieran puesto de acuerdo para enturbiarnos la vista. Quiero decir que los dos nos importaban un bledo.

Una vez descubrimos un grupito de tutsis entre los papiros. Rezaban mientras esperaban los machetazos. No nos suplicaban, no nos pedían gracia, ni siquiera que no los hiciéramos sufrir. No se dirigían a nosotros para nada. Ni siquiera parecían dirigirse al cielo. Rezaban y decían salmos entre sí. Nos burlamos de ellos, nos reímos de sus amenes, les tomamos el pelo con la

ternura del Señor, les gastamos bromas con el paraíso que los estaba esperando. Y con eso nos calentamos todavía más. Ahora el recuerdo de esas oraciones me da muchos tirones de corazón.

PIO: En los pantanos no se oía ningún grito de niño, ni siquiera susurros. Esperaban entre el barro, en silencio. Se dice pronto. Cuando descubríamos a una mujer con un niño pequeñito, el niño no decía nada que demostrara miedo. Era milagroso, por decirlo de alguna manera.

Muchos tutsis ya no pedían gracia, recibían la muerte así, todos juntos. Ya no esperaban nada, sabían que no tenían ninguna esperanza de salvarse y se iban sin ninguna oración. Sabían que todo los había abandonado, incluso Dios. Ya no le decían nada. Se iban entre sufrimientos a reunirse con él y ya no le pedían nada, ni consuelo, ni bendición, ni bienvenida. Ni siquiera rezaban ya para alejar el temor a una muerte horrible.

¡Era muy sorprendente, no era natural! Incluso los animales, que no saben nada de compasión, ni de sufrimiento, que no saben nada del Mal, pegan unos gritos terribles cuando llega el momento del golpe definitivo.

Ese misterio nos daba mucho que hablar. Buscábamos explicaciones para esos tutsis que se iban a la muerte sin romper el silencio. Algunas veces podía llegar a darnos miedo, por la noche, porque nos decíamos que la calma de esa gente debía de ser un mal augurio divino.

JOSEPH-DÉSIRÉ: Yo nací hutu, no lo elegí, fue cosa de Dios. Asesiné a tutsis; y luego los tutsis mataron a algunos hutus. Lo he perdido todo menos la vida, de momento. En este caos no reconozco ya ni mi propia existencia. Sólo Dios puede verla, velar por ella y guiarla.

En realidad, ¿cómo están las cosas? Algunos mataron y lo están disfrutando en sus colinas, o en una quinta en el extranjero; otros mataron y están padeciendo en el patio de los condenados a muerte. ¿Por qué Dios llevó a unos por un camino dichoso y a otros hacia las pruebas del sufrimiento? Yo no lo sé. Aquí estoy, en el purgatorio de la cárcel, pero aún sigo respirando gracias al poder de Dios. De lo que más miedo tengo es de mi condena a muerte. A todos nos da miedo morir antes de que nos llegue el día porque en cualquier situación uno sigue siendo humano. Porque eso he escogido confiarle mi destino a Dios. Sólo él podía detener un genocidio, sólo él puede entenderme, sólo él puede salvarme la vida ahora.

LÉOPORD: Los tutsis ya no nos parecían humanos, ni siquiera criaturas de Dios. Habíamos dejado de ver el mundo como es, quiero decir como una voluntad de Dios.

Y por eso nos resultaba fácil suprimirlos. Por eso aquellos de nosotros que rezaban a escondidas lo hacían por ellos mismos, nunca por sus víctimas. Rezaban para pedir que se olvidasen un poco sus crímenes, que se los perdonara un poquito; y, por la mañana, volvían a las ciénagas.

De todas formas, decir algo bondadoso de los tutsis, a Dios o a quien fuera, estaba prohibidísimo. Incluso después de muertos, incluso de un recién nacido. Ni siquiera un cura debía aprovechar que tenía facilidades con Dios para rezar por el alma de un tutsi. Era demasiado arriesgado si alguien se enteraba.

JEAN-BAPTISTE: Sólo los perros y las fieras se atrevían a entrar en la iglesia y en su peste de matadero. A nosotros esa peste, cuando pasábamos cerca del recinto de la iglesia para bajar hacia los pantanos o hacia Kanzenze, nos desviaba aún más de la lectura de los Evangelios.

La verdad es que el tiempo ya no quería que pensáramos en Dios, y le hicimos caso. En el fondo, sabíamos que Cristo no estaba de nuestra parte en este asunto, pero como no decía nada por boca de los curas, nos venía bien…

ÉLIE: Todas las personas importantes le volvieron la espalda a nuestras matanzas. Los cascos azules, los belgas, los directores blancos, los presidentes negros, las personas humanitarias y los cámaras internacionales, los obispos y los curas, y, al final, incluso Dios. ¿Vio Dios lo que pasaba en los pantanos? ¿Por qué no clavó su ira en nuestras miradas de asesinos? ¿O por qué no mandó una señalita de reprensión para salvar a unos cuantos afortunados más? ¿Quién podía oír su silencio en esos terribles momentos? Carecíamos de cualquier palabra de amonestación.

El domingo por la mañana, las emisoras de radio ya no retransmitían la misa como antes. Pero corrían dichos alentadores de algunos monseñores famosos, que llegaban de Kigali. A veces se oían himnos y corales por la radio. Eran casetes sin sermones; pero esa música religiosa contentaba al que se notaba inquieto. Le recordaba los domingos normales y le sentaba bien.

JEAN-BAPTISTE: No se le podían pedir detalles al tiempo para un programa tan largo. Era tolerante, lo que quería sencillamente era que no nos acordáramos más de Dios. Así que obedecíamos y seguíamos matando hasta llegar al último. Incluso aunque el trabajo se prolongase por los saqueos y el cansancio que daba la bebida, no teníamos dudas, ya que nadie podía detener ese trabajo. Pero Dios se interpuso en las matanzas para acelerar el avance de los *inkotanyi*. Finalmente, Dios no aceptó un final definitivo. Esa es la lección.

Marie-Chantal: «Ahora, cuanto más culpables se sienten los asesinos, más van a la iglesia. Y lo mismo les pasa a los supervivientes, cuanto más traumatizados se sienten, más van a la iglesia. Culpables y víctimas se apiñan codo con codo en la primera fila de los que rezan, como si ya hubieran olvidado. Antes de la guerra, la religión no era tan entusiasta como ahora. Ahora muchos se aferran a las oraciones y a las canciones para cruzar por una vida trastornada. A muchos predicadores les parece bien esta situación. Aunque los que rezan no tengan intención de echarle una mano a nadie, tampoco hay en las iglesias malas intenciones. No hay miedo, como en las colinas.

«Cuanto menos se mira la gente con ojos comprensivos y de ayuda mutua, más miran las imágenes religiosas de las paredes con amor.

»En cuanto a Joseph-Désiré, pensé que podía ser fácil que lo matasen antes o después, por sus actividades. Pero que se quedase en la cárcel para toda la vida, en eso no pensé. Así, gracias a las familias que van de visita, nos mandamos versículos bíblicos que escribimos en papelitos, porque no se nos ocurre nada que decirnos acerca de nuestra nueva situación».

Clémentine: «Cuando iban camino del Congo, los hutus se llevaban al destierro las cargas de los vencidos y de los malditos.

«Algunos decían que el destierro era un castigo del cielo. Otros, que el castigo tenía que ser más atormentador. Huían del peligro por las carreteras, entre el miedo y la vergüenza. En los campos del Congo se sentían amenazados por todas partes y también sentían que los amenazaba Dios. Temían los castigos ordinarios y los extraordinarios por las cosas que habían hecho. Se decían que de esas cosas más allá de lo natural que habían consumado con sus machetes saldría un castigo que también estaría más allá de lo natural».

LÉOPORD: A fuerza de matar bien, de comer bien, de acaparar bien, nos notábamos tan ufanos y tan formidables que nos importaba un bledo la presencia de Dios. Los que afirman lo contrario son unos mentirosos que van con retraso. Algunos aseguran ahora que rezaban durante las matanzas. Mienten. Nadie oyó ni siquiera un avemaría ni nada por el estilo. Sólo están intentando colarse delante de sus colegas en la cola del arrepentimiento.

La verdad era que nos parecía que a partir de entonces ya nos las podíamos apañar sin Dios. La prueba es que matábamos incluso los domingos sin darnos cuenta. Y nada más.

UN BANCO DEBAJO DE UNA ACACIA

Llegamos a Rilima a primera hora de la mañana, al final del acarreo de agua, y con frecuencia llevamos a parientes de los presos, que cargan en el vehículo sacos de harina. Aparcamos junto al muro, en una vía en que trabajan los detenidos que tienen a su cargo las tareas de mantenimiento o de contabilidad. Esa vía la flanquean jardines y dependencias, donde están las oficinas y los almacenes así como las viviendas de los funcionarios de prisiones. En la última casita hay una guardería para los hijos de las presas concebidos en cautividad por los azares de la promiscuidad o de complicidades más o menos oportunas.

Nos está esperando un guardián, siempre el mismo, que apunta los nombres de las dos personas a las que queremos entrevistar ese día. Mientras va a buscarlas al fortín, saludamos rápidamente al director, a sus colaboradores, que son guardianes o presos que han subido de categoría. En lo que a mí se refiere, evito tratar con procuradores o abogados que hayan venido a ver a los presos para que éstos no desconfíen. Innocent, que es apasionado y nervioso, nunca consigue sobreponerse a unos irresistibles deseos de entablar charlas interminables con infinitos conocidos, libres o presos, con los que se cruza continuamente.

Las entrevistas con los detenidos son de uno en uno y confidenciales y no sólo en lo que se refiere al mundo exterior. Nunca se le cuenta a un miembro de la banda lo que ha dicho otro, ni siquiera para conseguir un detalle más de algún suceso. Es el compromiso sine qua non para que cuenten cosas sin ponerse previamente de acuerdo y para evitar estrategias que consistan en responder lo mismo que a sus abogados en presencia del juez.

Si surgen falta de entendimiento o bloqueos persistentes, se reúne a toda la banda para hablar del asunto.

Cuando llegan los dos presos, vistiendo el uniforme rosa, con hechura de bermuda, pijama o traje, según los gustos de cada cual, repartimos los paquetes del día. Cruzamos confidencias, anécdotas y cotilleos de la cárcel, de las colinas, de Nyamata, de la comarca, de lo que dicen por la radio. Luego nos instalamos en el jardín de una de las casas con uno de ellos, mientras el otro espera, en el jardín de al lado, a que le toque la vez y disfruta del aire saludable y de la tranquilidad, descansando o parloteando con compañeros, apartado del gentío del patio.

Nos sentamos frente a frente en dos bancos, junto a un seto. Una multitud de nidos de tejedores amarillos y negros, cuyo piar estridente desalienta a cualquier oído indiscreto, doblan las ramas de la acacia que nos da sombra. La entrevista empieza cuando empieza a funcionar el magnetófono, en francés o en kinyarwanda, con Innocent de intérprete.

A este respecto, los lectores de mi anterior libro comentaron la influencia del traductor en la forma de hablar tan peculiar de los supervivientes. Sylvie e Innocent, los dos intérpretes, se dieron cuenta de que una nueva transcripción *in extenso* de los textos era la primera etapa necesaria para pasar de la lengua oral a la lengua oral escrita. En consecuencia, ejercieron su labor de traductores con tal sutileza y fidelidad que resulta imposible, incluso para un ruandés francófono, diferenciar los relatos traducidos de aquellos que los supervivientes refirieron directamente en francés. Otro tanto sucede con los presentes relatos, aunque la forma de expresarse de los asesinos sea tan diferente como sus motivos para hablar.

Independientemente de quién sea el interlocutor, de cómo esté el ambiente ese día o de cuál sea el tema tratado, la entrevista dura alrededor de dos horas. Transcurrido ese plazo, o Innocent empieza a acusar una comprensible indignación, o soy yo quien se irrita, o, la mayoría de las veces, el asco, el aburrimiento o el hartazgo nos dejan a los dos sin capacidad de concentración. En resumen, que nos cansamos. Notamos una necesidad, a veces repentina, de salir del universo en que nos ha sumido la voz imperturbable de nuestro interlocutor.

Los presos, en cambio, siempre muestran idéntica disponibilidad sean cuales fueren el tema tratado y el giro que tome la conversación; con frecuencia parecen decepcionados o apenados cuando se interrumpe. Disponibilidad no equivale a volubilidad. Pero, aunque a veces se recluyan en un silencio de duración indeterminada o se empecinen en alguna mentira absurda, nunca dan muestras de cansancio o descontento. La forma reposada

en que hablan, en tono casi monocorde, es radicalmente distinta de la de los supervivientes.

Sería inconcebible comparar los relatos de los supervivientes y los de sus asesinos. Pero no lo es hacer una breve comparación de su forma de narrar.

Cuando empezaba a grabar una entrevista con un superviviente era, siempre, el arranque de un período de tiempo totalmente imprevisible. El diálogo podía durar cinco minutos o cinco horas. Lo interrumpían con frecuencia lágrimas, silencios sin traducción posible, digresiones a veces anodinas y alegres acerca de la vida cotidiana, reflexiones sobre la guerra o la agricultura. Se interpolaban en él la visita de un intruso, los caprichos de un niño, una Primus o un paseo a pie o un recorrido en coche.

En algunas ocasiones, podía suceder que el superviviente, bien fuera hombre, bien mujer, diera varias versiones diferentes del mismo acontecimiento de un día para otro.

Solía deberse casi siempre a la razón que da con gran delicadeza Angélique Mukamanzi, una joven de Kanzenze: «También hay personas que modifican sin parar los detalles de un día funesto, porque piensan que ese día su vida se quedó con la buena suerte de otra vida que se la merecía lo mismo. Pero, a pesar de esos zigzags, los recuerdos personales no se escabullen de las memorias… La gente escoge determinados recuerdos, según su forma de ser, y vuelve a vivirlos como si hubieran pasado el año anterior y fueran a seguir pasando durante otros cien años».

O puede también deberse a esa otra razón, que describe Janvier Munyaneza, pastor y alumno de secundaria en Kibungo: «Pero, con el paso del tiempo, me doy cuenta de que mi memoria selecciona los recuerdos como quiere, sin que yo pueda restablecer el equilibrio; a los amigos les pasa lo mismo. Algunos episodios los contamos muchas veces y se van inflando con todo lo que añaden éstos y aquéllos. Se conservan transparentes, por decirlo de alguna manera. Otros no salen a relucir y se van oscureciendo, igual que en un sueño… Pero sé que no tenemos ningún interés en inventar nada o en exagerar o en ocultar algo, como pasaba en el momento de la liberación, porque el miedo de los machetes no nos confunde ya».

En cualquier circunstancia era sencillo hablar sinceramente de esos «zigzags». A veces la persona entrevistada se callaba de golpe, pues, como dice Marie-Louise Kagoyire, una tendera de Nyamata: «… enseñar el corazón a un extraño, hablar de lo que sentimos, desnudar nuestros sentimientos de supervivientes nos parece terriblemente escandaloso. Cuando el intercambio

de palabras se pone demasiado tenso, como ahora con usted, hay que poner punto final».

O, al contrario, había que esperar a que transcurrieran varias entrevistas amables y corteses, cada vez más desalentadoras, para oír decir a Francine Niyitegeka, campesina y comerciante de Kibungo: «Bueno, si vienes mañana hablaremos…», porque, sencillamente, acababa de sobreponerse a un bloqueo y ahora ya podía referirse al deterioro de las relaciones con su novio en los pantanos de la siguiente forma: «Vivíamos ya sin ninguna intimidad. Nos sentíamos demasiado dispersos para encontrar palabras auténticas que pudiéramos decirnos y gestos dulces para tocarnos. Quiero decir que, si nos cruzábamos, ya nada tenía importancia para ninguno de los dos, porque, por encima de todo, los dos estábamos ante todo pendientes de salvarnos por nuestra cuenta…».

Era estremecedor darse cuenta de cuánto se jugaban esos supervivientes al hablar. No vacilaban en dejar que se adueñasen de ellos los recuerdos, las tribulaciones, los pesares. Estaban dispuestos a prescindir de tabúes o a reavivar pesadillas. Con gran frecuencia, contaban recuerdos y pensamientos que no habían contado nunca antes. Los asombraba lo que acababan de decir o lo que decían otros. Cuchicheaban, se enardecían, se endurecían o se enternecían. Nunca tenían la misma voz, de un día para otro. Aunque la historia cambiase mientras la estaban contando, había que oírlos sin reservas.

De los asesinos no se adueña nunca nada. La memoria puede inducirlos a error por la deformación normal del tiempo; nada comparable con los estados de choque y los bloqueos de sus víctimas.

Cada cual controla las palabras a su manera. Élie, por ejemplo, se esfuerza de forma conmovedora en transmitir con la mayor exactitud posible lo que nota. Ignace, en cambio, responde de entrada con una mentira sistemática para poder preparar minuciosamente la respuesta. Todos van haciéndose más sinceros según avanzan las entrevistas e intentan decir lo que llevan dentro con mayor frecuencia. Sin embargo, casi nunca llegan a cruzar la línea divisoria. Hablan con voz monocorde, que nos hace sentirnos aún más molestos. Por lo demás, es un tono más complejo de lo que parece y demasiado equívoco para que pueda darse por hecho que quienes lo usan son indiferentes.

Es muy probable que esa reserva se deba a la prudencia o a la perplejidad y, muchas veces, a una peculiar insensibilidad, pero también puede deberse al decoro. Recordemos que, desde que han vuelto, no han coincidido aún con

ninguno de los supervivientes. Ya volveremos a referirnos a esta circunstancia más adelante.

Podemos, finalmente, dejar constancia de una diferencia en el vocabulario. Los supervivientes recurrían a un vocabulario crudo, expresivo y muy concreto para referir los hechos. Empleaban continuamente las palabras «tarea», y «cortar» o «rajar», tomados del trabajo en los platanares, para referirse al gesto mortal del machete. Jeannette Ayinkamiye dice: «Yo sé que cuando has visto que rajaban a tu mamá con tanta maldad… pierdes para siempre parte de la confianza que tenías en los demás. Quiero decir que nunca más podrás volver a vivir con la gente como antes…». O Berthe Mwanankabandi: «Como les pasaba a otros, que no podían evitar ese último ademán del brazo para desviar el machete que iba a rajarlos, y eso que los iba a hacer sufrir más. Ese rechazo nos incluye en la naturaleza…».

Por lo demás, todos se referían al genocidio con la palabra *itfembabwoko,* que es nueva en su lengua; y, si no, con la palabra «matanza», *ubwicanyi,* con asombrosa lucidez en lo referido a su significado.

Por ejemplo, Jeannette dice: «Si ha habido un genocidio, puede haber otro en cualquier momento del futuro, en cualquier parte: si la causa sigue existiendo, aunque no lo sepamos».

Édith Uwanyiligira: «Durante el genocidio, los supervivientes perdieron la confianza junto con todo lo demás, y eso los desconcierta una barbaridad. Pueden llegar a dudar de todo, de los desconocidos, de los colegas, incluso de sus vecinos supervivientes… Dése cuenta, el genocidio no se va a borrar de las mentes. El tiempo conservará los recuerdos, nunca dejará más que un espacio muy pequeño al alivio del alma».

Innocent: «El genocidio no es en realidad un problema de miseria y falta de instrucción… En 1959, los hutus mataron, expulsaron, saquearon continuamente a los tutsis, pero ni por asomo pensaron en exterminarlos. Fueron los intelectuales quienes los emanciparon y les inculcaron la idea del genocidio, librándolos de sus titubeos».

Berthe: «El genocidio conduce al aislamiento a aquellos a los que no ha conducido a la muerte».

Sylvie: «Tengo que dejar claro que, tras un genocidio, algunas palabras no tienen ya el mismo sentido que antes, algunas palabras pierden del todo el sentido y quien escucha tiene que estar al acecho de los cambios».

Sin embargo, los asesinos no usan la palabra genocidio sino de forma excepcional, y sólo cuando hablan de la responsabilidad de las autoridades, de

las consignas que llegaron desde la capital o dieron los intelectuales, es decir, cuando se refieren a los demás, nunca cuando hablan de un acontecimiento del que han sido protagonistas. Prefieren sustituirla por las palabras «carnicería», *itsembatsemba,* o, con mayor frecuencia, «guerra», *intambara,* para equiparar así lo que hicieron a las guerras de las generaciones anteriores o de otros países africanos.

«En el fondo», me explica Innocent, «si a veces dicen la palabra “genocidio” al contestar es sólo por distracción, porque tú la has utilizado en la pregunta y el tiempo no les ha proporcionado otra con la suficiente rapidez. Si no, la evitan, como una palabra molesta. Limitan sus recuerdos a matanzas habituales. En su fuero interno, no les interesa la palabra sino calibrar qué calamidades les puede traer». De la misma forma, casi nunca pronuncian la palabra «superviviente»; prefieren decir: «persona que ha padecido» o «que no ha muerto».

Siempre dentro de esa misma lógica, los asesinos, en las primeras entrevistas, intentan recurrir a expresiones militares para describir sus actividades: «Entonces empezó la terrible batalla de los pantanos», se atreve a decir Pancrace Hakizamungili, que a veces da la impresión de ser el más cínico o el más indiferente de todos; o «… luchábamos casi siempre con machete porque no teníamos más armas…», dice el santurrón Fulgence Bunani. No tardaron en renunciar a esas expresiones al notar nuestra incredulidad o nuestra irritación; y volvieron a un vocabulario más realista. Contaban que «mataban», «golpeaban», «sacrificaban», pero evitaban decir que «cortaban».

Para concluir con estas observaciones lexicológicas, he aquí una anécdota que sirve para ilustrar la mentalidad de los asesinos y la necesidad —ya mencionada previamente— de adentrarse en estos relatos con un grupo y no con individuos aislados.

Durante las primeras entrevistas, los muchachos lo niegan todo, con plácida tozudez, en cuanto se les pregunta por su propia participación. Ellos personalmente no vieron nada ni hicieron nada. Y ya está. Tanta desfachatez nos deja pasmados a Innocent y a mí. Ante todo, no entendemos la contradicción entre dos hechos: por una parte que, tras muchas deliberaciones, hayan aceptado colectivamente contar las cosas; y, por otra, esa inverosímil denegación rotunda en cuanto empiezan a hablar. Entre charlas y decepciones, llego a pensar que, en realidad, esos relatos son imposibles, aunque no consigo explicarme por qué se muestran conformes

una y otra vez en participar. *A priori*, no tienen nada que ganar, a no ser pasar un rato de descanso agradable en un jardín umbrío.

La clave del enigma se desvela por casualidad cuando, sin darme cuenta, paso del «tú» al «vosotros». Siempre que sucede tal cosa, las respuestas, como por encanto, se vuelven concretas, y acabo por entender la relación causa-efecto.

Por ejemplo, a la pregunta: «¿Puedes explicar con detalle a qué te dedicabas a primera hora de la mañana…?», contestan: «Me levantaba, me iba a la tierra a cortar sorgo y a contar las cabras…».

Pero a la pregunta: «¿Puedes explicar con detalle a qué os dedicabais a primera hora de la mañana…?», contestan: «Nos levantábamos de madrugada, nos reuníamos en el campo de fútbol a eso de las nueve… luego bajábamos a los pantanos y registrábamos entre los papiros con los machetes…».

En realidad, aunque cada uno de ellos acepta contar de forma aislada su experiencia del genocidio, todos sienten la necesidad de refugiarse tras una sintaxis más diluida, de sustituir el «yo» por un «nosotros» más colectivo. Para entrar en algunos temas muy íntimos, como, por ejemplo, «La primera vez» o «¿Y qué pasa con Dios?», esperaba a que se presentase un momento de mucha complicidad, con frecuencia al final de las entrevistas, cuando ya nos habíamos acostumbrado unos a otros.

REMORDIMIENTOS Y ARREPENTIMIENTOS

ADALBERT: Sueño lo mismo muchas veces. Veo los campos, los caminos de eucaliptos, los platanares de delante de mi casa. Sueño con nostalgia con las extensiones de plantaciones verdes que no he vuelto a ver desde el genocidio. Sueño con mi casa, en Kibungo. Selvas, platanares y el río, allá abajo, y el frescor de la sombra, sin nadie que se meta conmigo o me moleste.

Pero en los sueños despiertos o en los recuerdos tenaces, sólo me paro en los de los primeros días, cuando eso de matar tutsis todavía era nuevo para mí. Los demás recuerdos, las correrías siguientes de todos los días, por ejemplo, se me han borrado por la costumbre.

FULGENCE: No olvidamos nada de lo que sucedió durante las matanzas. Ahí están los detalles si quieres sacar algo de ellos. Sin embargo, hay colegas que tienden a recordar sobre todo los momentos nefastos y graves; otros, en cambio, los buenos momentos, como la abundancia y el bienestar. Yo no consigo librarme del recuerdo de momentos graves, siento haber calibrado mal los acontecimientos y haber juzgado mal a la gente a la que matamos. Pensé mal, fui por el mal camino, hice mal. Algo malo me sabotea los días y me hunde la vida en la miseria.

Pero esas muertes y esos gestos de matanza no han entrado en mis sueños; o, si no, no me dejan imágenes espantosas al despertar. La noche nunca me hace reproches, salvo cuando me despierto en la oscuridad. En esos momentos puedo notar que tiemblo. No sé decir por qué, si es por las molestias de estar mal acostado o por mi futuro de preso.

IGNACE: Pienso que el tiempo me permitirá dejar los malos recuerdos en Rilima, cuando me vaya. Doblaré los pensamientos malos dentro del uniforme de preso. Pienso que volveré a mi casa con una memoria en condiciones para empezar otra vez una vida animosa.

Pero el recuerdo de la galería de la mina en la que ahumamos a los tutsis vivos, ése no se me va a ir nunca. Lo noto bien escondido detrás del pensamiento. Me remorderá en la colina. Y eso es terrible. Me acechará cuando menos me lo espere, porque vivo cerca de las minas.

No había previsto que ese recuerdo me iba a atenazar de forma tan mala. Creo que es por el olor de las quemaduras, creo que no es natural que unos hombres maten a otros con fuego.

ALPHONSE: Cuando sueño, vuelvo a ver los espectáculos de caza sangrienta y de saqueo. A veces es a mí a quien me dan machetazos y me despierto temblando. Hay uno que quiere rajarme y desangrarme. Intento saber quién me golpea, pero el temor me oculta la cara del que me quiere hacer daño. No sé si es hutu o tutsi, si es un vecino o un *inkotanyi*. Me gustaría saber si es una víctima, para pedir perdón a su familia y esperar de ese perdón la tranquilidad. Pero el hombre del sueño no se deja.

Mi mujer dijo que tendría arrepentimientos de borracho. Que había matado tanto y bebido tanto que nunca sabría ni a cuántas personas había matado ni quiénes eran.

Pero al que querría conocer para empezar es a ése. A ése es al que tengo que proponerle un arreglo de paz.

Ese sueño me atormenta, pero no es frecuente, al contrario. Lo que me interrumpe el sueño es sobre todo la vida terrible de la cárcel.

Creo que de noche somos todos iguales. Nuestras propias desgracias son las que nos invaden con más facilidad las pesadillas, más que las desgracias ajenas. Nuestros sufrimientos de presos apartan los de los demás, de día y de noche; eso lo veo muy claro. Creo que dormiré descansado como es debido cuando recupere la libertad y la vida de antes.

JEAN-BAPTISTE: Sueño muchas veces que voy andando, libre, por los caminos de N’tarama. Camino entre los árboles familiares. Me siento descansado y a gusto, y estoy contento. Me despierto en esta cama envuelto en nostalgia.

Otras noches el sueño da un vuelco hacia la desgracia. Vuelvo a ver en sueños a personas que maté con mis manos. Cuando me pasa eso, no falta ni uno de los terribles detalles de sangre y de miedo. Ni el barro, ni el calor de las persecuciones, ni los colegas. Sólo faltan los gritos. Son matanzas silenciosas, así como lentas, pero igual de terribles. Mis sueños en la cárcel son variados, a veces serios, a veces tranquilos; a lo mejor vienen de las situaciones variadas de mi vida aquí. Cuando estoy enfermo o cuando estoy sano. ¿Quién puede decirme si cambiaré cuando salga? Yo tengo la esperanza de que se olviden de mí.

Todos los presos viven de forma desdichada desde el genocidio. Muchos se quejan de su suerte, pero no hasta el punto de desear un desenlace fatal. No conozco a nadie a quien lo corroan los remordimientos o las pesadillas hasta llegar a una extremidad. Llevo siete años en la cárcel y no he visto ningún caso de suicidio. Hay alrededor de diez casos de gente que come basura, se rasga la ropa, se arrastra por el suelo o da alaridos durante sueños despiertos. Pero perder la razón hasta matarse, nunca.

PIO: La noche vuelve a llevarme a veces al campo de fútbol, donde me espera la nostalgia. Me encuentro en sueños con otros jugadores del equipo, los que murieron y los que se han desperdigado. Yo jugaba con el número 9 en la espalda, era muy duro cuando atacaba. Cuando me despierto, todavía sigo un ratito creyendo que el partido va a continuar. Cuando me vaya de la cárcel, tengo la esperanza de que vuelva a empezar el fútbol con los que sigan vivos, para no estar ya distanciados. Los otros sueños se me olvidan con más facilidad, y ya no pueden darme la lata.

Los recuerdos atormentan más que los sueños. En Rilima hay algunos que hacen como que no se acuerdan de nada porque le tienen miedo al castigo aquí abajo o allá arriba. Cuentan detalles de la vida de después de las matanzas, o incluso de la de antes, pero nada de la vida durante las matanzas, o sólo enumeran cosas sin importancia.

Hacen trampa, hacen trampa consigo mismos para intentar ganar la partida. Hacen como si estuvieran un poco locos. Se olvidan de sus desgracias y les viene bien engañarse así. Pero no me cruzo con nadie que se haya vuelto loco de verdad hasta el punto de olvidar de verdad que ha matado.

Entre los tutsis debe de ser muy diferente. No sé en qué situación están, pero sé que esa locura puede existir entre los que se salvaron de las matanzas. Al que ha compartido la existencia con cierta cantidad de muertos, quiero decir, al que ha visto determinada cantidad de idas y venidas fatales mientras

esperaba que le llegase el turno, al que ha estado esperando desplomarse sangrando en las tinieblas últimas, se le puede alterar la razón. Recibir el mal y el sufrimiento que lo acompaña favorece más la demencia que darlos.

A mí no se me olvidan las cosas terribles que he hecho. Se me olvidan los nombres, los días, las situaciones, me esfuerzo en olvidar los momentos terribles para pillar momentos tranquilos. Pero, en lo que tiene que ver con las cazas en los pantanos, lo intento sin esperanza de que dure mucho. Noto que el remordimiento está alerta para no dejar que se me alivie la memoria.

JOSEPH-DÉSIRÉ: No sueño con nada en particular, ni de las carnicerías ni de los campos del Congo. Quiero decir que no hay ningún sueño que se repita. El sueño no le hace casi sitio a lo que me sucedió en la vida pasada.

En mi condena a muerte pienso todos los días, claro. Hablamos todos los días de eso unos con otros, puesto que todos los condenados estamos amontonados en el mismo pabellón. Pese a todo, esa condena nunca se me aparece en sueños. Ni el miedo tampoco; sólo me está esperando cuando me despierto.

El sueño y quienes lo visitan no me han cambiado en Rilima. Sigo soñando con cosas desconocidas, como antes, cosas que podía imaginar sin tenerlas cerca, como las cosas que me apetecían. Por ejemplo, ahora que ha venido usted a verme, a lo mejor voy a soñar que viajo a Francia, a París, que no conozco.

PANCRACE: La malaria o el cólera han matado en la cárcel a muchos de los que mataron. El miedo a la venganza ha matado. La vida menesterosa o las peleas han matado; pero los remordimientos, nunca. La vida tiene demasiada fuerza para remordimientos y cosas por el estilo.

El que mató de más en los pantanos tiene tendencia a dar de lado los recuerdos sangrientos, entre los cadáveres que dejó allí. Sólo quiere recordar lo poco que hizo en los pantanos a la vista de todos y que no puede negar sin que lo llamen mentiroso. Lo demás lo esconde. Extravía los recuerdos demasiado penosos. Tiene una memoria solidaria con sus intereses, que va haciendo eses para sacarlo del paso entre los peligros de castigos.

Clémentine: «Yo me doy cuenta de que los supervivientes y los asesinos no recuerdan las cosas igual, ni mucho menos.

»Los asesinos, cuando acceden a hablar en voz alta, pueden decir la verdad acerca de todos los detalles de lo que hicieron. Les queda una memoria más natural de lo que sucedió en su colina. Esa memoria no choca con nada de lo que vivieron, no se siente superada por acontecimientos terribles. Nunca se hace un lío en esa confusión. Los asesinos conservan los recuerdos en agua clara. Pero esos recuerdos sólo los comparten entre sí, porque son peligrosos.

»Los supervivientes no se llevan tan bien con su memoria. No deja de hacer eses con la verdad por culpa del miedo o la humillación de lo que les sucedió. Piensan que se les puede censurar por otros motivos. Hasta cierto punto se sienten más censurables por una falta que está para siempre fuera de su alcance. Tienen a los muertos cerca, incluso pegados a ellos. Tienen que fabricarse asociaciones pequeñas para sumar y comparar sus recuerdos, con paso prudente, sin equivocarse. Pero luego recuerdan acontecimientos terribles sin temor a las trampas.

»Los supervivientes buscan la calma en una zona de la memoria. Los asesinos la buscan en otra. No intercambian ni tristeza ni miedo. No le piden a la mentira la misma ayuda. Creo que nunca podrán compartir una parte considerable de la verdad».

ÉLIE: Cuando sueño con aquellos tiempos, lo que veo es a mi mujer y mi tierra y mi casa, pero casi nunca veo a las personas a las que maté. Menos a la asistente social, claro, porque fue la primera a la que me cargué. En el fondo, mis sueños intentan dar esquinazo a esos momentos de las matanzas.

Los recuerdos en cambio son tremendos, me van siguiendo el rastro y me alcanzan muchas veces.

Conozco a colegas que tienen la esperanza de librarse de sus crímenes olvidándolos. Hay algunos en Rilima que aseguran que si uno se esfuerza en no recordar consigue olvidar. Pero yo creo que no; al menos en lo que a mí se refiere. Un recuerdo de matanza se puede apañar, se puede modificar con embustes, es una cosa que va y viene, pero no se puede eliminar.

Ninguno de los presos dio la vida para pagar los remordimientos. Ninguno lo intentó siquiera o hizo que lo intentaba para ganarse la compasión de alguien. En la cárcel, la muerte les sacó mucho partido a las epidemias y a la miseria infernal, pero nunca a sentimientos de vergüenza y otros por el estilo.

IGNACE: Decirle la verdad a la justicia, a la gente o a uno mismo es igual de poco provechoso.

Incluso por dentro de uno es más peligroso recordar que olvidar. Y por eso intento callarme ante mí mismo. Al tiempo le va a tocar esperar para oír la verdad acerca de esas cosas que van más allá de los crímenes corrientes.

En la cárcel hay unos cuantos que esperan que cambie la situación para empezar otra vez. Se ven demasiado hundidos en lo de ahora para hacer que están arrepentidos. Dicen que, después de todo lo que han perdido, eso no vale para nada. Que anduvieron demasiado en una dirección, con el machete en la mano, para volver a donde no los espera nada bueno. Dicen que los recuerdos no les traen más que inconvenientes. Piensan que sólo pueden ganar algo si consiguen hacer las cosas bien de verdad la próxima vez.

ADALBERT: Sabía que mis fechorías se sabrían cuando volviera del Congo. Pero prefería venirme con mis faltas al penal de mi tierra que esconderlas en las selvas del Congo, sin nadie conocido para compartirlas. No sé si aceptarán mi arrepentimiento, si me perdonarán. Pero la penitencia es como la muerte, hay que traérsela lo más cerca posible de la colina de uno.

Gaspard, un superviviente, dice: «Si vienen unos asesinos a rezarle a Dios de rodillas en el banco de la iglesia para que veamos que están arrepentidos, no puedo ni rezar con ellos ni rezar en contra de ellos. Los remordimientos de verdad se dicen mirando de frente a los ojos, no ante las estatuas de Dios. Que ellos se sientan cómodos no es asunto mío».

ÉLIE: Todo el mundo lo lamenta, está claro, en la cárcel y en las colinas. Pero la mayor parte de los que mataron sienten no haber rematado el trabajo. Se acusan más de negligencia que de maldad. Los que repiten que no estuvieron presentes en los momentos fatídicos, que no se acuerdan de nada, que habían perdido el machete y otras bobadas por el estilo, están escurriendo el bulto con la esperanza de librarse del castigo. Mientras, esperan la oportunidad de empezar otra vez. El arrepentimiento puede tener muchas caras, pero no sirve de nada si no es lo que tiene que ser.

LÉOPORD: Algunos intentan demostrar que están arrepentidos, pero tiemblan ante la verdad. La esquivan porque hay muchos intereses

contrariados y eso los vuelve a mandar al pasado.

La primera vez que noté que se me reconcomía el corazón fue en un campo del Congo. Recé con la esperanza de notar alivio, pero no lo conseguí. Cuando salía de rezar o de cantar, la vergüenza me estaba esperando igual de fuerte. Entonces empecé a decir en voz alta que lo sentía, sin que me importasen las burlas que soltaban los compañeros por la boca. En la cárcel, conté toda mi verdad. Salió sin impedimentos. Desde entonces, cada vez que una persona me la pregunta, me sale lo mismo.

Dejando a un lado esta vida tan mala de la cárcel, me noto tranquilo desde que hablé. Espero en paz el momento de volver a mi tierra. No me plantea ningún problema volver a los trabajos agrarios en la colina, junto con el resto del vecindario. Al contrario, estoy deseando que llegue mi próxima vida.

Marie-Chantal: «El culpable y la víctima le piden al olvido que los proteja un poco. La necesidad no es la misma. No lo piden juntos. Pero se lo piden al mismo olvido».

JOSEPH-DÉSIRÉ BITERO

Esta mañana, la sequía agobia el penal. Un calor ardiente y polvoriento marca los rostros y frena las idas y venidas en la avenida de las dependencias, frente al muro. Salvo, por supuesto, los aleteos de los tejedores, que tejen impasibles sus nidos globulares. Me fijo en esas obras de orfebre que cuelgan de la punta de las ramas mientras espero a Joseph-Désiré Bitero. Pienso también en esa pasmosa frase con que Innocent se ha referido a él hace un rato, en el coche: «Su forma de ser era realmente la de un chico jovial que sonreía por todo y por nada. Le gustaba tratarse con la gente. Era agradable, se le daba bien compartir la bebida y la charla con cualquier compañero».

No incluimos a Joseph-Désiré Bitero en las conversaciones preliminares con el grupo porque yo temía que su autoridad de exjefe *interahamwe* de la comuna, su prestigio y su condición de condenado a muerte aumentasen la indecisión del grupo. Por consiguiente, el día de la primera entrevista aún no lo conozco más que por su reputación merced a las descripciones que me han hecho muchas personas.

Llega, con su uniforme rosa y su contoneo al andar, lanzando discretos saludos amistosos a muchos de los detenidos con los que se cruza y que se los devuelven sin excepción;

dos metros detrás de él camina un militar filiforme. Enseguida entiendo el comentario de Innocent. Porque, en el centro de tantas miradas, Joseph-Désiré sonríe. Parece jovial; nos dice «hola» con mucha amabilidad y nos habría invitado a una cerveza con mucho gusto si la hubiera tenido.

Al contrario que la mayoría de los otros, Joseph-Désiré nació en una familia afincada en la comarca desde hacía varias generaciones, en la colina de Kanazi, a media hora de Nyamata. Dice de sus padres: «Eran buenos

agricultores. Ni con fortuna ni sin fortuna. Tenían sencillamente lo que hay que tener».

Tenían bastante para animarlo a seguir estudiando al concluir la enseñanza primaria y hacer luego el examen de ingreso en la Escuela Normal. «Era un alumno cumplidor. Hice los exámenes sin haberlo decidido yo. En mis tiempos, uno no escogía lo que iba a estudiar. Eran los profesores y las notas los que encarrilaban a los alumnos hacia tal o cual profesión. El destino eligió para mí el oficio de enseñar. Cuando era niño, los profesores me parecían personas aparte de sus vecinos; podían ir a las celebraciones, les hacían caso e iban bien vestidos entre semana, así que eran admirables. Acepté mi destino sin titubeos».

De su infancia entre sus tres hermanos y sus cuatro hermanas, Joseph-Désiré es incapaz de destacar algún recuerdo importante: «Aquel tiempo me trajo una vida de niño normal. La enfermedad no me atacó, la escuela me recibió bien, no me faltaba de comer, cogía la azada en la estación de las lluvias para ayudar a la familia. Me gustaba jugar al fútbol y mirar los partidos. Vivía en la casa en que había nacido y en la que esperaba morir».

Más adelante, se acordó en una ocasión de especificar: «Me criaron en el temor de que regresaran los *mwami*, los reyes tutsis, y sus comandantes, por todo lo que los mayores contaban en casa acerca de las faenas obligatorias y gratuitas y otras humillaciones por el estilo de aquella época tan triste para nosotros, y acerca de las cosas terribles que les pasaban en Burundi a nuestros hermanos». El niño Joseph-Désiré nació dos años después de la abolición de la monarquía tutsi y creció en ese ambiente hostil, que mantenía vivo la afluencia de refugiados de Burundi, pero sin temor real a una tragedia en la comarca, como admite con medias palabras.

Joseph-Désiré, joven y titulado, es un mocetón alto y robusto. Se casa con una vecina de la infancia, muy bonita, Marie-Chantal Munkaka, que le da tres hijos. Se mete en política enseguida, mucho antes que sus amigos, por influencia, seguramente, de su primo Bernard, el burgomaestre de Nyamata. «Cuando quise afiliarme a algún partido, sólo había uno: el MNRD, el partido del presidente Habyarimana, el de los hutus como yo. El del burgomaestre y los funcionarios. Luego, cuando hubo muchos partidos, ni se me ocurrió cambiar. Predicaba las ideas del presidente, las que me parecían más provechosas para mis hermanos hutus, las que se oponían a las amenazas de los rebeldes y de la gente poco seria. Pensaba que esas ideas tenían que ganar porque éramos muchos, y por los militares y los hombres de negocios. Me venían bien». Añade: «Con el pluripartidismo, empezó a haber muchas más

rencillas, primero con los demás partidos hutus. Eso era grave entre nosotros. Los tutsis de aquí, en cambio, se apartaban de las disputas políticas, sólo se metían en sus cosas y no se les veía ninguna opinión molesta».

Este comentario no es anodino. Pues las primeras víctimas de Joseph-Désiré Bitero no fueron tutsis, sino hutus extremistas de ambos lados. Es decir, pacíficos -partidarios de dialogar con los rebeldes- u hostiles a toda negociación y partidarios de un enfrentamiento a ultranza.

Es de fiar cuando afirma: «Nací en Kanazi, entre tutsis. Siempre tuve conocidos tutsis, sin caer siquiera en la cuenta. Pero crecí oyendo lecciones de historia y programas de radio que mencionaban todos los días los serios problemas entre los hutus y los tutsis; y, al mismo tiempo, me trataba con tutsis que no planteaban ningún problema. Había una distancia muy grande entre las noticias inquietantes que patrullaban por las orillas del país y la gente con la que nos tratábamos en casa, con la que no había roces, y la situación estaba dividida y al final tenía que romperse a la fuerza y tenía que poder más la barbarie o tenía que poder más el sentido de vecindad».

En cualquier caso, el compromiso político de Joseph-Désiré fue en el acto total y fogoso. ¿Por qué ese entusiasmo repentino? ¿La exaltación de una ambición incipiente? ¿El deseo de disfrutar de un exceso de fuerza física o de darle salida? ¿El placer del poder o de la organización? ¿El interés? Es difícil responder.

Dejemos constancia sencillamente de que en su infancia no hubo ningún percance, ningún motivo de humillación o de resentimiento que pudiera alimentar un deseo personal de venganza. Y de que para un profesor joven que se integra en una categoría social nueva pero muy mal remunerada aquel partido omnipresente desde hacía veinticinco años, el de su primo el burgomaestre, era el único trampolín hacia el éxito. A menos que probara suerte en la capital o en el ejército, a lo que no se atreve el hijo de un agricultor que nunca ha dado un paso fuera de su comuna.

Así resume él sus motivaciones: «Era una actividad que entusiasmaba y podía aportar pequeñas ventajas. Nos gustaban las celebraciones. Queríamos la superioridad del poder y todas las satisfacciones que implicaba».

Joseph-Désiré se impone por su buena planta en los mítines; y por su buen humor, en las tabernas. Compra en Gatare, el barrio de los intelectuales y los funcionarios de Nyamata, una casa modesta, pero de ladrillo. Su mujer, Marie-Chantal, se coloca en la maternidad. En el mismo día y con el mismo desparpajo trata con fanáticos a los que corroen el rencor y el odio contra los tutsis y con sus amigos tutsis.

Innocent dice, al hablar de él en aquella época en que eran compañeros: «En el fondo, Bitero, al principio, era un individuo que estaba bien y que hablaba bien, no tenía ninguna pinta de hacer daño. No pensaba en nada malo. Lo único que pasaba era que estaba en el otro bando, pero resultaba agradable abrir una botella con él. Sin los desórdenes de la guerra habría podido seguir siendo como era».

Desde su punto de vista, los desórdenes de la guerra comienzan en 1991, cuando los ataques de los *inkotanyi* y el pluripartidismo acrecientan la violencia de los nuevos oradores, que empiezan a recorrer las comarcas. En aquella época, Joseph-Désiré está disfrutando de las alegrías de la militancia en organizaciones juveniles. «Mi cometido era formar a los hutus jóvenes, impedir que se descarriasen y se convirtieran en facinerosos o se metieran en otros partidos», explica. «Los animaba a estar más próximos a los discursos del presidente. Organizaba entrenamientos gimnásticos, juegos y reuniones aclaratorias. Pero la guerra iba tomando mal cariz. El ejército ruandés no resistía ya en el frente. Se intuía una desbandada a escondidas que atizaba la maldad y la venganza de los políticos. Nosotros, los militantes, estábamos borrachos de consignas y asentíamos».

En lo que a Joseph-Désiré se refiere, la palabra «asentimiento» es un eufemismo, pues dos años después, en 1993, lo eligen presidente de las juventudes del partido. «No sé por qué me eligieron presidente. No sé cómo me veían. Creo que se fiaban de mí porque tenía instrucción y era muy voluntarioso. Sabían que no era tibio». Tras el cargo de presidente de las juventudes había un cometido explícito: jefe de las milicias *interahamwe* de la comuna, pero se resiste a admitirlo: «Es demasiado complejo, porque el sentido de la palabra *interahamwe* cambió entre la época de mi nombramiento y las carnicerías. Cuando lo acepté, no pensaba en matar, salvo, quizá, si surgía una necesidad. Quiero decir que no pensaba en matar por matar».

¿Cierto? ¿Falso? ¿Cuándo nació esa idea? ¿Cuándo echó raíces? Miente al responder a esta última pregunta, puesto que niega cualquier premeditación anterior al asesinato del presidente. «Su muerte fue una conmoción para nosotros, el pánico nos llevó a las matanzas, me encontré metido en pleno genocidio…».

Entre los testimonios acerca de ese período de gestación, el de Christine, nativa de Kanazi como Joseph-Désiré, y que cultivaba una tierra próxima a la suya, es muy concreto: «Los hombres empezaron a hablar de las matanzas en las tabernas en 1992. Lo recuerdo muy bien por el barullo que metían los partidos. Tras los primeros mítines de los partidos nuevos, aparecieron

comités *interahamwe* en las comunas y ya dejamos de llevarnos bien. El presidente de la comuna de Nyamata era Joseph-Désiré. Iba por las casas de los hutus, les explicaba los peligros de los *inkotanyi* de Uganda. Comprobaba que las herramientas estaban bien afiladas detrás de los sacos de judías. Me acuerdo perfectamente porque un día volcó con el pie la olla en el corral. Fue durante la estación seca, antes de las matanzas».

Es decir, entre diciembre y marzo, lo que ratifica la tesis de Innocent cuando afirma, en lo referido a Joseph-Désiré: «A partir de enero, tres meses antes del genocidio, le cambió el carácter por completo. Si entraba en la taberna de la que éramos parroquianos los dos, porque éramos vecinos, se callaba hasta que yo me iba. Sabía muy bien que iba a matarme…».

De todos los mozos de la banda, Joseph-Désiré es el único que tiene, por anticipado, una idea concreta del genocidio. Dos meses antes, empieza a inspeccionar los machetes.

En la noche posterior al asesinato de Habyarimana se reúne con los caciques de la comuna. El primer día de las matanzas, descuella en la calle mayor, blandiendo el machete; luego entra en la iglesia encabezando a todos los demás.

Por lo demás, reconoce: «Tenía el privilegio de ser jefe y debía dar ejemplo. Quería que me felicitasen». Durante las ocho semanas siguientes da salida a su formidable energía y atiende a todo: por la noche está en las reuniones organizativas; por la mañana, en los pantanos de Nyamuyza; por la tarde en Kibungo, en N'tarama o en las calles de Nyamata, hablando y encarrilando a todos los Adalbert de la comarca y a sus grupos.

No por ello descuida a su familia, ni a su mujer, Marie-Chantal, que cuenta, brindando así una estampa popular de los criminales de guerra: «Pasaba por casa muchos ratos. Nunca llevaba armas, ni siquiera el machete. Yo sabía que era jefe, sabía que los hutus estaban rajando tutsis. Conmigo se portaba muy bien, comprobaba que no nos faltaba de nada. Un día incluso le puso escolta hasta Kabgayi a la segunda mujer de su padrastro porque tenía sangre tutsi.

»En el fondo, estaba empapado de mala política, pero no de malos pensamientos. Era cariñoso con los niños. Yo no quería preguntarle nada de las maldades y cosas de esas de las que hablaban por todas partes. Para mí era el hombre amable con el que me había casado». Y añade: «Ahora, cuando me hace llegar una nota desde la cárcel, se aparta del cambio. Se lo ve alegre, no pide nada, manda consejos y palabras de ánimo, se guarda a escondidas los sufrimientos».

Y él dice, para explicar por qué volvió del Congo y a la inevitable condena que lo esperaba a la llegada: «Sabía que las cárceles estaban abarrotadas y que muchos presos se morían. Pero quería volver a mi país, que mi familia pudiera agarrarse a la oportunidad de tener una vida normal en nuestras tierras; no quería que mis hijas acabasen siendo unas zarrapastrosas por selvas desconocidas».

Su juicio empezó dos años y medio después, el 26 de mayo de 1998, en Nyamata. Ante el juez, Joseph-Désiré adopta una actitud necia e insoportable, pero no carente de temeridad y firmeza.

Se declara culpable, pero no aceptan su confesión porque niega lo esencial de sus crímenes, niega sus responsabilidades y alega la disciplina colectiva. Tampoco muestra compasión alguna hacia sus víctimas. Por lo demás, durante las entrevistas en ningún momento dio la impresión de sentirse como un excanalla.

Tampoco implora compasión a sus jueces, por cierto, ni acusa ni denuncia a nadie para intentar librarse de la pena de muerte. Procura en vano alegar argumentos inadmisibles, como éstos, que nos repite a nosotros: «Estuve más implicado porque obedecía más al partido de entonces… Aunque no lo hubiera hecho, todo habría sido igual, porque todo el mundo estaba ya comprometido, cada cual en su parte correspondiente. Pensé que había que hacer lo mejor posible lo que por entonces era la idea justa…». Se mantiene erguido, sin que pueda saberse en realidad de dónde le viene ese control, y, en cualquier caso, no lo doblega la reacción de la sala. «El público se acaloraba mucho porque era un *interahamwe* muy conocido; los supervivientes de la primera fila estaban muy revueltos. A él se lo veía tranquilo, bien sereno y muy desconfiado», resume Innocent.

Su defensa no tiene probabilidad alguna de prosperar, pero, en cualquier caso, ninguna otra podría cambiar el veredicto. Lo juzgan solo, antes de las intervenciones internacionales y gubernamentales en pro de una política de reconciliación nacional. Tiene que ser un juicio ejemplar para la comarca; es una de las primeras oportunidades de oír testimonios de supervivientes, de oír sus sufrimientos y enterarse de los hechos.

Entre esos supervivientes está Innocent, que lo acusa de haber matado en la iglesia a su mujer y a su hijo.

En la actualidad, Joseph-Désiré dice de su juicio: «Todo cuanto dije volvería a repetirlo hoy. Me juzgaron en un momento en que los supervivientes estaban demasiado indignados. Esperaban un escarmiento y las

nuevas autoridades querían proporcionarles una venganza vistosa. Más adelante oí el juicio de monseñor Misango por la radio. Lo absolvieron. El exsecretario de mi partido vive tan a gusto en su casa. Hay incluso un promotor nacional del genocidio que fue durante una temporadita primer ministro, antes de escapar e irse a hacer negocios a América. Así es como van la suerte y la mala suerte en un partido. Los que piensan pusieron en marcha el genocidio y los militantes pagaron los cascos rotos».

En determinado momento, pretende presentarse como el chivo expiatorio, como la víctima de una justicia política, pero Innocent lo interrumpe con dureza y le hace notar que quien no confiesa no tiene derecho a quejarse. Yo, a mi vez, le recuerdo que era un intelectual y el jefe supremo de los asesinos. Contesta: «Era profesor, estaba comprometido, obedecí y maté. En un partido, no decide cualquier jefe cualquier cosa. Yo era titulado en pedagogía, pero no era quién para pensar acerca de las consignas políticas de nuestros responsables. A veces se presentan situaciones calientes en las que uno ya no está para cosas de ésas. Lo único en que tenía que pensar yo era en la forma de hacerlo». Uno se pregunta, al oírlo, si no está sinceramente convencido de lo que dice.

Cada vez que va y vuelve de su sección especial al jardín del paseo, cae en los brazos de algún excomparsa de taberna o de matanza; hace bromas y guiños, pregunta por éste o por aquél, pone a prueba su popularidad al tiempo que procura restablecer vínculos amistosos; intenta incluso reconciliarse campechanamente con Innocent. De su celda, muy exigua y penosa de soportar, se queja poco, sólo dice que le da reuma.

Con los guardianes y el director se muestra obediente, sin altanería ni servilismo. No pide ayuda para él, sino para sus hijas, a las que seguramente no volverá a ver. Intenta continuamente convertir las entrevistas en debates geopolíticos o históricos en los que se difumina su itinerario personal.

Dice: «Nunca podrá usted ver el manantial de un genocidio, está demasiado enterrado en los rencores, bajo un cúmulo de malos entendimientos, del último de los cuales somos herederos. Llegamos a la edad adulta en el peor momento de la historia de Ruanda; nos educaron para obedecer de forma absoluta y para el odio; nos atiborraron de frases hechas; somos una generación con mala suerte».

También dice: «Hay situaciones que nos hacen cantar cuando ganamos o nos hacen llorar cuando perdemos», plagiando sin saberlo una frase bien conocida de Servatius, el abogado de Adolf Eichmann cuando lo juzgaron en Jerusalén: «… hay acciones por las que nos condecoran si vencemos y nos mandan al cadalso si nos vencen…».

El 24 de abril de 1998, el gobierno decretó un primer y único día nacional del escarmiento. Ese día ejecutaron a treinta y tres personas en estadios o lugares públicos. Seis condenados salieron de Rilima y los condujeron a la colina de Kayumba, ante una muchedumbre que pensaba que Joseph-Désiré iba a formar parte del grupo. Pero el retraso de su juicio lo salva de esa ejecución. Lo condenan a muerte dos meses después, tras una audiencia de ocho días. Desde entonces lleva esperando un indulto presidencial o la abolición de la pena de muerte. Oye la radio, juega a juegos de mesa y le reza a Dios.

De todos los protagonistas del grupo, es el único que puede concebir la repercusión de un libro publicado en el extranjero y espera, en su fuero interno, que su relato valga para retrasar la ejecución. ¿Por qué no intenta, pues, decir la verdad si, en cualquier caso, ya no puede perjudicarlo?

¿No quiere? ¿No puede? ¿No sabe ya distinguir entre lo que quiere que crean los demás y lo que quiere creer él? ¿Ha acabado por creerse su muletilla clásica, la obediencia? Contesta: «Cuando llegó a nuestra comarca la decisión de la matanza, el deber me impedía dar marcha atrás. Era más que difícil, las cosas se iban atropellando demasiado deprisa para verlas igual que ahora, cuando ya han pasado seis años».

Dice también: «Al que se había metido a trabajar en política, no le quedaba ya más que la condición de fugitivo o la de dirigente. ¿Huir? Como ya le he dicho antes, ese pensamiento nunca se me ocurrió. Ni el de un mal enfoque de las autoridades. Me decía que si el trabajo había que acabarlo, hacía falta rematarlo bien rematado lo antes posible. Cuando la guerra está amenazando tus tierras, cuando te estás beneficiando de la fuerza de la mayoría y del partido más válido para el bienestar de los asuntos intelectuales y materiales, cuando gozas de la confianza de las autoridades, te entregas a fondo, sin echar cuentas».

¿Sin echar cuentas de las víctimas? La pregunta no lo crispa y repite: «Habíamos compartido la vida con amigos tutsis sin darnos cuenta; nos contaminó el racismo étnico sin que nos diéramos cuenta tampoco».

Dice por fin esa frase que desvela el abismo de incomprensión que nos separa de él: «Si un milagro de Dios me ayudara a recuperar mi colina, mi

familia y un trabajo, la gente vería que puedo volver a ser una persona corriente».

LOS RESPONSABLES

PANCRACE: En vista de cómo pasaron las cosas después del accidente del avión del presidente, creo que el genocidio lo manejaban de forma muy maniática los intimidadores de Kigali. Pero a las colinas tardó en llegar la noticia concreta de las matanzas. Nos íbamos calentando, le echábamos paciencia, esperábamos recomendaciones, no sabíamos. En el fondo, de eso del genocidio nos enteramos cuando había empezado ya.

ALPHONSE: Al día siguiente de que se cayera el avión, el burgomaestre de Nyamata vino a Kanzenze con unos gendarmes para celebrar una reunión muy seria. Contó el accidente, explicó la huida de los tutsis que notaban que eran sospechosos de la muerte de nuestro presidente, nos pidió que conserváramos la calma y el orden. Pero, mientras hablaba, había gendarmes e *interahamwe* que hacían el ademán de degollar pasándose el dedo pulgar por el cuello.

Cuando se fue el burgomaestre, un suboficial retirado dijo de forma muy categórica: «Bueno, ya se ha ido el *burgo;* vamos a hacer una ronda. Coged machetes y garrotes para mayor tranquilidad». Allá fuimos; dimos vueltas por las tierras de los tutsis, cruzamos con ellos amenazas y golpes malos y sangrientos, pero casi no rajamos, porque los tutsis estaban aún bien agrupados y con coraje y había que tener cuidado de que no nos hirieran.

Así fue como los primeros empezamos el trabajo; en el fondo, sin permiso de las autoridades.

JOSEPH-DÉSIRÉ: En todos los programas de los partidos hutus había matanzas de tutsis desde el año noventa y dos. Eran programas meticulosos y

razonados. Se leían en los mítines y los asistentes los aplaudían entusiasmados. Los repetían por la radio, sobre todo después de los acuerdos de Arusha. Todo el mundo podía enterarse y entenderlo perfectamente y, en primera fila, los blancos y los tutsis.

Nosotros, en la comuna, nos habíamos preparado para empezar nuevas carnicerías para oponernos a los ataques de los *inkotanyi*. Pero sólo teníamos previstas matanzas normales, las que conocíamos ya desde hacía treinta años. Cuanto más avanzasen los *inkotanyi*, más hermanos tutsis mataríamos en sus tierras para desalentarlos y pararlos; así es como veíamos nosotros las cosas para la comuna. Y del genocidio nunca nos llegó una notificación concreta antes del primer día.

Yo me había metido en política por mi primo, que era burgomaestre. Queríamos que ganasen las ideas del presidente y de la mayoría de los hutus. Queríamos salir vencedores de todas las situaciones. Era la rutina de los que se meten en política, como quien dice. Pero la guerra, al empeorar, hizo que todas las costumbres del poder se cayeran a una especie de cuneta y nos dejó desorganizados.

Las autoridades de más categoría pudrieron la guerra con rencores acumulados desde los tiempos de las monarquías tutsis y la convirtieron en genocidio. A nosotros nos desbordó. Nos encontramos ante un hecho consumado que teníamos que consumar, por decirlo de alguna manera. Cuando el genocidio nos llegó por sorpresa desde Kigali, no di ni un paso atrás. Pensé: Si las autoridades han elegido esa opción, no hay motivo para andar dudando.

Digamos que la situación caótica me parecía ya demasiado natural. Las evidencias y las obligaciones se atropellaban demasiado deprisa y no dejaban sitio para ningún titubeo. Al que la huida no impulsaba hacia la cobardía, ése acababa en el machete por obediencia.

Innocent: «Joseph-Désiré se escabulle entre muchas mentiras porque nunca fue un ingenuo. Yo lo conocía desde los bancos de la escuela; luego, fuimos colegas y amigos, porque era profesor como yo. Cuando se convirtió en presidente de los *interahamwe,* muy temido y muy famoso, estábamos en campos enfrentados, pero eso no nos impedía tomarnos una Primus y bromear juntos.

»Sin embargo, como ya he dicho, a partir de enero le cambió el carácter por completo. Si entraba en la taberna de la que éramos parroquianos los dos, porque éramos vecinos, se quedaba callado hasta que yo me iba. Si se

cruzaban nuestros caminos, se desviaba y apartaba la mirada; de repente ya no quería ni relacionarse ni charlar. No estábamos reñidos por nada, no nos había calentado ninguna palabra insultante y ya me estaba tachando de sus conocidos. Prefería pasarse horas en reuniones a puerta cerrada con personas importantes; seguía siendo amable, pero sólo con sus compatriotas hutus.

»Ahora pienso que no estaba al tanto de los detalles minuciosos del genocidio; no sabía el día ni el procedimiento exacto. Pero tres meses antes sabía ya muy bien que iba a matarme, y a mi mujer y a mi hijo, con los que había tratado tan a gusto. Estaba en el secreto del genocidio sin saber de qué modo se iba a llevar a cabo.

»Poco después de que lo detuvieran, coincidimos en el tribunal y le solté: "Tú lo sabías todo desde hacía tiempo y no dijiste ni una palabra de aviso para que se salvara por lo menos mi mujer. A lo mejor la mataste en la iglesia con tus propias manos." Su lengua quería responderme con palabras conciliadoras, pero eludió la respuesta».

ÉLIE: En 1991, tras los primeros ataques de los rebeldes de Uganda, los diarios militares señalaban a los tutsis como enemigos naturales de los hutus a los que había que suprimir definitivamente. Lo ponía en negritas en portada.

Luego, poco a poco, esa indicación se fue haciendo frecuente por la radio. En las reuniones políticas nos enseñaban que ya no había que compartir ni las tierras ni los bienes con los tutsis. Que no teníamos que echarnos una mano en los trabajos agrícolas, ni casarnos los unos con los otros, ni perdonarnos nada en las cosas cotidianas; porque un día nos pondríamos en marcha para matarlos y esa armonía sería un estorbo. Pero en cuanto a la fecha y la forma, no nos decían nada.

En el fondo, los militares y los funcionarios pensaban que los intimidadores habían decidido matar a los tutsis de forma progresiva para desalentar el avance de los *inkotanyi*. Pensábamos en carnicerías extensas para expulsarlos definitivamente hacia Burundi y los países vecinos. No estábamos enterados de nada más serio.

Los campesinos oían rumores acá y allá: veían con agrado que se quedasen libres más tierras, pero más que nada los preocupaban sus cultivos. Se calentaron mucho al día siguiente de que se cayera el avión, y no antes. Pero después entendieron sin problemas que las cosas iban en serio.

IGNACE: Las autoridades habían hecho listas de tutsis importantes de la comuna, como, por ejemplo, profesores y comerciantes. Sabíamos muy bien que a esas personas había que matarlas las primeras, pero dejando en paz a sus familias. Sin preocuparse por los campesinos y los tutsis de poca importancia. Pero después de esas listas de personas conocidas, las autoridades nos dijeron que con ellos debían morir también sus familias y todos sus vecinos. Esas matanzas tan meticulosas nos pillaron por sorpresa, por decirlo de alguna forma.

JEAN-BAPTISTE: Cuando la república de Habyarimana tuvo que aceptar el pluripartidismo, todos los partidos hutus reclutaron milicias. Lo primero, para protegerse unos de otros, porque el ambiente estaba muy caldeado entre los extremistas hutus; y, luego, para empezar a mirar hacia los tutsis.

Los *interahamwe* eran los que más llamaban la atención; cantaban en los mítines, fanfarroneaban por la calle, se reunían para hacer ejercicio físico en el centro cultural. Los comerciantes les daban bebida y cosas de comer y algunas cantidades modestas de dinero.

Se preparaban para matanzas pequeñas de tutsis como veníamos haciendo desde 1959. Matanzas de castigo por lo de los *inkotanyi;* o por envidia; o por venganza y gula por las vacas y las tierras. Pero lo de suprimir a todos los tutsis, eso no se les ocurrió hasta después del accidente de aviación.

Yo ocupaba el cargo de censista de la comuna, así que tenía mucha confianza con el consejero de N'tarama y sé que no usó la palabra genocidio antes de que empezase, ni siquiera en la intimidad de su pensamiento. Las personas importantes de Kigali lo programaron sin dar la cara.

Innocent: «En Kibungo teníamos un consejero muy agradable, que se llamaba Servilien Kambali. Un campesino muy rico que no quería nunca roces en su colina. Durante las matanzas étnicas de 1992, fue muy afable y separó a los grupos de malhechores sin que hubiera ni un muerto por ambas partes. Era un hutu de temperamento pacífico.

»E1 diez de abril, tres días después de que se cayera el avión, avisó a su gente: "Vale, la cosa está muy caliente en el país. Pero yo no voy a consentir ningún jaleo ni ningún encontronazo con sangre en mi sector. Me voy a Nyamata a buscar refuerzos de seguridad. Hasta que yo vuelva, no salgáis de casa, si no la cosa se pondrá fea para vosotros. Al que suelte una amenaza, lo castigaré. Y ya puede andarse con cuidado el que levante la mano."

»En la comuna, habló de los altercados y pidió ayuda. Y el burgomaestre de Nyamata le contestó: "Tú, Servilien, eres un imbécil. Deja ya de meter la pata. En vez de volverte a tu colina con refuerzos, te vas a volver con consignas muy severas." »Servilien, al volver, les dijo a los campesinos: "Bueno, pues ya lo tienen muy decidido. Ya han empezado; hay que matarlos a todos." Agarró un fusil y, a partir de ese momento, estuvo en primera línea y fue un planificador notable desde el primer día hasta el último.

»¿Podía ese hombre seguir teniendo buen corazón en pleno genocidio? Si quería conservar su cargo de consejero, está claro que no. Si quería su parte de botín, está claro que no podía sentarse de brazos cruzados en su veranda. Por la fama que tenía, no podía tampoco quedarse quieto en la colina, mirándolo todo, sin arriesgarse a padecer la ira de los jóvenes.

»Pero podría haberse comportado con cortedad en las matanzas y en los beneficios. Podría haber ido rezagado, detrás de la fila, o irse de viaje a Gitarama, donde tenía familia, si le repugnaba sacar el fusil. En el juicio dijo que no se le había ocurrido».

FULGENCE: Muchos intelectuales eran responsables. Otros eran sólo de los que mataban, igual que los campesinos. Trabajaron como nosotros sin destacar más en las matanzas. Algunos intelectuales disimulaban sus pretensiones, otros mostraban esas pretensiones. Dependía de la autoridad con la que ambicionaran quedarse a continuación, cuando todo hubiera acabado ya. Dependía de sus aspiraciones futuras.

En el fondo, los intelectuales no fueron peores que nosotros.

PIO: Hubo intelectuales, y también comerciantes, que decían cosas tan terribles que las autoridades estaban dispuestas a prestarles fusiles para premiar su buena voluntad y ahorrarles que se tuvieran que manchar de sangre la ropa. Disparaban, gritaban, y conservaban su categoría. Estaban en la categoría de los cabecillas a la hora de hablar; y entre los seguidores, para las actividades. Las matanzas de esos intimidadores eran más decentes y menos sucias que las nuestras.

LÉOPORD: Eran los responsables los que organizaban las rondas y zanjaban las controversias a la hora del saqueo y hacían los itinerarios de cada día. Si esos responsables se hubieran marchado, a los campesinos ni se les

habría ocurrido empezar el trabajo. Habrían hecho molinetes con el machete, muy enfadados por lo del avión, y se habrían vuelto a las tierras. De todas formas, habrían andado sudando a chorros por los pantanos, pero no tantos días. Se habrían reservado. Esa decisión total de matar fue desde luego de los responsables.

ADALBERT: Los intelectuales, ésos eran los que intimidaban a los agricultores por los caminos de los pantanos. Ahora son ellos los que hacen juegos malabares con las palabras o andan con tendencia a callarse. Muchos de ellos están mudos en el mismo puesto de antes. Otros llegan a ministros o a obispos; se van a algún sitio que esté menos en evidencia, aunque no por eso dejan de llevar trajes estupendos y gafas doradas. Mientras que a nosotros los sufrimientos nos tienen metidos en la cárcel.

IGNACE: Los responsables podían dejarlo si no les gustaba esa situación de matanzas diarias. Podían quedarse sentados dándoles vueltas a los programas o largarse a casa de familiares lejanos. Lo contrario de lo que les pasaba a los campesinos, que no sabían apañárselas en la ciudad. Pero todos se quedaron. Los que no iban en primera fila, se ponían de acuerdo en la última. Querían que se los viera, o acaparar.

DETRÁS DE LOS «MUDUGUDU»

Los primeros *mudugudu* aparecieron poco después del genocidio y se extendieron por todo el país, casi siempre cerca de los pueblos, en la cima de las colinas, a veces también bordeando una pista o al lado de un hilillo de agua, en plena selva. En Kibungo, en la bifurcación de un sendero en la espesura, inmediatamente antes de llegar a las primeras casas, se divisa un *mudugudu;* hay otro en Kanzenze, en una pista que va trepando más arriba de la parada de los taxi-bus; o en un calvero, en un desnivel más abajo de la iglesia de N'tarama.

Aunque la palabra es muy bonita, no nombra sin embargo nada que lo sea. El *mudugudu* es una aglomeración de casas rectangulares idénticas y puestas en fila. Los más impresionantes tienen hasta tres mil; los más discretos, unas treinta. Las casas, según las zonas y los donantes, son de ladrillos, de cemento o de adobe, con o sin marcos en las ventanas y, por supuesto, con tejado de chapa.

El proyecto *mudugudu* se inspira a un tiempo en el kibutz, en la aldea rumana estilo Ceaucescu y en el koljós, pero sin el espíritu colectivista de entonces. Esta revisión de la vivienda rural obedece a dos objetivos. Por una parte, sustituir urgentemente las numerosísimas casas destruidas durante la guerra civil, sobre todo las de los supervivientes. Por otra, concentrar, para mayor seguridad, a las familias campesinas dispersas por las selvas y la espesura.

A primera vista, este tipo de urbanismo reagrupador y el consiguiente abandono de las aldeas alarman a un occidental, que conoce ya experimentos anteriores catastróficos. No obstante, la mayoría de los moradores de los *mudugudu* no comparten esas reticencias. Francine Niyitegeka, Berthe Mwanankabandi, Claudine Kayitesi, Angélique Mukamanzi, Christine Nyiransabimana, que protagonizaban algunos de los relatos de *Dans le nu de*

la vie, dejaron la vivienda familiar, que no conseguían volver a construir o restaurar, para instalarse con sus hijos en los *mudugudu.*

Pese a la distancia de varios kilómetros que las separa ahora de sus tierras, pese a no tener ya jardines con flores, huertos y cercados, pese a la ausencia de los *gonolek*, de los suimangas de cola larga y de los maravillosos ruiseñores, y pese a la desacostumbrada promiscuidad, aseguran que allí se sienten mucho mejor, más seguras.

Para entender ese ensimismamiento hay que volver a oír estas frases de Francine: «Cuando se ha vivido de verdad una pesadilla que no era un sueño, ya no se diferencian, como antes, los pensamientos diurnos de los nocturnos. Desde el genocidio, me noto siempre como si me estuvieran persiguiendo, de día y de noche. En la cama, me revuelvo contra las sombras; por el camino, me vuelvo a mirar las siluetas que vienen detrás de mí. Temo por mi hijo cuando me topo con una mirada desconocida. A veces, veo la cara de un *interahamwe* cerca del río y me digo: Anda, Francine, si a este hombre ya lo habías visto en sueños. Y hasta que pasa un rato no me acuerdo de que ese sueño era aquel tiempo, bien despierto, de los pantanos…».

Hay otros fenómenos, menos llamativos que los *mudugudu,* que aparecen y desaparecen y sorprenden tanto a autóctonos cuanto a forasteros. En Nyamata, se alzan iglesias nuevas junto a las antiguas, abarrotadas por igual durante los oficios religiosos, sobre todo los mortuorios, de *corpore insepulto,* que reúnen todas las semanas a cientos o a miles de fieles. El escandaloso almuédano de una mezquita a la que acuden los repatriados procedentes de Uganda despierta, sobresaltado, al pueblo dos veces por noche. Múltiples sectas cristianas, internacionales o locales, florecen hasta lo más hondo de la espesura.

En Nyamata, la comuna es ahora un distrito; y el burgomaestre, un alcalde. Aquí y allá hay ordenadores que están esperando el terminal de una línea telefónica o el final de la convalecencia del técnico jefe para conectarse a Internet y a mensajerías electrónicas. El centro cultural, del que se apoderaron tiempo ha las milicias de Joseph-Désiré Bitero, es ahora punto de cita para los libros por las mañanas y, por las tardes, para retransmisiones de televisión. Por las noches, decenas de televisores recientes se suman a aparatos de radios antediluvianos para intentar en vano acallar a las vacas, las ranas, las cigarras y las tórtolas que mugen, croan, crepitan y arrullan sin inmutarse.

Los domingos, el equipo del Bugesera Sport, que ahora se llama Nyamata FC, luce, en vez de las antiguas camisetas moradas, unas rojas y blancas, más de moda y, aunque no ha recuperado los bríos de antaño, ni a su público exuberante, ni a negociantes mecenas, se entrena tres veces por semana, lo que da fe de su talante optimista.

Los miércoles y los sábados, el mercado resplandece con los pareos de las vendedoras, que dejan las piezas de tela en el suelo y llevan las sombrillas de mil colores al hombro. Este mercado es el único lugar donde flota en el aire un augurio dichoso. Esos días, las campesinas y las mujeres de los pescadores, los ganaderos y los artesanos, las comerciantes al por mayor y al por menor recuperan sus lugares, codo con codo, y su locuacidad; y todos los habitantes de las colinas bajan al alba para pasar el día en Nyamata. En la plaza hay otra vez los olores de antes; en la calle mayor, los atascos de antes; en las tabernas, el alboroto de antes. La gente se agolpa en los molinos, los dispensarios médicos y veterinarios, el matadero, el ayuntamiento y la oficina de Correos.

Las familias hutus y tutsis comparten los bancos de la iglesia para rezar mirando al sacerdote; en los bancos de la escuela, los chiquillos atienden al maestro; en el campo de fútbol, la gente anima o abuchea al equipo; pero el mercado es el único lugar donde las personas se hablan con normalidad, regatean o bromean. Como dice Rose Kubwimana, la madre de Adalbert: «En el mercado, los hutus han recobrado el coraje para defenderse como antes». Algo así como un paréntesis agradable antes de que todos y cada uno regresen al propio aislamiento en los barrios o en las colinas.

En la zona alta, los cafetales siguen en barbecho, porque precisarían tres o cuatro años de cuidados improductivos; pero, como antes, los platanares ponen sus manchas verde pálido en el paisaje verde oscuro. La producción de *urwagwa* y su clientela han rebasado el nivel de antaño, si no en calidad, al menos en cantidad.

En Kibungo ya hay dos tabernas, una enfrente de otra. A la de Francine sólo van los supervivientes, la otra está más «mezclada», como se dice allí. En el terraplén central, las hutus y las tutsis majan a un tiempo las judías en telas de yute. Un sastre ha instalado una máquina Singer. Un molino de fuelóleo les ahorra a las campesinas una caminata de veinte kilómetros, con los sacos a cuestas, para ir a moler las cosechas de sorgo o mandioca. Cientos de chiquillos corren dando patadas a una bola de musgo en el campo de deportes de la escuela y las vacas aprovechan las casas abandonadas para parir confortablemente.

Al final del camino que baja de Kibungo por la pendiente opuesta, unas piraguas se deslizan por el río estancado, entre los juncos y los nenúfares, confraternizando con los ibis sagrados, los pelícanos y los flamencos blancos, de igual fidelidad irreprochable al medio acuático. Los pescadores siguen siendo hutus, y ahúman sobre las brasas los peces negros, que pescan pero no se comen nunca, antes de ensartarlos en unas lianas. En las inmediaciones, los ganaderos siguen siendo tutsis que ni se comen sus *ankolé* ni las ordeñan.

La *igiterane*, la feria de los martes, el lugar idóneo para que se exhiban los animales de poderosos cuernos y sus dueños, afianzándose en los cayados y tocados con los sombreros de fieltro de los ganaderos, sigue sin reanudarse en el calvero de Kayumba. Los tratos se realizan ahora en privado. No obstante, la cabaña cuenta ya con el mismo número de vacas de antes de la guerra, agrupadas en rebaños aún más desenvueltos que los pastores apacientan otra vez en la espesura, ataviados con harapos que, supuestamente, los guardan de miradas envidiosas.

La gran novedad son los primeros setos de follaje de euforbio a la orilla de los caminos, para amparar los campos. Eran anteriormente sacrílegos, como sucedía en la famosa guerra de las alambradas que enfrentó a los ganaderos y a los granjeros en las praderas del Oeste norteamericano, pero estas barreras no despiertan ya ira alguna.

Han pasado nueve años desde el genocidio. Para responder a una pregunta recurrente desde que regresaron los refugiados: ¿cómo viven esas comunidades hutus y tutsis que el destino obliga a convivir pese al genocidio? Podemos contar lo observado en Nyamata y que parece de buen augurio: el alegre estallido de las bodas los sábados por la tarde; la instalación de una antena para los teléfonos móviles; la inauguración de un hospital; la partida de las organizaciones humanitarias; la moda de los sillines de cuero negro, rosa y verde almendra de las bicis-taxi; o la nueva importancia de los exámenes escolares del liceo Apebu; la competencia que se hacen dos ferreterías en lo referido a la venta de chapas; y la aparición de las primeras casas de campo…

También se podría contestar: el miedo sigue ahí, se palpa continuamente y no se sabe cuántas generaciones lo padecerán antes de que se vaya difuminando.

Ese miedo que Angélique vivió así: «Vi cómo rajaban a mucha gente a mi lado; en todo este tiempo he luchado contra un miedo tenaz, un miedo que de verdad era demasiado grande. Lo he vencido, pero no puedo decir que se haya ido nunca…».

O ese de los niños hutus, que describe Sylvie: «Los niños hutus que fueron al Congo siguen soportando ese peso porque no miran el pasado cara a cara. El silencio los paraliza dentro del miedo. El tiempo los rechaza. Nada cambia de una visita para otra. Se nota que dentro de sus cabezas, las preocupaciones ahuyentan continuamente las ideas. Cuesta mucho animarlos a hablar. Y, sin embargo, no podrán hacer pie en la vida si no dicen todo lo que se enfrenta en su fuero interno…».

En el camino que baja por la pendiente en que viven las familias de Pio, de Pancrace y de Adalbert está la casa de Denise Nikuze, una muchacha hutu de veinte años. Los muros se van deteriorando en un corral espléndidamente florido. Denise Nikuze y su hermana, Jacqueline Dusabimana, crían juntas a sus hijos, nacidos de «amores pasajeros que traen pequeñas ventajas».

En cuanto amanece, vistiendo una camiseta y un pareo desteñidos, Denise se va a su tierra, deja a su bebé envuelto en un trozo de tela al resguardo de un aguacate y cava con la azada hasta mediada la tarde, sin comer ni beber nada. El domingo, se pone el vestido de encaje y va a la iglesia de Kibungo. A veces anda un poco más, hasta el centro comercial, para comprar jabón o aceite; o prefiere recorrer los veinticinco kilómetros que hay hasta Nyamata, para que no la vea nadie.

Denise Nikuze es muy hospitalaria, amable e inteligente. Nos invita a *urwagwa* y a piña de los pantanos. Calla ante el recuerdo de las matanzas, salvo para decir: «La terrible enfermedad se fijó en mamá en aquella época tan mala. La muerte se llevó a papá durante el misterio de los dimes y diretes. Mis tres hermanos se desperdigaron durante los trajines; a lo mejor están en el Congo, y a lo mejor en una cárcel lejana. En un sitio del que quizá no me entere nunca. Aquí no me salen más que encuentros casuales, que ya no me tienden los brazos de un marido como es debido. Ya no oigo palabras amenazadoras, pero tampoco palabras conciliadoras. No veo en adelante más que el silencio para ayudarme contra el miedo y contra las malas sombras que andan por nuestras tierras».

Algo más allá, en el mismo camino, nos encontramos con Rose y Marthe, la hermana de Pancrace, que están desgranando judías o machacando sorgo en el umbral de sus casas. Son hospitalarias, graciosas a veces, sienten curiosidad por un mundo del que les llegan ecos vagos por la radio; reciben



con avidez las noticias de Rilima, pero se quedan mudas, aunque sin hostilidad, cuando sale el tema del pasado sangriento.

SE REANUDA LA VIDA

ALPHONSE: Durante las veladas, algunos ancianos preguntaban por lo bajo: «¿Por qué no contentarnos con matar las vacas que pisotean los campos y quedarnos con las tierras buenas, pero dejar con vida a muchos de los tutsis?» El jefe contestaba: «No. Tienen una tradición demasiado antigua. Los tutsis van detrás de sus vacas desde hace demasiado; volverán a empezar con otras vacas nuevas. Hay que matar las vacas y a los tutsis, es la misma tarea».

Cuando salga de la cárcel, no sé si voy a aprender a mirar a las vacas con buenos ojos. Los hutus no tienen costumbre de vacas, no están a gusto cuando se cruzan con rebaños a la orilla del agua o en la espesura. Pero para los daños de las pezuñas, nos las apañaremos mejor que antes con compensaciones educadas, como un saco de simiente o una caja de Primus. Y pondremos barreras de euforbio alrededor de las plantaciones. Sacrificar a las reses es una venganza y eso para mí ya se ha acabado.

ÉLIE: Fue en los campamentos donde algunos empezaron a sentirse intimidados por lo que habían hecho; y otros, en la cárcel, como yo. Yo les he escrito notitas de perdón a las familias de algunas víctimas a las que conocía y se las di a gente que venía a verme, para que se las llevaran. Me he denunciado y les he contado mi culpa a las familias de las personas a las que maté. Cuando salga, les llevaré regalos, cosas de comer y de beber, invitaré a Primus y a pinchos en cantidades suficientes para celebrar reuniones de reconciliación.

Luego, seguiré llevando una vida corriente, pero esta vez de buena fe. Voy a mirar al vecindario con buenos ojos desde por la mañana temprano. Quiero sembrar mi tierra, o soldar, o aserrar, o hacer trabajos de albañilería, y aceptar con buen ánimo los trabajos eventuales. O hacer de militar si es

necesario en situaciones patrióticas o peligrosas, pero sin apuntar ni disparar el fusil. Ya no quiero matar ni siquiera a un salteador de caminos.

PIO: Creo que si la Providencia me ayuda a salir de la cárcel, no me estropearé la vida, como ahora. Voy a volver a mi colina, voy a buscarme una buena esposa, ya que los acontecimientos me han hecho quedarme soltero. No veo nada que me impida llevar una vida como es debido. De todas formas, no le veo nada provechoso a irme a otra comarca para ocultarme a las miradas enfadadas. Una vida con una mancha es mejor que una vida que no sea ya la mía.

Si el olvido se muestra clemente, se lo agradeceré. Si se me presenta oportunidad, mostraré mi arrepentimiento; si se repite, lo haré otra vez. Voy a juntar paciencia y timidez. Yo ya he acabado del todo con las fanfarronadas. Si la vida en buena armonía era posible antes, tiene que seguir siéndolo pese a esas bobadas de las matanzas.

De todas formas, todo el mundo tiene que acostumbrarse al mal que ha vivido, aunque ese mal se les presentase de forma diferente a unos y a otros. Porque todo el mundo tenía que soportarlo a su manera.

JOSEPH-DÉSIRÉ: Como estoy condenado a muerte, estoy condenado a quedarme con esta vida sobre la que planea la muerte repentina y no natural. Hay alrededor de sesenta en este patio a los que la suerte nos obliga a tomárnoslo con paciencia, jugando al juego *igisoro* y con el oído puesto en lo que se dice en el mundo exterior gracias a la radio. Es una vida diferente de la que solía llevar, no se parece en nada a la que escogí. Pero no deja de ser una vida, y es la mía; y si no me quedo con ella, nadie me va a dar otra.

FULGENCE: Creo que las consecuencias fueron muy enojosas para todos nosotros. Los demás tuvieron muchos muertos. Pero también nosotros hemos pasado por peligros penosos en los campamentos, y por una vida terrible en la cárcel. Durante el destierro, las enfermedades me dejaron sin dos hijos, sin mi madre, sin varios compatriotas; y padezco una pena de prisión.

El tiempo me ha enmendado de mis fechorías y puedo permitirme volver a iniciar una vida corriente cuando salga. Después de esas matanzas y de esas penalidades ya no veo el Mal como antes. Voy a ser una persona más normal.

No sé qué recibimiento pensarán darme mis vecinos, porque no he tenido ocasión de hablar con ellos. Creo que conseguiré convencerlos para que tengamos el mismo trato que antes, por lo menos en apariencia. Siento mucha nostalgia de los vivos, no veo el día de volver a tratarme con ellos.

PANCRACE: A partir de ahora un destrozo muy grande separa a los muertos de los vivos. Pero éstos tienen que perseverar en este mundo. Cuando vuelva a la colina, les pediré a mis vecinos que vivamos otra vez en buena armonía. Pediré ayuda al tiempo para que surjan compromisos para cultivar las tierras y para buscar una buena esposa. Cuando se reinicien las tareas agrarias, les propondré ayuda mutua a los vecinos tutsis. No sé si la aceptarán como antes, pero se la ofreceré sin topes para demostrar mis buenas intenciones.

Dejando de lado los padecimientos de los años en la cárcel, no me parece que todos estos sucesos tan lamentables me hayan estropeado la vida. La fortuna y el infortunio no me han cambiado; lo que les haya pasado a los demás es muy delicado de decir.

JEAN-BAPTISTE: Yo me noto más tranquilo desde que empecé a hablar. Cuando haya cumplido mi condena, no veo nada que se oponga a que recupere a mi mujer, mi lugar entre la población, a mis seis hijos, aunque hayan crecido sin mí y no me reconozcan. Sin embargo, quiero dejar clara una cosa: ahora hay una brecha en mi vida. No sé qué les pasará a los demás. No sé si será porque mi mujer es tutsi. Pero sé que la clemencia de la justicia o la compasión de las familias afectadas no podrán cerrarla nunca. A lo mejor ni siquiera podría cerrarse con la resurrección de las víctimas. A lo mejor ni siquiera mi muerte la cierra.

IGNACE: Soy buen agricultor y ya ni siquiera tengo herramientas rudimentarias. Mis hijos se dispersaron por el país sin darme ni una palabra de consuelo. Nadie me informa de si mi casa sigue en pie. No he puesto los pies en mi colina desde las matanzas. Me siento desanimado. A veces me espanta la mirada de los supervivientes que me están esperando. Me decepciona haber perdido tantas cosas.

Cuando salga, creo que me las apañaré para comer. Pero ya me doy cuenta de que en lo de estar a gusto y bien visto, no hay nada que hacer. Mi vida en la cárcel va haciendo eses y pegándose golpes sin parar, no puedo darle más

rumbo que volver a mis tierras. No veo la hora de agarrar con fuerza la azada, con las dos manos, y agachar el espinazo sin oír ya nada más que charlas acerca de la cosecha.

FULGENCE: Juzgarnos resulta demasiado difícil, porque lo que hicimos supera la imaginación humana. De todas formas, a quienes no tuvieron nada que ver con esta situación les resulta demasiado difícil juzgarnos. Y por esa razón, creo que debemos cultivar la tierra como antes, esta vez con buenos pensamientos; demostrar arrepentimiento siempre que podamos; dar algunas cositas a las personas afectadas. Y dejar a Dios la tarea demasiado pesada de castigarnos más adelante.

LÉOPORD: Al que le haya tocado la gracia de la penitencia por la sangre vertida, a ése puede alcanzarlo la mano de la suerte y volver a empezar como antes en su colina. Y lo mismo pasa con el que acepta hablar sin temor a que lo puedan castigar más, el que cuenta a los vecinos lo que hizo con el machete.

Pero si repite que no se acuerda de nada o nimiedades de ésas, que no estaba, y otras bobadas; si sigue llevando la mentira cargada a la espalda con la esperanza de esquivar los castigos y los reproches, entonces se verá rechazado a mayor distancia aún de su casa. Hay muchos mentirosos de ésos.

En la cárcel, la mayoría de los que mataron piensan que su fracaso tiene la culpa de la mayoría de sus tremendos apuros actuales. En las colinas también. Dicen que han recorrido un trecho demasiado largo sin los tutsis para dar marcha atrás. Piensan que ya no van a encontrar ningún lugar de provecho junto a los tutsis a los que no eliminaron del todo. Dicen que van a ser los desairados de la actual situación.

Están demasiado hundidos en la venganza para tener la esperanza de poder salir y mirar cómo están ahora las cosas en sus colinas y aceptar una vida normal ante los ojos de los tutsis. Siempre andarán soltando malas palabras.

ADALBERT: Cuando vuelva a Kibungo, me ocuparé de mis campos y de mi familia. Las matanzas y la cárcel me han hecho envejecer y me han vuelto más moderado. Ya no me noto tan exaltado como antes. Le he perdido el gusto al zafarrancho y a la jarana.

No sé cómo irán las cosas con los supervivientes. Hay gente en Kibungo que podrá comprenderme, pero sólo los que enarbolaron un machete, igual que yo, o más que yo. Pero a los tutsis les resulta imposible aprender y entender. A ellos no se les puede pedir que compartan con el pensamiento lo que hicimos. Creo que su pena rechazará cualquier tipo de explicación. Para ellos lo que hicimos se sale de lo natural. A lo mejor la paciencia y el olvido ganan la partida. Y a lo mejor, no.

LOS REGATEOS DEL PERDÓN

¿Hay que perdonar? ¿Para qué sirve el perdón? ¿Para alentar la revelación de la verdad? ¿Para que el duelo de los supervivientes sea más sereno? ¿Para favorecer la reconciliación que precisan las generaciones futuras?

¿Quién puede perdonar? ¿Es posible perdonar en nombre de otros, de un familiar, de un amigo, sobre todo si esa persona ha desaparecido? ¿Es posible perdonar al que no pide perdón, o no toma ninguna iniciativa sincera en ese sentido, o no quiere que lo perdonen? ¿Hay diferentes grados de perdón? ¿Diferentes etapas? ¿Es posible pedirle a Dios, o a alguien más humano que uno mismo, que perdone en lugar de uno si es que se considera incapaz de perdonar? ¿A qué se compromete el que pide perdón? ¿Y el que lo concede? Son éstas preguntas tan antiguas como la humanidad.

En *La memoria, la historia, el olvido,* el filósofo Paul Ricoeur escribe: «¿Podemos perdonar a quien no confiesa su culpa? ¿Es menester que el que perdona sea el ofendido? ¿Puede uno perdonarse a sí mismo? Incluso aunque haya autores que zanjen la cuestión inclinándose más por una alternativa que por otra —¿y cómo no iba a hacerlo un filósofo ya que, cuando menos, su misión no se limita a dejar constancia de los dilemas?—, siempre queda espacio para la objeción».

Desde hace medio siglo, los conflictos contemporáneos que se centran de forma prioritaria en las poblaciones civiles plantean nuevas cuestiones relacionadas con el perdón: ¿es posible concedérselo a los autores de todos los crímenes colectivos? ¿A quienes toman las decisiones en lo referido a los crímenes de Estado y los crímenes contra la humanidad? ¿Es posible concederle un perdón colectivo a una comunidad partícipe o cómplice de esos crímenes, a un pueblo solidario mayoritariamente, a un Estado culpable de crímenes a gran escala? ¿A los que piden perdón, pero no asumen sus crímenes?

¿Podemos perdonar, inmediatamente después del genocidio, a quienes han intentado exterminarnos?

A la anterior pregunta, los supervivientes de Bugesera responden que no casi por unanimidad, varios años después del conflicto, sin que puedan predecir si con el tiempo irá cambiando su postura.

Para comprender este rechazo conviene recordar tres respuestas de los supervivientes de los pantanos de Nyamata, que reflejan perfectamente lo que opinan los demás.

La de Francine, una campesina y comerciante de Kibungo, y vecina, pues, de la banda, que dice: «A veces cuando estoy sola, sentada en una silla, en la veranda, me imagino una posibilidad. Si un día, dentro de mucho tiempo, se me acerca despacio un vecino y me dice: "Hola, Francine. He venido a hablar contigo. Mira, fui yo quien rajó a tu mamá y a tus hermanitas. Quiero pedirte perdón", pues a esa persona yo no podría contestarle nada bueno. Si un hombre se ha tomado una Primus y pega a su mujer, puede pedir perdón. Pero si ha trabajado matando todo el mes, incluso los domingos, ¿qué va a esperar que le perdone nadie?

»Lo único que tenemos que hacer es reanudar la vida, puesto que así lo ha decidido la propia vida… Volveremos a sacar agua juntos, a decirnos cosas de vecinos, a vendernos grano. Dentro de veinte años, de cincuenta, a lo mejor hay chicos y chicas que se enteran del genocidio por los libros. Pero nosotros no podemos perdonar».

Ésta es la respuesta de Sylvie, asistente social en las colinas y panadera en Nyamata, que concreta: «En lo hondo de mí, no se trata de perdón ni de olvido, sino de reconciliación. A los blancos que permitieron que trabajasen los asesinos, no se les puede perdonar nada. A los hutus que mataron, no se les puede perdonar nada. A los que se quedaron mirando cómo su vecino les abría el vientre a las muchachas para matar al niño ante sus ojos, no se les puede perdonar nada. No se pueden desperdiciar palabras hablando de eso con ellos. Sólo la justicia puede perdonar… Una justicia que le brinde un sitio a la verdad para que salga el miedo… Quizá algún día vuelva a haber convivencia y ayuda mutua entre las familias de los que mataron y de los que murieron.

»Pero para nosotros ya es demasiado tarde porque nos falta algo. Ya habíamos avanzado en la vida, nos la interrumpieron y la vida retrocedió. Es

algo demasiado grave para un ser humano eso de encontrarse por detrás de la marca que ya había alcanzado en la vida».

Y, finalmente, Édith, ecónoma escolar, es la única que toma en consideración el perdón, aunque dándole el sentido de algo así como una absolución mística. Es una proselitista católica que recorre las iglesias de las colinas y se justifica como sigue: «Ya sé que todos los hutus que mataron con tanta tranquilidad no pueden ser sinceros cuando piden perdón, incluso al Señor. Pero yo estoy dispuesta a perdonar. No para negar el daño que hicieron, no para traicionar a los tutsis, ni por comodidad. Es para no pasarme la vida que me queda sufriendo y preguntándome por qué quisieron rajarme. No quiero vivir a base del remordimiento y el temor de ser tutsi. Si no les perdono, la única que sufre y no duerme y habla a media voz soy yo. Aspiro a la paz del cuerpo. Tengo que calmarme de verdad. Tengo que barrer el miedo y alejarlo de mí, incluso aunque no me crea sus palabras apaciguadoras».

Me ha parecido útil incluir estas explicaciones al principio del capítulo para ilustrar la incomprensión entre los supervivientes y sus asesinos en lo referido al perdón, incomprensión esta que puede convertirlo en vano.

De todos los protagonistas, por activa o por pasiva, del genocidio ruandés —supervivientes, asesinos, repatriados, testigos de los cenáculos políticos, humanitarios o religiosos—, los que menos se ocupan del perdón son los supervivientes. Puede decirse que no lo mencionan si no se les menciona, por mucho que los angustie la perspectiva de una reconciliación.

En cambio, los asesinos son los que hablan con más frecuencia del perdón, pero con una ingenuidad desconcertante, como puede verse en las siguientes páginas. En realidad, esos dos puntos de vista acerca del perdón ilustran dos puntos de vista acerca del porvenir de las futuras relaciones entre tutsis y hutus.

A este respecto, llama la atención otra diferencia esencial entre los criminales de un genocidio y los criminales de guerra ordinarios. Estos últimos, igualmente culpables de barbarie cuando violan, torturan, destruyen, resultan con frecuencia capaces, andando el tiempo, de preguntarse qué esfuerzo y qué entrega implica el perdón tanto para sus víctimas cuanto para ellos.

En cambio, los asesinos de la banda de Kibungo hablan mucho de perdón, y lo esperan, pero sin ponerle puntos de interrogación cuando se refieren a él. Colectivo o individual, útil o inútil, doloroso o no, casi dan por descontado el perdón en cuanto se les pregunta por él.

Curiosamente, son capaces de imaginar lo que significan, en un superviviente, el rencor, la ira y la desconfianza, el espíritu de venganza o la venganza en sí; admiten que puedan toparse con reacciones violentas; pero no conciben en absoluto lo que significa para un superviviente el hecho de perdonar. Unos lo ven como una iniciativa obligatoria; otros, como un gesto misterioso que depende de la amabilidad o de la personalidad del interlocutor. En cualquier caso, todo se queda en una renuncia a la venganza.

Puede ser también algo así como una transacción, algo a cambio de algo: tantas confesiones a cambio de tanto perdón. O un requisito: como ya me han castigado, ya estoy perdonado, pues la pena que estoy padeciendo induce un perdón proporcional. A menos que se trate de una nebulosa oportunidad: el perdón es el olvido y la mejor forma de que todo el mundo regrese a los buenos tiempos del ayer y pueda volver a empezar como si no hubiera pasado nada.

La obligación mínima para el que pide perdón: a saber, decir la verdad, sin cálculos tácticos, para facilitarles la labor de la memoria y el luto a las víctimas, sólo le parece algo evidente al asesino.

Ni se malicia las pruebas que tiene que soportar la víctima en cuanto accede a perdonar, ya que es algo que no sólo vuelve a abrir las heridas, sino que también suprime toda posibilidad de alivio por el camino de la venganza. No comprende que, al pedir perdón, le exige un esfuerzo extraordinario a la persona a quien se lo pide. No concibe su dilema, su padecimiento, su coraje para ser altruista.

No se da cuenta de que, al pedir perdón como si se tratara de una mera formalidad, ese comportamiento incrementa el dolor, al menospreciarlo.

El asesino no establece una relación entre la verdad, la sinceridad y el perdón. Para él, decir la verdad aproximadamente es un truco aconsejable para mermar más o menos la falta, y por consiguiente, el castigo y, si a mano viene, la culpabilidad. Pedir perdón es también un acto interesado con vistas a un porvenir más lejano, pues facilitará el reencuentro y la reintegración y ayudará a restablecer las relaciones de antes.

En el capítulo anterior, decía Élie: «Yo les he escrito notitas de perdón a las familias de algunas víctimas a las que conocía y se las di a gente que venía a verme, para que se las llevaran». Las solicitudes de perdón, si no se ponen por escrito, se hacen llegar desde la sala del juicio o usando como intermediario a un conocido común. Por ejemplo, en las visitas a Rilima, hubo presos que le dijeron a Innocent varias veces que pidiera perdón en su nombre a algunos supervivientes de Kibungo.

Élie y la mayoría de los otros no piden perdón; les dicen: perdón, en voz más o menos alta, a víctimas que pueden oírlo o no oírlo, aceptarlo o rechazarlo. Es algo así como pedir perdón a la persona con la que acabas de tropezar en la acera. O lo piden con la seguridad de que esa solicitud, por ser humillante y mover a compasión, merece ya de por sí una respuesta positiva, igual que le sucedía a aquel soldado alemán de la extraña parábola que refiere Simon Wiesenthal en *Die Sonnenblume.*

De estos comentarios se derivan otros en los que lector se habrá fijado probablemente al leer las reflexiones de los muchachos de la banda en lo tocante a lo que piensan y lo que sueñan. Los asesinos afirman que lo que más colma sus sueños es la vida anterior: la familia, las labores del campo, los paisajes, las tabernas. Es lógico si pensamos en la precipitación con que salieron de ese universo doméstico y los arrastró la locura de las matanzas antes de lanzarse a una fuga a la desesperada. Pero nos quedamos más perplejos cuando nos cuentan sus pesadillas.

La mayoría aseguran que no tienen pesadillas; en cambio a sus víctimas las agobian por las noches sueños dolorosos, terroríficos, obsesivos, culpabilizadores. Además, lo que hay en el fondo de esas escasas pesadillas son más los padecimientos en los campos del Congo o en la cárcel que su vida de asesinos en los pantanos.

¿Cómo es posible? De todos los criminales de guerra, el asesino de un genocidio es el menos atormentado. ¿Puede darse crédito al hecho de que el sueño encubra hasta tal punto gestos y sensaciones tan fuera de lo común? ¿Es cierto que sus víctimas están tan ausentes de sus pesadillas? Y, si lo es, ¿cómo se libran de los remordimientos durante el sueño, cuando no los protege la mentira? ¿A qué se debe la mansedumbre de su inconsciente, esa curiosa facultad de cerrarle la puerta del dormitorio a la culpabilidad?

Y, si no lo es, ¿por qué niegan o minimizan esas pesadillas —que podrían presentar como pruebas tangibles de su arrepentimiento y una forma de pagar su deuda—, tanto más cuanto que, a plena luz del día, nos refieren sus crímenes con todo lujo de detalles? ¿Temen que las descripciones de esos sueños les hagan perder los estribos? ¿Que contradigan o deformen sus relatos? ¿Que puedan quitarles credibilidad o agravarlos? ¿Temen que la descripción de escenas de pesadilla les revelen cosas que quieren tener enterradas? ¿Es un requisito para anticipar la reintegración? ¿O es, más sencillamente, una resistencia a mirar hacia atrás con los ojos bien abiertos por temor a sí mismos?

¿Existe una relación entre esa incomprensión ante el perdón y esa reticencia a admitir sus pesadillas? ¿Es una forma de poner freno a los recuerdos y ampararse del riesgo de perder el control de lo que confiesan? ¿Será para sobrevivir psicológicamente a sus actos?

LOS PERDONES

ÉLIE: Las matanzas nos superaron, el perdón nos supera también. Nunca hablamos como es debido de las matanzas de la temporada de los pantanos; no sé si se puede hablar como es debido de perdón ahora que todo está definitivamente acabado.

Esto es lo que digo yo: el que hubiera dejado ver a medias su arrepentimiento antes de que acabáramos de rajar y se hubiera ido de los pantanos por voluntad propia, dejando el trabajo a medio hacer; o el que hubiera perdido así el beneficio de los saqueos y el aprecio de sus colegas, a ése se le podría perdonar de corazón.

Pero nosotros lo que ofrecemos es un arrepentimiento de cárcel, así que nos lo cambiarán por un perdón de cabeza. Es un perdón a pesar de todo, pero el último con el que se puede contar. Una sobra de perdón, por decirlo de alguna manera. Y puede convertirse en algo que no vale nada si la situación da un vuelco. No puede durar todo el porvenir bajo la amenaza de nuevas alarmas sangrientas.

FULGENCE: Perdonar es borrar la falta que otro ha cometido contra ti.

Pero no se puede perdonar más que si se oye una verdad grande y sin rodeos. Yo pedí perdón a las familias afectadas durante el juicio y les dije el daño que les había hecho. Así que creo que me perdonarán. Y, si no, qué se le va a hacer. Rezaré.

El perdón es una suerte muy grande, puede suavizar el castigo y aliviar los remordimientos; facilita el olvido. Está muy bien para quien lo recibe. No puedo decir qué le pasa al que lo da, porque a mí nunca se me ha presentado la ocasión. Creo que para el que perdona la cosa depende de que reciba a cambio una compensación como es debido.

ADALBERT: Pedir perdón es, ante todo, decirle una verdad válida a una persona afectada. Después, es pedirle que olvide el daño que le has hecho a ella o a su familia. Y, en tercer lugar, es proponerle que te mire como antes, sin reservas.

Si esa persona acepta a la primera, es una suerte. Si no, hay que empezar otra vez. No hay que desanimarse después de la mortificación tan grande que hemos soportado ya. Cuanto más vayas por los caminos del perdón, más probabilidades tienes de alcanzarlo pronto. Sobre todo si las autoridades facilitan un programa de perdón para incitar a los supervivientes.

JEAN-BAPTISTE: En la cárcel, la mayoría rechaza el perdón. Dicen: «Pedí perdón y sigo en la cárcel. ¿De qué sirve? Sólo para dar gusto a las autoridades». O, si no, repiten: «Mira a ése, pidió perdón a todo el mundo durante el juicio y eso no lo libró de una condena penosa. El perdón para nosotros no es ya más que una forma de perder el tiempo». Y por eso prefieren afianzarse en sus convicciones de antes.

Pero a mí me preocupa mucho esto del perdón. Y estoy seguro de que me perdonarán, porque confesé, porque estoy convencido de que hice mal y decidido a vivir bien, como antes. Si una persona afectada no puede perdonarme la primera vez, el tiempo la ayudará a conseguirlo en otra ocasión mejor. El perdón nos ayudará a olvidar juntos. Incluso si en los dos bandos la memoria de cada cual puede conservar a escondidas recuerdos íntimos muy graves.

IGNACE: El perdón es la gracia de Dios, que permite olvidar al perseguido y agraviado.

Quien ha perdido a su mujer y a sus hijos, su casa con todos los utensilios, su rebaño, quien pone su dolor en las manos todopoderosas de Dios, a ése el perdón le permite ir más allá de todo lo malo que ha vivido y de lo que ha perdido.

Si al que se ha salvado le toca la gracia de la fe, es algo que tiene que agradecer; si no, mala suerte. No sé, si la cosa fuera al revés, si conseguiría perdonar al que me hubiera ofendido, porque en todas las circunstancias he conservado una gran fe en Dios.

ADALBERT: Si me perdonan las autoridades, si me perdona Dios, me perdonarán mis vecinos. El tiempo nos hará esperar, los esfuerzos serán penosos, pero el perdón es necesario. Sin el perdón, podrían volver a empezar matanzas espantosas. El perdón es una decisión de la nueva política de las autoridades de Kigali. Para los vecinos afectados sería demasiado ilegal ir en contra de la justicia de su país y de la religión.

PANCRACE: Decirle la verdad a un afectado es arriesgado, pero no duele. Oírle la verdad a uno que ha matado duele. pero no es arriesgado. Las dos cosas tienen sus ventajas y sus inconvenientes. Y por eso pedir perdón es tan agobiante como concederlo.

Y por eso muchos presos prefieren pedirle perdón a Dios antes que a sus vecinos y se atropellan para estar en primera fila en las sesiones de oración y de himnos. Ponen su perdón en manos de Dios y no de sus vecinos. Con Dios, las palabras son menos arriesgadas para el futuro y alivian más.

ALPHONSE: El perdón es la gracia del que ha padecido los crímenes. Si la víctima recibe una verdad como es debido del que lo ha ofendido, una petición sincera, puede plantearse si quiere olvidar. Yo, si me perdonan las autoridades y si salgo de la cárcel cuando cumpla la condena, podré decir en la colina más verdades aún de las que dije durante el juicio. Podré añadir confesiones y recuerdos que guardo escondidos para mis vecinos. Si estoy en libertad, podré perfeccionar los detalles y ampliar lo que pasó en los pantanos. Podré ir de visita a las casas y contar qué pasó con éste y con aquél, para satisfacer su necesidad personal de estar enterado y para recibir su perdón.

Pero si me ponen una pena demasiado larga y tengo que quedarme en la cárcel demasiado tiempo, seguiré viviendo aquí como asesino. Sin perdón, ni valor, ni verdad. Es decir, como una persona que lo ha perdido todo, y no sólo materialmente.

IGNACE: Yo digo que si me perdonan como es debido recobraré una forma de pensar normal y mi mentalidad de antes; y si no me perdonan, me quedaré con la mentalidad de un culpable. Pero no soy yo quien puede pronunciar palabras de buena intención, son los supervivientes. Y por eso estoy impaciente. Un perdón tiene siempre muchas ventajas para quien lo recibe.

JOSEPH-DÉSIRÉ: Lo que hice yo se vio más que lo que hicieron los demás, porque estaba más arriba. Si no entro en el perdón no es porque mi falta sea de mayor culpabilidad, sino porque fue una falta más visible.

LÉOPORD: En los pantanos, muchos tutsis pidieron perdón antes del gesto fatal del machete. Pidieron merced o gracia. Pidieron una deferencia para evitar la muerte o el sufrimiento terrible de los golpes. El miedo y el sufrimiento les inspiraron esas palabras.

Dieron todas sus súplicas porque no podían dar nada más. Pero a nosotros nos importaba un bledo lo que pidieran, e incluso lo que suplicaran. Al contrario, podía estimularnos. Sólo eran unos tutsis que nada más valían para matarlos. Y nosotros, unos hombres despiadados.

Y por eso resulta molesto hablar de perdón en la cárcel. Cuando salga, si recibo un tornado de ira en vez de perdón, no me portaré con maldad. Me tomaré mi daño con paciencia. Diré sencillamente a la gente: «Bueno, quienes tenéis el perdón ahora sois vosotros, está en vuestro lado, os lo habéis merecido bien; ahora podéis usarlo como queráis. Yo puedo esperar vuestro momento propicio. Voy a reanudar la existencia en ese sitio en que me está esperando sin murmurar contra vosotros».

ÉLIE: Algunos les tienen envidia a los que no se vieron obligados a pedir perdón y volvieron a su tierra sin cruzar la puerta de Rilima. Hay quienes dicen que los que pidieron perdón no han recibido la recompensa que merecían, que también están en la cárcel. Aseguran que para el preso el perdón es un gasto inútil y arriesgado.

PIO: Pedir perdón es algo natural. Perdonar es una cosa grande. Pero ¿quién puede hoy decidir el perdón? ¿Los que no hicieron nada, como los blancos y otros por el estilo? ¿El que llegó demasiado tarde, detrás de los militantes del FPR, con sus ahorros y sus recuerdos de venganza? ¿El que tuvo la suerte de evitar la muerte escabulléndose entre los papiros? Ni siquiera la mamá del niño rajado. ¿Qué puede ella perdonar en lugar de su niño, si él no está ya para que le pregunten nada?

Yo veo muy difícil eso de que nos intercambiemos perdones en las colinas. Porque por encima de las palabras bonitas volverán a crecer demasiados recuerdos malos, igual que las zarzas en medio de una plantación.

El que te concede un perdón en un día de clemencia, ¿quién puede decir que no te lo va a quitar en otro día de enfado, por una bronca de taberna?

Yo no veo ningún perdón que pueda secar toda la sangre que ha corrido. Sólo veo a Dios para perdonarme. Por eso se lo pido a diario. Ofreciéndole toda mi sinceridad, sin ocultarle ninguna de mis fechorías. No sé si dice que sí o dice que no, pero sé que se lo pido desde muy dentro.

UNA ESTAMPA ALTA

Me he referido varias veces al genocidio judío, y no al genocidio armenio, gitano o camboyano, porque tengo un conocimiento más concreto del primero por tantos relatos y libros, y por la película *Shoah, y* porque, durante mis estancias en Ruanda, he observado muchas analogías entre el genocidio judío y el genocidio tutsi, sobre todo en la forma de ponerlo en marcha.

Mencionemos aquí, por tanto, una pregunta que se ha venido haciendo con frecuencia y mayor o menor ingenuidad: ¿serán hasta cierto punto los tutsis los judíos de esa región de los Grandes Lagos y de Ruanda en concreto? ¿Son acaso primos lejanos de los falashas, que se han desviado de su destino? O, en su defecto, ¿tendrán destinos parejos?

La respuesta que surge espontáneamente es: claro que no. Los judíos y los tutsis no comparten historia alguna. Y, sin embargo…

Los tutsis no practican ninguna religión en particular ni se remiten a ningún texto primitivo, ni hablan una lengua o un dialecto propios. No tienen hábitos o principios, a no ser su tradición de ganaderos, ni su forma de vida se diferencia de la de sus compatriotas. Además, los tutsis, al contrario que los judíos de Europa, ejercieron plenamente el poder en Ruanda, donde establecieron, efectivamente, durante más de ocho siglos, hasta la independencia, una monarquía de un refinamiento y una complejidad que sigue siendo aún hoy un enigma para los historiadores y ha dejado un recuerdo punzante en la memoria colectiva de los hutus.

Y, sin embargo…, llaman mucho la atención las semejanzas no entre la forma de ser de los judíos y la de los tutsis, ni entre la mitología judía y la mitología tutsi, sino en la forma como se manifestaba el antisemitismo en Europa antes del genocidio judío y la forma como se manifestaba el antitutsismo en Ruanda antes del genocidio tutsi. Los elementos constitutivos de la propaganda antitutsi tienen un curioso parecido con los de la propaganda

antisemita, bien se refieran a los rasgos físicos: frente alargada, nariz ganchuda o recta, dedos engarbados en los unos y largos en los otros, por ejemplo; bien a los rasgos psicológicos relacionados con la cobardía, la perfidia o la traición. Y, para concluir, nos topamos con las mismas alusiones a la arrogancia o la rapacidad. Una correspondencia entre dos imaginerías que se resumen en un apelativo común: parásito o cucaracha.

Dado que no soy ni etnólogo ni especialista en África, no me meteré en las actuales controversias acerca de la etnia, su génesis, su peculiaridad africana y la forma en que la utilizaron los colonos sino para hacer este comentario de viajero: en el África negra todo el mundo se define espontáneamente por la etnia. Por ejemplo, si estás tomando algo con varias personas en una terraza de Bamako y, un rato después, le preguntas a una amiga «¿Quién era la chica que estaba sentada a tu lado antes?», te contestará: «Una compañera de trabajo. Es muy simpática, una sarakole de Kayes». Si estás viendo un partido de fútbol y le preguntas al vecino «¿Quién es el número 7 del equipo de los Canons?», te contestará: «Es Fulanito de tal, un hausa. Un poco lento, pero tiene una zurda de oro».

El África negra es una macedonia tremenda de etnias asumidas, cuya diversidad no tiene más parangón que el espíritu de tolerancia que mantiene el equilibrio. Y suele suceder que, cuando estalla un conflicto que parece étnico, se compruebe que, en realidad, es regional ante todo: norte contra sur, meseta contra costa; o religioso: cristianos contra musulmanes; o económico: conflictos mineros; o social: barrios contra zona centro de la ciudad… La etnia no es fuente de incomprensión *y* violencia, es sólo una forma de agrupación defensiva.

He incluido esta digresión de viajero para destacar, al tiempo, qué normal es proclamarse hutu o tutsi en Ruanda y qué anómalo fue el descarrío de la propaganda antitutsi del régimen del presidente Habyarimana.

En ese caso concreto, ¿quién fue el instigador de dicha propaganda? Sería simplista responder que fue la colonización. Cierto es que durante un siglo la administración colonial y la clerecía rivalizaron en el empeño de enfrentar a ambas etnias y llevaron a la zaga una cohorte de antropólogos cuyos escritos africanófobos se le caen al lector de las manos en vista de su abyecta necedad. Pero, por una parte, toda África padeció esa *intelligentsia* colonial que pretendía retrasar la llegada de la independencia y no fue privativa de esta

zona. Por otra parte, aunque dichas teorías acerca de los indígenas ruandeses eran racistas, no eran, en cambio, particularmente antitutsis.

¿Asimilaron, pues, los hutus a los tutsis con los judíos o fueron los propios tutsis los que se identificaron con éstos, por incomprensión histórica, de la misma forma que algunos ideólogos serbios pretendieron algo semejante durante la guerra en la ex Yugoslavia? ¿Tesis del pueblo mártir, del pueblo errante, del pueblo elegido…? La respuesta sigue siendo: no. Nunca se dio una identificación así, al menos en las colinas de Bugesera.

Como lo explica Jeannette: «La historia de los hutus y de los tutsis se parece a la de Caín y Abel, unos hermanos que dejan de entenderse por bobadas. Pero no creo que el pueblo tutsi se parezca al pueblo judío, aunque los dos pueblos hayan padecido genocidios. El pueblo tutsi nunca fue un pueblo elegido para oír la voz de Dios, igual que el pueblo hebreo en tiempos de los paganos. No es un pueblo castigado por la muerte de Cristo. El pueblo tutsi es sencillamente un pueblo con mala suerte en las colinas por su estampa alta».

Aclaremos que, hasta el genocidio, los campesinos ruandeses no tenían del pueblo judío más que un conocimiento bíblico. Sabían que había cruzado el mar Rojo y había huido de Egipto siguiendo a Moisés; sabían del juicio de Salomón, del arca de Noé, del calvario en el monte de los Olivos; pero no sabían nada de Treblinka y mucho menos de los éxodos y los pogromos anteriores. Por lo demás, debido a ello, cuando Jeannette, Claudine, Angélique, Innocent y los demás supervivientes se enteraron, durante las entrevistas, de que no eran los primeros en haber pasado por la experiencia del exterminio se quedaron conmocionados.

Queda por comentar esa «estampa alta» de la que habla Jeannette y acerca de la que especifica Francine: «Los hutus siempre han tenido el problema de hacerse una idea mala de los tutsis. El origen del mal está en nuestro físico, ésa es la verdad. Tenemos los músculos más alargados, los rasgos más finos, andamos más tiesos. Esa prestancia que tenemos de nacimiento, no se me ocurre otra cosa».

Y Claudine añade: «La verdad es que muchos hutus no aguantaban ya a los tutsis. ¿Por qué? Es un tema constante que anda rondando por los platanares. Pero yo noto que hay diferencias entre los tutsis y los hutus que a éstos los ponen muy recelosos. Los tutsis tienen a veces el cuello más largo y la nariz más recta. Son más sobrios de carácter y más estirados… Pero en cuanto a la riqueza y la inteligencia no somos diferentes. Muchos hutus

desconfían de una supuesta malicia en la forma de ser o de pensar tutsi que ni siquiera existe».

Sylvie, más perpleja, reflexiona: «Desde entonces estoy buscando una pista y no acabo de encontrarla. Sé que los hutus no se notaban cómodos con los tutsis. Decidieron no tener que coincidir con ellos ya en ninguna parte para estar a gusto entre sí. Pero ¿por qué? No puedo responder. No sé si llevo en la cara o en el cuerpo marcas particulares que no soportan. A veces digo que no, que no puede ser eso, ser esbelta, ser fina, tener rasgos dulces y todas esas bobadas. Y a veces digo que sí, que eso fue lo que se les quedó dentro. Es una locura tremenda que ya no son capaces de concebir ni los que mataron. Y menos aún los que tenían que haber muerto».

¿Por qué esa obsesión con la diferencia física y cultural, tan incongruente en África? ¿Por qué ese leitmotiv de la estampa alta o tiesa, de los rasgos rectos, de la malicia, en el agro de Ruanda? ¿Sucede algo así, por ejemplo, en las comarcas de Kenia, del Senegal, del Chad, en las que viven masais, peuls y tubus? ¿Será una reminiscencia de las castas y los ritos del reinado de los monarcas *mwami?*

No hay respuesta posible y eso enturbia aún más el misterio del genocidio. No hay explicación convincente alguna en lo referido a las raíces del antitutsismo, tan incomprensibles y preocupantes, desde mi punto de vista, como las del antisemitismo.

Como vemos en esta frase de Élie: «Por influencia del tiempo, el ambiente me incitó a desconfiar de los tutsis. Aunque los viese simpáticos, no me quedaba más remedio que considerarlos amenazadores por culpa de las cosas siniestras que se decían».

En 1992, el investigador norteamericano Christopher Browning publicó un libro apasionante titulado *Aquellos hombres grises: el Batallón 101 y la solución final en Polonia.* Es la historia de un batallón enviado entre julio de 1942 y noviembre de 1943 a la región de Lublin, en Polonia, donde asesinó a unos 40.000 judíos y deportó a alrededor de 45.000.

El autor, especialista en el Holocausto, trabajó sobre documentos, esencialmente los interrogatorios a 210 hombres del batallón, que realizaron entre 1962 y 1967 unos magistrados alemanes para reconstruir y analizar la trayectoria de esos reservistas de Hamburgo, atrapados en un engranaje demencial de muertes. En uno de los capítulos del libro, Christopher Browning comenta la repugnancia generalizada de esos policías a admitir el antisemitismo que los movió a la sazón y se pregunta el porqué. ¿Por qué negar un sentimiento evidente del que estaban imbuidas todas las

instituciones del Reich e influía en la forma de pensar de los dignatarios nazis y, por lo tanto, les podía servir *a priori* de circunstancia atenuante a esos policías en la reserva?

El autor hace muchas hipótesis, de entre las que escogemos éstas: «Para un miembro del batallón, admitir el propio antisemitismo equivale a comprometer sus oportunidades de salir del paso; y hablar del antisemitismo colectivo, es echarles la culpa a los compañeros». Más adelante, sigue diciendo: «Pero esa repugnancia a mencionar el antisemitismo también depende de una actitud de rechazo político… Admitir que había en su comportamiento una dimensión explícitamente política e ideológica, que la ética nazi no les parecía por entonces irracional en absoluto, es admitir que son veletas políticas que giran dócilmente con el viento en cada cambio de régimen. Y ésa es una verdad con la que pocos de ellos son capaces de enfrentarse».

El contexto en que se manifiestan los asesinos alemanes y ruandeses no es el mismo. Los primeros prestan testimonio veinte años después de los hechos, separados y en libertad, pero ante fiscales que pueden inculparlos. La presencia de secretarios mediatiza además esos testimonios.

Menciono, sin embargo, ese párrafo porque los muchachos de la banda de Kibungo también se resisten a admitir el antitutsismo que los movía en los pantanos. En fin de cuentas, quien diga como Adalbert: «El niño de pecho hutu iba envuelto en pañales de odio contra los tutsis antes de echarle una ojeada al mundo», podría librarse más o menos de culpa declarándose víctima de un lavado de cerebro.

Pero resulta que no; es mucho más difícil tocar el tema del antitutsismo que el del primer asesinato. Hacen falta dos horas de conversación para que acepten hablar de ello. Y esas reticencias me plantean preguntas semejantes a las de Christopher Browning, que descubrí tiempo después, cuando leí su libro; y también otras más pragmáticas, como las siguientes.

¿Temen que hablar de su antitutsismo dificulte el regreso a las colinas y reafirme la desconfianza de los vecinos? No hay razón alguna para que quien admita un antitutsismo primario haya dejado de ser antitutsista; en consecuencia, sigue siendo peligroso, podrían pensar esos vecinos. Temor ingenuo, por lo demás, por no decir absurdo, pues la saña de los asesinos en los pantanos, que no ignoran ni los supervivientes ni el vecindario, bastaría de todas formas para enfriar al comité de recibimiento *ad vitam aeternam.*

¿Tratan el tema entre sí, lo tratan hoy en día? Casi nunca contestan. ¿Eran todos igual de antitutsis? De las entrevistas se desprende que no, antes bien.

Pero, paradójicamente, sus divergencias refuerzan sus reticencias a referirse a ello, pues ponerlas en evidencia podría dejar maltrecha su solidaridad.

En Jean-Baptiste, por ejemplo, felizmente casado con una tutsi y que vivía en una ladera repleta de familias tutsis, no alentaba ningún sentimiento antitutsi al principio del genocidio, sólo una ambición y un miedo devoradores. Pio, un muchacho al que le interesaba más el fútbol que la política, no se planteaba el antitutsismo siempre que le mandasen el balón al mejor pie para marcar goles. Incluso Joseph-Désiré Bitero, comandante de los *interahamwe*, criminal terrorífico si los hay, no era visceralmente antitutsi, o al menos no lo era en los meses inmediatamente anteriores a las carnicerías… Los casos de Pancrace, Elie, Fulgence o Adalbert obligan a una reserva mayor.

Estas formas diferentes de mirar a los tutsis no impidieron que todos matasen por igual. De la misma forma que otros, tras salir en libertad, siguen soltando en las tierras o en la taberna palabras cuyos resabios antitutsis causan sobresalto.

Podría lo dicho ser prueba de que, si el antitutsismo fue uno de los motores del genocidio y ayudó a dar el salto hasta el crimen, no fue el único y no pudo bastar para motivar las acciones y los comportamientos de todo el mundo. Pondremos como ejemplo a Ignace, que era uno de los antitutsis más rabiosos, más lleno de odio y, en cualquier caso, el antitutsi más declarado de la banda y, sin embargo, fue uno de los que menos usó el machete.

Podemos, finalmente, mencionar algo así como una intuición, más perceptible en lo que se callan que en lo que dicen, para explicar las reticencias de los muchachos de la banda a admitir su antitutsismo de aquella temporada.

Las matanzas en que participaron no los trastornan, pero sí los superan con frecuencia. Comprueban que los atrapó un alboroto, palabra que usan muchas veces, y los arrastró. Temen enterarse de qué efectos tuvo en el mundo exterior y nunca preguntan por ese tema. Y, algo más importante, temen comprender las razones y las motivaciones y no le ven utilidad alguna a andar dándole vueltas.

Esa intuición parece avisarlos de un peligro particular, que Pio esboza así: «Que, andando el tiempo, volvamos a pisar los pantanos, donde, se quiera o no, hemos dejado huellas de pasos, es algo que se puede soportar si andamos con ojo. Pero forzar la memoria para entrar en los pensamientos secretos más hondos y en las nefastas reflexiones de la infancia, eso puede extraviarlo a



uno. Sobre todo si las almas han cambiado, como les ha pasado a las nuestras».

EL ODIO, LOS TUTSIS

ADALBERT: En el fondo, los hutus y los tutsis se llevaban fatal desde 1959. La cosa venía de los mayores. Por las noches, tomándose unas Primus, llamaban a los tutsis canijos y arrogantes en charlas que no iban a más. Así que los niños hutus crecían sin hacer preguntas y oyendo todas esas cosas malas acerca de los tutsis.

Desde 1959, en la taberna, los viejos hablaban de eliminar a todos los tutsis y sus rebaños de vacas que lo pisoteaban todo. Se repetían mucho cuando bebían; era para ellos un tema habitual, como la siembra y los regateos y cosas por el estilo. Nosotros, los jóvenes, nos reíamos de esos refunfuños de viejo, pero nos gustaban.

Luego, durante toda la juventud, un hutu podía perfectamente echarse un amigo tutsi y beber con él, pero no debía fiarse. Para el hutu, el tutsi podía andar disimulando algo en cualquier momento. Parecía amable a su manera y de carácter servicial, pero llevaba dentro una malicia oculta. Por naturaleza había que desconfiar de él.

JEAN-BAPTISTE: Los hutus siempre les reprocharon a los tutsis la estatura estirada y que intentasen sacarle provecho para gobernar. El tiempo nunca agotó ese rencor. En la comuña, como ya le he dicho, se oía decir que las mujeres tutsis eran demasiado delgadas para vivir en nuestras colinas, que tenían la piel lisa porque tomaban leche a escondidas, que tenían los dedos demasiado finos para cavar con la azada y bobadas de ésas.

En realidad, los hutus no veían ninguno de esos dichos acerca del tipo que tenían sus vecinas porque doblaban el espinazo junto a las mujeres de ellos e iban igual de cargadas que ellas cuando volvían de buscar agua. Pero les

gustaba repetirlos. También se contaban unos a otros que un hutu que se casaba con una tutsi, como yo, quería hacerse el importante.

Les agradaba contar muchas tonterías inverosímiles para trazar una línea fina de discordia entre las dos etnias. Lo importante era marcar siempre una distancia entre las dos a la espera de que se agravasen las relaciones. Por ejemplo, el primer día de escuela, el maestro tenía que decir la etnia de todos los alumnos al pasar lista para que los tutsis notasen que se los invitaba a sentarse tímidamente en el aula de los hutus.

IGNACE: Si un chico hutu quería casarse con una chica tutsi, la familia se negaba a apartarle un sector en el platanar para que tuviera su cosecha personal y alimentase a su familia. Si un chico tutsi quería casarse con una chica hutu, su familia se negaba a apartarle ni siquiera una o dos vacas del rebaño para que empezase a criar un ganado con futuro. Así que a los jóvenes de los dos bandos no les resultaba interesante tener trato.

Tras las cosechas de los campos se fecundaba el odio, porque no eran lo bastante grandes para dos etnias.

FULGENCE: En el fondo, los hutus no aborrecían tanto a los tutsis. En todo caso no como para matarlos sin excepción. En esta rivalidad étnica se intercalaron maleficios más terribles que un odio tenaz para lanzarnos a los pantanos esos. La escasez de tierras, por ejemplo; lo hablábamos con mucha razón entre nosotros. Nos dábamos cuenta de que pronto no iban a quedar tierras fértiles. Nos decíamos que nuestros hijos tendrían que irse en fila a buscar campos por la zona de Gitarama o más allá, por Tanzania; porque, si no, iban a acabar sometidos a los tutsis en su propia colina. Podíamos llegar a ver cómo nos despojaban de las cosechas que habíamos sembrado.

Por lo que nos habían enseñado los mayores, hasta podíamos vernos obligados a trabajar deforestando, cuidando del ganado o haciendo de albañiles, como en los tiempos de los *mwami*. Y esos trabajos obligatorios y gratuitos podían atormentar al campesino más de lo que cabe en la cabeza.

PIO: A lo mejor no aborrecíamos a todos los tutsis, sobre todo a los del vecindario; a lo mejor no los mirábamos como a enemigos malos. Pero nos decíamos entre nosotros que ya no queríamos vivir juntos. Hasta decíamos que no queríamos verlos ya en absoluto cerca de nosotros y que había que

hacer limpieza y echarlos de nuestra zona. Y decir eso es mucho, es ya mentar el machete.

Yo no sé por qué empecé a odiar a los tutsis. Era joven, lo que más me gustaba era el fútbol, jugaba en el equipo de Kibungo con los tutsis de mi edad, nos pasábamos el balón sin tener nunca ni un roce. No me sentía nada violento en su compañía. El aborrecimiento llegó así, de repente, cuando las matanzas, y yo me apunté por imitación y por conveniencia.

LÉOPORD: Es delicado hablar de odio entre hutus y tutsis porque, después de las matanzas, las palabras cambiaron de sentido. Antes podíamos bromear entre nosotros y decir que los íbamos a matar a todos; y un rato después estábamos juntos compartiendo un trabajo, o la bebida. Las bromas y las amenazas iban mezcladas. Ya no nos dábamos cuenta de lo que decíamos. Podíamos andar a vueltas con palabras terribles, pero sin pensar en nada malo. A los tutsis ni siquiera los molestaba gran cosa. Quiero decir que no se distanciaban por esas charlas desagradables. Y luego ya vimos las graves consecuencias que nacieron de esas palabras.

ALPHONSE: De pequeño, durante las estaciones secas, el hutu oye repetir a las personas mayores que los tutsis tienen acaparadas demasiadas tierras, que esa gente está de más cuando hay que luchar contra la pobreza. Luego, esas palabras se olvidan cuando las cosechas son abundantes. Pero el niño se acostumbra a esos enfados.

Un niño hutu, aunque esté sentado al lado de un niño tutsi fangoso, siente contra él una envidia espontánea, le parece un creído y se acostumbra a cojear del mismo pie que sus padres. Luego, cuando surge una dificultad, no la mira a la cara, prefiere mirar al tutsi que pase por allí.

PANCRACE: Estaban las emisoras de radio, que nos llevaban repitiendo machaconamente desde el noventa y dos que había que matar a todos los tutsis; estaba la indignación después de la muerte del presidente y el miedo de que nos dominasen los *inkotanyi*. Yo no veo odio en nada de esto.

El hutu desconfía siempre de cualquier intención que esté detrás de la forma de ser de los tutsis y que lleven madurando en secreto desde el Antiguo Régimen. Ve un peligro incluso en el más debilucho o el más amable. Pero son sospechas, no es odio. El odio nos entró de repente después de caerse el

avión del presidente. Los intimidadores vocearon: «Fijaos en las cucarachas esas; ya veis que son como os habíamos dicho». Y nosotros gritamos: «Vale, vámonos de correría». No estábamos muy enfadados; más que nada estábamos aliviados.

IGNACE: No sé si matar tutsis es diferente de matar a gente que no sea tutsi, porque de eso no tenemos experiencia. En Ruanda, si no te cruzas con un hermano hutu, te cruzas con un tutsi. Porque a los twas no se los ve, metidos en la selva. Y los blancos son blancos. Podemos llevarnos bien o mal, pero es imposible codearse con hombre corrientes, semejantes a nosotros, que no sean tutsis. Quiero decir que, o en matanzas particulares o en matanzas amplias, sólo sabemos matar tutsis.

ÉLIE: En las ciudades, muchos hutus envidiaban a las mujeres tutsis porque no las podían tener. Por su aspecto esbelto, por sus rasgos delicados, por su forma moderna de presentar las comidas familiares o de aparecer en las ceremonias. No obstante, en las colinas, los hutus veían que todas las mujeres se cansaban lo mismo en las labores agrarias. No sé de ningún caso de un campesino que haya ido a pedirle una chica alta a un vecino tutsi para su hijo; así que a nadie le han podido decir que no.

Son las vacas y las tierras lo que iba por delante de las envidias por la apariencia. Sobre todo las vacas, porque los tutsis tenían la costumbre de agruparlas de forma que ya no se podía saber cuáles eran de unos y cuáles de otros. Nunca querían decir cuántas tenían, ni a sus mujeres, ni a sus hijos, ni a las autoridades. Nosotros veíamos pasar los rebaños ocultos entre los sotos al cuidado de pastores andrajosos y nos mortificaba. En las colinas, andarse con secretos en lo que se tiene resulta amenazador.

ADALBERT: Hay gente como yo que solía hablar mal de los tutsis. Repetíamos lo que llevábamos oyendo desde hacía mucho. Los llamábamos arrogantes, presumidos e incluso venenosos. Pero no nos parecían arrogantes ni que se portasen con superioridad cuando nos juntábamos con ellos en la coral o en el mercado. Ni siquiera en la taberna o en los platanares, si se terciaba que hubiera que echarse una mano.

Los mayores se habían puesto de acuerdo para liarnos, pero lo hacían con buena intención, por decirlo de alguna manera. Luego las radios exageraron

para calentarnos la cabeza. Ellas nos enseñaron los nombres de «cucarachas» y «serpientes». La maldad de las radios estaba demasiado bien calculada para poder oponerse a ella.

ALPHONSE: Creo que en el fondo ya nos habíamos acostumbrado del todo a esa forma de ser tan fina de los tutsis. Nos importaban un bledo esos cuentos de los dedos alargados y otras peculiaridades por el estilo. No creo que las vacas fueran un problema tremendo. Porque en ese caso podían sacrificarse los rebaños nada más. No creo que aborreciéramos a los tutsis de corazón. Pero era inevitable creerlo porque los responsables habían tomado la decisión de matarlos a todos.

Para matar sin vacilar a tantos humanos había que aborrecer sin indecisión. El odio era el único sentimiento permitido en lo que tuviera que ver con los tutsis. Las matanzas eran una empresa demasiado manipulada para que pudiéramos hacernos otras preguntas sentimentales.

UNA MATANZA MÁS ALLÁ DE LO NATURAL

El África contemporánea fue escenario de un genocidio. A muchos africanos les cuesta concebirlo o admitir que haya sido cierto. Necesitarán mucho tiempo para hacerse a la idea; lo mismo les sucedió a los europeos y a los norteamericanos después del Holocausto.

Aún más africanos niegan la africanidad de ese genocidio y hablan de una tragedia fomentada desde otros lugares, con argumentos varios, tales como, por ejemplo, los de Berthe: «El caso de Ruanda no entra en las costumbres africanas. Un africano mata por ira o por hambre. O mata sólo lo preciso para quedarse con los diamantes o cosas así. No mata con la tripa llena y el corazón en paz en las colinas de las judías, como los *interahamwe.* Creo que ésos aprendieron mal una lección que venía de otra parte, de fuera de África. No sé quién sembró la idea del genocidio. No, no digo que fueran los colonos. De verdad que no lo sé, pero no fue un africano».

La inteligencia de Berthe, pertinente y sin prejuicios ni resentimientos, pero carente de perspectiva histórica, la lleva a equivocarse. Todos los genocidios son ajenos a los hábitos, ya sean europeos, americanos, asiáticos o africanos. Y quienes pensaban que la amplísima pluralidad de culturas, la sabiduría ancestral, la tradición de indulgencia, el apetito vital —que ilustra el conocido dicho: «¡Africa es mágica!»— ampararían al continente se equivocaron.

No aprovecharé este comentario acerca de la universalidad de los genocidios para incluir a continuación las eternas preguntas: ¿qué habríamos hecho nosotros en el lugar de Pio, de Fulgence, de Pancrace y de los demás de la banda? ¿Qué nos habríamos atrevido a hacer o a qué nos habríamos atrevido a negarnos? ¿Qué habría sido de nosotros? Esas preguntas no tienen

interés alguno, no tanto porque no podemos meternos dentro del pellejo de unos cultivadores de judías en una colina de la región de los Grandes Lagos, sino porque no podemos imaginar haber nacido y crecido bajo ese régimen despótico y pendiente de la etnia; y porque, dejando aparte a unos cuantos individuos muy seguros de su firmeza moral y su valor, la mayoría mascullaríamos más o menos lo siguiente: «… nos habríamos hecho los remolones, habríamos hecho el vago lejos del grupo, a la cola, sin manchar el machete…». Esperaríamos algo más presentable en nuestro fuero interno, pero dejando abierta la duda.

En vez de preguntas, voy a hacer observaciones. En la Alemania de posguerra, durante cuarenta años de juicios a los criminales nazis, ninguno de sus abogados pudo presentar el caso de un alemán al que se le impusiera una dura condena por haberse negado a matar a un judío o a un gitano desarmado. Así, por ejemplo, durante las expediciones de ese Batallón 101 de policías en la reserva, explica Christopher Browning, no se castigó a ningún policía por negarse a disparar. Sin embargo, según sus cálculos, el 80 o el 90 por ciento de los policías del batallón dispararon.

En Ruanda, la temporada de las carnicerías fue demasiado breve para que los administradores del genocidio entablasen juicios contra los refractarios y los condenasen. Dicho lo cual, si bien es cierto que se asesinó a decenas de miles de hutus por tomas de postura humanitarias, no existen ejemplos de personas detenidas sólo por haberse negado a matar, salvo en casos muy específicos: cónyuges de parejas mixtas y personas acusadas de haber escondido a tutsis.

En Kibungo, N’tarama, Kanzenze y en la comuna de Nyamata, quien se oponía públicamente al genocidio, de palabra o de hecho, corría el riesgo de que lo ejecutaran o de que lo condenaran a matar a alguien en el acto. Todos tenían que participar a su modo, implicarse en las matanzas, en las destrucciones y en los saqueos; y, si no, pagar. No obstante hay que repetir que ningún habitante tuvo que enfrentarse a violencias físicas serias por mostrar reticencia a usar el machete contra un tutsi. A este respecto, resulta edificante la lectura del capítulo dedicado a los castigos.

Pese a las posibilidades de empleos auxiliares, dispensas y subterfugios, los cálculos de la cantidad de gente que mató en la comuna de Nyamata son inconcebibles.

Christine, hija de un tutsi y de una hutu y testigo de los hechos en su colina, intenta explicarlo así: «Creo que el que se había visto obligado a matar quería, al día siguiente, que a su vecino le tocara la misma obligación para

que tuviera la misma consideración. Ante tu vecino, que mataba a diario, podías mostrarte vago, o recalcitrante, y mal jugador, pero tenías que hacer méritos manchándote las manos de sangre en alguna ocasión».

Para comprender la condición de voluntarios de los esbirros del Tercer Reich, más espectacular frecuentemente fuera de las fronteras de Alemania, los historiadores o los filósofos insisten en la formidable disciplina que puede llegar a imponer un Estado totalitario a sus ciudadanos, en la eficacia de una propaganda insidiosa y permanente, como la que citamos antes; y, ante todo, en la fuerza del conformismo social en tiempos de miedo y crisis, que no hay que confundir con los tiempos de guerra, que, en ciertos momentos, pueden, antes bien, acabar con ese conformismo.

Estos argumentos no bastan para explicar la máquina de matar que ilustra la frase de Christine. Los rusos, los españoles, los argentinos, los rumanos, los iraquíes y otros muchos pudieron comprobar en algún momento de su historia la eficacia de esas maquinarias que destrozan las mentes e idearon Stalin, Franco, Videla o Ceaucescu, Husein, otros tantos dictadores que contaron con la sumisión en masa de la población, la abdicación, una suerte de embrutecimiento y un hábito de delación, pero que no consiguieron poner en pie procesiones entusiastas y populares que matasen cantando a diario y en horario laboral.

Si esos historiadores y filósofos ocultasen el carácter irracional y excepcional del genocidio, podrían resultar equívocos, e incluso peligrosos, en la medida en que darían alas al pesimismo o a la beatería; o algo más desesperante aún, avivarían la peor lacra de nuestras sociedades: el cinismo.

El genocidio es, pues, algo excepcional, cuya definición más sencilla la aporta Jean-Baptiste Munyankore, maestro en N’tarama desde hace cuarenta y tres años, cuando dice: «Lo que sucedió en Nyamata, en las iglesias, en los pantanos y en las colinas son comportamientos más allá de lo natural de personas muy naturales».

O la de Sylvie, que dice: «Porque si se queda uno demasiado anclado en el miedo al genocidio, se pierde la esperanza. Se pierde lo que se ha conseguido salvar en la vida. Se corre el riesgo de contagiarse con otra locura. Cuando pienso en el genocidio en momentos de tranquilidad, reflexiono para saber dónde colocarlo dentro de la existencia, pero no encuentro ningún sitio. Quiero decir sencillamente que no es nada humano».

PALABRAS PARA NO DECIRLO

FULGENCE: Cuanta más gente veíamos morir, menos pensábamos en sus vidas, menos hablábamos de su muerte. Más nos acostumbrábamos a sacarle el gusto. Más nos decíamos en nuestro fuero interno que en vista de que sabíamos hacerlo teníamos que hacerlo hasta que no quedase ninguno. Era un punto de vista final, que caía por su propio peso, con un alboroto muy grande de gritos, pero sin palabras ofensivas.

ALPHONSE: Andábamos por los pantanos con un montón de gente por matar. El barro nos llegaba a los tobillos y, a veces, a las rodillas. El sol se nos clavaba en la cabeza. Los papiros nos arañaban las camisas y, luego, la piel. Los colegas nos miraban. Si nos entraban temblores, se reían de nosotros y nos llamaban cobardes. Si titubeábamos, se irritaban y nos acusaban de traición. Si mostrábamos nobleza, nos reñían y nos llamaban débiles mujeres. Enseguida lo maltrataban a uno.

En una situación así, es muy difícil ir en contra de las burlas de los colegas si se van sabiendo por el vecindario. Lo mismo pasa en la escuela o en la taberna, pero es peor en los pantanos. Te envenenan la vida. Y es natural que intentes protegerte. Así que te alistas en el bando de los que se burlan. Cuando empiezan las matanzas, da menos apuro manejar el machete que recibir burlas y broncas. Esa verdad no puede entenderla quien no haya estado con nosotros.

Lo que quiero decir es que, en el alboroto de las matanzas, no le resulta soportable a una persona quedarse aparte, porque la persona ya sólo les ve la espalda a los vecinos cuando quiere comentar con ellos las preocupaciones normales. A nosotros nos resulta demasiado arriesgado quedarnos solos. Así

la gente se lanza cuando le dan la señal y hace su parte, aunque la contrapartida sea esa tarea sangrienta que ya sabe usted.

ÉLIE: Desde la independencia, los intimidadores no dejaron ya nunca de darle vueltas a la idea de las matanzas, pero teniendo buen cuidado de no nombrarlas. Por ejemplo, declaraban: «No hay bastantes tierras para dos etnias en este país; y ninguna se va a marchar. Así que les corresponde a los hutus solucionarlo», y eso quería decir lo que no se decía.

Los intimidadores no querían ningún estorbo, sobre todo no querían a nadie que hiciera comentarios inútiles acerca de lo que se hacía. Nosotros nos decíamos que cuando se acabase todo por completo ya no tendríamos nada que comentar. En el fondo, estábamos de acuerdo para seguir adelante sin hablar de ello. Lo que estábamos haciendo estaría menos fuera de lo natural si nos ahorrábamos decirlo. Incluso ahora hay palabras que no queremos pronunciar, ni siquiera entre colegas.

PANCRACE: Las matanzas de esa categoría tienen hambre de muerte. No tienen hambre de vida como las fieras. Se alimentan con todos los que ven, nunca se sacian; mientras quede algo, te van pisando los talones hasta el último de los últimos. Y por eso prescinden de las palabras. Salvo de las palabras necias, claro. En la radio, se oía que los *inkotanyi* tenían rabo u orejas puntiagudas; aunque nadie podía creerse eso, nos sentaba bien oírlo. No eran bromas como es debido, pero para nosotros eran bromas a pesar de todo. Valía más oír eso que no oír nada.

ÉLIE: Nadie puede confesar toda la verdad, que es tan penosa, ni ahora ni nunca. Nadie puede nombrar con las palabras exactas todas sus fechorías porque se condenaría ante los demás. Y eso es demasiado grave. Pero unos pocos están empezando a contar trocitos terribles para hacer penitencia de la sangre que hicieron salpicar, sin que les importe parecer más merecedores de castigo. Esos van abriendo el camino de la sinceridad. Es algo muy grande.

En las colinas o en la cárcel, la verdad les ofrece su parte a todos los participantes. Los supervivientes consiguen la mayor, por lo que tuvieron que pasar, es lógico. Las esposas tutsis protegidas, los cámaras internacionales y los militares reciben las suyas. Pero si falta la parte de verdad de los que lo hicieron, las revelaciones acerca de esas matanzas andarán dando vueltas sin

parar. Los que lo hicieron tienen algo más que recuerdos elementales, más que detalles acerca de cómo se hicieron las cosas, tienen secretos en el alma.

JEAN-BAPTISTE: Nunca oí la palabra «genocidio» durante toda la temporada de las matanzas. Sólo nos entró por los oídos cuando lo dijeron los periodistas internacionales y los delegados humanitarios. Primero en el camino del destierro; pero aún no se entendía esa palabra. Luego, en los campos del Congo.

Es la verdad, entre nosotros nunca la decíamos. Muchos ni siquiera sabían qué quería decir la palabra «genocidio». No valía para nada. Y, sin embargo, cuando nos levantábamos por la mañana para ir a cazar, incluso cuando estábamos cansados o teníamos otras tareas hechas de mala manera, eso es lo que pensábamos, que había que matarlos a todos. La gente sabía qué trabajo estaba haciendo sin necesidad de darle un nombre.

ADALBERT: El genocidio no es una idea habitual en las guerras y en las batallas. Es una idea de las autoridades para quitarse de encima un peligro para siempre. Está pensada para la comodidad y no hace falta nombrarla ni alentarla, salvo los habituales brotes de maldad. Es una idea muy vulgar cuando va volando de palabra en palabra, y a veces de chiste en chiste; se vuelve extraordinaria cuando se engancha en la punta de los machetes.

Esa idea no muere con las matanzas, ni después de la victoria, ni después de la derrota. Así que las autoridades futuras pueden recuperarla para darle otro destino. Pero ¿cómo matar una idea con un uso extraordinario si no se sabe cómo matar la palabra que la nombra y puede resucitarla? Matar enemigos, matar culpables, matar vecinos, eso se puede entender… Matar ideas y palabras va más allá de la inteligencia, por lo menos de la inteligencia del campesino.

PIO: Al comienzo de un genocidio hay una causa y gente a quien le parece válida. La causa no anda rondando por ahí por casualidad; incluso la retocan los intimidadores: es el deseo de ganar la partida por completo. Pero a la gente a la que tienta es a la que vivía ahí por casualidad. Yo estaba ahí, en mi casa, cuando se presentó la tentación. No digo que me obligasen Satanás y compañía. La causa me pareció válida por gula y por obediencia y me lancé a

los pantanos. Pero si hubiera nacido en Tanzania o en Francia, habría estado lejos del alboroto y de la suciedad de la sangre.

Una tentación como ésa la gente corriente no puede rechazarla, porque le faltan socorros bíblicos, por lo menos en las colinas. ¿Por qué? Por esas palabras tan bonitas del éxito total. Llevan las de ganar. Luego, a la tentación no la pueden meter en la cárcel, así que meten en la cárcel a la gente; y la tentación puede aparecer, igual de terrible, algo más allá.

Cuando una persona ve que se le presenta su interés definitivo, y sus colegas ven lo mismo, ya no pierde el tiempo vacilando y con aplazamientos, ya no tiene en cuenta los sentimientos, ya no oye los agradecimientos. Ve que el Mal se convierte en Bien y le basta con eso. Piensa todo lo que va a ganar para sí y para su familia hasta el final de sus días. Va por los pantanos detrás de su interés definitivo.

Después, se lava la suciedad del barro y la sangre igual que se toma una Primus. Eso fue lo que hice. No digo que no tenga culpa. Pero me castigan por la culpa que cometí y por el destino desgraciado que tuve.

IGNACE: Era matar o que te matasen. Todas las mañanas, estaban los que tenían que morir y los que tenían que matar. Al que decía algo en contra de las matanzas, lo mataban, incluso si lo decía en voz baja. El que escurría el bulto, retrasaba las matanzas de sus colegas y tenía que ocultarse hasta que lo penalizaban los malos informes. En el fondo, eso que ustedes llaman genocidio son matanzas que no tienen más que una opción.

ADALBERT: A la agricultura no vale meterle prisa, va al ritmo de sus estaciones. Pero en cambio las matanzas se adaptan a nuestros antojos. Quieres más, golpeas más; haces correr más sangre y coges más cosas. Si, además, es un genocidio, ya sabes que vas a quedarte con todo de verdad, menos con los piques, las ofensas y todas las demás palabras desagradables por el estilo, que dejas en brazos de la muerte.

LÉOPORD: Yo puedo contar muchísimos detalles de las matanzas, nos parecían provechosas. Pero usted me pide que diga qué pensaba durante esos momentos engorrosos, y a eso no sé contestar.

Eran matanzas muy bien organizadas, nos parecían provechosas. Obedecíamos y estábamos animados en esa situación nueva y propicia.

Empezamos, nos acostumbramos y nos gustó. El campesino que va a su tierra se pregunta por el camino por qué va a sachar las judías o el maíz. El profesor que entra en la escuela, piensa en la lección que le va a explicar a su clase. El mecánico escoge la pieza del motor que va a lustrar. Pero el que mata en los pantanos está libre de cuestiones personales. Tiene que habérselas con sus actividades. Va siguiendo a los colegas y persigue a las víctimas, cuenta sus riquezas. Muchos de nuestros pensamientos estaban vacíos y su recuerdo también.

IGNACE: Los llamábamos «cucarachas», que es un insecto que se mete en la ropa y nunca se va; y hay que aplastarlo para librarse de él. Nosotros no queríamos ya que hubiera ningún tutsi en las tierras. Avistábamos una existencia sin ellos. Al principio, éramos partidarios de librarnos de ellos, pero sin matarlos. Si hubieran aceptado irse hacia Burundi o hacia otro sitio adecuado, se habrían llevado la vida sana y salva. Y nosotros no habríamos cargado con la fatalidad de las carnicerías. Pero no se veían viviendo allí sin sus tradiciones antiguas y sus rebaños de vacas. Y eso nos empujó a los machetes.

Los tutsis habían aceptado tantas matanzas sin protestar nunca, habían esperado tantas veces la muerte o los malos golpes sin alzar la voz que, hasta cierto punto, pensamos en nuestro fuero interno que era inevitable que murieran aquí y ahora todos juntos. Pensamos que como era un trabajo al que nada se oponía, eso quería decir que había que hacerlo. Luego supimos cómo se llamaba. Pero entre nosotros, en la cárcel, no usamos esa palabra.

JEAN-BAPTISTE: Después de que se cayera el avión, hablábamos de grupo en grupo de la eliminación de todos los tutsis. Pero a mí esas palabras no me sonaban auténticas, pensaba sólo en las matanzas próximas. La noche de la carnicería en la iglesia, la seriedad del asunto dio un vuelco total y me di cuenta de que las palabras y los gestos coincidían. Los gestos se anunciaban como definitivos; y las palabras eran inútiles.

Podías sentirte molesto con la actividad que te esperaba en los pantanos. Pero te decías por lo bajo: Este trabajo va a ser completo; si no aporto la parte que me corresponde, la posteridad me verá como un derrotista, y eso es demasiado penoso. Así que les ibas pisando los talones a los colegas, hacías lo que había que hacer sin decir ni palabra; y, luego, te acostumbrabas y

bromeabas como antes. Pero decir palabras ciertas acerca de esa situación era por lo menos arriesgado.

Jean: «A un niño que ha andado haciendo eses entre esas trampas sangrientas no le aprovecha hablar de ello ni en un sentido ni en otro. Las palabras que diga sobre lo que hizo le jugarán una mala pasada, en su mente o en la de otros. Cuanto menor era su edad en el momento de las matanzas, mayor era la fuerza de su voz y más graves se volvían sus palabras. Dirán de él: ese chico vio un daño demasiado tremendo; va a denunciar a un participante; se manchó los brazos donde no debía; lo que cuente perjudicará a quienes lo rodean; no será un adulto como es debido; desde ahora debe quedarse apartado.

»Y por eso lo que puede ayudarlo de verdad es el silencio».

FULGENCE: De esa carnicería no hablábamos antes, porque era asunto de los intimidadores y se preparaba al resguardo de los oídos. No se hablaba mientras estaba sucediendo, porque había cosas mejores que hacer; y ahora nos dicen que hay que contarlo todo. ¿Contar qué, si éramos los últimos en tener que hablar de ello? ¿Decir lo que vimos? ¿Por qué nosotros, si todo el mundo vio lo mismo? ¿Por qué no se les pide a nuestros compatriotas, que andan mirando sus platanares con la boca abierta y tan tranquilos? ¿Contar con detalles lo que hicimos? ¿Para qué sirve, como no sea para que nos castiguen aún más? ¿Decir por qué? ¿Para qué, si nunca supimos lo que se estaba manejando bajo cuerda?

Lo más pasmoso es el porqué de nuestras matanzas; nadie pensó nunca antes en explicárnoslo como es debido. Y nadie lo hará en adelante. Lo único que harán será decirnos los años de cárcel que nos tocan.

Clémentine: «Las mujeres de los asesinos no hablan nunca del genocidio. Nunca pronuncian entre sí esa palabra. No existe, como tampoco el arrepentimiento que la acompaña. Dicen que echan de menos a sus hombres y se lamentan de la pobreza que las espera al levantarse y de las malas palabras que han corrido por la comarca, como si se tratase de calamidades naturales.

»Rezan, cantan, niegan; y no sólo porque tengan miedo. Se notan más furiosas que culpables. Las apenan más las promesas que no cumplieron sus

maridos que las quejas o las acusaciones de los supervivientes. Se callan, estafadas por todos lados».

PIO: En eso de matar tutsis ni siquiera pensaba cuando vivíamos en buena armonía en el vecindario. No me parecía bien ni siquiera andar con altercados o malas palabras. Pero cuando todo el mundo empezó a sacar el machete al mismo tiempo, hice lo mismo sin dejarlo para luego. Me bastaba con imitar a los colegas y pensar en las ventajas. Sobre todo porque sabíamos que iban a dejar el mundo de los vivos de verdad.

Cuando te dan órdenes categóricas y te prometen beneficios duraderos y notas que los colegas te apoyan, te da igual la maldad a la hora de matar a más y mejor. Quiero decir que todos los sentimientos por el estilo y esas palabras tan agradables te atraen de la forma más natural.

Un genocidio le parece muy extraordinario al que llega después, como usted; pero al que se dejó liar con las palabras sonoras de los intimidadores y las voces de alegría de los colegas, le parecía una actividad normal.

LÉOPORD: Cuando los tutsis se dejaban coger, muchos morían sin decir palabra. En Ruanda, se dice «morir como un cordero de la Biblia»; hay que decir que en Ruanda no hay ni un cordero para saber cómo gritan.

A veces nos afectaba mucho eso de que esperasen la muerte sin gritar. Por la noche nos hacíamos continuamente las mismas preguntas: ¿Por qué esa gente que va a irse no protesta, por qué no pide clemencia?

Los responsables aseguraban que los tutsis se sentían culpables del mal de ser tutsis. Algunos *interahamwe* decían también que se sentían culpables de las desgracias que nos habían causado.

Yo sabía que eso no era cierto. Los tutsis no pedían nada porque ya no creían en las palabras en esos momentos fatales. Ya no creían en los gritos, como los de los animales asustados que sueltan aullidos después de los golpes mortales, para que los oigan. Los arrastraba una tristeza todopoderosa. Se sentían abandonados de todo, incluso de lo que pudieran decir.

LA MUERTE EN LA MIRADA

Circulamos por la selva de Nyungwe, inmensa y lujuriosa, al oeste de Ruanda. Es una mañana de agosto de 1994; atesta la única carretera que cruza la selva una columna ininterrumpida de hutus que huyen de las ciudades de Butare y Gikongoro para apiñarse en la ciudad fronteriza de Cyangugu y cruzar el río que los separa de los campamentos del Congo.

Unos cuantos kilómetros río arriba, unos guardas forestales nos han contado que, en lo hondo de la selva, decenas de miles de refugiados han preferido dispersarse al resguardo de las ramas y viven, como en tiempos pasados, cazando y recogiendo fruta, antes que optar por un destierro más distante. Por curiosidad, salimos del asfalto y nos metemos por una senda lateral, entre una penumbra que sólo turban los graves gritos de los cucales de pico amarillo a los que responde el vibrante piar de las currucas.

Al final de la senda, en un calvero, nos topamos con un grupo de unos diez hombres sentados en torno a una hoguera cuyas volutas de humo se mezclan con la húmeda bruma. Sabou, el intérprete con el que voy emparejado desde hace semanas, avisa en el acto: «Ojo; *interahamwe*». Al principio, no entiendo la advertencia y creo que quiere decir: «hutus», lo que salta a la vista, mientras que él está pensando: «asesinos».

Los hombres, casi todos con el torso al aire, llevan *shorts* o pantalones rotos. Algunos se cubren con ramas para ocultarse mejor o resguardarse de los chaparrones. Vigilan, en unos espetones, un asado de colobos que han matado a flechazos y cuyos pellejos negros y blancos andan rodando a cierta distancia. Al lado, tienen arcos y machetes; ningún arma de fuego, ningún equipaje.

Sabou no es hutu ni tutsi, sino un congoleño joven de la vecina ciudad de Bukavu que habla perfectamente el kinyarwanda. Los hombres nos saludan con mucha amabilidad y nos invitan a sentarnos y a esperar que esté listo el

asado. Nos preguntan por la situación en la frontera. Charlamos evasivamente acerca de su grupo; luego, de su comarca, de su vida de cazadores; y, por descontado, en ningún momento nos referimos a sus actividades anteriores. Sabou, que suele ser de carácter exuberante, se muestra muy discreto.

De repente, varios de ellos se ponen de pie, machete en mano, y nos rodean. El ambiente ha cambiado por completo sin que yo me diera cuenta. Gracias al sexto sentido y a la sangre fría de Sabou, que había previsto el enfrentamiento y sigue hablando con ellos, conseguimos retroceder sin hacer movimientos bruscos y encerrarnos *in extremis* en el coche antes de los primeros golpes. Arrancamos en marcha atrás a toda velocidad mientras los hombres golpean la carrocería con los machetes, rabiosos al ver que se les escapa la presa, a saber, el coche, el dinero, la ropa y un saco de plátanos.

La escena ha durado lo suficiente, y hasta cierto punto ha ido a cámara lenta, por lo que hemos podido comprobar con detalle su feroz violencia. Andando el tiempo, no hemos olvidado nada de aquellos rostros petrificados, convulsos por el odio, de esos gritos, de esas miradas en que se mezclaban reflejos de locura y muerte.

(Quienes viajan por las guerras cuentan que la mirada del que va a matar se clava más hondo en la memoria que la propia muerte; o que los impresionaron más las escenas de ejecuciones verdaderas o fingidas que las carnicerías durante los ataques o los bombardeos.)

Esos hombres del calvero no eran de Bugesera, pero podrían haberlo sido. Sin embargo, durante las visitas a Rilima nunca vimos en los rostros de la banda de Kibungo la mínima señal que pudiera recordar esa escena explosiva. Si la rememoro ahora es sólo porque me pregunto, a posteriori, si no habré ido a ese penal inconscientemente, entre otras cosas, para volver a ver en sus rasgos aquellas expresiones de odio incomprensible, compararlas con mis recuerdos y establecer un nexo dentro de la historia.

Sea cual fuere la entidad de esa atracción, creo que sobre todo fui para ver a los asesinos de los supervivientes, a los padres y los hermanos de los hutus mudos y desconfiados, retirados en sus tierras; y, también, a ser posible, para hablar con ellos, aunque eso suponga provocar las preguntas de los lectores. Por ejemplo: ¿es ético, no ya hablar con semejantes asesinos, sino animarlos a que se expresen?

Más pertinente: ¿es ético publicar entrevistas con personas que están presas, privadas de libertad física y, por lo tanto, de libertad de expresión?

Antes, en otros países, he hablado a veces con personas encerradas por motivos de guerra: prisioneros enemigos, sospechosos de traición, de colaboracionismo, de asesinato, de violación, o personas nacidas en la etnia equivocada o con el nombre equivocado. He oído muchas de esas confesiones o de esos testimonios viciados. Me he negado sistemáticamente a publicar las palabras de esos prisioneros e incluso a veces, tal era la presión de los carceleros, a oírlas, para no ser partícipe de su humillación.

¿Por qué, pues, hacer una excepción en Nyamata? Cito de entre las múltiples razones que se me ocurren, todas revueltas: la total indiferencia de la administración de Rilima ante mis visitas y, por consiguiente, su discreción durante las charlas o después de ellas; la intensa relación, la amistad a veces, que me une a los supervivientes; el insoportable silencio de los hutus con los que hablé en las colinas y el opresor ambiente de éstas; la especificidad del genocidio, que acumula contraejemplos en todas sus etapas; la fuerza del libro de Hannah Arendt, *Eichmann en Jerusalén,* que escribió tras oír las palabras de un preso cuando precisamente estaba a punto de pronunciarse el fallo.

Lo más honrado es añadir que esa pregunta fue esfumándose espontáneamente según avanzaban las entrevistas; que quizá el proyecto me arrastró y que la pregunta dejó de preocuparme, al regresar a París, pues, en su lugar, aparecieron otros interrogantes más obsesivos.

Las entrevistas comienzan con Adalbert, jefe de las matanzas en Kibungo y, más adelante, del campamento del Congo y, finalmente, de la coral y de la seguridad en la cárcel. El primer día se sienta en el banco, muy animado, y en cuanto le hago la primera pregunta se pone a contar una batalla. Los tutsis contra los hutus, ataques por todos lados, avances y reveses, movimientos de hombres armados de machetes por uno de los flancos, refuerzos de hombres armados de fusiles por el flanco contrario, acciones heroicas para no perder una casa estratégica, y tierras abandonadas…

Lo escuchamos, incrédulos; Innocent está cada vez más nervioso y yo intento adivinar qué tiene Adalbert en la cabeza. Cuando le comento que, desde el genocidio, he pasado muchas temporadas en Ruanda y, por lo tanto, es inútil contarme esa versión, no parece chasqueado en absoluto y, al hacerle otra pregunta, reanuda la epopeya en el punto en que la había dejado.

¿Quiere indicarnos que es hostil al proyecto del libro? ¿Se está riendo de nosotros? Seguro que no. ¿Nos cuenta lo que le gustaría que fuera su verdad y nuestra opinión le importa un bledo? Es posible, pero hay algo más. Cuando lo asaltan las dudas, ¿quizá se fabrica una dimensión imaginaria por la que se

extravía él solo o con sus compañeros? Hubo que esperar dos semanas antes de que hablase de forma más realista.

Alphonse, que ocupa su lugar bajo las ramas de la acacia, empieza a describir sin reticencias su primera correría sangrienta. Especifica los gestos, los diálogos y los hechos. Pero narra su jornada con la facundia de un cazador del sudoeste francés que vuelve de ojear palomas torcaces. Esa campechanía y esa profusión de detalles nos intrigan tanto como las lucubraciones de Adalbert.

Fulgence vacila continuamente durante el relato, hace pausas en medio de las frases, mira a derecha e izquierda como si cada pregunta lo colocase en una encrucijada sin ninguna indicación…

En realidad, todos se comportan, a su manera, de forma extravagante al comienzo de los relatos, como si salieran de algo parecido a una burbuja imaginaria.

A priori, los episodios que han conmocionado su existencia podrían explicar que se hubieran refugiado en esa burbuja. De hecho, llevaban una vida rural en cuyo destino no estaba previsto más acontecimiento que el de elegir mujer en unas relaciones vidriosas de vecindario, en lo alto de una colina de un país pequeño del corazón de África, sin televisión y sin corrientes de inmigración que los relacionaran con el resto del mundo. De la noche a la mañana, dejan que los arrastre un torbellino de matanzas colosales; el primer viaje que hacen transcurre dentro del pánico de un éxodo de dos millones de compatriotas; la primera estancia en el extranjero es en unos campamentos donde viven más de dos años sin perspectiva alguna de futuro. Desde allí, y algunos sin haber pasado siquiera por su casa, los encierran en una cárcel junto con 7.000 acólitos sin más vínculo con el mundo exterior que la radio.

Sin embargo, esa especie de placidez que muestran los sitúa en un nivel de irrealidad y de extrañeza tal que no se le puede imputar a las violentas alteraciones de sus vidas. Ni a las murallas que los protegen y los apartan de las miradas acusadoras, del ambiente de miedo y desconfianza y del alcoholismo que imperan en sus tres colinas. A título de ejemplo, en ningún muchacho de la banda hay síntoma alguno de trastornos psíquicos. Ninguno padece conmoción alguna y, por lo que dicen, apenas unos diez hombres deben de padecerla en la cárcel. Lamentaciones, nostalgia, quejas, melancolía, molestias debidas al encierro, pero nunca ataques de depresión fruto de los machetazos.

Innocent, que vuelve a verlos en el penal seis años después de haberlos tratado en Kibungo, dice de ellos: «Creía que estarían amargados, débiles, huraños. Y me quedo asombrado al verlos sonrientes a veces, y juveniles. Parecen más colegiales internos que presos; y, además, hablan del genocidio como de una barbarie ya remota que, sencillamente, les encargaron las autoridades». Indicio complementario: hablan con voz regular y un acento de confianza que, en cada entrevista, da fe de una pasmosa impasibilidad.

Si, en un momento dado, la ferocidad vislumbrada en la selva de Nyungwe hubiera vuelto a aparecer en alguno de esos rostros, ¿habríamos interrumpido las entrevistas? No puedo contestar.

Es evidente, en cambio, que su inquebrantable seguridad desempeña un papel decisivo en el desarrollo de las entrevistas, permite superar el aburrimiento o el asco y, ante todo, plantea de forma obsesiva las siguientes preguntas: ¿por qué participan estos individuos en este proyecto? ¿Por qué se avienen a contar estas cosas, a veces con tremenda sinceridad y, frecuentemente, con candor incluso?

O, más bien, ¿por qué se avienen a hacer públicos esos relatos sin acompañarlos de remordimientos o de *mea culpa* más o menos sinceros y sin esperar nada a cambio? Preguntas sin respuesta que nos mantienen alerta y nos dan ánimos para superar los momentos insoportables.

No obstante, si tuviera que destacar el rasgo más impresionante de su personalidad durante esas entrevistas, no citaría ni su serenidad, ni su indiferencia, sino su egocentrismo. Es igualmente fuerte en casi todos y, a ratos, parece inverosímil. Pues cuando refieren el genocidio, no describen un acontecimiento que protagonizaron con otros, sino que hablan de sí mismos en el centro de un acontecimiento en torno al cual se mueven otros personajes: víctimas, supervivientes, consejeros, sacerdotes, *interahamwe,* blancos y otros más.

La paradoja es que, por una parte, minimizan su participación y cargan con las responsabilidades a los demás, a la administración, a los *interahamwe* y, con medias palabras, a los *muzungu y* a los tutsis. Pero, por otra, en la historia de ayer y en la de hoy sólo se ven a sí mismos.

No todos dan la misma interpretación a las matanzas. Élie, Alphonse y Léopord querrían entenderlas mejor; Pio y Pancrace admiten que los superan; Jean-Baptiste intuye la monstruosidad de lo que hicieron y el impacto mundial. En cambio, Joseph-Désiré, Ignace y Adalbert acumulan torpezas

cuando simulan que se replantean los hechos, pues los obnubila el deseo de dar con la puerta de salida oportuna.

Pese a esas divergencias, que nunca suponen un enfrentamiento porque no hablan de ellas entre sí, a todos los preocupa sólo su propia suerte y sólo se compadecen esencialmente de sí mismos. Cuando algunos de ellos hacen un balance catastrófico de aquel sangriento episodio, enumeran las consecuencias que les puede reportar en el futuro. Cuando tocamos el tema del arrepentimiento, ninguno menciona a las víctimas espontáneamente. Se acuerdan de ellas, pero después. De entrada, se compadecen de sus propias pérdidas y sus propias penas. Fulgence dijo un día: «Nos dimos cuenta de las primeras consecuencias mortificantes de las matanzas cuando estábamos camino del Congo, porque se nos quejaba la tripa vacía y por el escándalo de tremendos truenos que nos venía siguiendo». Exhiben sus padecimientos con una naturalidad pasmosa.

En contra de lo que les sucede a los criminales de guerra —salvo en el caso de algunos psicópatas—, quienes, tras la caída, tienden a encogerse y a desaparecer entre bastidores, tienen tendencia a colocarse aún más en el centro del escenario.

Sólo daré una prudente hipótesis para explicar esa peculiaridad: el carácter absoluto del proyecto les permitió llevarlo a cabo ayer con cierta tranquilidad; ese mismo carácter absoluto les permite hoy no tomar conciencia de él y que no los altere sino hasta cierto punto. La monstruosidad del exterminio da una sensación de culpa a los supervivientes o, al menos, los obsesiona, mientras que se la quita a los asesinos, los serena y, quizá, los libra de la locura.

Todas las mañanas quedamos en la calle mayor. Innocent, que madruga mucho, espera en un banco adosado a la pared del comercio de Marie-Louise, con quien charla; a veces tiene ya una Primus sujeta entre las rodillas. Aunque no le entusiasme el dulce, me lo llevo muchas veces enfrente, a la veranda de la panadería y pastelería de Sylvie. Empezamos el día con té con leche y pestiños, mientras bromeamos acerca de los cambios de humor de la dueña del establecimiento. Luego recorro las farmacias con un fajo de recetas firmadas por el enfermero del penal. La amabilidad de las boticarias, el ritual de esos recados para los muchachos de la banda, consiguen que sea un rato muy agradable; y también lo es la idea de volver a verlos, mientras circulamos por la pista.

Al principio, sólo me inspiraban aborrecimiento, o aversión, algo natural; y a veces, en el mejor de los casos, condescendencia. No precisaba ni la presencia, muy reactiva, de Innocent, sentado en el banco, ni el trato cotidiano con el grupo de Marie-Louise, de Sylvie y sus clientes, de Edith y sus hijos, de Claudine y de todos los amigos de las colinas, para protegerme de un síndrome de complacencia.

Pero, andando el tiempo, aparece algo así como una perplejidad, que no hace que la banda de Kibungo me parezca más simpática, pero sí más tratable, al menos bajo la acacia. Es delicado admitirlo, pero la curiosidad puede más que la hostilidad.

Su solidaridad amistosa, su desconexión de ese mundo que cubrieron de sangre, la incomprensión que tienen de su nueva vida, esa incapacidad para hacerse cargo de cómo los miramos los tornan más accesibles. Su serenidad, su paciencia, su ingenuidad a veces acaban por influir en nuestras relaciones; y, sobre todo, está el misterio de por qué acceden a hablar. Les importa un bledo dejar un testimonio para la historia, no tienen nada de qué liberarse, no esperan clemencia alguna de estas páginas. Parece probable que si hablan relajadamente es porque ésta es la primera vez que tienen oportunidad de hacerlo sin sentirse amenazados, pero eso no basta para entenderlo todo.

A algunos se les nota a veces que no se reconocen ya del todo en aquellos personajes que bajaban corriendo y cantando hacia los pantanos; a otros parece darles miedo lo que fueron en esos pantanos. Quizá su egocentrismo no es tan egoísta como parece. Quizá dudan de sí mismos más de lo que dejan suponer sus relatos. Quizá sienten la necesidad de verse como eran, aunque sea de lejos, en la historia que cuentan. Quizá cuentan esa historia para convencernos de que son hombres corrientes, como los que describen Primo Levi y Hannah Arendt. De forma confusa, sin duda, quieren recalcar así, ante todos nosotros y al filo de ese torbellino exterminador, una verdad angustiosa.

ALPHONSE: Hay participantes que cuentan que nos habíamos convertido en fieras. Que la ferocidad nos cegaba. Que habíamos enterrado nuestra civilización bajo el follaje. Y que por eso no podemos dar con las palabras adecuadas para hablar de ello como es debido.

Ésa es una gansada para torcer la verdad. Yo puedo decir que, fuera de los pantanos, llevábamos una vida muy normal. Canturreábamos por los caminos, bebíamos Primus o *urwagwa*, podíamos elegir porque había en abundancia. Hablábamos de nuestra buena suerte, nos jabonábamos las manchas de sangre

en la palangana, se nos alegraba el olfato delante de la olla. Nos satisfacía la nueva vida que iba a empezar masticando cuartos traseros de vaca. Entrábamos en calor de noche encima de nuestras mujeres y reñíamos a los niños traviesos. Aunque no nos limitábamos ya a enternecernos, como antes, estábamos deseosos de buenos sentimientos.

Fueron días muy parecidos, como ya le he dicho. Nos poníamos la ropa de ir a trabajar al campo. Nos contábamos cotilleos en la taberna, apostábamos acerca de a cuántos habíamos matado, hacíamos chistes con las chicas rajadas, nos peleábamos por insignificancias de sacos de grano. Afilábamos las herramientas con piedra pómez. Nos hacíamos trampas, nos burlábamos de los cazados que pedían clemencia; contábamos nuestros bienes y los poníamos a buen recaudo.

Teníamos muchísimas ocupaciones humanas de todo tipo sin problemas, siempre y cuando nos dedicásemos a las matanzas durante el día, claro.

Al final de esa temporada de los pantanos, estábamos demasiado decepcionados por haber fracasado. Nos desalentaba pensar en lo que íbamos a perder, nos atemorizaba mucho la mala suerte y la venganza, que nos tendían los brazos. Pero, en el fondo, no estábamos cansados de nada.

Escrito en marzo de 2003



Al acabar las entrevistas, le propuse a la banda hacerle una foto y avisé que se publicaría para que los lectores pudieran poner cara a los relatos. Pensaba que los muchachos tendrían reticencias, pero aceptaron sin problemas. Menos Adalbert, que se negó sin querer hablar siquiera del asunto y, por lo tanto, ese día no se acercó.

La foto está tomada en los bancos, en el jardín en que se celebraban las entrevistas, y es de esas fotos que se hacen cuando alguien se marcha o cuando algo se ha acabado.

De izquierda a derecha: Joseph-Désiré, Léopord, Élie, Fulgence, Pio, Alphonse, Jean-Baptiste, Ignace y Pancrace.

BIOGRAFÍAS Y SENTENCIAS

FULGENCE BUNANI

Nació en la región de Gitarama, de padres campesinos, igual que todos los amigos de la banda. Durante las matanzas tenía treinta y dos años; y treinta y nueve al empezar el libro. Tras cursar el ciclo primario en la escuela se hizo agricultor en Kiganwa, en la colina de Kibungo. Ferviente católico, desempeñaba voluntariamente funciones de vicario durante las ceremonias religiosas menores en la iglesia de Kibungo y sustituía al sacerdote, que atendía a varias parroquias. Su mujer y sus dos hijos, de doce y siete años, viven en su parcela.

Lo juzgó el tribunal de primera instancia de Nyamata, que actúa en un edificio próximo al penal, lejos del pueblo y de las colinas, al mismo tiempo que a otros presos, alrededor de cuarenta. Acusado de crímenes de genocidio y crímenes contra la humanidad, se declaró culpable de complicidad en asesinato. El tribunal aceptó la confesión. Lo condenaron, el 29 de marzo de 2002, a doce años de cárcel en el penal de Rilima. No recurrió ante el tribunal de apelación de Kigali. Salió del penal el 21 de enero de 2003 -tras seis años de reclusión- y lo internaron durante cuatro meses en un campo de reeducación, en Bi-cumbi, al noroeste de la comuna. De allí regresó a su colina de Kiganwa el 5 de mayo de 2003, en libertad condicional.

Nació en Ruhengeri, en la colina de Kibungo, el año en que sus padres llegaron a Bugesera procedentes de Gitarama. Tenía veinticuatro años en la fecha de las matanzas. Admite que se le da mejor charlar con los amigos en la taberna que rezar. Es agricultor, está soltero y pertenece a una familia de cuatro hermanos y hermanas. Su madre cultiva la tierra de la familia.

Lo juzgaron junto con Fulgence. Se declaró culpable de algunos asesinatos. El tribunal aceptó su confesión. Lo condenaron el mismo día que a aquél a una pena idéntica: doce años de reclusión. No recurrió ante el tribunal de apelación de Kigali. También salió del penal, al cabo de siete años, en enero de 2003, para ingresar cuatro meses en el campo de Bicumbi tras un decreto presidencial dado para reducir drásticamente la población reclusa. Recuperó la libertad el 5 de mayo de 2003.

ÉLIE MIZINGE

Nació en Gisenyi, una ciudad al oeste del país, cerca del Congo. Tenía cincuenta años en el momento de las matanzas. Conocía bien, pues, el antiguo régimen, ya que tenía catorce años cuando murió el último rey tutsi, antes de la Independencia. Llegó a Bugesera en 1974 buscando una tierra para invertir lo que había ahorrado de su salario de militar. La encontró en Karambo, en la colina de Muyenzi. Abandonó el ejército para ingresar en la policía de la comuna; luego dejó de vestir uniforme en 1992, tras una expulsión más o menos oficial posterior a una muerte violenta, y se dedicó exclusivamente, a partir de entonces, a la agricultura. Está casado y dos de sus tres hijos han muerto.

La instrucción del sumario ya está cerrada, pero no lo juzgaron con los demás, sin duda por su pasado de militar y policía. Lo juzgará probablemente un tribunal popular *gaçaça* y lo

más seguro es que lo condene a una pena de dos o tres años, o poco más, de trabajo social. Es decir, que estará en libertad condicional con tres días semanales de trabajo no remunerado en una empresa o una administración del Estado. Entretanto, lo han enviado al campo de Bicumbi, donde recibe instrucción cívica con otros compañeros. Cuando concluya, esperará la fecha del juicio en su casa, no en la cárcel.

ADALBERT MUNZIGURA

Nació en Ruhengeri, en la colina de Kibungo. Tenía veintitrés años en el momento de las matanzas. Sus padres, agricultores oriundos de Gitarama, llegaron a Bugesera en 1970, para afincarse en Ruhengeri. Está soltero. De

entre sus once hermanos y hermanas, hay la certidumbre de que viven siete. Concluyó los estudios primarios antes de trabajar en la tierra familiar. Era jefe de la coral de Kibungo y miembro del MDR, el partido nacionalista hutu, rival del MNRD, a la sazón en el poder.

Lo juzgaron en el mismo proceso que a Fulgence y a Pancrace. Y se declaró culpable de ciertos asesinatos. El tribunal aceptó su sucinta confesión para mayor indignación de los abogados de la parte civil y de algunos magistrados. Lo condenaron a una pena de doce años de cárcel. No apeló.

No obstante, el día en que se hacía pública la sentencia, la fiscalía de Nyatama consideró públicamente la posibilidad de recurrir *a minima*, por considerar demasiado leve esa pena en vista de sus responsabilidades de jefe y sus actividades de dirigente antes de las matanzas y durante ellas. Desistió tiempo después sin dar explicaciones.

Adalbert salió, por lo tanto, del penal a finales de enero de 2003, para pasar una temporada en el campo de Bicumbi. Su madre, Rose Kubwimana, lo está esperando impaciente en su parcela de Ruhengeri desde que salió en libertad el 5 de mayo de 2003.

Nació cerca de Gikongoro, una ciudad del centro del país. Tenía treinta y ocho años en la época de las matanzas. Cursó el ciclo de enseñanza secundaria y se integró, luego, en la función pública en un buen nivel, como agente jefe del censo y comercial de la comuna. Pero lo despidieron y volvió a la agricultura. Está casado con una tutsi, Spéciose Mukandahunga, que se salvó del genocidio. Este matrimonio no es síntoma de tolerancia. Muchos notables y oficiales se casaban con tutsis por esnobismo. Su mujer sigue viviendo en el domicilio conyugal y cultiva su tierra de Rugunga, una aldea de tutsis, en la colina de N’tarama. Tiene seis hijos, de los que casi no recibe noticias.

Fue el primero de la banda al que juzgaron, pocos meses después de regresar los refugiados del Congo, antes de que comenzara la política de reconciliación nacional. A ello se debió, sin duda, la severidad mayor de los jueces, que lo condenaron el 30 de marzo de 1997 a quince años de reclusión. Se declaró culpable de algunos asesinatos y no recurrió ante el tribunal de apelación de Kigali.

Salió del penal de Rilima en enero de 2003, tras ocho años de reclusión y lo internaron en el campo de reeducación de Bicumbi. Cuando salió, el 5 de mayo de 2003, volvió con su mujer tutsi y se fue a vivir a su parcela a la espera de que le den un puesto en la función pública, en N’tarama, en Nyamata o en algún otro lugar.

\

IGNACE RUKIRAMACUMU

Nació en la comarca de Gitarama. Tenía sesenta y dos años en la época de las matanzas. Vivió, igual que Élie, bajo el reinado de los reyes tutsis, ya que tenía algo menos de treinta años en tiempos de la República y la Independencia. Llegó a Bugesera en 1973. Concluyó el cuarto año de enseñanza primaria y trabajó, luego, de albañil antes de comprar una tierra en Nganwa, en la colina de Kibungo. Su mujer falleció. Mataron a varios de sus hijos después del genocidio, pero no tiene noticias concretas de ninguno de ellos.

La instrucción del sumario ya está cerrada, pero no lo van a juzgar. Tras publicarse un decreto presidencial para los presos mayores de setenta años, lo liberaron el 21 de enero de 2003, sin sentencia condenatoria ni libertad provisional.

Es, pues, el primer hombre libre de la banda. Ha vuelto a cultivar su tierra de Nganwa, ya está destilando *urwagwa*, anda los sábados por el mercado y se familiariza con la nueva taberna, pues la taberna a la que iba antes de las matanzas la han derribado. Pero no se muestra nada locuaz en lo referido a estos últimos años.

PIO MUTUNGIREHE

Nació en Nyarunazi, en la colina de Kibungo. Tenía veinte años cuando empezaron las matanzas. Está soltero, en una familia de cuatro hermanos y hermanas. Jugaba en el equipo de fútbol de Kibungo, un equipo mixto, era hincha del Bugesera Sports y cantaba asiduamente en la coral de Kibungo. Concluyó el ciclo de enseñanza primaria y cultivó, luego, la tierra familiar, sita entre Nyarunazi y Kiganwa.

Lo juzgaron al mismo tiempo que a Fulgence, Pancrace y Adalbert. Se declaró culpable de algunos crímenes y, el 29 de marzo de 2002, le pusieron idéntica pena: doce años de reclusión. No recurrió la sentencia. A él también lo enviaron unos meses al campo de reeducación de Bicumbi. Salió, igual que

los demás, el 5 de mayo de 2003, en libertad y dispensado del trabajo social, como todos los de la banda menos Élie y Alphonse.

Está en plena forma y deseando volver a jugar al fútbol.

Nació en la región de Kibuye. Lo trajo a Bugesera en 1977 un terrateniente tutsi que lo contrató para trabajar en sus campos. Compró, luego, una tierra en Nyamabuye, entre las colinas de Kanzenze y de Kibungo. Se le dan bien los negocios y tuvo también un comercio en Kanzenze que parecía prometer un porvenir próspero. Contaba treinta y nueve años en la época de las matanzas. Está casado y tiene cuatro hijos. Fue buen futbolista y es buen católico. Su mujer vive y trabaja en sus tierras.

Tiene una situación jurídica peculiar. La instrucción del sumario está cerrada, pero, sin motivo aparente, no lo juzgaron con Fulgence, Adalbert, Pio y los demás. Salió en libertad el 5 de mayo de 2003, pero seguramente lo juzgará un tribunal *gaçaça*. Puede, pues, sucederle lo mismo que a Élie: que lo condenen a unos cuantos años de libertad condicional con obligación de realizar trabajo social. Esas tareas, atención médica en un dispensario o peón caminero, son tan diversas como inconcretas.

JOSEPH-DÉSIRÉ BITERO

Nació en la colina de Kanazi, de padres campesinos. Tenía treinta y un años en la temporada de las matanzas. Está casado y tiene dos hijos, que viven en sus tierras. Es titulado de la Escuela Normal, era profesor y vivía en Nyamata. Era primo del burgomaestre de la comuna y se afilió muy joven al MNRD, el partido presidencial en el poder. Responsable de las juventudes del partido, lo nombran en 1993, en la comuna, presidente de los *interahamwe.*, la milicia extremista hutu más importante del país.

Como tal, es el único de la banda que estuvo implicado en la preparación del genocidio varios meses antes de que empezara. Al condenarlo a pagar indemnizaciones le confiscaron la casa que tenía en el barrio Gatare, en Nyamata. Su mujer no ha tenido complicaciones con la justicia, pero perdió el empleo en

la maternidad. Se fue con sus dos hijas a vivir en la casa familiar de Kanazi, para cultivar la tierra de la familia, que sigue siendo suya.

Acusado de crímenes de genocidio y de crímenes contra la humanidad con premeditación, Joseph-Désiré tuvo un juicio individual que se siguió atentamente en Nyamata. El tribunal rechazó sus confesiones de culpabilidad,

superficiales y contradictorias, por falta de sinceridad. El tribunal de primera instancia de Nyamata lo condenó a muerte el 3 de julio de 1998. El tribunal de apelación de Kigali denegó el recurso. Debido al retraso de la sentencia no lo ejecutaron públicamente el 24 de abril de 1998. Lo que le espera probablemente es una cadena perpetua, al menos con el actual régimen del presidente Kagame.

LÉOPORD TWAGIRAYEZU

Nació en Muyange, en la colina de Maranyundo. Tenía veintidós años en la época de las matanzas. Es hijo de campesinos, como los demás, de una familia con cuatro hijas y un hijo. Asistió a la escuela durante el ciclo de enseñanza primaria y luego se dedicó al cultivo de la tierra de la familia. Fue miembro del partido en el poder, el MNRD, igual que Joseph-Désiré Bi-tero, pero sólo durante dos años y sin cargos. Es desde la infancia un fervoroso católico.

Acusado de crímenes de genocidio y de crímenes contra la humanidad, se declaró culpable de numerosos asesinatos y de su responsabilidad jerárquica. El tribunal de primera instancia de Nyamata lo condenó en 2001 a una pena de siete años de cárcel. La eficacia de su colaboración con las instancias policiacas y jurídicas durante la instrucción y la trascendencia de su confesión explican que la pena fuera menor que la de los demás. No apeló.

Salió de la cárcel en diciembre de 2002, tras haber purgado la pena casi completa, sin pasar por un campo de reeducación.

No obstante no ha regresado aún a su colina de Maranyundo, pues durante una ceremonia oficial de perdón organizada mientras estaba en la cárcel, sus vecinos lo recibieron con insultos y amenazas.

GLOSARIO

Ankolé: Vaca de tamaño mediano, delgada y musculosa, que destaca por sus espléndidos cuernos en forma de lira y una leve protuberancia cervical que la asemeja a las vacas indias. Suele ser de pelaje beige o *tache-tache* gris, negra y blanca. La crían exclusivamente los tutsis, más para el comercio que para el consumo propio. La cabaña, que los sacrificios inmediatos o las incursiones de quienes se dirigían hacia el Congo dejaron casi totalmente diezmada durante el genocidio, ha vuelto al nivel anterior a 1994, síntoma de lo afincada que está esa tradición.

Einsatzgruppe: Unidad móvil constituida a partir de la primavera de 1941 con hombres de la Gestapo o de las Waffen-SS para infundir brío a las matanzas *y* las deportaciones en el Reich.

FPR: Frente Patriótico de Ruanda. De obediencia tutsi, estas guerrillas se formaron en Uganda a partir de 1988. El FPR comenzó sus operaciones militares contra el ejército ruandés en 1990. Lanzó una intensa ofensiva el primer día del genocidio y se apoderó definitivamente del país el 4 de julio de 1994, a las órdenes de Paul Kagame, que se convirtió luego en presidente de la República. El FPR es ahora el ejército regular de Ruanda, cuyo campo de actividad principal es la comarca congoleña de Kivu.

Gaçaça: Antaño, los *gaçaça* eran tribunales familiares o tribunales que ejercían una justicia tradicional bajo el árbol de las deliberaciones. En vista de la impotencia del aparato judicial institucional como consecuencia de la muerte, la huida o la complicidad de un número

excesivo de magistrados durante el genocidio, el Estado ruandés decidió ponerlos de nuevo en funcionamiento para acelerar los juicios de las personas sospechosas de participación en ese genocidio. En las colinas, las comunas y las ciudades, el sistema de los *gaçaça* consiste en que los acusados comparecen ante asambleas de personas del vecindario, que prestan testimonio y los juzgan con ayuda de asesores más o menos profesionales. Las asambleas empezaron en la primavera de 2002. Los resultados de esa experiencia jurídica única son muy controvertidos. Los inculpados del genocidio se clasifican en cuatro categorías de responsabilidad. Los *gaçaça* no pueden juzgar a los de la primera categoría (ideólogos, propagandistas, jefes de jerarquía elevada).

Gonolek: Ave de plumas rojo escarlata, negras y amarillas. Abunda en las colinas, junto con el suimanga de cola larga y el ruiseñor.

Igisoro: Juego de mesa con peones, tan popular en Ruanda como el dominó en Túnez y el ajedrez en la ex Yugoslavia. No tiene nada que ver con ningún otro juego conocido.

Inkotanyi: Significa «invencible». Así llamaban a los rebeldes del FPR.

Interahamwe: Significa «unidad». Nombre de las milicias extremistas hutus, fundadas por iniciativa del clan Habyarimana. Los entrenaba el ejército ruandés y, en algunas zonas, militares franceses. La ofensiva de las tropas del FPR en el Congo en el otoño de 1996 diezmaron a parte de ellos; otros regresaron con la población de refugiados hutus, para rendirse a la nueva administración. Pero muchos prefirieron dispersarse por el Congo y viven formando bandas de salteadores o de mercenarios, sobre todo en la región de Kivu, en la frontera entre el Congo y Ruanda.

Kimbazi: Árbol achaparrado que da flores amarillo claro muy fragantes y prolifera en las zonas pantanosas y los bosques de eucaliptos.

Minuar: Misión de las Naciones Unidas para la asistencia a Ruanda. Llegó en noviembre de 1993 para supervisar el acuerdo de alto el fuego entre el

gobierno y el FPR. Sus efectivos iniciales, de 2.500 hombres, al mando del general Roméo Dallaire, se quedaron en 450 el 14 de abril de 1994, una semana después del principio de las matanzas. Su intervención consistió en proteger y evacuar a los expatriados y a sus hombres. Tras el intermedio de la operación francesa Turquoise, que tenía que velar por el éxodo de los hutus, la sustituyó una misión Minuar II, en agosto de 1994, es decir, tres meses después del final del genocidio.

Muzungu: Etimológicamente, «el que ha ocupado el sitio». En realidad, quiere decir el hombre blanco en el lenguaje cotidiano.

Mwami: Rey tutsi.

Primus: Marca de origen belga de la cerveza más popular. Se elabora en Gisenyi, ciudad del oeste de Ruanda, frente a Goma. Sólo se vende en envases de litro. Es algo amarga, de graduación normal, barata, y se toma del tiempo, traguito a traguito y de la botella. Divide al mundo de los bebedores ruandeses en dos bandos. Sus partidarios no pueden soportar la idea de probar un trago de Mutzig, elaborada en Burundi, o de Amstel, sus desabridas rivales.

MNRD: Movimiento Nacional Revolucionario para el Desarrollo.

Sitatunga: Antílope de costumbres anfibias. De pelaje color chocolate o entre gris y pardo, con rayas blancas en los machos. Tiene pezuñas agudas y bifurcadas en los extremos, lo que les permite desplazarse con rapidez por el cieno, pero les da unos andares un sí es no es ridículos. Come hojas de papiro al alba y al atardecer y puede correr durante horas por el agua en caso de peligro.

Tejedor: El tejedor, más que un artesano es un auténtico artista, pues su nido, armoniosamente esférico y sutilmente colgado, que el menor soplo de aire hace oscilar, está primorosamente tejido. Vive en colonias; en el mismo árbol conviven varias decenas de nidos entre una cacofonía de gritos

estridentes. Una de esas colonias de varios miles de individuos se había adueñado de los árboles que rodeaban el penal.

Talapoin: Mono silbador pequeño. Es hábil acróbata y casi un animal acuático. Vive en bandadas de varias decenas de individuos entre los juncos de los pantanos.

Turneo: Ave que parece un loro grande y multicolor. Lo adorna, además, un plumero enhiesto y coquetón, de color verde almendra en el turaco verde. Abunda en las espesuras y las selvas a orillas de los pantanos.

Umunzenze: Árboles gigantescos que crecen a orillas de los pantanos.

Urwagwa: Vino de plátano que cuesta tres veces menos que la cerveza corriente y es tres veces más fuerte. De ahí le viene su inmensa popularidad en las colinas, sin contar con que puede ser delicioso. Se fabrica enterrando los plátanos durante tres días en un hoyo para que se pasen y exprimiéndoles el jugo, que se mezcla con harina de sorgo para activar la fermentación durante otros tres días. Es más o menos fuerte, áspero y amargo, según las temporadas y el arte para fabricarlo. Hay que consumirlo durante los tres días siguientes a la elaboración. Se bebe en una botella en cuyo gollete se introduce un junco. Y el comprador la hace circular de mano en mano. Durante las sequías prolongadas en que escasean los plátanos, se lo puede sustituir por el *ikigage,* un vino de sorgo que emborracha igual, pero no sabe tan bien.

CRONOLOGÍA

1921	Mandato belga en Ruanda.
1931	Se implanta el carnet de identidad en que se hace constar la etnia, que estuvo vigente hasta 1994.
1959	Muere el último rey importante tutsi, Mutara Rudahigwa. Levantamientos campesinos que desencadenan el éxodo de cientos de miles de tutsis.
1961	Victoria de los partidos hutus en las primeras elecciones legislativas.
1962	Proclamación de la independencia de Ruanda.
1973	Golpe de Estado militar del mayor Juvénal Habyarimana.
1978	Elección del presidente Juvénal Habyarimana.
1990	Primeras victorias militares del FPR de obediencia tutsi.
1993	Acuerdos de paz de Arusha entre el gobierno ruandés y el FPR.
1994	

6 de abril a las 8 de la tarde. Asesinan al presidente Juvénal Habyarimana sobre el aeropuerto de Kigali.

7 *de abril por la mañana.* Empiezan a asesinar a personalidades demócratas, entre las que se cuenta la Primera Ministra hutu, Agathe Uwilingiyimana. Las tropas del FPR comienzan un avance inmediato hacia el interior. Las milicias *interahamwe* se apoderan de barrios de la capital. Comienza el genocidio, que dura alrededor de cien días.

4 de julio. El FPR toma el centro de Kigali.

15 de julio. 500.000 refugiados hutus cruzan la frontera congoleña. Durante las semanas siguientes llega una cantidad tres veces mayor.

3 de octubre. El Consejo de Seguridad avala un informe en que las matanzas de Ruanda se consideran genocidio.

1996 *Noviembre.* Las tropas del FPR invaden el este del Congo desencadenando matanzas en masa de decenas de miles de refugiados hutus y el regreso de dos millones de ellos a Ruanda.

1997 *17de mayo.* Las tropas del ejército ruandés siguen avanzando con éxito por el Congo en una marcha de 1.500 kilómetros que provoca la huida de Mobutu Sese Seko y lleva al poder, en Kinshasa, a Laurent-Désiré Kabila.

2002 *1 de enero.* Se proclama la Tercera República de Ruanda, que da el espaldarazo al régimen del presidente Paul Kagame, hombre fuerte del FPR desde los tiempos de la guerrilla.

2003 *1 de enero.* Se publica un decreto presidencial para los condenados por crímenes de genocidio que deja en libertad a los presos ancianos o enfermos y concede la libertad condicional con la obligación de desempeñar trabajos de interés social tres días por semana a los condenados de las categorías segunda y tercera (asesinos y cómplices de asesinos sin responsabilidades excepcionales), cuyas confesiones se hubieran aceptado y hubieran cumplido ya la mitad de la condena.

EN LA COMARCA DE NYAMATA

1963 Los militares llevan a cabo las primeras matanzas de envergadura de tutsis.

1973 Comienzan las llegadas en masa de hutus que huyen de la sequía y la miseria. Nuevas matanzas episódicas.

1994

7-8 de abril. Estallan altercados que separan de forma definitiva a ambas comunidades en las colinas.

9 de abril. Tropas *interahamwe* ponen en marcha las primeras correrías para destrozar e incendiar las casas que han abandonado los tutsis y asesinar a los hutus que se oponen a la matanza. Cuentan con la ayuda de campesinos, pero aún sin organizar.

11 de abril. Tras cuatro días en que la administración permanece a la expectativa, los militares del campo de Gako comienzan las matanzas sistemáticas por las calles de Nyamata. En las colinas, las autoridades locales y los *interahamwe* reúnen a los campesinos para empezar a atacar a los grupos de tutsis.

14 de abril. Durante alrededor de dos días mueren a machetazos unos 5.000 tutsis que se habían refugiado en la iglesia de Nyamara y en la maternidad Sainte-Marthe.

15 de abril. Asesinan a alrededor de 5.000 refugiados en la iglesia de N'tarama, a unos treinta kilómetros de Nyamata.

16 de abril. Comienzan las cazas organizadas en los pantanos de Nyamwiza y en la colina de Kayumba, donde han ido a esconderse los supervivientes.

12 de mayo. Decenas de miles de hutus huyen, en grupos familiares, por el camino de Gitarama, en dirección al Congo. Acaba el genocidio en la comuna.

14 de mayo. El FPR llega al pueblo y va a buscar a los supervivientes a los pantanos.

1998 *24 de abril.* Ejecución pública de seis condenados a muerte en la colina de Kayumba. Hasta el día de hoy, ha sido la única ejecución oficial.

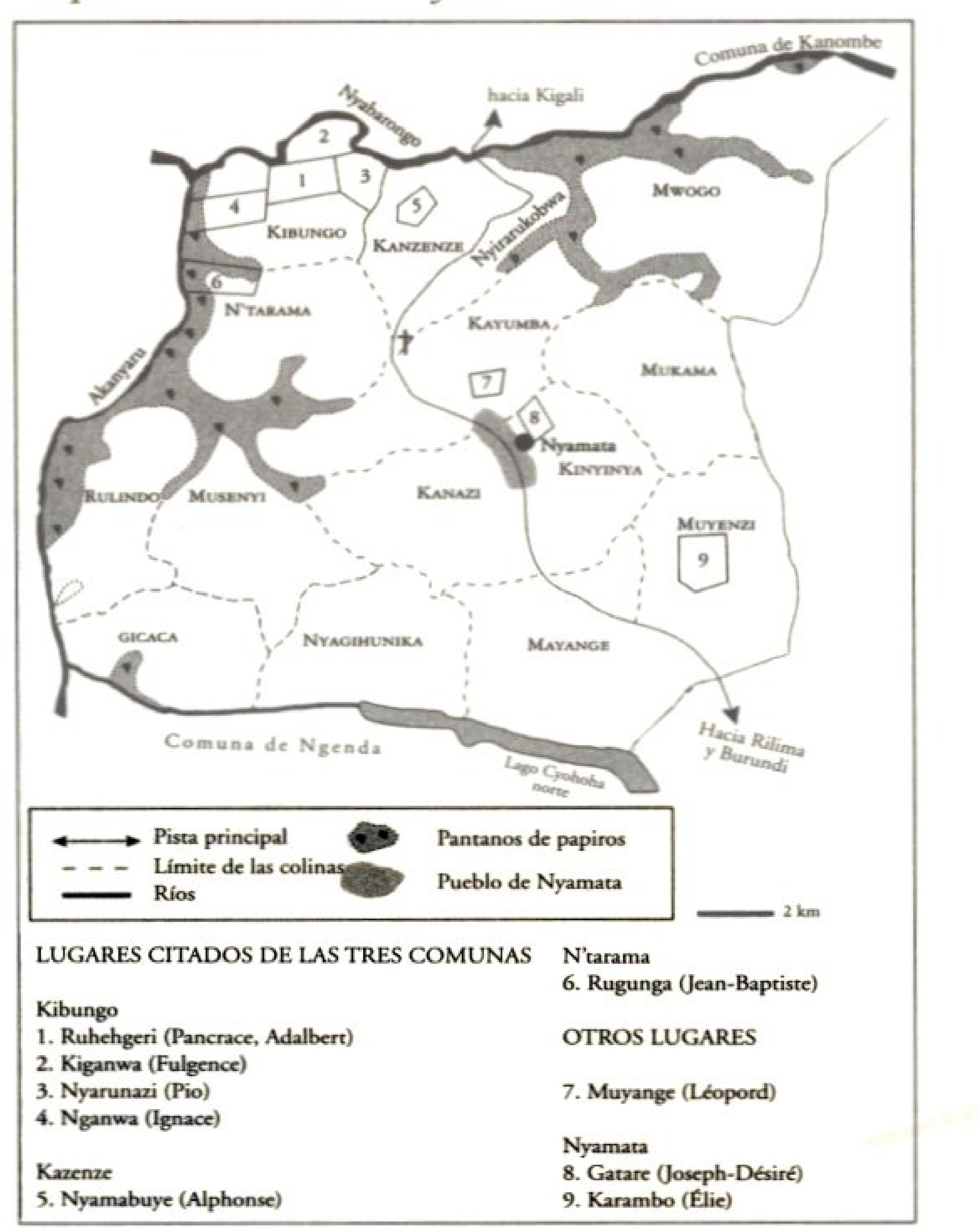
2002 *Agosto.* Empiezan a funcionar los *gaçaça.*

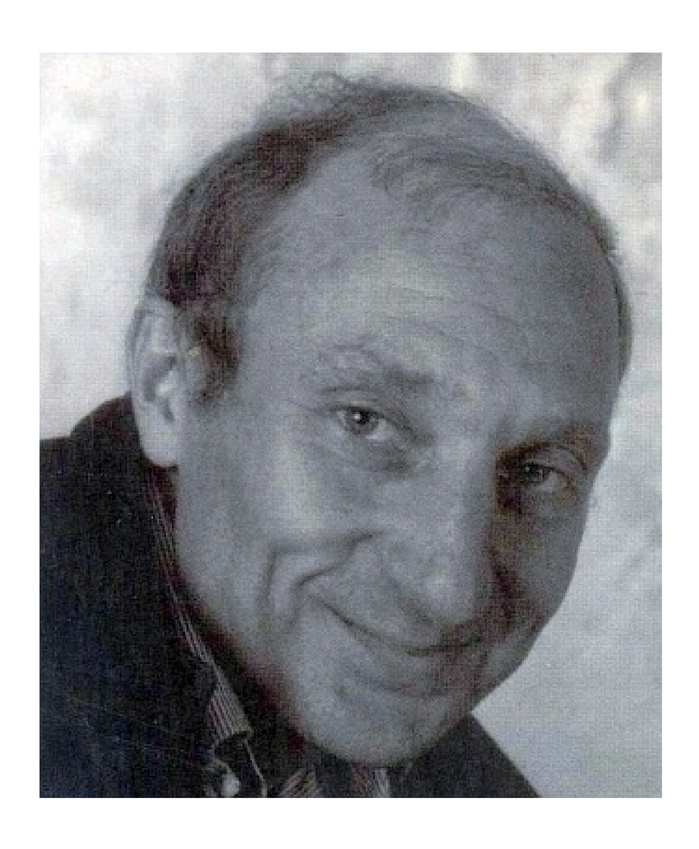
MAPAS

Mapa de Ruanda



Mapa de la comuna de Nyamata





JEAN HATZFELD nación en Madagascar en 1949, en el seno de una familia francesa. Tras una larga carrera periodística publicó *L'Air de la guerre* (1994) sobre el conflicto de los Balcanes, y en 1999 su novela *La guerre au bord de fleuve*, inspirada en sus experiencias en los frentes de batalla. *Una temporada de machetes* (Premio Femina de Ensayo y mejor libro del año en 2003 según la revista *Les Inrockuptibles* supuso su consagración internacional.

Notas

[*] La vida al desnudo. Relatos de los pantanos de Ruanda. <<